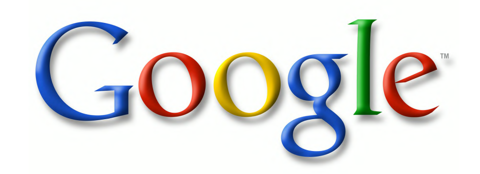
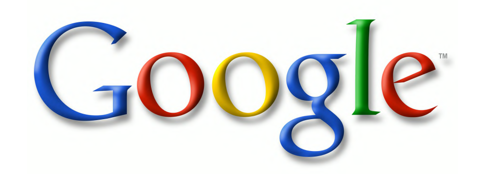
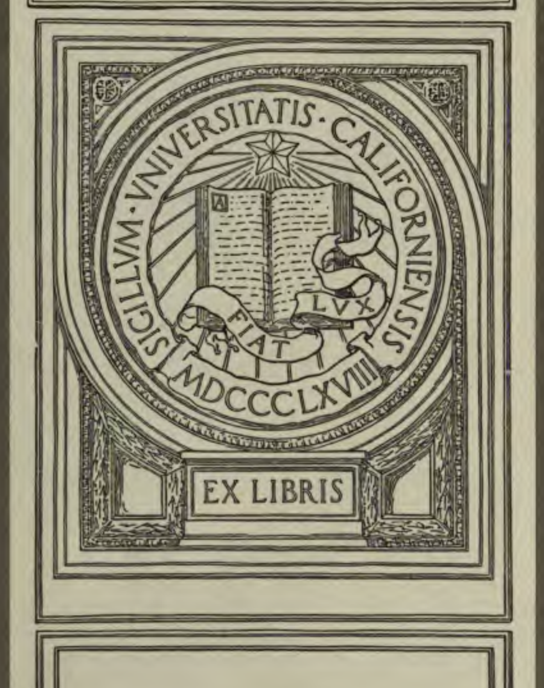
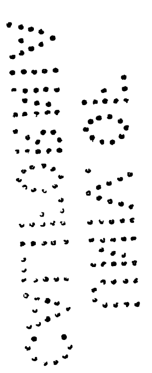



Google


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LA CAIDA DE UN ANGEL


UNIV. OF
CALIFORNIA



A. de Lamartine

C. E. B.

BIBLIOTECA AMENA É INSTRUCTIVA

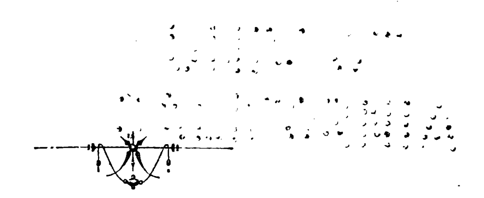
LA
CAIDA DE UN ANGEL

episodio por

A. DE LAMARTINE

TRADUCCION DE

MANUEL ARANDA Y SANJUAN



BARCELONA

ADMINISTRACION: NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 Y 13

1883

Imp. de los Sucesores de N. Ramirez y Compañia.—Barcelona.

ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION

Este es otro episodio del poema del que *Jocelyn* forma parte: una página más de esa prolongada obra cuyo plan me tracé há mucho tiempo, y de la cual bosquejaré algunos fragmentos más hasta mi edad avanzada, si Dios no dispone ántes de mí. La naturaleza moral es el asunto de este poema, así como la física lo fué del poeta Lucrecio. El alma humana y las fases sucesivas por las que Dios la hace pasar para cumplir su destino perfectible, ¿no suministran digno y hermoso tema para los cantos de la poesía? No me hago ilusiones sobre la impotencia de mi escaso talento y la brevedad de la vida, comparadas con tamaña empresa; por esto no pretendo dejarla terminada. Unos cuantos pasos vacilantes y con frecuencia distraidos por una vía sin fin constituyen el destino del filósofo y del artista. Siempre le faltan fuerzas, tiempo y descanso. Los dias del poeta son cortos, por más que viva cuanto pueda vivir el hombre. La poesía no es más que lo que rebosa del cáliz humano. No es posible vivir de éxtasis y embriagueces, y los que exigen de un poeta que esté siempre dispuesto á escribir, se parecen al califa que mandó á sus esclavos que le hicieran vivir de música y de perfumes: al fin murió de deleite y de inanicion.

No ignoro que me censuran con benévolo enojo por no de-

dicar mi vida entera á escribir, y sobre todo á escribir versos, siendo así que jamás los he considerado ni pretendido considerarlos sino como raro y accidental consuelo de mis pensamientos. A esto no puedo responder otra cosa sino que cada cual ha recibido su mision de la naturaleza. Yo envidio esos caractéres contemplativos á quienes Dios ha dotado solamente de alas, y que pueden cernerse siempre por las regiones etéreas, sostenidos por ensueños inmortales, sin sentir jamás el golpe de rechazo de las cosas de la tierra que tiemblan á nuestras plantas. Pero esos no son hombres, sino séres privilegiados que sólo tienen de humano los sentidos que gozan, que cantan ó rezan: ¡son los solitarios ascéticos del pensamiento! ¡Gloria, paz y ventura á esos hombres! ¿Pero esos séres son efectivamente de este tiempo? ¿No es nuestra época esencialmente laboriosa? ¿Todo hombre no necesita de todo hombre? ¿No está pasando por una triple trasformacion el mundo de las ideas, el de la política y el del arte? El espíritu humano, más lleno que nunca del espíritu de Dios que lo agita, ¿no se halla en el laborioso instante de algun gran alumbramiento religioso? ¿Quién lo duda? Es la obra de los siglos, la obra de todos. Tan sólo el egoismo puede hacerse á un lado, exclamando: «¿Qué me importa?»

No comprendo la vida de este modo. La época en que vivimos nos impone deberes así como labra nuestros destinos. ¡En una edad de renovacion y de labor, es forzoso que todos trabajen en erigir la pirámide comun, aunque fuese otra Babel! Pero no será una nueva Babel, sino otro escalon de un altar glorioso, en que se tributará mejor y mayor adoracion á la idea de Dios. Porque, no hay que hacerse ilusiones; el hombre siempre busca á Dios, áun sin saberlo, en esos grandes esfuerzos de su actividad instintiva. Toda civilizacion se resuelve en adoracion, como toda vida en inteligencia.

Pues bien, en estos dias de crísis social, todo hombre que disfruta de la plenitud de su existencia está obligado á pagar

dos tributos, uno á su tiempo, otro á la posteridad; al tiempo, los esfuerzos oscuros del ciudadano; al porvenir, las ideas del filósofo ó los cantos del poeta. Quiérese suponer que estos dos empleos del pensamiento son incompatibles: los antiguos, que son nuestros maestros y nuestros modelos, no pensaban así; no dividian al hombre, sino que lo completaban. Para ellos el hombre era tanto más apto para un ejercicio especial del pensamiento, cuanto más ejercitado estaba en todos. Filósofos, políticos, poetas, ciudadanos, todos vivian del mismo alimento; y de este alimento más sustancial y nutritivo se formaban esos grandes génios y esos grandes caractéres, que tocaban con una mano la idea y con otra la accion, y que no se creian degradados por desempeñar los deberes más humildes.

Atribúyese á falta de espacio las incorrecciones de composicion y de estilo que por lo comun se censuran en mis ensayos poéticos, defectos que yo conozco mejor que nadie. No pretendo paliarlos: y sólo contestaré á mis críticos inclinándome y solicitando mayor suma de indulgencia para estas debilidades. No se equivocan considerando estas primeras ediciones de mis poesías como verdaderas improvisaciones en verso: si llegan á sobrevivir á sí mismas algunos años, me será fácil pulirlas, cuando se haya calmado la febril agitacion del pensamiento y del sentimiento, y la edad provecta me proporcione esos ratos de ocio de los últimos dias en que el hombre retrocede sobre sus propias huellas y retoca lo que ha dejado tras sí. Pero si así no sucede, ¿qué más da? Cuando se ha respirado al pasar y arrojado tras sí una flor de la soledad, ¿qué importa que haya una arruga en sus pétalos, ó que un gusano roa sus bordes? No se piensa más en ello.

Réstame suplicar al benévolo lector que no me censure por lo que le parezca demasiado fantástico en este episodio. Esto entraba como elemento necesario en la economía del poema. La piedra pesada y fria sirve á veces de cimiento para un

edificio más gracioso y adornado. Los dos episodios que seguirán á éste son de carácter más contemporáneo y fácilmente comprensible. Se parecerán más á ese *Jocelyn* que con tanta indulgencia ha acogido el público, y muchas veces se le volverá á encontrar en este drama épico del que no ha desaparecido totalmente.

A. DE LAMARTINE.



ADVERTENCIA

DE LAS NUEVAS EDICIONES

Seis meses han trascurrido desde la publicacion de las primeras ediciones de este episodio, el cual ha motivado severas críticas, así de fondo como de forma. Unos han dicho: «Es un mal poema;» otros: «Es un mal libro.»

Nada tengo que responder á los primeros. Cualquiera que sea el artista, jamás debe ponerse en abierta contrariedad con el sentimiento público. El único juez de las obras de imaginacion es la impresion que producen: no hay lógica contra la naturaleza. Por más que adujera los mejores argumentos del mundo para probar al lector que debe encontrar deleite ó interés en la lectura de mi obra, si no encuentra lo uno ni lo otro, el lector será el que tenga razon. No se alegan pruebas sobre el placer: se le siente. Del juicio emitido por el público contemporáneo sólo se puede apelar ante otro público: la posteridad. ¿Y quién puede jactarse de llegar hasta la posteridad? Esta no juzga mas que á los inmortales.

No trataré, pues, de justificar aquí la concepcion, el plan ni la forma de este episodio. Nadie más dispuesto que yo á reconocer y confesar sus debilidades ó sus errores; pero permítaseme dar una explicacion que podrá ser una disculpa y que tal vez haga que algunos hombres de buena fé suspendan su juicio definitivo.

Se ha considerado este episodio como un poema completo, y partiendo de esta idea, se ha dicho: «¿Qué significa esto? ¿cuál es su asunto? ¿dónde está el pensamiento moral? ¿cuál es su objeto?» Lo propio hubiera dicho yo si hubiese leido *La caida de un ángel* en tal disposicion de ánimo; pero el lector que suele pasar por alto las advertencias, sin duda no se habia fijado en la que precede á mis versos; de lo contrario habria visto que *La caida de un ángel*, léjos de ser en mi pensamiento una obra completa, no era más que la introduccion dramática de un poema cuyo plan general no tendrá explicacion sino cuando se hayan desarrollado y combinado todas sus partes. En el prefacio del *Jocelyn* he indicado este plan hasta donde me era posible. Este asunto, he dicho, es el alma humana, la metempsícosis del espíritu, las fases que el espíritu humano recorre para cumplir sus destinos perfectibles y llegar á sus fines por las vías de la Providencia y por sus pruebas hechas en la tierra. Debia, pues, describir en este episodio, que viene á servir de introduccion al poema, el estado de degradacion y envilecimiento en que la humanidad habia caido al salir de aquel estado primitivo, casi perfecto, que todas las tradiciones sagradas le atribuyen en su orígen. Las angustias de un espíritu celeste, encarnado por su culpa en medio de aquella sociedad brutal y perversa de la que se habia eclipsado la idea de Dios, y en la que el sensualismo más abyecto habia reemplazado á toda espiritualizacion y á toda adoracion, tal era mi asunto en este fragmento de una epopeya metafísica. Es el mundo del ateismo. Me han censurado tambien por haberlo pintado con colores demasiado vivos y repugnantes, deduciendo de aquí que yo podia muy bien ser panteista, ateo, materialista. Cuando salió á luz *La Divina Comedia* del poeta toscano, quizás echasen en cara á Dante que era un espíritu satánico porque se habia complacido en describir los tormentos y en remover las inmundicias del infierno. Pero, á continuacion de su Infierno, el Dante

publicó el Purgatorio y el Cielo, y esos tres mundos maravillosos, explicándose y aclarándose mútuamente, produjeron ese conjunto armonioso y sublime en que los horrores de los círculos infernales, las purificaciones de la mansion de las pruebas y las delicias permanentes del Cielo, completaron su pensamiento y justificaron las supuestas aberraciones de su genio. Harto se comprenderá que yo no pretendo comparar aquí los hombres, sino las cosas. Dante ha inscrito su nombre con caractéres de fuego en la imaginacion de los siglos; la piedra de nuestros sepulcros será la única que lleve esculpidos nuestros nombres. Pero la injusticia es la misma. Así caen por su propio peso las acusaciones de inmoralidad, de fatalismo, de excitacion al suicidio que ciertos críticos se han creido con derecho á dirigirme, por no haber visto más que la primera escena de un drama cuyo desenlace es el único que puede hacer aparecer su moral. Muy léjos de presentar como ejemplo á las miserias humanas la desesperacion y el suicidio de Cedar, los considero como faltas morales que, en el plan general del poema, tendrán en otra parte sus consecuencias y su castigo.

Esto me induce á explicarme de nuevo sobre ese supuesto panteismo que se me atribuye desde la publicacion del *Viaje á Oriente* y de *Jocelyn*. Algunos críticos religiosos y sinceros creen observar en mí una progresiva tendencia á materializar la idea de Dios, á confundir el Creador y la creacion en una identidad vaga y tenebrosa que, destruyendo la individualidad suprema de Dios y la individualidad del hombre, aniquilaria á la vez al hombre y á Díos, y haria así cierta cosa semejante al caos ántes que brillara la luz en él y que el Verbo separara sus elementos. Esto sería peor que el ateismo, porque equivaldria á negar á Dios confesándole: ¡dos cosas sin sentido en vez de una! Puede ser que algunas expresiones metafóricas é inexactas de mis obras hayan motivado esta mala inteligencia sobre mis opiniones religiosas, lo cual me

contristaria en extremo. El lenguaje vago é indeterminado de la poesía no se presta mucho al rigorismo de los términos que debe precisar la metafísica. Pero por si mis versos dan lugar á duda, voy á explicarme en prosa.

Creo en un Dios que posee la individualidad suprema, como cree en él la naturaleza que no ha sido creada sino para reflejar esa individualidad divina, y que no subsiste sino merced á su providencia. Creo en la libertad moral del hombre, misterioso fenómeno cuyo secreto posee Dios únicamente, pero cuya conciencia es su testigo y cuya virtud es su evidencia. Creo en todas las consecuencias que se desprenden de esta doble fé en esta vida y en otra clase de existencias. Creo que la única obra de la humanidad como sér colectivo, y del hombre como sér individual, consiste en gravitar hácia Dios, acercándose á él cada vez más. Creo que el trabajo del dia, así como el de los siglos, consiste en descorrer más y más el velo que cubre la idea de Dios, cada uno de cuyos rayos ilumina el espíritu con una nueva verdad, enriquece el corazon con una virtud más, y hace que tributemos á Dios más santa adoracion. En mi conviccion, todo ese vano movimiento de hombres y de cosas oculta solamente el gran movimiento orgánico del hombre, encaminado á conocer mejor á su Creador, y á ofrecerle un culto más espiritualista. Cualquier otro movimiento carece de objeto; porque fuera de Dios, nada puede ser objeto y fin de sí propio. Si lo contrario sucediese, este mundo seria un drama sin moral ni desenlace, indigno de su autor y hasta del hombre. Si yo pensara así, despreciaria á este mundo y tambien á mí mismo, y extinguiría gimiendo la antorcha siniestra de la razon, que no habria sido encendida en nosotros sino para alumbrar el abismo sin fondo de la nada. Pero esto no puede ser, porque entónces, ¿quién habria encendido esa antorcha? Las tinieblas eternas no habrán sido seguramente: una chispa es indicio de la luz. Penetrado instintivamente de estas verdades, tan

evidentes para mi inteligencia, como el sol lo es para mis ojos, todo cuanto contemplo en la naturaleza como lo que estudio en la marcha histórica de la humanidad se enlaza con la idea de Dios. Las luchas de ideas, las vicisitudes de acontecimientos, los cambios de rumbos y de formas, esa tarea incesante y tumultuosa de las naciones, así las convulsiones más enérgicas como los progresos más lentos de la vegetacion humana, no tienen á mi juicio más sentido que aquel, ni pueden tener otro. Los hechos ocultan siempre una idea, y por más que se comprima y estruje el mundo, se verá que sólo contiene una, Dios y siempre Dios Todo ese ruido que escuchamos en la tierra y que se llama trabajo, pensamiento, palabra, gloria, libertad, igualdad, revoluciones, si nos remontamos á mayor altura, lo percibiremos como un cántico de la tierra que procura balbucear más dignamente el nombre eterno. Lo he dicho ántes y lo repito: toda civilizacion se resuelve en adoracion, como toda vida en inteligencia. Los hombres, segun su naturaleza, comprenden más ó ménos ese sentido divino de las cosas, del cual son instrumentos todos ellos. Por lo que á mí respecta, ni me considero envanecido ni humillado por serlo; pero dotado desde muy jóven de ese sentido de la contemplacion y de la adoracion, la evidencia divina penetra por todos los poros de mi cuerpo; y para extinguir á Dios en mi alma, seria menester aniquilar á la vez mi inteligencia y mis sentidos. Me siento dotado de tanta religiosidad como el aire lo está de trasparencia. Me reconozco hombre sobre todo por el sentido que adora. Si á esto llaman ciertos críticos panteismo, irreligiosidad, impiedad, menester es que yo me exprese muy mal ó que ellos sean muy sordos.

Por lo que hace á los ataques al cristianismo, de los cuales han creido ver nuevos síntomas en los fragmentos del libro primitivo en que el profeta da á los jóvenes salvajes la idea pura y racional de Dios y algunas nociones del culto sin sim-

bolos, no puedo ménos de repetir lo que ya dije contestando á las mismas objeciones en el segundo prefacio del *Jocelyn*.

Jamás se me ocurrirá atacar la doctrina inefable en que el cristianismo ha templado, rejuvenecido y divinizado al género humano. Todas las verdades están contenidas en él, y nosotros no hacemos más que balbucear en otras formas, sacándolas de él, las nociones perfectas de Dios y de moral que su divino autor ha enseñado á la humanidad. El cristianismo ha sido la vida intelectual del mundo de diez y ocho siglos acá, y el hombre no ha descubierto hasta el presente una verdad moral ó una virtud cuyo gérmen no estuviese encerrado en las palabras evangélicas. Creo que su obra dista mucho de estar terminada; he sido criado en su seno, formado de su sustancia; tan imposible me seria despojarme de él como de mi individualidad, y aunque quisiera no podria; porque el escaso bien que hay en mí procede de él y no de mí.

Ya lo he dicho en otra parte: considero el cristianismo como la emanacion más pura y más vasta de revelaciones divinas que haya iluminado y santificado jamás la inteligencia humana. Pero esto no quiere decir que yo menosprecie ó pretenda extinguir en mí esa otra revelacion permanente y creciente con el trascurso de los tiempos, que Dios hace radiar en la razon. Por divina que sea la idea religiosa en su principio, cuando se convierte en culto y en institucion humana cae en manos de los hombres, y en virtud de este contacto se hace susceptible de participar de la accion de los tiempos. Al atravesar esas edades de tinieblas, de ignorancia y de supersticion, el rayo más puro puede asimilarse algo de la misma oscuridad que ha disipado imperfectamente, y sucede que confundiéndose las tinieblas y la luz, los fantasmas y las realidades, el espíritu humano lo rechaza todo y se queda sin culto ni legislacion religiosa, ó bien profesa aparentemente esos símbolos así desacreditados y no presta ya en su espíritu la debida obediencia á la ley á pesar de seguir obser-

vando sus preceptos. Para la sociedad este es el peor de los estados, porque la fé se convierte en convenio político y el culto en ceremonia; y mientras tanto la verdad sufre ó se adormece en muchos corazones. Las naciones que viven en esa falsa apariencia de hábitos sin eficacia en las creencias y en las costumbres, son los sepulcros blanqueados de la parábola. La religion y la razon deben marchar de acuerdo para que esas santas instituciones sean poderosas; es preciso que la inteligencia encuentre en sí misma la sancion y la admiracion de su fé. La conciencia obedece mal cuando el espíritu duda; los símbolos no se han hecho sino para auxiliar á la inteligencia y no para interponerse como nubes entre Dios y nosotros. Creo que la obra de este tiempo, la obra de los hombres de buena voluntad y de carácter piadoso consiste en desviar en lo posible esas nubes que impiden que el sentimiento religioso prevalezca completamente. Cuanto más visible sea Dios, mejor se le adorará. Separar la fé de la razon es extinguir el sol para sustituir la luz del astro permanente y universal con el resplandor de una lámpara que el hombre lleva dando pasos en vago y que se puede ocultar con la mano. Es forzoso que cese la contradiccion entre ambas claridades para multiplicarlas y extenderlas. La luz de Dios es la única que juzga de toda otra. Cualquier claridad que no alumbra en todas partes y siempre, no es un astro, sino una antorcha. Pretender que exista esa union completa de la razon y la religion en la obra de adoracion y santificacion que es la obra por excelencia de la humanidad; querer que el hombre entre con sus facultades íntegras en los santuarios, y que no deje su razon á la puerta de sus templos como el mahometano deja sus babuchas para recogerlas cuando acaba de orar; querer que la razon sea religiosa y la religion racional, ¿es atacar el cristianismo, ó no es más bien prepararle un reinado más unánime y absoluto? El fuego que purifica al oro de las escorias de la tierra, ¿le

priva de alguna parte de su peso, de su brillo y de su valor?

Ahora debo decir algo acerca de esos despropósitos políticos que me han achacado con motivo de algunos versos de la *Octava vision* en que el profeta dice á esos hombres primitivos é imaginarios: «No tengais jueces ni reyes, y gobernaos por la sola justicia de vuestras conciencias y la sola fuerza de vuestras virtudes.» De esto se ha sacado la consecuencia de que yo no queria tribunales, ni mecanismo social, ni gobierno. La misma intencion de subversion anárquica se podria atribuir á toda filosofía y á toda religion que dicen tambien á los hombres: «Sed todos igualmente perfectos, y cuando llegueis á serlo, no necesitareis de leyes escritas ni de jueces remuneradores; vuestra ley será vuestra perfeccion misma.» Esto es lo que se deberia decir siempre á los hombres, y la misma voz de Dios que los llama sin cesar á este estado perfecto, es tal vez un motivo para esperar que algun dia podrán llegar á él. Pero si se supone que, en el estado conocido y evidente de la humanidad desconozco la realidad de las cosas para decir á los hombres: «Romped ese magnífico fenómeno de la sociedad civil, expulsad vuestros reyes, destituid á vuestros jueces, licenciad vuestras fuerzas y echaos en brazos del egoismo individual, de la desorganizacion y de la anarquía,» lo confieso francamente, me dispensan demasiado honor respondiéndome. Me atrevo á decir que nadie está más persuadido que yo de la necesidad de los gobiernos. Poco me importa que se llamen monarquías ó repúblicas segun las costumbres ó los tiempos; pero del hombre depende que sean ilustradas y fuertes; son la forma de la humanidad y la condicion de todos sus progresos; son á las masas lo que la organizacion á los individuos, es decir, la ley misma de su existencia; son los instrumentos de las ideas que trabajan de siglo en siglo en remover y trasformar el mundo; y la propension de todo espíritu que quiere que las ideas triunfen y

que la humanidad se engrandezca, es más bien exagerar que enervar las fuerzas de los gobiernos. Por lo que á mí hace, confieso en alta voz que esta propension es la mia.

Pero me apresuro á dar de mano á tan elevadas cuestiones, tan inoportunamente suscitadas con motivo de algunos míseros versos, y vuelvo á lo que hay de más ínfimo en el mundo, una miserable cuestion de arte y de hemistiquios justamente reivindicados por la crítica. No se los disputaré: convengo en muchos reproches merecidos de incorreccion, de flojedad, de negligencias y hasta de inconveniencias de estilo, y en esta nueva edicion me condeno á mí mismo, dando las gracias á los concienzudos escritores que han tenido á bien indicármelos. Cuando ménos, es preciso hacer que el lector saque provecho de esa crítica imparcial y benévola, tan penosa á menudo para el que la ejerce como para el que la sufre.

A. DE LAMARTINE.



LA CAIDA DE UN ANGEL

NARRACION

«¡Oh, viejo Líbano!» exclamó el celestial anciano enjugándose los ojos humedecidos por la niebla, miéntras la nave, bogando á toda vela, deslizaba rápidamente sus mástiles de estrella en estrella y la crujiente proa arremolinaba ante sí las saladas ondas á la sombra que los promontorios del Líbano difundian sobre el mar.

»¡Oh, cumbres resplandecientes, que asomais por cima de las tempestuosas nubes, ¡á cuánta mayor altura se os habia de buscar en otro tiempo! El peso abrumador del Océano jamás os habia obligado á humillar la frente, que parece ahora un cráneo blanqueado, ni las oleadas del diluvio, al minar vuestras colinas, lograron desgarrar vuestros costados produciendo esos barrancos. Tampoco se divisaban en vosotras esas rocas, que os asemejan ahora á un cuerpo descomunal falto de todo abrigo, y parecen grandes osamentas prontas á perforar la piel; ántes al contrario, vuestros poderosos músculos, oh enorme espina dorsal de un mundo, cubiertos de un fruncido ropaje de arboleda, de terrenos fértiles y de ondas, destacaban sobre el fondo del cielo sus armoniosos contornos, y áun perfilándose en él, se ostentaban en todo su morbidez. ¡Ah, hijo mio! ¡Si lo hubieses visto en

todo su esplendor, tal y como yo lo veo mentalmente, en aquella época remota; si lo hubieras contemplado en los dias cercanos todavía á su creacion, te habrias quedado extático de sorpresa y de asombro!

»¿Ves en esas orillas que esquiva cautelosa nuestra nave esos escollos mugientes recortados por las olas, esos enormes peñascos dentellados, terror del nauta, por los cuales suben y bajan los bramadores embates del piélago? ¿Ves en los flancos de los montes esos desgarros, cual otros tantos hachazos asestados á las rocas que nos muestran sus heridas, y por los cuales apénas corre un menguado arroyuelo como corre el sudor por la frente de un hombre agobiado por onusto peso, miéntras en el tenebroso fondo de la negra barranca aparece el lecho enjuto de un torrente por el cual se creeria que no ha circulado jamás agua á no darlo á entender así los estériles guijarros acarreados por las nieves invernales? ¿Ves más arriba esas largas paredes de roca, esas peladas crestas cuyas escarpaduras parecen sustentar las nubes, así como esas nieves en las que nada se atreve á vegetar, y esos erguidos picachos, cuyos dientes parecen mellar el éter? ¿Ves en fin ese vasto cúmulo de granito sin sombra ni cultivo, en que con dificultad encuentra alimento la yerba y que obliga al hombre á proferir un grito de espanto y á exclamar:—¿Pero este globo fué hecho para la piedra ó para mí?

»Pues bien, toda esa áspera aridez no es más que decrepitud. Antes todo era tan grandioso como ahora, pero sin la rudeza de hoy: esas cumbres, sumergidas en el azul-océano del aire, ostentábanse por do quiera henchidas y como repletas de carne, y se dilataban, subian aisladas ó gemelas, desde el seno de la tierra, vírgen todavía, como sube y crece el seno de una doncella, dilatado por una sangre llena de sávia y de amor, y cuya plenitud redondea su contorno. Esas nieves, que con su peso parecen hundir sus costados, no oponian entónces sus monótonas manchas blancas al azul oscuro y

profundo de un firmamento más puro, con el cual se confundia el verde matiz del follaje, como se confunde la verdura de los bosques, duplicando su imágen, con el cerúleo color de un mar dormido junto á la playa.

»Las encinas de retorcidos brazos, los cabelludos cedros que crecian hasta en las últimas mesetas inaccesibles á la vista humana, ensanchaban sus troncos á modo de viviente columna para elevar á cien piés de altura su ápice ó su corona, y sumergiéndolas, vestidas de perpétuo verdor, en las encendidas oleadas de la luz del cielo, cubrian los montes por do quiera con ondulante manto; pero esos gigantescos árboles, primogénitos de la tierra, no ocultaban á pesar de ello todo el seno de su madre; sus retoños, apiñados como en nuestras selvas, no germinaban sofocados tan cerca de sus troncos, ni interceptaban con sus envidiosas ramas el cielo y los rayos á las plantas de los prados; engalanaban, sí, la tierra, pero sin ocultarla bajo su profuso adorno; entre sus brazos asomaban anchas porciones de cielo para que las brisas, la luz y la humedad atmosférica visitasen el resto de la creacion. El rayo se encargaba alguna que otra vez de despejar el espacio ocupado por los árboles, sembrando sus ennegrecidos troncos por las accidentadas cumbres; los torrentes barrian los declives, dejando trechos desnudos en sus laderas; de suerte que entre las ondas y esos grandes troncos esparcidos podia pasearse la vista por los prados, á la manera que el rayo circular del sol juguetea entre las columnas de una cúpula iluminada por él. Así era que los lagos brillaban al través del ramaje, y los siete rios ahondaban otros tantos valles con sus aguas, grandes venas de plata que desde su elevada arteria descendian en cerúleas oleadas para fecundar la tierra, reuniendo con mil nudos, cual las fibras de un nido, la innumerable red de manantiales del peñascoso monte.

»¡Oh! ¡Qué flores crecian en esa cuna de los rios! ¡Qué cedros cobijaban bajo sus ramas esas juveniles aguas! ¡Qué

avecillas humedecian sus alas en esos estanques! ¡Qué firmamento se reflejaba de noche en su seno! ¡Qué murmullos secretos y qué alma profunda brotaban con su corriente y contaban con sus ondas! Parecia el canto confuso y emitido á media voz de las oleadas impacientes por hervir espumosas bajo los bosques! Y cuando el sol poniente, rasando su faz occidental, enrojeciendo la zona horizontal del cielo, y replegando sus rayos, se deslizaba entre los abrasados troncos de aquella inmensa cúpula y parecia encender en las humeantes cimas una hoguera colosal dispuesta para sacrificar víctimas sin cuento; cuando estas llamaradas de las cumbres, reflejadas por el mar, parecian despedir copiosa espuma en las ondas vespertinas; cuando las fieras, saliendo de sus recónditas guaridas, acudian á merodear, saltar y aullar por aquellas laderas; cuando los millares de gritos de bandadas de pájaros, y el estruendoso rumor de tantas cascadas, contribuian cada cual con un sonido al cántico unánime, como un órgano de cien voces animado por una sola voluntad; cuando los céfiros exhalaban su hálito suave sobre la superficie de los montes que parecian ondular á su impulso como el agitado plumon de un cisne se estremece de voluptuosidad al sentir el aliento de una boca; cuando los quejumbrosos cedros retorcian sus brazos movedizos, y cuando una nube de flores levantada por los vientos surgia de la montaña despidiendo rumores extraños y balsámicos perfumes capaces de embriagar á los ángeles, entónces el corazon quedaba en suspenso extático y silencioso, las estrellas se inclinaban radiantes de amor en los cielos, y el que conocia el llano y la colina, podia percibir el hosanna que resonaba en toda su plenitud en su cumbre!!!

—Este anciano desconocido, pensaba yo, habla como si hubiese sido testigo ocular de lo que cuenta.

Sin duda leyó en mi rostro este pensamiento así como mi turbacion, pues me contestó:

—Sí, lo he visto, mas no personalmente; no con mi vacilante mirada, ni con estos ojos materiales, sino con los ojos de esos santos á quienes Dios permite vislumbrar desde la tierra sus designios, á quienes el porvenir revela el número de los dias futuros y para quienes no tiene sombras la noche de lo pasado!

—Yo creia que ya no habia santos en la tierra.

—Todavía queda uno, oh hijo mio, en esta época tenebrosa; uno tan sólo, digno heredero de esos profetas sagrados cuyas cabezas iluminaba el rayo del Altísimo, y en los cuales penetraba el sentido divino por el intermedio de otros sentidos, reverberando su fulgor áun en las tinieblas que nos rodean. Cuando la inspiracion del cielo se abre paso en la mente de ese hombre, hace que sus labios relaten todo cuanto ven sus ojos; ¡dichoso aquél que pueda oirle en esas horas en que Dios le hace coetáneo de todas las épocas y le concede el don de ubicuidad! Asiste en vida al sublime misterio, á los actos sucesivos del drama de la tierra. Mas para acercarse á ese santo, se necesita ir guiado por un purísimo deseo, y ser de corazon sencillo y exento de toda agitacion.

—¡Oh! ¿En qué rincon del mundo habita ese hombre, padre mio? Viajero errante, voy cruzando mares y montañas en busca de un rayo de verdad; con este objeto, he abandonado el país en que vivia mi padre, la tumba en que mi madre me espera; he tomado de la mano á ese niño y á esa mujer, confiando su querida existencia á los costados de este buque como el que lleva todo su patrimonio en el repliegue de un manto; he arriesgado mis tesoros, mis amores, mi vida; ¿qué más puede sacrificar un hombre?

—Pues bien, áun cuando al regresar, esas olas enfurecidas os sepultaran en su seno á tus tesoros y á tí, no pagarias en todo su valer ese gran espectáculo, ni el más fugitivo destello

que pueda despedir el oráculo sobre la noche de los tiempos.

—Pero ¿en qué apartadas riberas vive ese hombre de Dios? ¿Quién me enseñará el camino del lugar en que habita?

—Levanta los ojos, hijo mio: ¿ves sobre nuestras cabezas ese grupo del Líbano, velado por densas nubes, y cuyas desmesuradas ramificaciones, humeantes con los fuegos del cielo, blanquean al sol cual osamentas y que desde el alto Sanuin hasta el cabo de Saida descienden en rápida pendiente hácia el mar? La mirada penetra por do quiera en la sombra de los oteros, cuyo granito sirve de sostén á altísimas mesetas en las que de trecho en trecho surge entre las hendiduras de las rocas un sombrío monasterio. Al verlos desde aquí, ni áun el ojo perspicaz del piloto podría distinguir sus negros muros de los peñascos que los circundan. Semejantes á erguidos picachos que desgarran las nubes, elévanse escalonados hasta el cielo, anegados por los vapores en las oleadas del aire. Solamente se divisa alguno que otro al lívido fulgor del relámpago, pero nadie más que las águilas sabria encontrar el camino que á ellos conduce. Y sin embargo, ahí vive un pueblo fiel observador de santas reglas, un pueblo que, por huir de la esclavitud y de la media luna, ha llenado el Líbano de agujeros como una colmena, y allí, suspendiendo su vivienda de las paredes de los precipicios, fecundiza hasta los menores intersticios de las peñas: abejas del Señor, cuya cera y cuya miel son oscuras virtudes que sólo tienen valor en los cielos!

—¿Y qué santo pueblo es ese?

—Ese pueblo es el de los maronitas, tribu de adoradores, de cenobitas austeros, que, semejantes á los hebreos en su cautividad, ha escondido en esos montes el arca de verdad: allí se multiplica há dos mil años su raza, practicando las sencillas virtudes que el Occidente olvida, sin pretender buscar esa perfeccion que se emancipa de las leyes de la creacion, ejercitando sus almas en el amor al prógimo me-

diante los castos vínculos de la paternidad y del matrimonio, con cuyos frutos se consideran honrados, como el árbol se envanece con los suyos: un hijo es para ellos un tributo ofrecido al Señor, un servidor más para servir al gran Maestro, un ojo, una razon más para conocerlo, una lengua más en el coro infinito que debe bendecirlo por los siglos de los siglos. No son, no, mendigos voluntarios que usurpen el pan á los indigentes como vuestros ermitaños: ellos mismos tejen sus hábitos, con cuyo objeto se dedican á la cria de gusanos y apacientan lanijeros ganados; siembran cereales al borde de los precipicios, uncen al yugo sus robustos novillos, y con frecuencia se ve á esos piadosos labradores, no bien resuenan los ecos de la campana de un monasterio, arrancar de un surco regado con sus sudores la reja del arado que sale humeante del suelo, y mezclando bajo la bóveda celeste la oracion con el trabajo, entonar un himno de gracias miéntras cobra el ganado nuevo aliento.

»Su viejo cristianismo, que jamás ultrajan pretendiendo purificar la naturaleza, es una purísima gota de esa agua que Jesucristo no mezcló con hiel alguna, cuando su bendita mano la hizo descender del cielo y cuando dijo al partir: «¡Hombre, soy tu hermano; mi reino es el tuyo, y mi Padre es tu padre!»

»Pero en ese pueblo de elegidos hay algunos que, impulsados por más religioso fervor, trepan á las más agrias cumbres del Líbano, cuyas soledades recorren cuando están próximos á terminar sus dias, y dando allí rienda suelta á su espíritu contemplativo, consumen su alma en celestes aspiraciones, nuevos Pablos del desierto que se guarecen en una caverna y á quienes proporcionan alimento las fieras y visitan las águilas.

»Hay uno, sobre todo, cuyo nombre no pronuncian los ángeles, segun se dice, sino con respetuosa veneracion; cuya edad ignoran los hombres más ancianos de su raza, y á

quien áun en sus años juveniles, recuerdan haber visto siempre con la reflexiva frente poblada de blanquísimas canas, las sienes hundidas y las pupilas apagadas, de las que há más de sesenta años no destella fulgor alguno, pupilas quc si bien parecen quemadas por atrasadores relámpagos, y aunque ciegas por fuera, deben mirar interiormente.

»¡Ah hijo mio! Ese hombre sabe cosas extrañas acerca de la infancia de los tiempos, del hombre y de los ángeles, y ya sea porque algun dia la misma divinidad le hablara, ó porque su inteligencia haya logrado hacerse superior á sus sentidos, ó bien porque las maceraciones con que se santifica hayan conseguido que su alma adquiriese el don de profecía, y que en vez de penetrar en las tinieblas de lo futuro sepa evocar el recuerdo de lo pasado, lo cierto es que, como un espíritu robusto y á fuerza de pensar, hace que revivan en su mente las más lejanas memorias, y que vea los dias de Adam como ve los actuales.

»Ruda y dificílisima es, sin embargo, la tarea de llegar hasta él. En lo más alto de esas cumbres visibles, vive en un antro rodeado de inaccesibles peñascos, no habiendo senda alguna que hasta allí encamine los pasos de los mortales. En vano seria que el montañés estuviera trepando todo un dia en demanda de ese sitio, pues á no mediar algun milagro no podria dar con la gruta; y se asegura que como un ángel ó el Señor no guie los pasos del que la busca, volveria éste á parar al punto de partida, rendido, jadeante y extenuado de cansancio y de sudor. Pero el espíritu del Altísimo, que te ha traido hasta aquí desde tan remotos climas, te guiará, hijo mio, mucho mejor que cualquier senda abierta por los hombres; deja pues al pié de la montaña á tu esposa y tu blondo hijo, y mañana te acompañaré al Líbano.»

Echamos el ancla en el cenagoso fondo en que la antigua Sidon, cerca de un cabo que se ensancha de dia en dia, reunia en otro tiempo sus naves junto á sus muelles de gra-

nito, como otros tantos aguiluchos que vuelven al nido. El tiempo no ha dejado, de su inmensa ruina, más que un muelle derruido que duerme en el fondo de una ensenada, la arena cuya blancura alumbraba la luna, y la espuma que lavaba la barca de un pescador. ¡Cómo nos rinde y nos abruma tu eternidad, ¡oh dios de los tiempos! cuando buscamos un pueblo entre la arena y cuando todo el ruido de un vasto imperio á cuya tierra se salta de noche, se reduce ¡ay! al producido por el remo de una barca!

Dejé todo cuanto poseia en mi casa flotante blandamente mecida por las sosegadas olas, y el anciano y yo, animados de idéntico anhelo, encaminamos nuestros pasos hácia los flancos de los montes ántes de salir el sol. Al despuntar la aurora pudimos ver cómo huía el mar gradualmente detrás de nosotros y se hacían más visibles los picos, miéntras que las cumbres á que íbamos llegando, veladas por otras cumbres, parecian hender el firmamento en que la nieve se reflejaba cual cúmulos de estrellas. Desde allí se divisaba el gran desierto cuyos caliginosos vapores le hacian brillar como un hierro enrojecido en un hornillo, y el mar y el cielo confundidos en el horizonte y engañando al reunirse los ojos y la mente, parecian un océano circular y sin orillas en el que flotaban el sol, los montes y las nubes. Pasamos al pié de un cerro negro y empinado, coronado por los muros de una antigua casa señorial, semejante á esos montones de góticas ruinas que siembran las colinas del Rhin. En la cúspide de una torre asomaban algunos vistosos turbantes.

—¿Qué terrible mansion es esa? pregunté al anciano. ¿Qué crímen, ó qué ardor de un alma solitaria ha inducido á que se habite ese misterioso palacio?

—Esa es la morada donde vive en voluntario destierro una

dama europea (1), me respondió: ¡ahí pasa las noches entregada al estudio de la ciencia de los magos, elevando su alma á Dios por la escala de los sábios! Dios sabe si su arte es verdad ó sueño; pero cuantos aquí llegan bendicen su hospitalidad.

Pasamos en aquellas altas viviendas la noche, amenizada por la gracia y el talento de su dueña; las estrellas del cielo festejaron su generosa acogida y salí bendiciendo aquel hospitalario umbral.

Tres dias estuvimos subiendo y bajando de las crestas de las rocas á los torrentes de los abismos; pasamos rozando con las tribus salvajes de los hijos del desierto, escoria de razas viles: drusos belicosos de ojos negros y soberbios, adoradores del becerro que rumia sus yerbas; árabes pastores, cuyos camellos errantes acuden á beber en los torrentes desde treinta dias de distancia; gente que viaja al compás de las estaciones, y cuyas blancas tiendas, á manera de ciudades trashumantes, descollaban entre las ramas.

Dormíamos en cualquier sitio, sin sufrir sed y sin arrostrar peligro, porque en el Oriente es sagrado el extranjero en todas partes; hasta que por último, por los sonidos de las campanas benditas conocimos desde léjos que nos acercábamos á los montes de los maronitas, y trepando por sus picos donde se rompen los vientos, dejamos en la falda sus conventos más oscuros. El Líbano no era allí otra cosa sino un cráter, abierto por sus flancos en cien térreas bocas, en las que la mirada, al penetrar por encima de sus salientes rebordes, sólo encuentra tinieblas, vértigos y horrores. Las nieves, que se deshacian en amarillenta espuma, humeaban como las hogueras que el pastor enciende, y precipitándose al abismo por canales sin cuento, llenaban la region del aire con el estruendo de sus aguas.

---

(1) Lady Stanhope, en Djum.

Andábamos temblando por sitios en los que apenas se atreve á anidar el águila, cuando al revolver bruscamente una angosta cornisa, vimos con una emocion que nos hizo caer de rodillas, la anchurosa sombra de los cedros del Líbano extendida sobre nosotros, árboles plantados por Dios, sublime diadema con que se corona el mismo rey del rayo. Su sombra nos infundió ese santo horror que causa un templo en el que reside el temor del Altísimo. Contamos sus troncos que sobreviven á todas las edades de la tierra, como se miden con la vista, levantando la frente, esas columnas que subsisten de pié y cuyo tronco se toca, en los desiertos llenos de oleadas de arena. El solo cálculo de su inmensidad abruma; nuestros piés se cansaban ántes de dar una vuelta entera á su base, y la inútil cadena hecha con nuestros brazos extendidos ni siquiera abrazaba una arruga de su corteza. Un hombre de pié, comparado con esas plantas divinas, parece una hormiga situada sobre sus vastas raíces; sus negros brazos se extendian desde la arista del monte en que se derriten las nieves hasta los bordes de una meseta, de los cuales sobresalian; la vertiente de la montaña, hendida en aquel sitio cual si la hubiesen descargado un hachazo, formaba de pronto y hasta perderse de vista un precipicio, en el que se despeñaba, rompiéndose en el fondo, un rio entero, que abriéndose un valle hasta el mar, hacia serpentear sus ondas reunidas en un cauce.

Tendidos junto al borde, á fin de que el vértigo causado por aquel profundísimo torrente no nos precipitara en él, con los ojos llenos de espuma y azotado el rostro por el viento, contemplábamos aquella acuosa nube del abismo, bien así como desde lo alto de un promontorio se contemplan las espumosas masas que las grandes mareas levantan en los escollos. Tan sólo nuestras frentes asomaban fuera de aquel abierto precipicio. Mi guia me designó con la mirada una cavidad producida por las aguas al despeñarse, y que habian

dejado á descubierto, al cambiar de lecho, en aquellas lisas rocas: dicha cavidad parecia una inmensa y blanca canal, cuyo profundo molde lo habian esculpido las ondas, ó tambien la mitad de una sólida torre de la cual se ha derrumbado un lienzo y en la que se divisan los escombros de sus diferentes pisos al través del enmarañamiento de espinos, ortigas y arbustos parásitos.

A pocos pasos de nosotros se divisaba en aquella pared de rocas, como la grieta de un muro, un intersticio oscuro semejante por su forma á los gigantescos pórticos que se elevan desde el umbral hasta el techo de las catedrales, y ante aquella abertura se extendia un gran peñasco, promontorio de la montaña, más lento en desmoronarse que los otros y cuya nivelada superficie tenia algunos piés de extension; el musgo y los piés encontraban allí un poco de espacio para fijarse, y nuestra vista divisaba un sendero que le circuia en torno al través de enormes pedruscos de pórfido sanguinolento. Las aguas que corroen el granito más duro habian realzado sus bordes como los de una vasija, y este reborde protegia la mirada y los pasos de la constante amenaza del abismo fluctuante que mugia debajo de él. La rama de un cedro se inclinaba, cual denso nubarron, sobre aquel sitio con todo su follaje lleno de perlas de espuma que centelleaban á la luz del dia, proporcionando un poco de sombra y de frescor, y permitia que los rayos matinales y las sombras, luchando entre las ramas, bajasen á juguetear en aquellos escombros.

—Demos gracias al Señor, me dijo el anciano en voz baja; él mismo ha guiado nuestros pasos para que encontremos á su santo: ya hemos llegado; esos gigantescos troncos son los sagrados vestigios de los árboles del Eden; éstos sitios han conservado el nombre del santo jardin, y esos cedros eran ya viejos en tiempo de Salomon; su instinto vegetal es un alma divina que siente, juzga, prevé, y discute y combina; sus gigantescos brazos son miembros vivientes que saben replegar

cuando los azota la nieve ó el viento; la roca los nutre, el fuego apaga su sed, y su savia inagotable es el jugo de la tierra. Han visto sin doblar la cerviz cómo empujaba el diluvio sobre sus descomunales copas las oleadas de los Océanos; una de sus ramas fué la que el ave azul del arca llevó desde el abismo al patriarca Noé, y así como han sido testigos del primer dia, lo serán tambien del último!—El eremita ha escogido su residencia á sus piés y ahí está el antro en que vive desde tiempo inmemorial, donde le visita dia y noche el espíritu de lo pasado y donde se ofrecen á su vista visiones sagradas, descendiendo de esas sacrosantas ramas pobladas de ilusiones: ahí se confunde su alma con el alma de la tierra. No hallándose jamás solo á pesar de vivir solitario, sostiene constantes pláticas con voces extrañas, y ve lo que no hay, lo mismo que yo te veo. Su cuerpo no está sometido ya á las leyes de la naturaleza; algunos frutos secos constituyen todo su alimento, y si la activa caridad de sus hermanos en Jesucristo, que residen en el monasterio situado allá abajo, se olvidase algun dia de subir hasta aquí las cestitas de dátiles y miel que sirven de alimento á sus vigilias, aquel dia pereceria de inanicion sin haber suspendido un momento su contemplacion.—Ea, pues; sigue mis pasos por el borde del precipicio, pero sin hacer ruido; quédate á la puerta, y guárdate de entrar hasta que una seña mia te indique que puedes hacerlo, pues al extinguirse un sentido adquiere más fuerza y perspicacia otro, y su oido percibiria el rumor de mis pasos ó de los tuyos: si por acaso estuviere absorto meditando en las cosas celestes, no despertemos su espíritu de improviso; porque ahuyentaríamos la voz que habla en su alma, así como se apaga una llama sacudiéndola.

Seguí á mi guia paso á paso, y poco despues llegábamos al umbral del antro venerado. Un sordo murmullo, eco de un corazon que ora ó de un solitario y santo ensimismamiento, nos habia encaminado hácia la puerta de la roca, como el ru-

mor de un riachuelo oculto que crece á medida que nos acercamos á él: habríase creido que la roca, refugio del solitario, habia adquirido voz y alababa á Dios debajo de tierra. No podíamos discernir las palabras, pero las modulaciones de la voz hablaban lo suficiente á los oidos: adivinábase en ellas el fervor y los arranques de éxtasis que brota y rebosa de un corazon henchido en demasía, así como el santo fervor de un alma entregada por completo á Dios.

Mi guia se detuvo un momento á la puerta, adelantó algun tanto la cabeza entre sus dos pilares, me tomó de la mano, y con un dedo me señaló el profeta. Era él; tenia la mirada fija como la de un hombre ensimismado, y estaba en el umbral de su antro con ambos piés bajo su cuerpo, en la santa postura que era ya habitual á sus piadosos miembros; las manos cruzadas sobre las rodillas, y el busto inclinado cual si le abrumara su propio peso. Sus huesos, que casi perforaban su carne de anacoreta, se destacaban bajo su piel como los de un esqueleto, pero echándose de ver en ellos la estructura de un cuerpo cuyos resortes habia hecho funcionar el espíritu potente que lo animaba. Aquel busto estaba enteramente desnudo; la pesada manta que llevaba ceñida á la cintura con una cuerda, cubria el resto del cuerpo, cayendo en escasos pliegues sobre la esterilla de junco. Sus largos brazos eran testimonio de su elevada estatura; sus hombros, adosados á la áspera roca, tenian el mismo color que ésta, destacándose de ella como la piedra que labra un escultor, y en aquella blancura marmórea apenas se veia ondular alguna que otra vena, mudos testimonios de que aún circulaba la vida por aquel cuerpo. Su cráneo, de resplandeciente blancura matizada de rojo, brillaba á la luz del sol como dorada cúpula; al verlo, hubiérase jurado que jamás sombreó su robusto contorno cabellera alguna, y tan sólo las blancas hebras de sus altas cejas se mezclaban con la blancura de las pestañas. Tenia los ojos cerrados como si sus pupilas buscasen en Dios

únicamente el cielo y la luz: parecia que cierto resplandor interno inundaba su rostro inmóvil y grato de contemplar, y sus puras facciones, demacradas por el constante trabajo de su imaginacion y no por las arrugas, eran tan sólo lineas áridas cuyo contorno abarcaba una ténue epidermis, y hasta al través de sus mejillas se creia ver la luz.

La trasparente trama de aquel tejido fibroso, no parecia ya un cuerpo, sino una vestidura del alma, y á no ser porque sus lábios se agitaban murmurando una plegaria y porque su huesoso pecho se dilataba al respirar, hubiérase creido, al contemplar aquellas facciones extenuadas por el ayuno, la inmovilidad de aquella frente de estátua, y la igualdad de color de aquellos miembros y de la peña, que el hombre y la roca formaban una sola pieza.

El sol, que rasaba las paredes del abismo, teñia ya la parte superior de su calva frente, y aun cuando él no pudiera ver aquel rayo que iba á reflejarse en sus ojos, parecia sin embargo, gozar de él, así como por el intermedio del otro sentido que la fé sutiliza se siente á Dios sin verlo en la noche de este mundo.

El estupor petrificaba nuestros pasos; nuestra inmóvil sombra no revelaba nuestra presencia, y ni el menor soplo de nuestros sentidos le daba á conocer la presencia de un sér puesto entre él y el cielo. ¡Oh! ¡Quién pudiera reproducir las palabras de fuego que consumian su lengua remontándose á Dios! ¡Aspire el Señor, que creó esas naturalezas extrañas, las alabanzas salidas de los lábios de sus santos!

Cuando hubo exhalado su incienso matutino, volvióse á nosotros sin que ninguna señal visible hubiese advertido nuestra presencia á sus sentidos, cual si la plegaria de una luz sobrenatural hubiera guiado sus párpados.

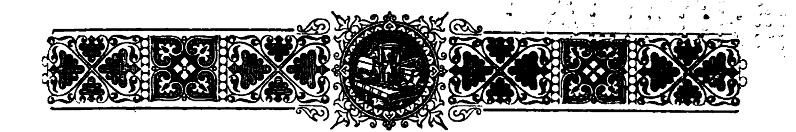
—¡Jóven extranjero, dijo, acércate á mí! Hace muchos, muchísimos dias que te veo en lontananza; llegas, hijo mio, de un lugar tenebroso en busca de la luz á la hora precisa en

que mi sol declina; pero Aquel cuya mano me llama ya á la tumba, con una ténue chispa enciende una gran antorcha, y de levante á poniente, la inextinguible llama del alma que se apaga se comunica á otra alma. El moribundo trasmite en la tierra al vivo esa antorcha del pasado no agitada por viento alguno: siempre hay álguien que reciba el manto sagrado de Elías, porque Dios no permite que se olvide su lengua. A tí te ha distinguido entre la muchedumbre asiéndote de la mano; tú eres aquel á quien su espíritu ha designado el camino; tú el que desde el claustro materno te abrasas en inextinguible sed del Señor, por obra y gracia suya; tú, á quien ha escogido en este bajo mundo para escuchar y para repetir la voz de la montaña. Mas apresúrate á agotar las proféticas fuentes de esos grandes relatos de las maravillas antiguas, porque de esta memoria por la que Dios las hace circular, sólo podrán manar un brevísimo instante, y el que te ha encaminado á presenciar mis últimas vigilias quiere que mi cansada voz espire en tus oidos. Muy pronto dejaré mis restos mortales en esta roca; aprovecha sin demora la hora fugaz que Dios me permite vivir todavía; lee el libro de los secretos de la tierra, que en todas partes está escrito, ántes que un dedo desgarre sus hojas. Habla: ¿por dónde deseas que te abra mi espíritu?

—Que lo abra el mismo espíritu divino, le respondí: ¿quién soy yo para hablar ante la voz suprema?

—Pues bien, recojámonos, hijo mio, me contestó. Reclina la cabeza entre tus manos descansándolas sobre tus rodillas: cuando la levantes, la muerte habrá sellado los labios del profeta.

Tres dias estuvimos sentados á sus piés, y este fué el segundo de sus doce relatos.



PRIMERA VISION

Era la época en que el Soberano Juez iba á soltar muy pronto las oleadas del diluvio, en que todo sér, casi recien creado, excepto el hombre, estaba aún en su perfeccion. La luna, pálida hermana de la tierra, surgia en toda su plenitud y redondez esos anchos troncos, como surge una vela aislada en los límites de los mares, y tocando ya la frente de los cedros sagrados parecia un gran fruto de oro madurado á la caida de la tarde en la rama más alta de esos prodigiosos árboles. Los nítidos entre resplandores de aquel astro manaban, serpeaban de rama en rama en ondas repetidas á la manera que un plateado riachuelo, que se divide al despeñarse, forma sábanas de líquido cristal que centellean y se rompen: luégo, extendiéndose porel suelo como inmensos vellones de blanquísima lana, argentaba los musgos y céspedes en las floridas pendientes.

A los fulgores de la nocturna antorcha divisábanse largas filas de ganados que subian por una cuesta, y á los cuales una tribu de pastores, sorprendidos por la noche, guiaban á lo léjos empujándolos detrás de una oscura loma. Hombres, mujeres y niños se hundian en la sombra: aquella familia humana no era muy numerosa, y merced á la clemencia de un cielo sin ardor ni humedad, no llevaban vestidura alguna que cubriera su airosa desnudez; las mujeres velaban sus for-

mas con su cabellera, con la que habian formado anchas trenzas alrededor de su cintura, y los hombres llevaban rodeadas á sus caderas las pieles de magníficos leopardos, enemigos de los rebaños. La estatura, la robustez y la fuerza de aquellos hombres eran, comparadas con las de la humanidad de nuestros dias, lo que la altura de esos árboles gigantescos es comparada con los más añosos robles de vuestras selvas. Sus voces, que se iban alejando, se extinguieron con la distancia, y el silencio y la soledad volvieron á reinar en los bosques.

¡Oh tranquila majestad de los desiertos, de la noche y de los cielos! ¿Quién pudiera cantaros como os están viendo mis ojos? Si despues de vuestra ruina conservais cierto vestigio de la divinidad para la mirada humana, si la noche radiante y sus vagabundos globos le muestran lo infinito bajo esos cielos trasparentes, ¿qué seria ántes de aquel dia en que el depósito de las ondas precipitó sobre nuestro suelo su inmunda atmósfera? ¿Qué seria cuando, despues de ocultarse el gran astro del dia, el firmamento, aproximado á nosotros por las sombras, permitia que la mirada, extraviada por los celestes senderos, contemplase bóvedas tras bóvedas de soles y esa red celestial deslumbradora, cada una de cuyas mallas era un gran astro de brillantísimos destellos? ¿Qué sería en fin cuando el fúnebre genio del mal apénas se habia atrevido á atentar contra la armonía del globo; cuando este mundo terrenal era aún aquel en que el órden y la belleza habian brillado con todo su esplendor; cuando todo, al salir del Eden, se acordaba todavía de la inmortalidad de su primera aurora, y cuando todas las cosas y todos los lugares del universo, exultantes de juventud, se sentian llenos de Dios? ¡Ah! si no te hubieses apresurado ¡oh muerte! á marchitarlo todo, jamás se hubiera comprendido el nombre de ateo!

Pues bien, hijo mio: en esos dias, todos los séres vivientes, así los que nadan en las aguas como los que vuelan por el espacio, y desde el sol al más diminuto insecto y desde el bruto á la planta, estaban dotados de alma y voz inteligente; pero el hombre no comprendia ya ese himno entonado por mil voces que se eleva desde el seno de las aguas, de los prados y de los bosques; él únicamente habia perdido su elevada inteligencia, y el insensato creia entónces como hoy que en él tenia principio y fin el alma; como si la liberalidad infinita del Altísimo pusiese límites al pensamiento al prodigar la vida, y como si la vida pudiese tener, oh Padre, más objeto que oirte y hablar contigo! Pero si esas voces de la naturaleza sólo eran para los hombres un vago y estúpido murmullo, los ángeles, diseminados por el éter de la noche, aspiraban su rumor con impalpable oído por ser más accesible la escala continua que iba del mundo real á su mundo invisible, y como no faltaba en ella ninguno de los escalones del sér, todos los hijos del cielo se comunicaban entre sí, sin que la indecisa frontera de los espíritus y de los cuerpos elevara entre ellos insuperable barrera. El hombre oia al espíritu; el sér inmaterial, habitante del infinito que el hombre llama cielo, unido por simpatía á alguna criatura, podia cambiar á veces de forma y de naturaleza, é introducido en otra esfera á su albedrío, podia tambien descender un grado para hablar con los mortales. Además, de esos amores, de esas cordialísimas relaciones entre vírgenes y ángeles, nacian á veces naturalezas extrañas, hombres más grandes que el hombre y dioses inferiores á Dios, que venian á ser séres intermedios entre el bruto y el arcángel; mónstruos á quienes su naturaleza adúltera condenaba á echar de ménos el cielo miéntras agitaban la tierra.

Nadie conoce, hijo mio, la maravillosa conexion que habia entre el gran mundo impalpable y ese mundo de los cuerpos; nadie puede recorrer de partícula en partícula todas las

generaciones del alma universal, ni enumerar, separar y dar nombres á esas gotas desprendidas del eterno mar. Pero la tierra que hollamos es un testimonio fehaciente de ello; lo que vemos es la imágen de lo que está oculto para nosotros; un cielo refleja otro cielo, y si el polvo de la vida forma densos torbellinos en nuestros surcos; si en la naturaleza entera no hay un átomo, un glóbulo de aire, un punto de la materia que no patentice á nuestra vista el sér y la vida, lo infinito de la tierra nos revela el de los cielos, la eternidad sin fondo carece de límites áridos y lo que todo lo llena no conoce el vacío!

De cuantos espíritus divinos pueblan los cielos, eran los ángeles los que más nos amaban. Creados el mismo dia, hijos del mismo padre, el hombre al nombrarlos puede llamarlos hermanos, pero hermanos más dichosos que él y cuya santa amistad, de todos los sentimientos que nos animan sólo ha tomado la compasion; testigos invisibles de nuestros dramas terrestres, sus ojos fijos en nosotros lloran con nuestras almas; iluminando los senderos de la vida ante nuestros pasos, nos tienden desde el cielo sus manos bienhechoras; ellos engendran esos divinos fenómenos de los que el hombre sólo vislumbra lejanos fulgores, y por ellos es la naturaleza un santo instrumento cuya inmensa armonía resuena á cada instante y cuya clara voz é infinitas maravillas de cordura y de éxtasis recrean sus oidos.

Á esa hora en que van á cesar los mil rumores del dia para que se escuche el imperceptible suspiro del crepúsculo, varios de ellos, errantes en esta claridad confusa, habian acudido á cernerse sobre las copas de los cedros. La montaña, como si estuviese dotada de inteligencia, parecia desde su base á su cima un órgano de mil voces, y para discernir estas voces entre tan unánime armonía hubiera sido preciso ser el mismo Dios y poseer su oido infinito. Los ángeles, el silencio y la noche escuchaban aquel coro vegetal, y los cedros cantaban:

CORO DE LOS CEDROS DEL LÍBANO.

¡Santo, tres veces santo el Señor á quien adora la colina! Le estamos viendo desde aquí tras esos soles; cuando el soplo balsámico de la noche nos inclina, humillamos nuestras copas bajo su mano como débiles cañas. ¿Y por qué nos humillamos? Porque le dirigimos nuestra plegaria, porque un íntimo instinto de la virtud divina hace que se estremezcan nuestros troncos desde las raíces hasta el ápice, á la manera que el resuello cavernoso de un leon enfurecido, dilatando sus narices y saliendo rugiente de su pecho, hace ondular su poblada melena.

¡Deslizaos, deslizaos, brisas vagabundas; convertid en cuerdas murmuradoras la hoja y la fibra de los bosques! Somos el instrumento sonoro en que á cada momento espira, para nacer de nuevo bajo nuestro tembloroso ramaje, ese nombre adorado por la luna. Venid, tibios hálitos de las noches; descended del cielo, subid desde las llanuras; pasad y volved á pasar mil veces por nuestras ramas, llenas del gran nombre del Señor. Si buscais quien le ensalce y le proclame, dejad el rayo y su llama, dejad el mar y sus olas, y venid á nosotros: ¿por ventura no tenemos un alma? ¿acaso no es una voz cada hoja nuestra?

Bien sabes tú, oh cielo de las noches, á quién hablan nuestras copas; y vosotras, oh rocas que sondean nuestros piés hasta los abismos para buscar en ellos sávia y jugos nutritivos; oh soles, cuyos esplendentes rayos absorbemos, y vosotras, oh noches cuyos frescos besos y húmedas perlas aspiran con afan nuestras hojas sedientas, bien sabeis todos si tenemos sentidos! Pero sentidos cual no los posee otro sér creado, que desde aquí se apoderan de toda la naturaleza, que respiran sin labios y contemplan sin ojos, que presienten las estaciones mucho ántes que lleguen; sentidos que palpan el aire y

lo descomponen, agentes misteriosos de una vida inmortal!

¿Y para quién serian sinó los siglos de existencia que contamos? ¿Para quién el alma y la inteligencia? ¿Para el achaparrado arbusto tal vez? ¿Para el insecto y el átomo, ó para el hombre, fantasma fugaz, que se seca á mis piés como una paja, que llama á la tierra su reino, y que, sin embargo, desaparece de la luz del dia ántes que la hojarasca de mi copa haya alfombrado la senda de sus pasos? ¡Los siglos, para nosotros, son ayer, y serán mañana!!

¡Oh! ¡Gloria á tí, Padre de todas las cosas! Dínos con qué terrible dedo oprimes el más débil de los resortes, para que nuestro frágil fruto, que aplastaria el pié de un hombre, contenga en sí nuestros desmesurados cuerpos; para que de ese cono mezquino, que germina en un poco de arcilla, broten estos erguidos pilares, cuyas ramas gigantescas extienden en torno nublados de sombra y cobijan millares de avecillas. Dínos qué poderosa levadura de vida encierra nuestra sávia, gota de lluvia que beberia el pico de un pájaro, para que sus ondas, siempre henchidas, se multipliquen en nuestras venas, calmando el sediento ardor de la red que forman; para que ese eterno manantial renueve en todos los arroyos este torrente por nada interrumpido, y para que desde la cúspide á la raíz verdee la inmensa colina que vegeta en un solo tronco.

Decidnos en qué dia de los dias han nacido nuestras raíces, oh rocas que nos servís de base y de sustento. ¡Innumerables montañas coronadas de nuestras cimas ondulantes, soles extinguidos del firmamento, estrellas de la noche diseminadas por Dios, hablad, ¿sabeis cuál fué ese momento? Si se abriesen nuestros troncos, más duros que el diamante, se verian centenares y millares de años marcados en el corazon de nuestras fibras venosas, como en las capas de un elemento!

Águilas que pasais sobre nuestras cabezas, id á decir á los vientos desencadenados que desafiamos sus borrascas con

nuestros inconmovibles troncos. ¡Qué suban esos tiranos de las ondas; que mujan sus raudas alas para arremeter á nuestros brazos nerviosos! ¡Ah! Sus más vertiginosos embates no harian más que balancear nuestros tallos y silbar entre nuestra espesa cabellera.

Hijos de las peñas, engendrados por nosotros mismos, su mano divina nos plantó, y somos la verde diadema con que coronó las cumbres del Eden. Cuando ondulen las aguas del diluvio, nuestros huecos costados serán el refugio de la raza entera de Adam, y los hijos de Noé labrarán con nuestra madera el arca del Dios nómada de Abraham. Y cuando las tribus cautivas hayan visto las alturas de Hermon, nosotros cubriremos con nuestras vigas el arca inmensa de Salomon; y si andando el tiempo, un Verbo hecho hombre adora y da á su Padre un nombre más santo desde lo alto de una cruz, nuestras ramas, altares de tan gran holocausto, suministrarán la madera necesaria para el instrumento de su suplicio. En memoria de prodigios tales, los hombres acudirán á adorar nuestros vestigios, inclinando la frente, y á aplicar sus labios á nuestros troncos. Los santos, los poetas, los sabios escucharán en nuestras enramadas rumores semejantes á los de las ondas del mar, y guarecidos bajo nuestra sombra profética, formarán sus cánticos más bellos con los susurros de nuestras ramas.

Deslizaos, oh brisas nocturnas, como la mano se desliza de cuerda en cuerda por un arpa vibrante, arrancando á la vez de cada cuerda un alma, de cada alma una voz! Deslizaos, y que vuestros dedos hagan brotar de cada fibra un santo estremecimiento! Que el rumor de vuestras alas al rozar los arcos de nuestras bóvedas, que las resonantes gotas de lágrimas del cielo, que el gorjeo del avecilla en su nido y el balanceo del mar en su lecho, y el agua que filtra, y la yerba que se pliega, y la sávia que cae á manera de lluvia, y la fiera que aulla ó grita; que todos esos ruidos de fuerza y de vida multiplica-

dos por el silencio, y ese susurro del mundo vegetal que palpita á nuestros piés desde el tallo de yerba hasta el metal; que estas voces, en fin, reunidas en nutrido coro en este aire en el que se destaca nuestra sombra temblorosa, se eleven y canten al que las ha hecho y al que las oye, á aquél cuya mirada atiende á sus necesidades: Dios, Dios, Dios, mar sin límites que lo contiene todo en sí, foco del que cada vida es una tenue chispa, piedra de la que cada existencia es una humilde partícula, que viva su vida eterna, inmensa, universal; que viva por siempre renaciendo ántes que la naturaleza y despues que ella; que viva y se renueve, y que cada suspiro de la hora por él llamada suba hasta él, de quien todo emana!!!

. . . .

. . . .

Así cantaba el coro de los árboles, y los ángeles repetian con entusiasmo estas alabanzas; y el unánime concierto de los montes, de los mares, de los fuegos y de los vientos, de cada forma de sér y de átomos vivientes, y de todas las maravillas terrestres, pasaba por los oídos de los cedros para subir hasta el Señor. Y esos millares de voces de todo cuanto ve á Dios, lo comprende ó lo adora ó lo siente en todas partes, circulaban en el silencio formando grandes armonías, sin palabras articuladas, sin lenguas definidas, semejantes á ese sordo y vago gemido que un arrebato de amor arranca del corazon amante, y que en un solo murmullo contiene y expresa más amor del que puede balbucear el hombre en cien palabras!

. . . .

. . . .

Cuando se hubo evaporado el himno de las mil voces, los espíritus, llenos del nombre que en él se habia adorado, fue-

ron á llevar de esfera en esfera el eco melodioso de aquel cántico terrestre. Uno solo, que contemplaba la escena desde más inferior lugar, les vió partir sin seguirlos. ¿Por qué se quedó oculto en la nube? Porque un objeto, situado al pié de un gran cedro y al abrigo de su follaje, le hacia olvidar los cielos pareciendo tener encadenados su pensamiento y sus ojos.

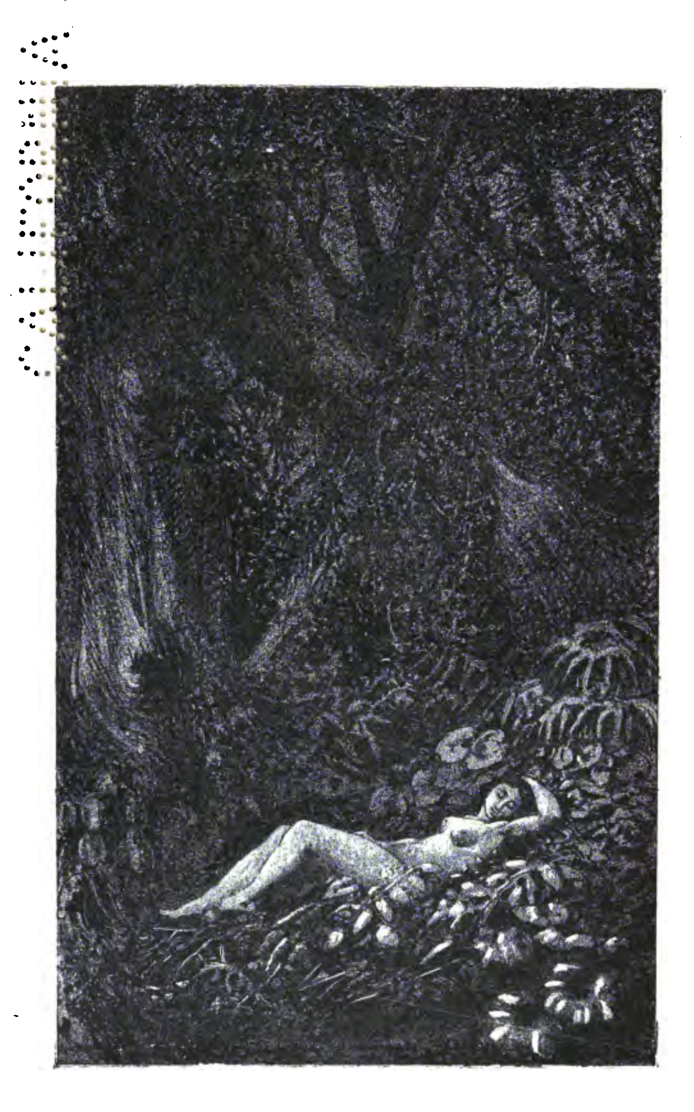
¿Qué era lo que podia extasiar así la vista de un ángel? Una hermosa criatura desnuda que yacia entre las flores al pié del árbol, y que, sorprendida aquella tarde por el sueño, no habia visto declinar y ponerse el sol, ni al marcharse las tribus de las montañas habia oido el llamamiento de sus compañeras. Su madre no habia contado aún en la frente de la doncella la duodécima primavera desde que dejára de amamantarla; pero en aquella época de vigor en que las sávias, ménos lentas, se apresuraban á hacer llegar á su madurez á los hombres y á las plantas, trece años equivalian para una vírgen á diez y ocho primaveras de nuestros dias, llenas de gracia y de amor.

Cabe un tronco blanco de cedro y en un sitio en que el astro reverberado reflejaba en las yerbas sus haces luminosos, un rayo de la luna iluminaba su hermoso cuerpo; sus piés tocaban el borde de un lago puro y durmiente, y algunos lírios acuáticos, llenos de perfumes nocturnos, encorvaban sobre su cuerpo sus juncos verdes y sus urnas; su brazo derecho, puesto debajo del cuello, le servia de almohada, miéntras el siniestro siguiendo el mórbido contorno de su costado, se doblaba despues en torno de la cintura, de modo que su blanca mano de afilados dedos desparecia casi entre las flores plegadas bajo su leve peso, como si estuviese aun jugueteando en sueños con los tallos inodoros de aquellas plantas. Sus cabellos, entreabiertos por la suave brisa crepuscular, ondulaban sobre sus brazos como un gran velo negro, dejando descubiertos, ó sus alabastrinos hombros, ó su turgente seno, ó los contornos de las caderas y el ovalado perfil de aquella frente de la que no hubiese podido apartar la mirada quien la contempla-

ra, ni áun para dirigirla á los cielos; frente que resplandecia como bruñido mármol entre la negra cabellera echada hácia atrás, y las sedosas líneas de sus finísimas y bien arqueadas cejas. Tenia los ojos cerrados y velados por la sombra de sus largas pestañas, pero el tejido venoso de los parpados aparecia teñido de tintas sonrosadas y trasparentes. De entre los arcos de las cejas bajaba en línea recta el perfil de su graciosa nariz, y cual airoso repliegue de purpúrea rosa proyectaban una sombra en sus mejillas las alas de la nariz que, siguiendo el movimiento causado en su seno por la respiracion, palpitaban y se elevaban levemente henchidas: sus labios, semejantes á un encendido lirio cuyo cáliz próximo á abrirse, se replega en forma de voluta, estaban entreabiertos y tras ellos brillaban, como en el corazon de un fruto verde, las blanquísimas pepitas de los dientes: los dos ángulos indecisos en que terminaba por uno y otro lado aquella boca, desaparecian entre una vaga sonrisa.

Á través de la indolente languidez de aquel sueño virginal se retrataba en el rostro su puro corazon; espejo velado de su sueño, veíase reflejado en él aquella alma que iluminaba y coloraba su frente. Su cuello flexible y redondo se dilataba un tanto al descansar sobre él brazo que parecia abrumado por el peso de la cabeza; y los fugitivos rayos del astro nocturno y las sombras flotantes esfumaban vagas líneas de claro-oscuro en el brillante tornasol de sus mejillas. Sus miembros delicados, de suaves contornos, que ondulaban bajo la piel sin marcar en ella el menor pliegue, llenos, pero de esa carne tierna y blanda propia de la infancia que va entrando poco á poco en la adolescencia, asemejábanse á los tallos del trigo ó del lino cuyo contorno lleno ya redondea la sávia, pero sin que el fecundo estío que debe madurar la espiga haya endurecido aun los dorados nudos de la planta. Su inmovilidad parecia la de la muerte.

La luna acariciaba aquel hermoso cuerpo sin causarle



Hubiérase creido tener á la vista un fiel trasunto de Eva

molestia; y á no ser por la respiracion desigual que levantaba y bajaba su seno á intervalos, y por las imágenes que debian pasar al través de su sueño tiñendo su blanca mejilla de vivo carmin, hubiérase creido tener á la vista un fiel trasunto de Eva en el jardin de la inocencia, ó soñar como soñaba el esposo la víspera del dia en que conoció el amor.

El ángel, apartando el follaje para contemplarla más á su sabor, la rodeaba en imágen de su amor celestial, bien así como la mirada de los humanos se posa, sin tocarlo, en un objeto al cual no se atreve uno á acercarse.

—¡Daidha, decia, tierna corza de las montañas! ¡Perfume escondido de estos bosques! Tu madre y tus compañeras te llaman buscándote por ellos. ¿Por qué olvido el cielo para velar por tí? Un dia y otro dia me sucede lo mismo: los ángeles mis hermanos se internan en el firmamento y recorren las esferas; en vano es que me llamen, porque yo continúo aquí abajo: ¡para mis ojos no hay cielo dónde tú no estás! ¿Por qué la ley del Señor, oh hija de la mujer, consagró mi alma á la tuya desde el punto en que nació? ¿Por qué me sacó de mi dichosa nada en la hora en que un beso te dió á luz, oh bellísima criatura? ¡Hermana gemela mia, á quien por un bárbaro sino me reune tanto amor y de quien me separa lo infinito! ¡oh! ¡Cuánto maldigo mi destino inmortal desde que creces ante mis ojos arrobados! ¡Cuántas veces, impulsado por una ternura sin límites, no pudiendo elevarte hasta mí, ardí en deseos de bajar hasta ti, de abdicar este destino para igualarte á mí, y de vivir tu vida, muriendo como tú! ¡Cuántas veces tambien, hastiado de mi dicha en mi cielo solitario y echando de ménos la tierra, estuvieron á punto de exhalar mis labios de fuego ese grito de amor que resuena en mi alma! ¡Hazme morir tambien, ¡oh Dios que la hiciste mortal! ¡Ser hombre! ¡Qué destino!.... sí, pero ser amado de ella! ¡Pero amar, ser amado, con mútua correspondencia! ¡Ah! ¡El ángel no sabe lo que es amor! ¡Sér único y perfecto que se basta á

sí mismo, no conoce, no, la voluptuosidad suprema de buscar en otro algo que no sea él mismo, y de no vivir completamente sino viviendo en otro! ¡No tiene como el hombre en medio de sus penas la compensacion de los sinsabores humanos, la santa facultad de crear amando un sér imágen y complemento de sí propio, un sér en que el sér de dos corazones, fundidos por el amor, se multiplica en otro sér parecido á ellos! ¡Oh misteriosa ley del hombre divino, ley en virtud de la cual no encuentra éste su totalidad sino fuera de sí mismo, y que hace que no pueda amar sino consumiendo á otro! ¡Cuán preferible es ese destino sublime al nuestro, á este amor que no tiene en nosotros más que un solo foco, y que arde sempiterno sin multiplicarse en él!

. . . .

»Jehovah, ¿será una blasfemia este suspiro? Pero ¿acaso amo yo, tan desdichado, tan solo? Mas ¿cómo no amarla, Dios mio? Por ventura, no tengo siempre los ojos fijos aquí abajo? ¿No me has dado por único espectáculo ese milagro mayor que todos los milagros? ¿no has hecho que presencie cómo se desarrolla y se abre esa alma virginal? ¿no me has permitido que vigile sus pasos, que regocije su corazon, y que dirija con mi soplo sus instintos indecisos, sus primeros pensamientos apénas bosquejados en su alma ingenua, inclinando su corazon como con el aliento se inclina una flor? ¿No veo su alma al través de su rostro como contemplo la luna al través de este follaje? Desde el momento en que su madre la dió á luz y la levantó orgullosa con sonrisa bañada en llanto, y estrechándola entre sus brazos contra sus blancos pechos, vió cómo despuntaba la luz de sus ojos en su pupila, ¿ha exhalado esa boca un solo vagido, ha hecho esa alma naciente un movimiento cualquiera, ha dado ese corazon que se ignora á sí mismo un solo latido que mi mirada no haya visto nacer, germinar, desarrollarse, ántes que ese vagido, ese movimiento, esa palpitacion hayan agitado su piel, como veo

esos fuegos del cielo asomar bajo el agua? ¿No lo he observado todo con el cuidadoso interés de una madre? Primeramente la impresion fugaz, efímera de la vida ensayando sus órganos nacientes, vaga y confusa voz de ese concierto de los sentidos; luégo esas sorpresas llenas de íntimas delicias, primicias delicadas del sentimiento naciente; despues esos arranques del corazon que no pueden calmarse sino en el corazon de una madre y con un dulce beso; esas caricias instintivas, hijas de la excesiva ternura del alma, que procuran difundirse por todo cuanto ésta ve, y que, sin causa todavía, hacian que asomaran las lágrimas á sus ojos, como penden las gotas de rocío de las hojas de las flores; más adelante, creciendo en inteligencia á medida que la edad hacia que la naturaleza irradiara al corazon, esos éxtasis, esos arrobamientos causados por las maravillas de Dios, esas turbaciones, esa sed de aspirar en su seno al mismo Dios, esa adoracion sin saber á quien se ama, esos cánticos interiores que surgen de los sentidos, que la abeja y el niño susurran sin acentos, misterioso teclado de esa alma infinita, cuya armonía se escucha sin comprender su sentido! Y por último ahora, ¡oh espectáculo harto henchido de amarga voluptuosidad para mis ojos encantados, que oprime mi alma y fascina mi vista! presenciar cómo palpita esa alma candorosa y virginal al contacto de un sentimiento nuevo, como palpita el ala de una avecilla al borde de su nido; ver cómo se penetra de un fuego que aún oculta su llama; cómo se ruboriza al pensar y sentir que es ya mujer; cómo exhala en suspiros, solitaria y cavilosa, ese instinto que ni áun la calma de la noche puede sosegar; cómo concentra sus ternuras en el foco de un corazon puro, reteniendo las caricias con sus manos, con sus ojos; cómo piensa en qué objeto podrá explayarse ese sentimiento vago, divino presentimiento del amor, procurando darle un nombre, una apariencia, cómo lo crea y lo vuelve á crear cien veces, y cómo derrama lá-

grimas al volver en sí por ese ideal amante disipado por un sol!

»¡Ah! Esto es demasiado para un hombre y hasta para un ángel! Eso es lo que veo, y áun dudo si amo! ¡Si amo!.... Si no amase ¿estaria tan celoso de sus hermanos que sueñan ya con darle el nombre de esposo? Si no amase ¿me cuidaria tanto de infundirle determinados ensueños cuando se halla en ese abandono de los sentidos en que la sume el sueño, haciendo aparecer en ellos una imágen de mí mismo con facciones humanas y adornada por mis manos, un fantasma ideal cuyo brillo la fascina, un hermano rodeado de mi divino esplendor, con objeto de que tan abrasador retrato haga repugnante á sus ojos á todo sér mortal que pudiera forjarle su fantasía? Así es que, gracias á este cuerpo cuya apariencia es la mia, ve los mortales con indiferencia, y su corazon no siente amor sino por ese rostro lleno de atractivos que mi celoso instinto le presenta mientras duerme. ¡Oh! ¡Que ningun otro prevalezca á sus ojos! ¡Ah, Daidha! ¿Por qué no me es dado animar ese fantasma en que bajo falaces formas me ves todas las noches, infundirle mis amorosos arrebatos, comunicarle una voz para decirte al oido frases tan ardorosas que sean capaces de consumir tu vida?

»Si Dios me permitiera tan sólo árrebatar sobre mis alas de amor tu hermoso cuerpo miéntras duermes, mecerte en el cielo en medio de ese aire diáfano, tener sentidos como los tienen los hijos de la tierra para ver brillar en tus ojos cuando despertases un rayo más vivaz que todos los fulgores del cielo, para tocar esos cabellos cuyas espesas ondas te velan y que sobre tu blanquísimo cuello parecen más negros que la noche sin estrellas; respirar el aliento suspendido de tu labio, ó rodeándote de luz, de tibio calor y de misterio, formarte una atmósfera con mi mirada abrasadora!

»¡Oh si me fuese dable siquiera transfigurar mi sér y rebajarme un momento con tal de hablarte! Pero degenerar de

mi raza seria un baldon eterno: Dios tolera que se descienda, pero no que se ascienda de nuevo. Dícese que ciertos ángeles que se abrasaban en el mismo fuego que yo han sufrido las consecuencias de tan inflexible ley, y que atraidos por las hijas de los hombres, jamás pudieron volver á ocupar el elevado puesto en que estamos. Esos séres desterrados de su celeste morada, despues de perder para siempre su destino casi divino, condenados á morir y á renacer sin fin, separados de sus hermanos, padeciendo sus miserias sin abrigar sus esperanzas, no pueden recuperar el rango que han perdido, sino despues de pasar mil años en este globo habitado y de reconquistar su primitivo esplendor pasando por un interminable círculo de pruebas sucesivas: ángeles transfigurados, necesitan á su vez convertirse de hombres en ángeles!.... ¡Oh penosa evolucion! ¡Oh destierro humillante en este infierno de lágrimas! Y sin embargo, lo han arrostrado por encantos mucho menores; y yo mismo, como si me sintiera impelido por una fuerza fatal, he maldecido cien veces mi patrio cielo! ¡Oh furiosa tempestad de amor y de orgullo, ¿no te aplacarás nunca?.... Bellísima cabeza, que duermes sin sospechar mi turbacion y mis remordimientos; puesto que sueñas en mí, duerme. ¡Oh! duerme, hermosa criatura!....»

. . . .

Y Daidha dormia, y desde su blanquísimo rostro la luna replegaba ya su luz bajo el follaje, y el ángel, cuyo amor se abria paso al través de la oscuridad, veia la tenebrosa noche luciendo con su belleza.

Percibíase entre tanto, en medio de aquel sagrado silencio, como el eco lejano de un paso sordo, y tambien algunas palabras entrecortadas y pronunciadas á media voz, que parecian salir en lontananza de las profundidades de los bosques. Al poco rato, surcaron las sombras ciertas claridades inter-

mitentes, reflejadas en los anchos y oscuros troncos y parecidas al lívido fulgor de los relámpagos que palpitan en las nubes desgarradas por el rayo.

De pronto apareció un hombre deslizándose bajo la bóveda de los copudos cedros como quien busca algo y aplica el oido, con el cuerpo inclinado, avanzando la cabeza y una pierna; y agitando, como un hacha de viento, el tronco de un pino jóven hendido hasta las raíces, cuya llama devoraba la resina en azulados chorros, y cuyo fúnebre resplandor y adormecido fuego se reanimaban con más viveza á cada movimiento. A la intermitente luz de esta antorcha informe que parecia poco onerosa para aquella mano descomunal, el cuerpo lívido y azulado del hombre de la noche aparecia á la vista con ígneos colores. Su cuerpo robusto y varonil seria, comparado con el de los hombres actuales, lo que un gran cedro es á un frágil arbusto; los músculos, cuyos carnosos nudos hinchaban su piel, se enlazaban en su cuerpo como en la cerviz de un toro y las plantas gigantescas de sus anchos piés aplastaban con su peso las yerbas y las ramas. Al observar los contornos sólidos de su cuerpo, hubiérase creido que tenia miembros de mármol con huesos de hierro. Llevaba desnudos brazos y piernas, pero el velludo pecho cubierto con un horrible adorno que aterraba la vista: este adorno era la piel de un leopardo cuyo cuello habia atravesado con su venablo para hacerse un manto con ella, y cuya repugnante cabeza causaba espanto sólo al verla: pendia inmensa con sus ardientes ojos, sus ensangrentados labios y el marfil de sus dientes: las garras de la fiera, que parecian rígidas, colocadas á uno y otro lado del cuello sobre los hombros del hombre, flotaban cerca de la boca con sus amarillas uñas como si el furor las contrajera todavía. El resto de la piel, que pendia á la ventura, iba sujeto con un cinto á los costados de aquel hombre, llegándole hasta las piernas en atigrados jirones cuyos bordes habian desgarrado los perros. Sus ca-

bellos, echados atrás desde la frente, ondeaban sobre su espalda cual salvaje melena, y su cuello los sacudia lo propio que el leon sacude sus crines. Su rostro, alumbrado por los siniestros destellos del pino, llevaba impreso el tipo de la belleza varonil en sus grandes facciones comunes á los primogénitos de la tierra; pero esa mirada humana que comunica á los ojos su hermosura, ese rayo mal velado del fuego divino no lo iluminaba con los reflejos de su llama: era una belleza de carne y no de alma, en la que la luz de los sentidos reflejaba el duro y marcado contraste de sus instintos viles y poderosos, así como una claridad emanada del suelo proyecta en el semblante enérgicas líneas de luz y sombra. En aquel rostro adivinábase sin esfuerzo que la inteligencia muerta dejaba triunfar sin lucha el apetito y la fuerza de las fieras: los contraidos músculos de los labios y los ojos revelaban tan sólo doblez y ferocidad. Era en fin una soberbia y abyecta criatura que habia conservado su forma y perdido su naturaleza, tal como muchos hombres de carne y hueso que existen hoy en la tierra y para quienes jamás ha brillado el rayo de la inteligencia divina!

De su espalda pendia un recio arco de asta negra que chocaba con una aljaba de marfil, en la cual llevaba tres flechas metidas en sus tubos de metal; con una mano sostenia la antorcha ya descrita y con la otra una maza enorme. Colgaban de su hombro los pliegues de una pesada red cuyas mallas eran de hierro y que parecia deslizarse de él como una nasa que se apresta á lanzar un pescador. Marchaba vacilando de claro en claro del bosque, echando ojeadas furtivas adelante y atrás, procurando ahogar el sordo rumor de sus pasos, parándose á veces y hablando en voz muy baja.

—¡Los hombres! decia: ¡oh raza detestable! No me engañaba, no; aquí veo sus huellas; hace ya nueve largas noches que mis compañeros y yo escudriñamos estas cumbres sin poder dar con ellos; ningun cazador se atrevió jamás á subir

hasta este sitio. ¡Qué profesion tan execrable es la de cazador de hombres! Es preferible cien veces acechar á los leones en los desiertos, al mamuth entre los juncos ó al águila en los aires; pero en cambio, ¡qué placer se siente cuando se ha conseguido echar la garra á las hijas y á la madre cogiéndolas en el mismo nido! En cambio, tambien nos pagan en Balbeck mayor precio por un niño que por un leon, un tigre ó un elefante. Esos esclavos humanos tienen más inteligencia: sirven mejor para el amor, para el placer y para la venganza, y por otra parte el hombre, en su soberbia, se manifiesta más envanecido de hollar, de pisotear á su semejante; y comparando su grandeza con esta esclavitud, goza en secreto envileciendo su imágen.»

Miéntras así decia, el cazador se iba acercando á Daidha; al rebasar el tronco que la ocultaba, descubrió su presa, y en su alegría dejó levantado el pié que adelantaba para dar un nuevo paso, conociendo de una sola ojeada todo el mérito de la belleza de la jóven. Fluctuando entre el amor y la codicia, inclinóse absorto y mudo sobre aquel rostro juvenil, apartó suavemente con los dedos su cabellera, y poniéndose á contemplar los atractivos de aquella frente despejada, examinó sus facciones con infernal sonrisa; luégo, dando una palmada en señal de triunfo, volvió la cabeza hácia donde estaba su séquito invisible, y al punto acudieron al oir aquella señal seis cazadores como él hasta llegar á donde yacia la doncella.

De pié todos ellos y formando en su derredor un círculo salvaje, avanzaban la cabeza para ver mejor su rostro, miéntras el primer cazador, puesta una mano en tierra y adelantando el cuerpo, les designaba, al resplandor de la antorcha sacudida por el viento, y con ademan y mirada feroces, las maravillas de amor de aquellos precoces encantos.

—¡Chit! ¡No la desperteis! Mirad esas ondas que velan un perfil delicadísimo, esa frente en que se adivina tanta calma

al través de tanto amor, esas negras cejas que orlan su blanca piel; esas floridas mejillas en que apénas osaria posarse el casto beso de una madre, y esos labios entreabiertos por un hálito suave, á través de los cuales se pueden contar los dientes que apénas sobresalen de ellos, y que en esa boca semejan las gotas de blanca leche que deja el pecho materno en los labios de una criatura! Y esa garganta más aterciopelada que el largo cuello del cisne, y el armonioso contorno de ese torso infantil, parecido á las imperceptibles ondulaciones de un riachuelo ántes de soplar la brisa matutina. Y esos mórbidos brazos, y ese corazon levantado por el fantástico amor que no se acerca á ella sino en sueños y esos piececitos blancos de torneados dedos, pulidos y modelados para volar y triscar, como dos redondas guijas acarreadas por la corriente, y que cabrian aún en la mano de su madre. ¡Oh! Cuando haya trascurrido una primavera y un estío y esos retoños de belleza tengan así tiempo de llegar á su completo desarrollo; cuando el rayo del amor, de que sólo se alimenta la mujer, haya avivado su llama al través de esas negrísimas pestañas, en vano buscarán un defecto los hijos de Baal en ese rostro encantador! ¡Qué de sangre y lágrimas se han de derramar por disputarse su posesion! ¡Y cuántos tesoros me proporcionarán esos mismos encantos! Ni con cien esclavos se me pagaria, oh amigos, ese dulce filtro animado que duerme á mis piés!

Al oir esta codiciosa esperanza de tan enorme provecho, sus envidiosos compañeros prorumpieron en un murmullo confuso de envidia y de ira.

—Esa jóven nos pertenece tanto como á tí, Nemfid. ¿Crees por ventura que hemos andado sin parar por espacio de tres lunas para que te enriquezcas tú solo con nuestro feliz hallazgo?

—¡Malvados! exclamó Nemfid levantando el brazo: ¿os figurais que he de haceros partícipes de lo que yo sólo he encontrado?

Su imprecacion espiró en sus labios. De una sola y feroz ojeada pusiéronse de acuerdo sus compañeros, y ántes que el soberbio gigante se enderezase del todo, cayeron á la vez sobre su cabeza seis mazas que de un solo golpe le deshicieron el cráneo y sus propósitos. El gigante cayó sin movimiento, no mediando más que un gemido entre la explosion de su ira y su muerte; y al caer retembló el suelo hasta en sus raices.

Los fulgores de la antorcha y el estrépito de la lucha despertaron á Daidha; de su alma surgió un grito de espanto engendrado por el horror, y así como una serpiente dormida se iergue de un solo esfuerzo muscular al sentir el pié que la oprime, así tambien la jóven se levantó de un brusco salto sin apoyar las manos en el suelo, y rompiendo el círculo que en torno suyo formaban los cazadores, deslizóse como una brisa entre sus dedos; pero uno de ellos lanzóse al punto en su seguimiento, desplegó la red que de su brazo pendia, y sin dejar de correr la arrojó sobre su presa; la red se extendió totalmente al surcar los aires, y la sofocante nube de sus mallas de hierro rodeó á la doncella encerrándola en una especie de movible cárcel: entónces la hórrida banda se detuvo á algunos pasos de ella, contemplando con la mirada clavada en su cuerpo, cómo Daidha se consumia en impotentes esfuerzos.

En vano levantaba la doncella los brazos para librarse de aquella red cuyo tejido parecia caer á chorros sobre ella; el férreo velo contra el cual se destrozaba los dedos gravitaba con todo su peso sobre su agobiada frente, mezclándose y adhiriéndose entre sus largos cabellos á su cuello inclinado y á sus hombros que bajo la red se plegaban, y á la manera de un lienzo mojado en las espumosas olas, iba siguiendo los movimientos de su cuerpo y torturándolo; el sudor y la sangre salpican su lacerada piel; llama á su madre, llora, grita, se golpea la frente; pero las mallas de hierro ahogan sus gri-

tos y parecen sofocarla. Luego trata de roer con sus dientes de leche el ensangrentado nudo de las mallas, pero en vano es que éstas chorreen sangre. Para desprenderse de ellas, hace un esfuerzo más enérgico que nunca, endereza todo el cuerpo, lo encoge, se revuelve, y tomando impulso da un salto que deja admirados á los cazadores, pretendiendo librarse de un golpe de la camisa de acero que le encorva el cuello; pero cuanto más salta, más se pliega la red; su paso vacila bajo los resbaladizos nudos de esta, y cediendo al peso aumentado de sus múltiples mallas, cae rodando á los piés de sus enemigos.

Al ver aquellos esfuerzos cuyo horror hubiera arrancado lágrimas á los ángeles, al contemplar aquel hermoso cuerpo ataraceado entre sus horribles ligaduras, prorumpieron los cazadores en unánimes carcajadas cuyos sostenidos ecos repercutieron en las profundidades del bosque añadiendo al suplicio el amargo sarcasmo.

—Hermosa niña, decia uno, ¿por qué no sigues llamando á tu madre? Haz que acuda á tu voz para que vea cómo juegas y ate de nuevo esos nudos de flores si llegan á romperse.

Otro exclamaba en son de burla:

—¡Pobre criatura! ¡Cómo se ruboriza! ¡Cómo palpita su corazon! Despréndete, si puedes, de los brazos de ese amante, rompe esos nudos de hierro y respira un momento!

Y otro, designando con el dedo aquel hermoso rostro que yacia ensangrentado á sus piés, decia:

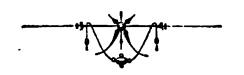
—¡Lástima es por cierto que manches de polvo y de lágrimas esa linda cara que muy en breve sembrarán de flores! ¿Por qué lastimar así esos sedosos hombros, y esa piel infantil que el hierro marca y desgarra, y ese seno virginal, y esos piés delicados cuya huella no faltarán labios que besen muy pronto? Da tregua, encantadora doncella, á esos furores y á esas lágrimas. ¿Ignoras acaso que cada esfuerzo nos priva de alguno de tus encantos, que cada señal de tus magullados

miembros rebaja gran parte del precio que pensamos sacar por tí?

Y recorriendo con la vista las cárdenas contusiones y las gotas de sangre que brotaban de sus heridas, movido de avaricia y no de piedad, lamentaba el estado de aquella masa viviente que removia con el pié.

Entre tanto Daidha, rendida de tanto luchar y cada vez más enlazada en la angosta red, hacia infructuosamente los más dolorosos y desesperados esfuerzos para desprenderse de ella, al oir tan horribles sarcasmos. La angustia que la oprimia se echaba de ver en los frecuentes estremecimientos de sus miembros, que palpitaban bajo el peso que los laceraba, hasta que la red, indicando la progresiva postracion de sus fuerzas, quedó aplanada é inmóvil.

No de otra suerte se ve en las orillas intranquilas del azulado lago Meótides una codiciosa banda de afanosos pescadores atrayendo á la arena un hermoso cisne cautivo en la flotante red que han lanzado desde su esquife: la voluptuosa ave, tendida en la playa, destroza su plumaje en las espesas mallas, viendo brillar entre ellas su mar predilecto y el anchuroso y libre espacio; entónces pugna por extender sus alas en toda su amplitud para reunirse con las bandadas de sus hermanos de nido, da bruscas sacudidas con los piés, con el cuello, con el pico y los costados, en la elástica prision y en sus nudos resbaladizos, hasta que cediendo á la presion que la abruma, mancha su cuello de sangre y su plumaje de arena.





SEGUNDA VISION

Cedar, el ángel de Daidha, testigo invisible de aquel prolongado suplicio, no estaba léjos de allí, y si mi voz es impotente para expresar su martirio, ¿qué frases podrian demostrar cuál era el tuyo, oh espíritu de amor? Saliendo de su arrobamiento al oir aquellos gritos, lleno de estupor, aturdido, habíase quedado sin voz, sin palabra, como el hombre que pasa por la tierra y cuya alma se remonta á los espacios.

Lo habia oido todo ántes que Daidha; todo habia tenido resonancia de un corazon á otro; cada gota de horror de los miembros de la doncella habia traspirado de sus miembros y brotado de su alma; habia visto á la jóven sorprendida durante su sueño, oido la siniestra conferencia de los cazadores, sabido el infame provecho que estos se proponian sacar de su virginidad, y visto cómo se repartian, cual salteadores de caminos, á la misma en quien no osaban fijar sus lascivas miradas. Abrigaba la esperanza de que durante la repugnante disputa, acudirian los hermanos de la doncella á terminar tan inicua lucha, á salvar á su hermana de aquellos brazos falaces, derribando á sus plantas al infame raptor, pero cuando vió que aparecian entre las sombras los siete cazadores, acercándose presurosos al oir la señal de éste, y que Daidha, su amor, se retorcia sin esperanza de socorro entre los nudos de

acero, cayendo por fin al suelo envuelta en la pesada red y mezclando su sangre con el rocío nocturno, el ángel, semejante á la madre á cuyo hijuelo ha arrebatado de la cuna un voraz leoncillo, y que, introduciendo afanosa los brazos entre los dientes que trituran el fruto de sus entrañas, disputa miembro á miembro á la fiera la desgarrada presa, el ángel, digo, vencido casi por su amor, no fué dueño de reprimir un arranque de compasion, y olvidándose enteramente de sí mismo por la vírgen objeto de sus amores, se precipitó al punto de su elevado puesto: la celosa desesperacion que se habia enseñoreado de él, aniquiló todo esfuerzo de su voluntad. Un deseo omnipotente habia metamorfoseado su sér; convirtióse en aquello mismo que tanto le hacia temblar, y revestido de forma, esencia y sentidos terrenales, acababa de degradarse, pasando de una naturaleza á otra.

En el temible momento en que así se trasfiguraba, oyó resonar en su alma este grito, semejante á la voz del roedor remordimiento: «Los decretos del cielo no dejan de cumplirse. ¡Cae, degrádate para siempre, criatura eclipsada! ¡Desaparezca tu esplendor hasta de tu mismo pensamiento! Saborea hasta la sangre la dicha de los humanos, ya que con tus propias manos destruyes tu gloria: tu vida no abrigará jamás esperanza en el fondo de tu corazon; no te emanciparás por la muerte como los hombres; pues en lugar de una sufrirás cien muertes; Dios te hará vivir de nuevo y la tierra te devolverá tu cuerpo hasta que hayas rescatado gota ó gota esa inmortalidad que has sacrificado por una mujer.»

Pero todo resultaba vago y remoto en su memoria, así el decreto formidable, que no dejó de oir, como el recuerdo de su destino perdido. Nada conservaba ya de su primitiva gloria, nada del cielo, ni de sí mismo, y sí tan sólo un melancólico asombro, cierto instinto, cierto presentimiento del presente, del pasado, de elevados destinos, semejantes á esas imágenes innatas merced á las cuales conoce el hombre á la

primera ojeada, cuando tropieza con un objeto imprevisto, lo que hasta entónces jamás habia visto.

Pues bien, al trasfigurar su invisible imágen, el ángel habia adquirido instintivamente la forma y el rostro de ese sér ideal fijo siempre en la mente de Daidha, cuando su amor angelical la visitaba en sueños durante el tierno éxtasis en que el sueño la sumia: era el hombre de siempre, pero con facciones humanas, el hombre tal cual Dios le amasó con sus manos; alma visible, arrobador fenómeno en que el espíritu, trasparente al través de la humana cubierta, elevando la materia hasta su sublime esfera, imprime en ella la inteligencia, la rodea de belleza, y al calor de su propia simpatía, penetra cuanto ama del amor que él mismo siente. No parecia sino que la vida hubiera equiparado sus dias con los de la amorosa doncella; sólo que en las facciones de su jóven y hermoso rostro se echaba de ver algo superior á la edad que representaba, así como que su florida y precoz belleza se iba acercando ya á su madurez; su mirada suave se impregnaba en su pupila de más azulado color; su gracioso lábio presentaba más varoniles pliegues; los bucles dorados de su espesa cabellera ondulaban en rizos más cortos sobre un cuello más nervioso; su estatura era casi la mitad más elevada que la de la encantadora y débil doncella; y sus torneados miembros, pero en cuyos robustos músculos iba mezclada la fuerza con la esbeltez, parecian sueltos, ligeros, de porte majestuoso y libre, posándose en el musgo perfectamente equilibrados, á la manera de una deidad salida del cincel de un escultor, sobre cuyo pié gravita todo el peso de su cuerpo.

El ángel se habia trasfigurado de tal suerte en la oscuridad, detrás de un cedro corpulento y sombrío, habiéndose quedado absorto por espacio de bastante tiempo, sin poder darse cuenta de sí mismo ni de lo que le pasaba. Su caida habia roto el hilo de sus ideas, esparcidas, borradas en su alma nueva; pero el impulso que le habia precipitado del cielo tras-

tornaba todavía su corazon material. Sin saber de dónde procedia aquel instinto involuntario, el amor concebido en el cielo le seguia á la tierra, así como el hombre herido de muerte por un rayo conserva en sus facciones, áun despues de sepultado, la indeleble huella del postrer sentimiento que dominaba en su alma en el momento de morir.

Al ver aquella jóven de belleza inefable arrastrando su seno desnudo por el suelo ensangrentado, y aquellos hombres, entregados á estúpida hilaridad, que se bajaban ya para apoderarse de su presa, salió bruscamente de la sombra en que estaba oculto, sin más defensa que su corazon ni otras armas que sus manos, cayendo como el huracan entre Daidha y sus verdugos: sin detenerse á más, y sirviéndose de su cabeza como de un formidable ariete, arremetió de un salto al gigante más próximo, dándole un tremendo golpe con ella en la boca del estómago; al choque de su frente, la cavidad sonora de los magullados pulmones del bandido gimió como el tronco hueco de un tejo ó de un sicomoro. El gigante quiso respirar, mas ya no le fué posible; tambaleóse con toda su enorme masa, se inclinó, perdió el equilibrio, y cayó desplomado de espaldas, buscando en vano la luz con convulsivos ojos.

Atónitos de sorpresa y de horror los otros cinco, retrocedieron algunos pasos, y en el terror que se apoderó de ellos, creyeron ver un ejército en aquel solo hombre. Para proteger su vida, levantaron sus mazas; mas, recobrados de su estupor y seguros del triunfo, volvieron hácia él, ganaron de un impulso el terreno perdido, y cayendo todos á la vez sobre su único adversario, le encerraron en un círculo furibundo y amenazador. Su jóven contendiente los contempló sin que se le demudara el rostro, ántes al contrario, cogiendo por los piés uno de los cadáveres que yacian en tierra, se puso á hacerle girar sobre su cabeza cual si fuese una espada, y cada vez que descargaba un golpe con aquella maza humana, íbase reduciendo el número de sus enemigos.

El estruendo de tan horrible combate resonaba en las profundidades de la selva; la cabeza del gigante esgrimida á modo de pesada maza trituraba los cráneos haciendo volar sus huesos en pedazos y sembrando el suelo de jirones de cerebros. Cuatro enemigos han mordido ya el polvo; pero el brazo del jóven se va quedando exhausto de fuerza, y la pesada arma, asestada contra el quinto, engaña la mano que la maneja, errando el blanco. El único enemigo que sobrevivia á sus golpes, pero tambien el más formidable de todos, era Djezyd. Adivinando con rápida inteligencia el estado de la lucha, prometíase ya cumplida venganza y el logro de su presa, y aprovechando un momento en que el vencedor resbalaba en la sangre, precipítase de un vigoroso salto sobre él, le sujeta á brazo partido, le ahoga con su cuerpo, le tambalea con su masa y le arranca con los dientes largas tiras de carne como las arranca el tigre del hueso que no quiere soltar. Uno y otro se doblegan bajo su mútuo peso, y así como dos troncos vecinos desarraigados por el viento, entrelazan y confunden sus ramas, así tambien cogidos los dos rivales uno á otro, permanecen como suspendidos en el aire, ó bien apoyando frente contra frente en el ardor de la lucha, se sostienen mútuamente impidiendo que uno de ambos ruede por el suelo.

Sus músculos y sus huesos resonaban con siniestros crujidos; el sudor inundaba á chorros sus miembros, y el resuello de sus jadeantes pulmones salia ruidoso como el estruendo del huracan en los robles.

Por último, Djezyd, más pesado y más fuerte que su jóven enemigo, consiguió levantarlo un tanto del suelo, y no bien conoció que sus piés carecian de sólido apoyo, se precipitó con él á tierra abrumándolo con su peso; incrustados uno á otro, caen como una sola masa, y al choque de sus cuerpos, retiembla y gime la tierra. El hijo del cielo, sofocado por la enorme masa de Djezyd, estira sus miembros, poniéndolos tan rigidos como un cable; mas, conociendo que no puede des-

prenderse de él, hácese firme en el suelo con los hombros, le enlaza estrechamente con los nudos de su cólera, imprime á su cuerpo un movimiento circular, y arrastra consigo el cuerpo de su adversario: la cuesta que forma el terreno secunda sus esfuerzos, y ambos van rodando confundidos hasta el verde precipicio, cuyo borde se inclina resbaladizo hácia el lecho del torrente, de suerte que caen á la vez abrazados en las espumosas ondas: abrazo mortal, en que, envidiándose mútuamente la hora del postrer suspiro, cada uno quiere morir con tal que el otro muera.

¿Quién podrá comprender el horror de este combate singular, á la sombra de la muerte, bajo el sudario del agua, en que la rabia inextinguible de los dos combatientes impedia á su rival ganar la orilla, y para anticipar el momento supremo, cada cual se sofocaba bajo el húmedo elemento? El abismo tan sólo conoció aquella horrible alternativa que las hirvientes ondas ocultaron en su seno.

Por fin, despues de desesperados esfuerzos sólo de Dios conocidos, el jóven logró ponerse encima por un momento; asomó la cabeza al nivel de la corriente, y comprimiendo el cuerpo del gigante con su robusta rodilla en el seno del agua, y abriéndole con ambas manos las mandíbulas, hizo que penetrase en sus anchas fáuces la caudalosa corriente, y al poco rato, oscureció el brillante cristal de las aguas un cadáver flotante que subió del fondo á la superficie. Sus inanimadas facciones respiraban todavía rabia y terror, que ahuyentaron la luz del astro de las noches, horrorizado al contemplarlas.

El vencedor apresuróse á salir del torrente, chorreando agua, lleno de cieno y destrozado, y obedeciendo al mismo instinto cuyo fulgor le guió, acudió presuroso á donde yacia Daidha, sin cuidarse de restañar la sangre de sus heridas. A fin de romper la red que la aprisionaba, inclinóse sobre la jóven, testigo y premio de la mortífera lucha, que habia seguido con los ojos y secundado con el corazon los esfuerzos



Ambos van rodando hasta el verde precipicio

desesperados de su libertador. Aquel sér, del cual creia conservar memoria, brillaba ahora ante sus ojos no tanto por su belleza como por su triunfo, y aun cuando ignoraba el designio que le guiaba, se asia á sus brazos, se adheria á su seno, como si su tierna confianza hubiera tenido instintivamente conciencia de su amor celestial.

Cuando el jóven hubo levantado los largos pliegues de la red, y deshecho los anillos de las férreas mallas, temeroso de estropear con los nudos que deshacia sus miembros delicados ó las sedosas trenzas de sus cabellos, arrojóse Daidha á sus piés pretendiendo enjugarlos con su frente, y en el momento en que iba á balbucear entre besos su grito de libertad, oyó su nombre repetido por mil voces.

—¡Daidha! ¡Daidha! ¡Ella es! ¡Aquí está, aquí está!

El albor matutino coloraba las trasparentes nubes, y por todos los senderos que bajaban de las montañas, acudian corriendo sus hermanos, sus compañeras, que la buscaban tendiéndole los brazos. Su madre las guiaba yendo delante de todos: no bien la divisó Daidha, cuando voló á su encuentro, y estampó cien y cien besos en las mejillas maternas. ¡Oh! ¡quién será capaz de reproducir el arrebato de salvaje alegría con que la madre estrechó á su hija contra su seno! ¿Quién podrá expresar los estremecimientos de aquellos brazos que la enlazaban, aquellos arranques de amor y sus ímpetus de tigre al ver la sangre coagulada en sus lacerados miembros? La feroz tribu hízose eco de sus gritos, y precipitándose sobre el celestial desconocido, creyendo que era su verdugo, iba ya á inmolarlo á su furor, cuando Daidha se interpuso entre la muchedumbre y él, y asiendo de la mano á su salvador, designó con la vista y con el ademan á la multitud temblorosa los seis cuerpos de los gigantes que yacian sobre la ensangrentada yerba.

Los recien llegados se pusieron á medir á pasos aquellos descomunales cadáveres; levantaban los ojos al cielo, hacian

comentarios como si se resistieran á creer que un solo mortal hubiera podido conseguir aquella victoria, y se agrupaban en torno del dichoso jóven que les hizo la triunfante narracion del mortífero episodio. Este relato maravilloso circula de boca en boca; todos se agolpan en derredor del extranjero, todos desean tocarle, le llevan en triunfo á través del bosque, como un hermano más, hasta los antros secretos en que la tribu nómada ha buscado un asilo para eximirse de la servidumbre y del trabajo de las grandes ciudades, miéntras los ancianos se reunen al pié del árbol del consejo, ántes de asomar el sol, para hablar y deliberar. . . . .

. . . .

En aquellas épocas primitivas, hijo mio, los nietos de Cain, que vivian diseminados por los bosques como los irracionales, formando familias errabundas, carecian de toda nocion del poder ó de las leyes. A la sazon reducíanse estas á esos instintos sublimes que nuestros más íntimos sentimientos hacen vibrar en nosotros; sonidos vagos y confusos que emitia al azar el alma humana, instrumento sin arte ni reglas, ántes que, resonando la sabiduría en nuestros oidos, hubiera modulado sus maravillas para entonar un cántico divino. El poder no era otra cosa sino la paternidad, santa autoridad del tiempo y de la vida, cuyo evidente predominio lo otorgaba la edad, y á la cual era costumbre prestar obediencia. Cuando la familia humana creció formando muchas ramificaciones, al consejo del padre sucedió el de los ancianos, árbitros seculares del destino de las tribus, que reinaban sin ceñir corona y gobernaban sin pomposos títulos: en ellos se respetaba el tiempo que hablaba por su boca, pero únicamente estaban obligados á hacer justicia á los individuos de su tribu; la ignorancia entregaba todo lo demás al capricho de los ancianos, y cuanto no procedia de la misma sangre que sus antepasados, era profano á sus ojos é indigno del nombre de hombre. Eternos enemigos de las razas extranjeras, su brutal equidad que-

daba circunscrita á sus hermanos; semejantes en su insania á los pueblos actuales, creyendo que el cielo y la tierra habian sido hechos para ellos solamente, despojando de sus derechos á naciones enteras, y persuadidos de que el amor de Dios tiene límites, cuando sorprendian á alguna familia extraña, reducian á la esclavitud á la madre, inmolaban al padre, y los hijos, proscritos áun ántes de nacer, crecian en la tribu para gemir bajo el yugo de la servidumbre de su amo.

Mas el huracan de las pasiones hacia estallar á veces el fuego de las facciones, sin que valiera entónces la autoridad de los jefes; la cólera excitaba celosas tempestades so pretexto de la eleccion de los ganados ó de las esposas ó del reparto del botin, y dividiéndose la familia en partidos inhumanos, el poder indeciso pasaba de mano en mano hasta que la felíz tiranía de algun jefe lograba sobreponerse á todas, sujetando su raza á su genio.

Así vivia errante en las cumbres del Sannyr, la salvaje tribu que componia la familia de Phayr.

Phayr contaba casi la edad de los robles sin que en toda su larga vida hubiese visto las maravillas humanas que los hijos de Adam y su posteridad habian sembrado por el seno del viejo mundo. No sé qué instinto hereditario les impulsaba á llevar una vida errante y vagabunda, ya fuese porque aún resonara en sus oidos el grito vengador de la sangre de Abel derramada por su mano, ó porque una inclinacion feroz, alimentada por la costumbre, les impulsara á andar por montes y lugares solitarios, en la creencia de que el hombre, al construirse una morada, edificaba la cárcel de su independencia.

Phayr habia tenido numerosa descendencia que creció á su sombra y amparo; pero la mayoría de sus vástagos, arrancados de aquellos lugares ó segados por la muerte, habia dejado de formar parte de su tribu proscrita: unos perecieron en las terribles luchas que trababan en los bosques con los reyes de los animales, siendo víctimas de las garras de los tigres ó de

las uñas de los leones; otros habian huido durante sus rebeliones; y muchos, acosados por los cazadores hasta en sus últimas guaridas, fueron reducidos á la cautividad por los hijos de las ciudades, en las que, uncidos como bueyes, arrastraban grandes pesos, ó con un freno en la boca, llevaban á cuestas á sus amos, desempeñando los degradantes trabajos de los brutos más ínfimos, miéntras que sus hijos servian para satisfacer los repugnantes vicios de sus señores.

Siete hijos de diferente edad y los hijos de estos, y sus mujeres que llevaban en el seno sus tiernos frutos, y diez hermosas doncellas, hijas de estas, eran los únicos descendientes que al anciano le quedaban de su innumerable familia, y su esperanza sufria una dolorosa decepcion cada vez que contaba su raza, contemplando sus diezmadas filas.

Su razon vacilaba bajo el peso de los años; su predominio ya no era sino imágen de lo que un tiempo fuera; y sus hijos, disputándose este efímero poder, se eximian de su nominal autoridad; verdad era que la rodeaban de respeto aparente, mas lo que hacia que aún se le prestase alguna obediencia, no era en rigor el grato recuerdo de lo pasado, ni el derecho sacerdotal de maldecir ó bendecir, sino más bien el de dirigir el destino de las familias y el de designar doncellas á los hijos de la tribu, porque el bien más caro y más disputado por aquellos hijos del desierto, era la belleza.

Phayr veia cómo se iba abriendo aquella flor que se desarrollaba para adquirir nuevos atractivos. Hacia poco tiempo que habia dado sepultura al último de sus hijos, que era el más apuesto; llamábase Segor, y apénas llevaba un año de himeneo tan feliz que hasta las palomas envidiaban sus amores, cuando la flecha de Ischar cortó el hilo de su existencia. Segor era el consuelo de la ancianidad de Phayr quien, desde aquel momento fatal, no dejó de verter amargo llanto: poco despues, y siguiendo la costumbre primitiva, tomó el triste viejo por esposa á Selma, la viuda de su hijo, como se

recogen las hojas del árbol de oro cuando la tempestad ha derribado el tronco. Selma, que vivia castamente en compañía del anciano, dió á luz el fruto de sus amores con su difunto esposo, fruto venido al mundo demasiado tarde para tender sus bracitos y sonreir á su padre. Esa hija del amor y de la muerte, esa criatura que al nacer sólo vió en torno suyo ojos preñados de lágrimas, era Daidha, flor de las noches, cuyos encantos multiplicaba el llanto que regaba su frente y que á la sazon tenia trece años. Cada uno de los siete jefes esperaba que Phayr concediera á su respectivo hijo la mano de Daidha en premio de su obediencia, y cada uno de estos hijos, cuando soñaba con alguna mujer, veia impresos en su alma los azules ojos de Daidha.

. . . .

Acercóse Daidha al árbol del consejo, encendido su rostro de virginal rubor, asida de una mano de su madre y llevando de la otra al extranjero como si fuese un hermano. El desolado viejo la recibió en sus brazos, y estrechó contra su corazon sus delicados miembros miéntras Daidha, inclinada sobre su frente, inundaba de lágrimas las canas de su abuelo. Phayr levantó por fin la vista y dirigiéndose al extranjero le dijo:

—¡Oh tú que supiste salvarla y vengarla; cualquiera que sea el nombre oculto con que se designe tu raza, y ya te llevara una mujer en su seno como á una criatura terrestre, ó bien que apareciéndote en forma humana en estas regiones, sea tu alma el rayo y el hierro tu cuerpo, acércate y lee el agradecimiento en nuestros rostros. No temas levantar la cabeza en nuestra presencia; la sangre siete veces derramada de nuestros viles enemigos ha establecido en este dia vengador un lazo de union entre tu raza y la nuestra: ¡que esta sangre con la que has regado la yerba descienda siete veces sobre tu cabeza, convertida en rocío! Para otorgarte la recompensa debida á tu valor, díme, ¿qué esperas de nuestros bra-

zos, de nuestros corazones? Pero ante todo dínos si procedes de las nubes ó de una raza humana desconocida de nosotros, ó si alguna adúltera te amamantó en los bosques, léjos de un esposo engañado. ¡Cualquiera que haya sido su falta, bendita sea! Tu nacimiento es la absolucion de su ignominia. Habla pues; ¡dínos cuál es tu naturaleza y tu nombre, y que nuestra alma escuche un sonido de la tuya!

Callóse; el jóven, atento, silencioso, prestando oido á la cadencia de los acentos del anciano, parecia escuchar con marcada fijeza cada vibracion de los sonidos que percibia, como si la palabra fuese una maravilla cada uno de cuyos sones repercutiera en su oido; luego, pretendiendo emitir á su vez un acento modulado, sólo profirió un sonido vago, inarticulado, parecido al balbuceo de un niño que al romper á hablar, procura imitar á su madre. En vano fué que los jefes le interrogaran uno tras otro; daba á entender que los comprendia con la vista, con la cara, con las manos, pero sus palabras no eran más que murmullos. En todos los rostros se veia impreso el asombro, y desde el anciano hasta Daidha todos le contemplaban llenos de mudo estupor. El hijo segundo de Phayr dijo:

—Hermanos: ese hombre es tan misterioso como lo ocurrido la pasada noche; convendrá pues precaver el peligro ántes que sea ya tarde; acordémonos de las leyes, y demos muerte al extranjero.

Así dijo Jedyr: y sus palabras hicieron que á todos los rostros asomara el rubor de la vergüenza como la sangre de un crímen.

—¡Matarle! exclamaron unánimes; y Daidha estrechó con más fuerza su mano, humedeciéndola con su llanto.

—¡Matarle! ¡matarle! replicó cada madre.

—Pero, ¿qué quereis hacer de él? repuso Jedyr; ¿sabeis acaso quién es ese desconocido?—¿Podriais despedir sin probable peligro para nosotros á un huésped oriundo de una raza

enemiga, que conoce estos lugares, y que vendido quizás á los eternos enemigos de los hijos de Phayr, ha fingido salvarnos para hacernos traicion más á mansalva? Por otra parte, si conservais en libertad á nuestro lado á ese hombre que mata con la vista y derriba con el corazon, á ese hombre cuyos brazos estarán siempre levantados sobre vosotros, ¿no guardareis un tirano? ¿Habremos de prestar obediencia al hijo de las extranjeras? ¿Deberemos darle las hijas de nuestros padres para que un gérmen impuro, admitido en nuestras venas, introduzca en la sangre de nuestros hijos la sangre de los extraños, engendrando en nuestros propios senos razas de leones, rivales eternas, que luchen constantemente entre sí? ¡No! derramemos al punto, apartando la vista, la sangre que mancillaria el alma de nuestros abuelos!

Namphi, Salem y Jorab asintieron con la mirada á lo dicho por Jedyr; mas al punto prorumpieron las mujeres en clamores, y Said, aconsejado en secreto por Selma, previendo la tempestad, la calmó con estas palabras:

—¡Mengua y baldon para el que hable de muerte! Una gota de sangre vertida por nuestra causa, esa sangre del extranjero que nuestra tierra ha bebido ya, debe hacer sagrada la demás á los ojos de la tribu: Dios pediria estrecha cuenta de ella á nuestros hijos: su sino seria el crímen y sus nombres vergüenza! Pero ¿debemos entregar impunemente la salvacion de Phayr á su denuedo? Dejándolo en libertad seria peligroso para nosotros, y matándolo cometeríamos un crímen. Viva pues; mas por temor de que su mano nos oprima, ó de que siga nuestros pasos para vendernos mejor, ó de que ose mezclar algun dia su sangre con la nuestra, que viva, pero esclavo entre los esclavos!

—¡Sí! ¡Que viva! ¡que viva! ¡Traed las ligaduras! grita aplaudiendo todo el pueblo á la vez. Llevará los fardos, la tienda; combatirá por nosotros; los ganados de su afortunado dueño pastarán sin temor á los leones, y será en Sannyr,

de padres á hijos, el onagro y el camello de los descendientes de Phayr.

Los siete jefes se levantaron de su asiento al oir el clamor unánime de la multitud, que se precipita á su encuentro y los rodea afanosa. Al punto traen y les presentan el denigrante instrumento, que á la sazon servia de tormento y de vestido á los esclavos; la crueldad del hombre, fecunda en suplicios, los habia inventado desde la infancia del mundo, sólo que, desconociendo entónces las artes de hoy, el instrumento de la abyecta servidumbre era tan bárbaro y rudimentario como él. La raza salvaje todavía de los pastores del Líbano ignoraba de todo punto el uso de los metales fundidos y los amos no habian inventado el hierro, ese enemigo de toda libertad; así era que se aherrojaba á los esclavos con ligaduras de ramaje, y aquellas rústicas trabas se reducian á bejucos trenzados con un ancho orificio en medio para meter el cuello, y que servian asimismo para uncir los bueyes al yugo. Cuando se habia introducido la cabeza por aquella argolla vegetal, se apretaba el bejuco haciendo en él un nudo permanente que la oprimia con tanta fuerza como se sujeta hoy con el ignominioso collar de hierro al hombre criminal. Para impedir que las manos del esclavo pudiesen ensanchar la abertura, se le ataban los codos á la cintura con otro bejuco, de suerte que sólo le quedaban libres, además de los antebrazos, las piernas, con lo cual se le podia obligar á desempeñar los oficios más viles, sin temor á su fuerza ni á su rabia, y se le forzaba ¡oh vergüenza! á arrastrarse por el suelo para coger con los dientes los alimentos más viles que el hombre saciado arroja á los animales!

Cuando Jedyr y Znaim, preparándose á atarle, le pusieron las manos en el cuello para obligarle á doblarlo, al aspecto de un esclavo, triste emblema de su destino, comprendió de una ojeada lo que se queria hacer con él, y rechazando violentamente á los dos jefes, los derribó, sujetándolos con las rodillas

contra el suelo. La muchedumbre se hizo rápidamente atrás al presenciar aquel rasgo de vigor del jóven atleta y llena de terror formó en torno suyo un ancho y silencioso círculo; hasta la doncella, huyendo asustada, corrió á guarecerse en los brazos de Selma; mas Cedar (que tal era el nombre que la multitud habia aplicado al extranjero, por ser el del sitio en que alcanzó su brillante victoria), al verla oir y llorar, comprendió á la primera ojeada sus demostraciones de terror: recogió él mismo del suelo las ataduras que habia pisoteado en su cólera, las llevó sumiso á los piés de Daidha, y tomándola una mano, se la puso sobre su cuello humillado ante ella. Semejante al fiero leon cuya sangrienta mirada se impregna de ternura al contemplar al niño á quien acaricia, dejó sin estremecerse que agarrotaran su cuerpo, privándose voluntariamente de la fuerza y de la libertad, y siguió, humilde y apacible, á la hermosa jóven que le condujo atado á presencia del jefe de la familia. Allí, acurrucado sobre la yerba y descansando la frente en ambas manos, la doncella y el anciano le ataron á un tronco, y disputando á los animales más viles su pasto, alimentóse de las bellotas que le arrojaban.





TERCERA VISION

Los jefes reunidos dijeron al dia siguiente:

—Los cazadores han querido explorar los senderos de estos montes, y al ver que no vuelven á bajar sus siete hijos al sitio en que los aguardan, tal vez suban hasta aquí en mayor número y más fuertes. El sitio en que han pastado nuestros camellos, las ramas que nuestras manos han despojado de sus frutos les servirán de guía para encontrar los lugares que los dioses nos conceden para vivir: huyamos, pues, tan léjos, tan léjos, que no puedan seguirnos. El sol, que desciende de mes en mes en los cielos, no caldea ya lo suficiente la atmósfera elevada de los bosques; bajemos con él á orillas del Orontes, y ocultos en su lecho, aguardemos á que vuelva á remontarse.

Y los pastores, entonando el cántico de marcha, reunian los rebaños diseminados por los prados: la cabra que vagaba errante al borde de los precipicios, el onagro pacienzudo, las fecundas terneras, la oveja cuya lana sirve de blando lecho, el perro que vela por el hombre y guia los ganados, el elefante casi humano, las quejumbrosas camellas en cuyas mamas encuentran nutritivo alimento los niños, y las aves domésticas, cuyo canto anuncia al hombre hambriento el fruto que acaban de poner: todos estos animales, atraidos por su

instinto sociable y amigo del sér humano, seguian á la tribu por montes y valles, como si el afan de sociedad les compensara hasta la pérdida de su libertad! Por do quiera se advertian amistades secretas, desconocidas; la grulla seguia á los emigrantes en compacto y volador escuadron; la golondrina, alejándose de los bordes de las peñas, acudia, de parada en parada, á posarse en las tiendas, y los viajeros encontraban á cada etapa las mismas voces y plumajes en los aires, ¡hasta tal punto se acordaban aún de las leyes del primer dia aquellos animales, llenos del instinto del amor!

Encontrando en todas partes frutos y viviendas á la vez, caminaban diariamente algunas horas entonando canciones; y confiando al lomo de los elefantes las imágenes de sus dioses, y sus mujeres y sus hijos, y cargando los camellos y asnos con sus bagajes, serpenteaban á la sombra formando largas caravanas, miéntras las orillas del rio y las bóvedas de los bosques, turbados en su silencio, se estremecian á sus voces.

Cedar, cargado con el peso de sus vínculos, marchaba tambien confundido entre el tropel de esclavos, y buscando á Daidha con la vista, iba regando la yerba con su sudor. Así anduvieron tres veces dos lunas, tan pronto por esos enormes surcos que forman los médanos en las mugientes orillas de los mares, cuyas olas les parecian unirse en confusa lontananza con la línea de los cielos, como por esos valles de hondonadas profundas que multitud de rios sin nombre llenaban con sus ondas y cuyo curso tenian que remontar hasta su nacimiento, por ignorar aún el arte de cruzarlos. Por fin, descendieron de las cumbres de los montes poblados de árboles cuyas vertientes se fueron aplanando insensiblemente, y el Orontes, más azul que un cielo vespertino, apareció ante ellos extendiendo á sus piés el radiante espejo de sus aguas.

Corria al pié de un promontorio en cuyas grutas profun-

das resonaban los lamentos de sus ondas aumentados por el eco; en aquellos antros tapizados de musgos y agavanzos, trazaban los céspedes fáciles senderos, y la arena, lavada por el cristalino rio, se deslizaba hasta su azulada márgen formando rugosos pliegues.

La tribu prorumpió en alegres aclamaciones al divisar aquellos antros secretos, aquellos refugios abiertos en la roca por mano de sus padres, refugios llenos de recuerdos, de leyendas, de misterios, en que los hijos de Phayr habian visto la luz del dia, las madres llevado en su seno el fruto de sus amores, las vírgenes llegado á ser esposas y madres, y en que las imágenes de los muertos vagaban errantes juntamente con sus almas. Cada padre guiaba su tribu hácia su antigua guarida: el camello, el elefante, el asno y hasta el perro, parecian conocer el sitio acostumbrado, se detenian á la entrada y trasponian su umbral delante de su amo.

Despues de dejar en el suelo los fardos y bagajes, la tribu se dispersó en varias direcciones, yendo á visitar las tumbas de sus antepasados. Conocíanse estas por alguna ligera eminencia, ó una piedra enorme ó algun tronco tendido y cubierto de hiedra que designaban á la posteridad el lugar de los recuerdos habitado por un alma. Al volver cada cual de remotos paises, corria á venerar aquellas sagradas memorias, y semejante al que habla desde el exterior, aplicaba la boca al suelo y hablaba á sus muertos.

Una mujer decia al alma de su padre:

—¡Oh padre mio! ¿El agua de los ojos corre por debajo de tierra? ¿Es ahí tan amarga como aqui! ¡Ah, cuánta he vertido en lejanas tierras! Pero ya he regresado. ¡Cuántas ramas de los bosques han caido en las ondas! ¡Cuántos espíritus han ido á visitar otros mundos! Los que han bajado hasta ahí, ¿te han contado lo que hemos hecho desde que no has vuelto á salir al mundo? Las flechas de los gigantes han silbado sobre nuestras cabezas: hemos vivido en el monte de las tem-

pestades; Selma ha perdido á su esposo en los combates. Un hombre misterioso se ha reunido con nosotros, hombre que derriba y extermina á los cazadores: las hijas de Phayr le miran y lloran; los dioses nos han bendecido deparándonos sus más caros dones y volvemos de los bosques con las manos llenas de nidos. Lea, tu nieta, tu predilecta, ha caido en poder de los cazadores siendo aún muy niña; por espacio de mucho tiempo la oimos gritar en los bosques, y sus raptores se sirvieron de sus mismos cabellos para atarla. Yo he dado á luz dos gemelos, varon y hembra: sus blancos dientes me muerden ya el pecho, y en los ojos del niño, tan negros como la noche, mi memoria me hace ver tu amor siguiéndome á todas partes. Míralo, está tendido junto á mí sobre el follaje arrancando con sus deditos la yerba que te cubre; míralo cómo enjuga asombrado mis mejillas con su manecita: llámalo por su nombre para que vuelva mañana.

Cerca de allí, reclinada sobre una pequeña eminencia cubierta de musgo, hablaba así una madre á la sombra de su hija:

—¡Adda, flor de mi seno, lágrima del corazon, soy yo! Los hombres de ahí abajo, en su deseo de poseerte, te hicieron caer en el envidioso lecho antes que mi dulce leche se agotara en tu boca. ¡Oh! Dime, ¿qué leche bebes ahí abajo? ¿Qué madre te mece en sus brazos cantando? ¿Qué nombre más dulce te da, Adda mia? Dímelo, para que yo pueda llamarte por dos nombres, para que al venir de noche á hablar á tu musgo, tu alma se despierte y conteste al oir tu nombre. Hija mia, ¿has crecido bajo la yerba en que reposas? ¿Tejen guirnaldas para tí los hijos de la muerte? ¿Te hacen un collar con las semillas rojas de los bosques? A veces me parece oirte gritar, y todas las noches extiendo mis brazos para cogerte, hija mia, pues por más que mi esposo suspenda tus hermanos de mi cuello para hacerme pensar exclusivamente en ellos, no puede borrarte de los dos ojos de mi alma; yo soy como el ave

quejumbrosa de ala azul y blanca, á quien la corriente del rio, al sacudir la rama, ha arrebatado un hijuelo, el primero que ha salido á luz de la pollada, haciéndolo caer del nido y rodar á merced de las ondas; por más que cobija los otros bajo su plumaje, la consume la pena del único que ha perdido, y todo el dia chilla y mira el agua, y lleva en el pico la comida á su hijuelo.

Así hablaban los hombres y las mujeres á los muertos, miéntras depositaban sobre el musgo presentes para su alma; sus piés, al separarse lentamente de aquellos sitios, parecian arraigarse en la tierra de sus abuelos, ¡tanto puede una memoria querida en los humanos! ¡Ah! Las cenizas de los muertos son las que crean la patria!

Despues de dar así libre expansion á sus corazones, cada cual sacó sus dioses del arca rodeada de flores en que los guardaba, y colocándolos en el umbral de sus antros agrestes, les rogó que habitaran y amaran aquellas orillas. Estos dioses eran objetos viles cuya adoracion profanaba la creacion y la inteligencia humana: plantas, piedras, cortezas de árboles, conchas raras recogidas en el lecho de los rios, todo cuanto llama la atencion y cautiva la vista, todo cuanto se ve en sueños ó se presenta al azar, indigna saciedad de la necesidad de adorar, esperar y temer que el hombre se complace en fingirse. Cada cual tenia su deidad preferida á las otras, que tocaba, vendia ó hacia pedazos á su capricho, y á la cual se prodigaba el respeto ó el escarnio, segun que la casualidad confirmaba ó no su culto. Todos competian en punto á adoracion; sólo los míseros esclavos carecian de dioses! Su mano habria profanado aquellos ídolos inmundos; la maldicion les cerraba entrambos mundos, y si su mano llegaba á extenderse sobre los dioses robados, levantábanse contra ellos mil brazos, apedreándoles en cumplimiento de la ley.

Cuando el pueblo pastor, á cubierto ya de la persecucion

de los cazadores, hubo desempeñado los misteriosos deberes de su culto, y encendido de nuevo el fuego de sus hogares junto á las cenizas de sus padres, se dispersó tranquilamente por las orillas del rio y por los prados contiguos, como las abejas de una colmena muy poblada se diseminan por las flores en torno de un manantial; y sus dias trascurrieron tan semejantes unos á otros, que sólo algunos ancianos contaban los que iban pasando.

Los esclavos pasaban la noche atados al tronco de un árbol; de dia apacentaban los ganados de su señor, y reunidos todos ellos por miedo á los leones, pasaban la vida llorando en comun sus cuitas, refiriendo unos cómo habian perdido su libertad nativa, vendida á vil precio, y recordando otros cómo, por muerte de su padre, habíale tocado á su madre por suerte ser esclava, y cómo, llevada cautiva entre ovejas y cabras, los habia amamantado con leche amargada por el llanto. Estos mostraban con el dedo los negros surcos causados por el látigo que habia lacerado sus demacrados miembros; aquellos sus brazos atados, cuyas ligaduras impedian la circulacion de la sangre por sus venas, y todos, en fin, espiándose para hacerse traicion más á mansalva, no conservaban de humano más que el corazon para aborrecerse. Todos miraban á Cedar con ojos envidiosos, sirviendo de consuelo y lenitivo su infortunio á su miserable vida.

Cedar, por su parte, sin palabra y sin comprender las ajenas, huia instintivamente de los sitios frecuentados por los demás, y guiando sus camellos á las más agrias mesetas, sólo recorria los montes y los lugares solitarios sin temor á los leones que asustaban á sus compañeros, porque las fieras huian á su solo aspecto. Allí, tendido dias enteros junto á los manantiales, cuyo fugaz murmullo se lleva tambien las penas, ó encaramado en los picos donde mugian los aires, contemplaba los cielos, las llanuras y los mares y los mil rayos que de todo emanaban, y en que se sume el pensamiento y

la mirada se posa: este espectáculo de la naturaleza que le deslumbraba, la contemplacion de sí mismo que le sorprendia en alto grado, las maravillosas escenas del profundo firmamento, la vegetacion y sus prodigios, y los brutos y el hombre en sus diferentes relaciones, afluyendo á su mente, desarrollaban su inerte inteligencia, como la de una persona dormida que al despertarse piensa y reflexiona. Y todo esto parecia no ser más que un recuerdo que sentia renacer desde el fondo de su alma; pero cuando pugnaba por reanudar el hilo de lo presente á lo pasado, de sus sentidos á su alma, eclipsábase el rayo dejando de alumbrarle: su memoria se desvanecia en confusas nebulosidades, parecíale que gravitaba sobre su cabeza una bóveda que le comprimia el cráneo y rompia sus ideas, y desde el orto al ocaso del sol permanecia con la frente tristemente inclinada sobre sus rodillas.

De esta abstraccion, de este ensimismamiento, le sacaba únicamente la voz querida ó el ruido de los pasos de Daidha, cuando iba al medio dia á ordeñar las camellas de Alfin que pastaban en torno, y á llevar á los cautivos su mísero alimento, como se echa el grano á las aves del campo. No bien oia él resonar en los bosques la armoniosa voz de la doncella que le llamaba por su nombre, todos sus sentidos vibraban en su oido; se levantaba á la manera del hombre que se despierta; y daba al olvido sus ideas y lo largo del dia, dia que se reducia para él á la hora de aquella visita. Acudia presuroso al encuentro de tan dulce voz que sacudia con brusco sacudimiento todas las fibras de su corazon, y tan rápida era entónces su carrera, que rompia cuantas ramas le estorbaban el paso y que sus piés no parecian tocar el suelo, como si tuvieran alas; mas de pronto, cuando se acercaba á ella, cuando los celestes encantos de Daidha aparecian radiantes á pocos pasos de él, desfalleciendo su fuerza en su alma demasiado henchida, privaba de aliento á su palpitante pecho, flaqueábanle las rodillas, tenia que inclinar al suelo la des-

lumbrada vista, y de pié, pálido y frio como una estátua de mármol, permanecia un momento apoyado contra el tronco de un árbol.

Daidha en tanto, acercándose púdica y candorosamente, corria encendida de júbilo y de pudor, depositaba á los piés de Cedar su rústico festin en las hojas de las plantas, acercaba el ánfora á los ardorosos labios del jóven, mojándolos con la espuma de la leche, enjugaba con su mano en su abrasada mejilla el sudor que por ella corria ó el helado rocío; le sonreia con los ojos, con la boca y con el corazon, impregnando su dulce mirada de compasion y de languidez, y tocando sus ligaduras, que hubiera deseado desatar, se esforzaba en hacerle comprender que de buen grado las romperia; luégo le hablaba, mas al ver que él no respondia, y que continuaba inmóvil ante ella guardando obstinado silencio, besaba su frente velada desde el medio dia hasta la noche, y Cedar la oia llorar, pero sin verla, y á veces sentia caer en sus piés algunas gotas de ese secreto llanto que ella hubiera debido mantener oculto.

Entónces Cedar corria á reunir el ganado, sujetaba por el cuello el hijuelo del camello, miéntras Daidha, arrodillada junto á la madre, oprimia entre sus dedos la abundante ubre. Cuando el ánfora estaba llena de humeante leche que rebosaba espumosa de la vasija entre sus dedos, para evitar que el líquido se escapara por el orificio, cogia en los campos la rosa y el narciso, y echando en él estas flores, tapaba el ánfora con un perfumado ramillete.

El jóven humedecia sus labios en el sitio de la vasija donde la doncella habia aplicado los suyos, y bebia un poco de leche como un cabrito al que se desteta; en seguida, levantando el ánfora con sus brazos nerviosos, y reuniendo los cabellos de la jóven para que la sirvieran de sosten, se la ponia suavemente en equilibrio en la cabeza; Daidha entónces, levantando á modo de asas entrambos brazos, se volvia para son-

reirle y huia presurosa, dejando á Cedar como si le arrancara el corazon llevándoselo consigo. Veia éste sus cabellos, oscilando como un ala, deslizarse entre los troncos de los plátanos celosos; la seguia con la vista, caia de hinojos sobre la yerba en que habia quedado impresa la huella de sus blancos piés, y la mordia con su callada boca, y á la manera de un hombre pensativo que cierra los ojos para perseguir una idea creyendo madurarla así mejor, permanecia largo rato con las manos puestas sobre los ojos para ver mejor mentalmente la imágen desaparecida; á veces aplicaba el oido por si la murmuradora brisa llevaba hasta él un acento de la lejana voz, y cuando, en la desierta soledad causada por su ausencia, todo era de nuevo aislamiento, silencio y oscuridad, entristecido todo el dia con su harto rápida partida, su alma impaciente aguardaba su nuevo regreso.

Así trascurría para él, entre regreso y ausencia y ausencia y regreso, la miserable vida, que perdiendo hasta el sentimiento de sus duras cadenas, se concentraba toda entera en una idea, en un placer, en un tormento: alma que, para sustentar su vida interior, tan sólo tenia una imágen en el corazon y una hora en todo el dia.

Miéntras tanto su cuerpo se desarrollaba con la edad, llegando al apogeo su belleza varonil; de su alma trascendia á sus facciones su celeste orígen sin que él lo echara de ver; en aquel cuerpo agarrotado de esclavo envilecido se advertia un no sé qué propio del cielo, y su mirada, á pesar de ser dulce y tranquila, despedia llamas cuyos fulgores velados causaban profunda impresion en las mujeres. Como para vengarse de la estúpida abyeccion en que se le tenia sumido, descollaba por su estatura sobre todos los demás hombres, y semejante á un leon cautivo, no podian todos ellos ménos de admirar al esclavo áun humillándole: tímidos y recelosos, huian de su aspecto, y llenos de respeto y de vergüenza, bajaban al suelo la vista. Daidha era la única que se atrevia

á mandarle con el ademan; él no miraba á nadie sino á ella, despreciando á los demás; y leyendo en sus ojos la mirada iniciada, la prestaba obediencia áun ántes que la jóven pensara en mandarle algo. ¡Así tambien el arrogante toro guiado por la mano de un niño, obedece al amor, y sigue sus pasos sin necesidad de cadenas!

Daidha se sentia orgullosa del imperio que ejercian su voz y su mirada, y envanecida de ser la única que suavizara tan salvaje carácter, consideraba como un honor para ella aquella noble esclavitud. A veces daba alguna órden al mancebo en presencia de los demás, solamente por que fueran testigos del poder que tenia su acento; y el rostro de Selma radiaba por su hija; y Phayr se manifestaba alborozado al contar en su familia aquel esclavo mudo, que era su fuerza y su honor, y la muchedumbre envidiosa admiraba su fortuna.

Cierto dia en que Daidha, pesarosa y compasiva, decia entre sí: «¡Oh! ¡qué seria si pudiera comprenderme!» alzó los ojos por acaso, y vió un ruiseñor de voz melodiosa, que posado en la rama de un árbol en que se mecia su nido, llenaba de gratas armonías el silencioso bosque con sus alegres trinos, miéntras sus polluelos, al escuchar su himno, parecian ensayarse en balbucearlo. Cantaban y cantaban, pero su inexperta lengua, al querer imitar una nota ó un gorjeo, descuidaba otros mil, á pesar de lo cual su voz se asemejaba por momentos al eco mal velado del tono que reproducia, y los acentos salidos del nido, á los que el ave se complacia en responder, parecian confundirse con los suyos propios.

Al oir la vírgen aquella lucha de canciones, comprendió que las avecillas se aleccionaban mútuamente, y que repitiendo varias veces el estudio del mismo acorde, acababan por conocer la melodía del canto, que en ellas no era sino una costumbre adquirida. Esta observacion fué un rayo de luz para ella y al punto se acordó de Cedar.

—¡Es mudo como ellas! ¡Si yo hiciese otro tanto! exclamó: si yo fuese ese ruiseñor dulce símbolo que enseña el canto y la palabra á sus hijuelos, los cuales, á fuerza de deletrear ese canto con sus pequeñas lenguas, acaban por entenderse entre sí llamándose mútuamente! ¿No es así como enseñan las madres á sus hijos, que imitan con los ojos los movimientos de los labios maternos? Tal vez ¡ay! Cedar no ha tenido madre. ¡Oh! Si me fuese dable sustituirla hoy... si, logrando desligar su lengua con la mía, llegase el eco de mi pensamiento á inspirar el suyo! ¡Si repitiera él las palabras que mi madre me enseñó!... Entónces, si yo le debo la vida, él me deberia el espíritu. Yo leeria en el fondo de sus ojos lo que piensa, y nuestras almas no guardarian ya este silencio! ¡Cuán rápidas pasarian las horas escuchándole! ¡Oh! Desde mañana me propongo intentarlo en secreto!

Y levantándose de pronto como cediendo al impulso de un brazo, estuvo toda la noche dando vueltas á esta idea en su imaginacion, y cuando alumbró las selvas el primer rayo del sol naciente, corrió en busca de Cedar.

Estaba éste aquel dia tendido á la orilla del rio cuyas aguas reflejaban su rostro, lleno de asombro, de temor y de placer, inclinándose hácia su propia imágen y queriendo cogerla; mas al ver que sus manos, enturbiando el agua límpida, tan sólo abrazaban las ondas oscurecidas por sus arrugas, lloraba por aquella imágen, y en su deseo de volverla á ver, dejaba trascurrir un rato hasta que el movible espejo recobraba su tersura.

Sonriendo Daidha al observar la ilusion de que era víctima Cedar, se fué ocultando de árbol en árbol para sorprenderle, y amortiguando el ruido de sus pasos en el flexible musgo y reteniendo el aliento, avanzó muy de quedo, hasta que, asiéndose de la verde cabellera de un sauce, asomó la cabeza al rio por encima del hombro del mancebo, de suerte que las cristalinas linfas que á sus piés corrian, en lugar de un rostro encantador reflejaron dos.

Engañado Cedar de pronto por aquella imágen, y viendo brillar en el agua el dulce rostro de Daidha, tomó por realidad tan vana ilusion, lanzó un grito, extendió los brazos y se arrojó al rio como una flecha, creyendo que la corriente se llevaba envuelto entre sus ondas aquel hermoso cuerpo en busca del cual sería él capaz de ir hasta las entrañas de la tierra. Sumérgese para sacarlo del agua arrostrando la muerte, vuelve á sumergirse hasta tres veces, y no salió á la orilla sino al oir los gritos de Daidha que, entre temerosa y enajenada de júbilo y pasando de la risa al llanto, le llamaba á su lado. Acudió Cedar, y la hija de Selma, comprendiendo aquel dia la intensidad del amor que el jóven la profesaba, le amó á su vez.

Para que no padeciese de nuevo el mismo error, sentóse la doncella junto á él sobre la arena del rio, y le hizo notar por señas cómo las aguas duplicaban los árboles, los rebaños, del propio modo que habian duplicado sus imágenes, vana y falaz apariencia de los objetos reflejados; y él manifestó desde entónces especial predileccion por el rio que reproducia en sus ondas la figura de Daidha, y siempre la buscaba en ellas, aunque ésta estuviera ausente.

Entónces, como la madre que enseña á hablar á su hijo, pronunciando con claridad la palabra y designándole el objeto á que la aplica, así tambien los labios de la vírgen le sirvieron de guia entre la vista y la palabra, y la primera que pronunció por tal manera fué *Daidha*. ¡Daidha! ¡Daidha! Este nombre dulce y sonoro lo repetian cien y cien veces los labios ardorosos del mancebo, y siempre que su corazon lo pronunciaba así, veíase recompensado con una sonrisa que le servia de grato estímulo.

¡Oh! ¿Quién podrá pintar el júbilo que sintió la venturosa doncella, al oir pronunciado por vez primera su nombre, su propio nombre revelado por el amor! Parecia que una sola palabra habia duplicado su sér, que merced á él vivia dos

veces: primero, en sí misma y despues en el sonido de la amistosa voz que la llamaba. Ella le respondia pronunciando el nombre de Cedar, nombre que muy en breve se confundió con el otro: sus labios los repitieron juntos mil veces, como dos sonidos armónicos reunidos por un solo acorde, y cuando el mismo instinto les hacia volver á repetirlos, no los pronunciaban sino para reunirlos de nuevo!

Cedar, que leia á cada sonido su propio contento en los ojos de la enajenada Daidha, observando ya la satisfaccion que causaba, abandonábase gustoso á sus dulces lecciones, y por alcanzar una sonrisa de la boca amada, parecia interrogarla á su vez con la mirada; le designaba un objeto, ella le decia su nombre que sus labios novicios procuraban pronunciar al punto, y aquella mirada amante y aquella voz femenil lo gravaban todo en su alma por el intermedio del oido y de los ojos.

Lo primero que preguntó el feliz amante fué lo que más admiraba en Daidha: su frente, sus facciones, su boca y aquellas perlas que, así como su sonrisa, asomaban entre sus labios de carmin; sus brazos, piés y manos y el sedoso velo de su cabellera que le cubria todo el cuerpo, y sus ojos, y aquel estremecimiento que le causaba su presencia, y la abrumadora tristeza que sentia por su ausencia, y aquella sombra sin cuerpo que estrechaba entre sus brazos, y por último todo cuanto se pintaba ó bosquejaba en sus ojos, en sus oidos y en su mente y tenia conexion con ella.

Pasando en seguida á cuanto la jóven llenaba con su presencia ó sus recuerdos, la asediaba á preguntas por señas, y su alma, abriéndose á la inteligencia á medida que escuchaba su voz, se fijaba á la vez en la naturaleza entera: el firmamento, el dia, la tierra, el árbol en que cantaba el pajarillo, el rio que corria, las plantas, los ganados, las flores y cuanto impresiona la mente ó cautiva la mirada, las sombras y la luz, el silencio y el ruido, lo que anda ó lo que vuela, ó nada,

ó se cierne, ó luce, indicado sucesivamente por su fogosa mirada, recibia su verdadero nombre de boca de Daidha y pasaba á su alma, y la palabra de la vírgen parecia crear para él todo el universo al designarle por su nombre tan diferentes objetos.

Daidha, triunfante y estremecida de júbilo, le pagaba cada palabra con una casta caricia, y besaba aquella boca cuya voz habia vibrado por primera vez al eco de la suya. Luégo se marchaba atravesando los campos con lentitud, como aquel á quien preocupa una idea, acariciando en su mente y ocultando en su corazon, cual amoroso secreto, su gloria y su ventura. Cedar se quedaba pensativo á la orilla del rio, viendo su adorada imágen en cada una de las palabras que acababa de aprender.

Del propio modo que dos claros riachuelos que circulan por los prados, separados en su curso por un estrecho ribazo y reflejando cada cual en sus respectivas ondas sus bordes, su firmamento y lo que los atraviesa; si en un dia de estío la azada de los pastores derriba la muralla de flores que los dividia, atraidos mútuamente su aprisionado caudal y sus ondas que se llaman, acaban por extenderse y confundirse, y desvanecen sus bordes bajo su comun cristal, y amoldan su corriente al mismo paso, y no teniendo ya más que una sola márgen para su lecho, tampoco se refleja más que una sola imágen en sus aguas mezcladas; así tambien entrambos jóvenes, cuyo pensamiento estaba dividido en dos por el obstáculo de los sentidos y por carecer aquel de acentos, cuando el uno llegó á comprender la palabra de la otra, hablada por instinto y comprendida por amor, reflejando en comun el universo en torno suyo, pareció que sólo tenian un alma en vez de dos.

Desde entónces Daidha siguió dándole lecciones á orillas del rio ó en los montes, de suerte que el esclavo, instruido muy en breve por la doncella y triunfando de su ignorancia

á la voz de ésta, poseyó al fin ese sublime lenguaje de los humanos en que cada vocablo representaba el objeto y su imágen, lenguaje en que parecia revelarse el universo, en que hablar equivalia á definir y pintar; porque el hombre no habia empañado aún, en su delirio insano, ese gran espejo en que Dios le habia hecho leer, ni esparcido al azar por todas partes sus pedazos, poniendo su verbo mancillado sobre el verbo Divino!

Entónces sus pláticas, más íntimas y prolongadas, tuvieron un giro más elevado, pasando de la tierra á cosas más sublimes: ella le refería, en su candorosa sencillez, las historias del cielo y de la humanidad, historias de la infancia, en las que todo era maravilloso, en que las leyendas, ampliadas al pasar de oido en oido y coloreadas con la falsa luz de sus tradiciones, llenaban la mente humana de ilusiones sin cuento, á la manera de esos fantasmas engañosos en que abundan las tinieblas nocturnas ántes de asomar la luz del nuevo dia.

Explicábale Daidha que cada familia de los dioses habia creado una porcion de los cielos, y que otras, precipitadas á causa de luchas sostenidas en el cielo, habitaban la tierra despues de su caida; deciale que el aire, la tierra, el fuego y los mares obedecian á su respectivo señor; que envidiosos siempre unos de otros, se desposeian mútuamente del dominio que ejercian sobre todo cuanto vegeta y respira; que combatian entre sí, llevados de horrenda saña, en forma de elementos; que unos amaban á los hombres como hermanos miéntras otros le tenian declarada una guerra inexorable; que, á fin de engañarlos, se trasformaban á veces en plantas, piedras ó troncos, en cuyos objetos se les retenia aprisionados por medio de encantos, y que excepto el onagro, el perro y el esclavo, cada uno de los individuos de la venturosa tribu tenia su dios.

Pasando luégo á los relatos de las familias humanas, le re-

velaba lo que era el hombre y sus fenómenos; cómo el hijo nacia del padre y crecia; cómo se le enlazaba con doncellas, hermanas suyas; cómo la jóven madre, al dár al hombre á luz, tenia en su seno el fecundo manantial de su sustento que el amor impedia por espacio de doce meses que se agotara hasta que la criatura podia hablar y correr; cómo los dioses amigos le proporcionaban en toda la naturaleza asilo y alimento en los bosques, y cómo los ancianos, siempre vigorosos, vivian tres veces cien años, si lograban escapar de las flechas de los gigantes.

Añadíale que la muerte, envolviéndose en el velo de un misterio trasparente, era un prolongado sueño en el terrestre lecho, y que durmiendo bajo el musgo se hacia lo mismo que se habia hecho bajo el azulado firmamento; que el hijuelo acariciaba desde allí á su madre, que la esposa descansaba allí sobre el hombro del hermano, que los numerosos rebaños pastaban sosegadamente la yerba, que los feroces gigantes no bajaban allí nunca, y que á los apacibles fulgores de una noche subterránea, los dioses buenos reinaban allí vencedores de los dioses del ódio y la venganza, sin permitir su acceso más que á la voz de los amigos, que hablaban al oido á los adormecidos manes de los difuntos.

Cedar, escuchando estos relatos con toda su alma, absorbia la humanidad en aquellos labios femeniles, identificándose, confiado y crédulo, con cuanto la ingenua doncella le decia; y así como nuestra carne procede de la leche materna, completamente rodeada de humana atmósfera, hasta adquirir la figura de hombre, así tambien al oir Cedar tan candoroso acento, convertíase en hombre en cuerpo y alma, acostumbrábase á las impresiones de tal, y sólo diferia de los hombres por la servidumbre en que gemia.

Distraido cierto dia de estos relatos, preguntó á Daidha una cosa que la estremeció:

—Dadas las costumbres celosas de los hombres, le dijo,

¿permiten éstos que los esclavos tengan esposas? Y si fijando alguna jóven sus miradas en uno de ellos, le entregara su corazon, ¿qué dirian los ancianos?

Daidha bajó los ojos al oir estas palabras, palideció é hizo un movimiento involuntario de horror.

—¿Acaso tienen dioses los esclavos? le contestó. ¿Por ventura tienen hijos, ellos que carecen de abuelos?

Y señalándole con el dedo una gran monton de piedras que habia en un sitio lúgubre á orillas del rio, prosiguió en voz baja:

—Las madres me han contado cien veces al pasar por ahí que una jóven... su nombre se ha convertido en oprobio suyo.... esas piedras aumentan diariamente sobre su cuerpo; cada una de nosotras, cuando acierta á pasar por ese sitio, aparta la vista de él, prorumpe en maldiciones y tira su piedra, y al arrojarla exclama: «¡Perezca quien la imite, muriendo infamada como ella y en el mismo suplicio!»

Desde aquel dia, cuando Cedar veia llegar á Daidha, acogíala meditabundo y al pronto contenia los impulsos de su corazon, y en el esfuerzo que para ello hacia, veíase en su rostro la lucha que sostenia el ardoroso instinto de su corazon con un pensamiento sombrío; á veces la escuchaba distraido, cerraba los ojos, y su piel, arrugada por una contraccion nerviosa, se estremecia como se estremece y frunce nuestra frente cuando cruza por ella una grave idea. Pero cuanto más triste estaba él, más se esforzaba la amable doncella en disipar la sombra de su melancolía, considerándose dichosa al triunfar de su fingida frialdad con su armonioso acento y sus castos halagos.

Si su amoroso esfuerzo resultaba alguna vez infructuoso, sentábase delante de Cedar triste y compungida; reclinaba la cabeza sobre las rodillas unidas del mancebo como sobre un apoyo que un hermano querido nos presta, y le miraba, tímida y silenciosa, hasta que sus ojos se llenaban de lágri-

mas, y á la manera de dos flores sacudidas por la tempestad, brotaban de ellos dos gotas de agua del corazon que, surcando sus mejillas, iban á caer sobre las rodillas de Cedar abrasando el sitio en que los rizos de sus cabellos se enroscaban en su mano, miéntras que los torneados globos de su seno, henchidos de tristeza y pesadumbre, levantaban á cada aspiracion el velo que los cubria, bien así como las ondas sumergen y dejan ver alternativamente, á impulsos de la brisa vespertina, los lirios acuáticos que en ellas crecen.

—¿Por qué, le preguntaba con acento mesurado y de reconvencion, por qué acudes ahora con tanta lentitud cuando te llamo? Mucho mejor me oias cuando no hablábamos; entónces te bastaba oir el rumor de mis pasos pora que corrieras á mi encuentro. Desearia conocer, oh Cedar, la causa de tu tristeza. ¿Te hace languidecer tu triste suerte? ¿Te abruma tal vez más el peso de tu cautividad desde que tu corazon se ha abierto á mi voz? ¿Te lastiman y humillan esos vínculos? ¡Oh! Si así fuera, ven, ven; yo te los quitaré! Dame tus piés, tu cuello, tus hombros y tus brazos: mira, ya estás libre, hermano mio, corre ahora por donde quieras. Vete á las selvas á donde tu madre te llama: Daidha te amará si te quedas por ella; mas si no vuelves á ponerte de nuevo esas ligaduras, ella dará, oh hermano, sus miembros por los tuyos. Recobra la libertad de que por mí te han privado: si mi muerte te emancipa, ¿qué me importa la vida?

Y miéntras así decia, habia deshecho los lazos de siete vueltas que le oprimian, y Cedar, saltando cual arrogante toro cuyo yugo desprendido rueda á sus piés por la yerba, se erguia en su gracia y libertad, procurando borrar con las manos la huella impresa áun en sus miembros lacerados por la cautividad: en seguida, prorumpiendo en gritos de júbilo, corrió á echarse en el rio, donde se puso á luchar con las olas y contra la corriente: al salir luégo de él cubierto de humeante espuma, aspiró con fuerza el aire del cielo como un corcel

fogoso, y cruzando de un salto barrancos y cumbres, parecia desaparecer para siempre en los desiertos.

Estremecida Daidha ante fuga tan imprevista, le tendia los brazos, y ya le habia perd do de vista, cuando con pié más veloz y flexible que el de un gamo, presentóse de pronto Cedar á su lado, diciéndole, con la mano puesto sobre la ardorosa cabeza de la jóven:

—¿Por qué tiemblas? ¿Temes que me quede en los bosques á donde corro? ¿Recelas que tu esclavo se escape para no volver? ¿Quieres ponerme de nuevo mis ligaduras para tranquilizarte? Tómalas. Pero no son ellas, oh hermana mia, las que me encadenan: no, no necesito de tan vergonzosos lazos. La cadena que me sujeta, oh Daidha, son tus ojos fijos en los mios, es el eco de tu voz que me llama sin cesar, es el efecto abrasador que imprime en mí tu beso, es la interminable hora que paso, esperando tu regreso; es, en fin, tu imágen que todo el dia me ilumina! Ese es el yugo del corazon que en mi mismo llevo, yugo que no podrias romper aunque quisieras, y que no me ha impuesto nadie ni de nadie he recibido, sino que lo he tejido con mis propios pensamientos. Aunque me devolvieras mil veces mi libertad perdida, otras tantas volvería á ofrecer mi vida á tus piés; volveria siempre, cual esclavo, á seguir la huella de tus pasos, y á inclinar mi cabeza bajo tu mano.

Y Daidha lloraba al escuchar tan insólitas frases, miéntras Cedar proseguia:

—¡Oh mi solo y único ídolo! Tú eres para mí padre, madre, patria y divinidad! Agua que calmas la sed de mi corazon, sombra de mis pensamientos, sol de los dias ardientes, luna de las noches heladas, gacela domesticada, de mirada tan dulce que el leon la lame deponiendo su ferocidad; ven, tócame! ¿Ves cómo me posees? ¿Ves cuán pronto cedo á tu más insignificante deseo? ¿Ves cómo desde el fondo de los bosques acudo á una señal tuya, para obedecer á tus ojos y besar mis

cadenas? ¡Oh! No temas que tu leon huya; que llegue á causarle tedio su servidumbre; que no responda una vez siquiera al oir su nombre; para él es el desierto el sitio en que no te encuentra! Tus ojos son á mi corazon lo que el luminar que recorre el firmamento es á las estaciones calurosas, lo que el sol á las plantas. ¡Donde quiera que tus miradas descendieran sobre mí, yo arraigaria bajo los rayos que de tí emanan! Pero hazme oir solamente una palabra de tu boca, lo que se dice al perro que lame humilde la mano de su dueño y se tiende á sus piés: entreábreme esos cielos velados por tus largas y negrísimas pestañas; haz que mi corazon sienta el delicioso estremecimiento que le produce el contacto de tu mano sobre mi piel, ese movimiento con que me devuelves el sosiego, como el viento estremece las fibras de las palmas!

Y la vírgen, arrobada al escuchar estas palabras, hacia inocentemente lo que él le pedia, dejaba brotar húmedas llamas de sus ojos azules, le mandaba risueña con su voz tímida, pasaba su dedo aéreo por sus cabellos, permitia que se echara á sus piés, como un perro, que corriera trás ella por los bosques, ó que la esperara oculto trás algun tronco para sorprenderla de pronto, y así pasaban las horas rápidas como el pensamiento, y ambos experimentaban todos los dias la misma inefable embriaguez. Y cuando el sol próximo á su ocaso hacia que la sombra de las palmeras creciese en longitud y se extendiera por la colina, temerosa Daidha de que los celosos hijos de Phayr llegaran á descubrir el secreto proceder de su compasion, anudaba como ántes los vínculos de Cedar, bañándolos con su llanto.

Entre tanto la belleza de Daidha, llegada con la edad á su apogeo, adquiria mayor brillo con su cándida ignorancia, pero ya sentia de vez en cuando cierta vaga inquietud que le hacia temer la soledad del desierto. Triste, pensativa siem-

pre que no veia á Cedar, el temor la obligaba á moderar su paso cuando á él se acercaba, y como un alma púdica que conoce su desnudez, sentia al verle que el rubor encendia sus mejillas. El acento del jóven la ponia agitada y temblorosa, velábasele la voz cuando le queria hablar, y se quedaba ante él muda, inmóvil, confusa, como un niño sorprendido y reconvenido por su madre al hacer alguna travesura, ó como debió quedarse Eva ante el Padre de los hombres, teniendo todavía la fruta culpable en la mano. A veces, no osando ser la primera en dirigirle la palabra, dejaba los frutos y la leche sobre una piedra sin desplegar los labios, y miéntras él no la veia, corria á ocultarse detrás de los cipreses, y si volvia para verle y no lo conseguia, alejábase pesarosa y llena de tristeza que no lograba desechar en todo el dia. Otras veces, sentándose léjos de él al pié de un tejo, apoyaba la barba en la mano y pasaba largas horas contemplándole como se contempla á un sér que no se atreve uno á admirar sino á cierta distancia, y abstraida, aunque con los ojos muy abiertos, parecia seguir con el corazon algun vago fantasma que se mecia en los cielos; luégo bajaba la vista al suelo, pero tan tristemente que Cedar no podia apartarse de ella ni guardar silencio por más tiempo; ántes al contrario, acercándose á ella, era el primero en hablar diciéndole con suave acento: —¿Qué tienes?—Entónces, como aquel á quien se sobresalta empujándole, brotaban de sus ojos dos lágrimas que corrian por sus mejillas, lágrimas que enjugaba con fingida sonrisa, hasta que por fin, disipándose su tristeza juntamente con sus pensamientos, anegábase todo su corazon en dulces palabras; en su ternura infantil se entregaba á una loca alegría, y parecia embriagarse á propósito en su delirio, como para olvidar que la muerte estaba cercana.

Cuando la encantadora jóven se alejaba de aquellos sitios, caminaba al regresar con los ojos bajos, embebida en sus pensamientos y tan distraida que no echaba de ver la admi-

racion causada por sus perfecciones, ó si sentia la mirada de algun hombre fija en ella, lamentábase con desden de parecerle hermosa; pues hubiera deseado pasar desapercibida ó parecer fea á los ojos de los demás, y sólo ser visible y amable y bella á los de él! Pero por más que procurara velar con la indiferencia sus encantos, no dejaban de producir éxtasis y de alimentar esperanzas, y los hijos de Phayr, enajenados al verla, murmuraban ya de la lentitud con que se procedia para escogerle un esposo.

«Cuando la flor de la vid ha perfumado la llanura, decian, cuando los racimos están cuajados de encendidos granos, no se los deja, colgando de los rastreros pámpanos, aguardar otra flor y una nueva primavera, sino que el niño levanta sus brazos, los aspira y los coge, pues de lo contrario el pálido otoño secaria las hojas, y al soplar los vientos del invierno desprenderian los granos que las aves acudirian á robarle.»

Los padres, disgustados por fin, se pusieron de acuerdo para hablar á Phayr, y tres de ellos se presentaron á él y le dijeron, meneando todos la cabeza miéntras uno de ellos hablaba:

—Cuando la oveja brinca y se niega á dar su leche, ¿se la deja, oh padre, á merced de sus caprichos, perderla con su lana al borde de los precipicios? No: el cuidadoso pastor la acerca á su hijuelo que bala á su lado de hambre y de sed, y cediendo á su balido, acude para que el pastor la extraiga la blanca leche que retiene en sus tetas. Cuando la gallina y la pava, que ponen á escondidas, van á esparcir por los bosques sus huevos puestos al azar, ¿se les deja, sin nido ni prole, que siembren en provecho de la zorra sus fecundas cáscaras? No: el hijo de la casa va en su busca, los reune cuidadosamente sobre el césped, y cuando la madre vuelve al anochecer y los encuentra, los cubre amorosamente bajo su corazon que les sirve de caliente abrigo, y en breve los polluelos, por tal

manera multiplicados, se diseminan por la yerba y cacarean á nuestros piés.

El anciano y Selma comprendian este lenguaje, en que trás figuras retóricas se traslucia el propósito que lo dictaba; mas cuando á su vez querian repetirlo, su caprichosa hija se negaba á escucharlo, ó frunciendo el labio y encogiéndose de hombros, iba á orillas del rio á llorar al pié de un sauce.

Cada uno de los pretendientes, á prueba de desdenes, procuraba á su vez triunfar de su resistencia, y siguiendo la poética costumbre de aquella época, interrogaba el corazon de la jóven con mudo lenguaje; pues en aquel tiempo los amantes ántes de revelar claramente sus deseos inadvertidos, empezaban por darlos á conocer valiéndose de emblemas, y la doncella objeto de su amor, callada y apelando al mismo lenguaje, aceptaba, ó negaba ó daba esperanzas emblemáticamente tambien.

Asgor, hijo de Abniel, escogió el camello recien nacido de pelo más dorado de cuantos habia en su rebaño, y poniéndolo de noche entre los camellos jóvenes cuyas cabezas debia contar Daidha al despertarse, se ocultó hasta que le tocara desfilar al suyo y ver si la doncella, compadecida de él, le daria leche; pero ésta, en lugar de llevarlo á las camellas, lo apartó de todas, y dejó que gritara todo el dia de tristeza y de sed entre los cardos y zarzales de alrededor, por lo cual Asgor, viendo su esperanza frustrada, se alejó apesadumbrado y ofendido sin decir una palabra.

Abna, hijo de Kalem, puso á la entrada de la vivienda de Daidha algunos huevos robados del nido de un ave. Si la jóven, al salir del antro al rayar la aurora, recogia aquellos huevos para que pudieran abrirse, y presentándose nueve dias solícita por salvarlos, miraba cómo la paloma los cobijaba bajo sus alas, el jóven amante sabia que una mirada favorable cobijaria su amor como el huevo en la arena. Por esto velaba incierto de su suerte á la puerta del antro; mas la vír-

gen, al salir distraida por la mañana, vió los huevos colocados en el nido sobre el musgo, y dándoles con el pié izquierdo una fuerte sacudida, los rompió é hizo rodar por la roca, y el hijo de Kalem no se atrevió á acercarse ya.

Zebdani, hijo de Ormid, fué de noche á la entrada del antro de Phayr, lugar consagrado á los dioses, con objeto de imprimir secretamente la huella de su pié en el polvo del umbral barrido por Selma. Si la vírgen, al despertar y al salir del antro, viendo aquel pié estampado á la entrada, le contemplaba en lugar de borrarlo, y ponia el suyo á su lado para dejar tambien impresa su huella, el jóven, que acechaba á lo léjos, aquel símbolo, oia sin necesidad de acentos y leia sin palabras, sabiendo, por lo que significaba tal signo, que otra planta seguiria las huellas de la suya. Pero la vírgen, al salir por la mañana la primera y al ver aquel pié de hombre estampado en el polvo, lo borró de la movediza arena y arrojó el polvo al viento con ademan altanero, y Zebdani, viendo su huella destruida de aquel modo, lloró por su infructuoso amor, avergonzóse y emprendió la fuga.

Las madres se presentaron á Selma para decirle á su vez:

—¿No será posible que encierre en su corazon un secreto amor y que el pudor que tiñe de carmin sus mejillas le impida revelar un nombre que tal vez la avergüence? Obliguémosla, pues, á confesar á pesar suyo el deseo que la ha hecho concebir su mirada; y cuando la expresion de su rostro haya hecho traicion á su alma, esta confesion bastará para hacerla esposa del que pueda haber elegido.

Selma consintió en ello, y cuando llegó la noche, empezaron á poner á prueba el corazon de la jóven.

Daidha, que habia regresado al anochecer con sus rebaños, estaba de pié y desnuda en el fondo de la gruta, y sus cabellos sueltos ondulando desde su frente, caian por todas partes desde su cabeza hasta sus piés. Sus negras ondas le cubrian el seno y los hombros, como esas verdes ramas del fresno y

del sauce que, cayendo desde la cúspide del tronco hasta el suelo, descansan sobre el musgo en deshechas madejas, en las que el rocío matinal se deposita gota á gota: envolvíanla por completo en una sombra trasparente, y se la hubiera tomado por la imágen de la noche con su velo de azabache, si el viento, levantando á veces un tanto aquel rico dosel, no hubiera hecho ondular con su hálito alguna trenza, y descubriendo en parte aquel cuerpo acariciado por él, no hubiera permitido vislumbrar momentáneamente aquel rayo de luz, como por la noche se columbra una estrella entre el follaje.

Bajo tan negro manto por entre el que asomaba á intervalos aquel alabastro, oíase su voz y su risa alegre y juguetona, miéntras su madre le decia: «Empecemos si quieres.» Y levantando del suelo una porcion de sus cabellos, desplególos con los dedos á modo de amplio velo, cual tejedor que prepara su tela y ántes de tejerla anuda al telar los hilos entre los que ha de correr la trama. Acercando en seguida flores y fibras humedecidas de hojas de palmera recortadas por el invierno, y perlas del rio y semillas encarnadas, se las presentaba á su hija, la cual inclinándose para tomarlas, las iba enfilando en las fibras de palmera con la larga espina que le servia de aguja, como enfila el pescador las mallas de la red, mezclábalas luego entre sus hebras de ébano, tan finas que se agitaban sólo al sentir su aliento, y pasando y repasando su aguja al través de la trama de sus cabellos, á un lado y otro, acababa por tejer desde los piés á la cintura el aéreo velo de que la habia dotado la naturaleza. Conforme iba la vírgen trenzando y formando nudos, matizábase de flores aquel delantal flotante: su aguja combinaba artísticamente con las rosas blancas el azulado tono de las pervincas, el amarillento junquillo, los rojos claveles, los lirios acuáticos que semejan estrellas ó soles, y sobre el tornasolado nácar de las menudas conchas hacia resaltar las vistosas plumas del pájaro-mosca.

De este modo se arreglaba el único vestido, velo y orna-

mento de las mujeres de aquella edad, y todo cuanto los países orientales ostentan en su primavera en colores, perfumes y luz, servia para satisfacer ese instinto de belleza que la virginidad comunica á la vírgen; de suerte que, cuando una jóven vestida de brillantes colores y de perfumes naturales, se presentaba ante la absorta vista de un mancebo, parecia más bien un símbolo de flores, y aquel cuerpo encantador, aquellos gratos aromas, aquellos suavísimos matices, embriagando por triple manera los sentidos y el alma, precedian á la mujer, fascinando el deseo.

Cuando la brisa postrera marchitaba los lirios que embellecian y embalsamaban aquellos tejidos flotantes, cuando su última rosa inclinaba la corola sobre su tallo, se renovaba la industriosa y admirable tarea, siendo para las mujeres un dia de fiesta aquel en que, huyendo de toda mirada profana, competian en amor y en arte para cautivar luego la vista del que las contemplaba. Mas para bordar de tal suerte tan delicada trama, era preciso sostenerla con todo cuidado y sin distraerse, porque si se interrumpia la grata tarea, si uno solo de los cabellos tejidos llegaba á romperse, la trama, escapándose de las manos de la tejedora, se deshacia por completo como una red sin nudos, y la encantadora doncella se quedaba contemplando llorosa á sus piés aquel monton de plumas y de flores.

Pues bien, en el preciso momento en que la resbaladiza trama requeria más cuidado y atencion por parte de la mano que la tejia, oyóse gran ruido á la puerta del antro en el que se introdujo una mujer presurosa y agitada diciendo:

—¡Asgor, hijo de Abniel, ha caido en el rio!

Y Selma, que parecia muy atareada en activar la obra, lanzó un grito de dolor levantando los brazos. Daidha se puso pálida de horror; una lágrima, testigo de su pensamiento, rodó por sus mejillas, y su mano suspendió la comenzada trama. Pero no cayó una flor de su mano, y sus dedos temblorosos continuaron de pronto su trabajo.

En esto se presentó otra mujer y dijo:

—¡En el fondo de los bosques está un leon devorando á Abna! ¡Todavía tiemblo de espanto! Tan horrible muerte ha contristado lo que no es decible á sus hermanos, que andan buscando los huesos esparcidos de Abna para darles sepultura!

Renováronse las lágrimas, los clamores y los ademanes de dolor; la doncella se sintió desfallecer un tanto, y la aguja tembló en sus manos, pero sin romper un solo cabello.

Penetró al poco rato en el antro otra mujer exclamando:

—¡Oh dia nefasto! ¡Llorad, ojos de Phayr! ¡Golpeaos el seno, oh madres! ¡Háse extinguido ya toda esperanza de la raza de Ormid! ¡La flecha de los cazadores ha dejado sin vida á Zebdani!

Y en el antro, lleno ya de tristeza y de alarmas, resonaron al oir este nombre sollozos más fuertes y más quejumbroso llanto. Daidha derramó lágrimas por sus tres hermanos queridos, pero ni la angustia de su corazon, ni el llanto, ni los lamentos fueron bastantes á desprender la trama de sus dedos; el terror no la hizo perder el dominio sobre sí misma, y cada doloroso golpe que la jóven recibia en el corazon la obligaba á suspender su trabajo, pero sin romper el tejido.

En vista de la poca impresion que tan siniestras nuevas le causaban, las madres cambiaron entre sí, sin dirigirse la palabra, una mirada escrutadora que la doncella no sorprendió. Una de ellas salió y volviendo precipitadamente al poco rato, dijo:

—¡Qué pérdida tan grande para Phayr! Los esclavos han aprovechado la confusion que reinaba para romper sus lazos, y Cedar, oh Phayr, tu tesoro, tu apoyo.....

—¡Cedar! interrumpió el viejo. ¿Qué ha hecho?

—¡Se ha escapado!

Al oir Daidha este nombre querido, soltó la aguja de sus dedos entreabiertos; el temblor que imprimió al hilo rom-

pió los cabellos, las mallas se corrieron nudo á nudo por su propio peso, y hollando con sus piés la trama diseminada, lanzóse la jóven á la entrada fuera de sí. Mas abriendo de pronto todas las mujeres sus brazos y Selma más que ninguna, estorbaron su salida.

—¡Sé, oh hija, ménos diligente para cubrirte de oprobio! exclamó. ¡Retrocede! De todo cuanto has oido, lo único cierto es tu vergüenza! Sí, nada de lo que se ha dicho es verdad, y sí tan sólo el grito que acaba de venderte, grito que agolpa al corazon toda la sangre de Phayr. ¡El fruto maduro de Selma para el diente del esclavo! ¡Oh madres, exterminad la hija que arrostra nuestras iras! ¡Dioses que me haceis traicion, destrozaos en ese umbral! ¡Antros, caed sobre ella y sed su tumba! ¡Oh madres! No reveleis este misterio á vuestras hijas: todas las familias se llenarian de horror, y las hermanas al hablar de él se dirian unas á otras: «¿No sabes que un corazon libre ha palpitado por un esclavo vil?» Y la sangre de nuestros abuelos herviria bajo tierra de vergüenza y de enojo si llegase á conocer este secreto. ¡Huid de este recinto mancillado, dejadme sola!... Y tú que fuiste mi hija y que no lo eres ya... súmete en las tinieblas de la noche y de la tierra. ¡Que jamás te alumbre el sol fuera del antro! ¡Que jamás ilumine tus ojos la claridad del dia hasta que tu hiel haya absorbido todo tu amor, hasta que amargando el llanto tus labios, vengas á postrarte á mis piés diciéndome: «Madre mia, he lavado esta mancha con el agua de mis ojos; unid á vuestra hija con el hijo de vuestros abuelos.»

Y asiendo á Daidha de una larga trenza, como un perro que el cazador lleva atraillado á los bosques, la condujo al fondo del antro tenebroso cuya pared habian grieteado las raíces de los árboles, y atándola á ellas por sus negros cabellos, la dejó allí como un alma olvidada.

En seguida, prosternándose Selma á las plantas de Phayr, le dijo con voz velada aún por el enojo:

—¡Demos muerte al esclavo, ó caerá sobre nosotros un baldon eterno!

Mas el anciano contestó:

—¡Oh ligereza femenil! ¿Qué crímen ha cometido para hacerle sufrir una muerte infame? Si hoy arrojo sobre él mi piedra, ¿tus labios podrán tocar mañana sin horror mi mano? ¿Es un crímen que el leon ostente su melena? ¿Es un crímen que el Sol deslumbre la vista? ¿Es criminal Cedar porque Daidha le haya mirado con ojos de insensata compasion? ¡Oh mujeres! ¿habré vivido acaso tan luengos años para ignorar que una mirada compasiva no subyuga vuestras almas, y que el curso de un rio es ménos caprichoso que el corazon de una doncella en el cual ha penetrado el amor por los ojos solamente? Créeme, Selma: lo que un viento trae, se lo lleva otro viento; cada hora tiene su idea y cada noche su sueño, y la edad extingue por sí sola un fuego sin alimento. Mantén á la jóven separada algunos dias de su amante; enviemos á éste á guardar en la sombría montaña los ganados que se han multiplicado tanto gracias á su solicitud; ten á tu hija cautiva y sola, léjos de él, hasta que sus ojos hayan consumido su tedio. Otro amor nacerá, no lo dudes, porque el corazon es un manantial murmurador y profundo que jamás se agota, y que, cuando la mano se opone á sus rodeos, se abre otro lecho y sigue distinto curso.»

Luégo, poniendo sobre su cabeza su mano paterna como un leon clemente que lame á una gacela, logró sosegar el corazon y calmar el llanto de Selma con dulces palabras cuyo acento la tranquilizó. El sueño extendió su manto sobre el antro de sus antepasados, quedando sola, despierta y con el corazon destrozado la mísera Daidha.

Pero cuando los pastores llevaron á abrevar sus rebaños, fué circulando un rumor salido de los labios de las mujeres: ¡La perla de Phayr perdida y profanada! ¡Daidha fascinada por los ojos del extranjero! De todas partes surgió un murmullo de horror, y la muchedumbre corrió amotinada en busca de Cedar. El esclavo, perseguido, inerme y sin jueces que le oyeran, acudió á refugiarse á la puerta de Selma; pero las madres, los hijos y sus rivales triunfantes al ver su frente inclinada, excitados por el odio y por la envidia, se le anticiparon y satisficieron en él su insano y cobarde afan de venganza.

—¿Eres tú, gritaban, vil chacal nocturno, el que nos roba los corazones de nuestras castas hermanas? ¿Y pretendes que sea para tí, mudo abyecto que ni siquiera eres un hombre, alimaña que ignoras hasta el nombre que te dan; tú que mancillas la mirada que por acaso se fija en tí, y á quien el onagro y el perro arrojarian de su cama; pretendes que sea para tí Daidha, la flor de los ojos que nuestra alma respira?

Y mezclando la rabia con el sarcasmo, inventaban á porfía alguna afrenta, y éste le arrojaba barro ó le escupia en la cara, aquél le lanzaba un trozo de peña, otro le clavaba una flecha, y en su cobardía, y mofándose de sus miembros ligados, le derribaban al suelo, le pisoteaban, y no atreviéndose á darle muerte para satisfacer su encono, cada cual le prodigaba un tormento ó un ultraje. Cuando aquellos viles corazones hubieron vaciado todo su caudal de insultos é improperios, quedó en tierra apedreado, y aquellos tigres, saciado ya su odio, le dejaron cuando ya asomaba á su frente la nerviosa palidez de la muerte.

Y tú, pobre vírgen encadenada, ¿qué hacias al oir los gritos de tu Cedar, derribado por las hondas? No atreviéndose á despertar á su madre que dormia, cada insulto llegaba desde léjos á su oido; la befa amarga y el afrentoso ultraje laceraban su corazon y subian hasta su rostro; su alma se estremecia de

ira en su seno como el feto que se mueve en el claustro materno; cada golpe que resonaba en la roca creia sentirlo en sus agitados miembros; cada impulso que el horror comunicaba á su pecho conmovia con sacudida igual la raíz á que estaba atada, y sus cabellos, sujetos con siete nudos á las rocas, casi se desprendian de su cabeza á fuerza de desaforados tirones. Al oir los golpes sordos y los lamentos de aquella voz, procuraba inútilmente con mano convulsa deshacer las ataduras que agarrotaban sus piés; de sus lastimados miembros brotaba copiosísimo sudor, y sus esfuerzos solo servian para apretar más y más los lazos que la aprisionaban. Por último, en un arrebato de frenética rabia y á la manera de la zorra trabada por un muchacho, que lima con sus dientes los anillos de hierro que la oprimen, así tambien la jóven, royendo con sus dientes su negra cabellera y desprendiéndose poco á poco de sus nudos, acabó por romper su cadena, precipitóse fuera de la cueva, y acudió, guiada por un sordo gemido, junto al cuerpo de su amante.

. . . .

. . . .

La luna, que aún no estaba en su plenilunio, rasaba las copas de los árboles en la cumbre de los montes, desbordando apenas de ellas, y los negros troncos, interceptando sus rayos, muy bajos todavía, formaban un crepúsculo en el que era forzoso andar á tientas. Daidha procuraba amortiguar el ruido de sus pasos sobre la silenciosa yerba para que esta guardara discretamente el secreto de su marcha, é inclinada la cabeza y extendidos los brazos, andaba como la cierva que husmea el viento. El soplo entrecortado de un aliento oprimido la condujo al sitio en que estaba Cedar, é inclinándose sobre éste y levantando los brazos que el horror la obligó á extender, devoraba con los ojos sus facciones ensangrentadas.

El esclavo estaba desmayado sobre un monton de piedras,

cubierta la frente de palidez mortal, cerrados los párpados, y el cuerpo traspasado de flechas: en el exceso de sus tormentos habia perdido hasta el sentimiento del dolor, y advertíase en él ese sosiego en que el alma, aturdida por la fuerza del golpe, fluctúa entorpecida entre el sueño y la muerte. Por sus miembros corria glacial sudor; surcaban su piel algunos rastros sangrientos, y su perro, único sér que le acompañaba, olfateando sus heridas, las lamia una tras otra con su lengua de amigo.

Daidha se inclinó sobre el cuerpo de Cedar y aplicó el oido á su amortiguado aliento; y observando que su corazon palpitaba aún bajo su mano y viendo que recobraba el color al calor de sus besos, sintió que renacia su esperanza y que con ella su amor cobraba nuevas fuerzas; le arrancó sucesivamente las flechas que por carecer de filo le habian causado heridas poco profundas; le besó las sienes en las cuales habian impreso las piedras cárdenas señales; fué á buscar agua en el hueco de la mano y lavó con ella las manchas de sangre que salpicaban su piel; púsose luego á coger, á favor de la luna, yerbas medicinales que arrancó hoja por hoja, las fué aplicando una á una, humedecidas aun por el fresco bálsamo de los cielos, en cada llaga regada por sus lágrimas, y las adhirió como un brazalete de ámbar que una mano amorosa enlaza en cada miembro; hecho esto, le quitó cuanto pudiera causar algun peso ó estorbo á su comprimido seno á fin de qué respirara con toda facilidad el aire puro de la noche, y sentándose en seguida junto á él en el musgo, reclinándole suavemente la cabeza en sus brazos, sosteniendo tan dulce peso sobre sus temblorosas rodillas, y acercando su rostro á aquellos labios sin voz, mientras sus cabellos sueltos, cayendo como una nube, unian labio con labio y rostro con rostro:

—¡Cedar! le decia; ¡oh, habla, vuelve en tí! ¡Los infames se han marchado; abre los ojos; soy yo! ¡Ya no corre tu sangre,

oh esposo de mis ensueños! Mis cabellos cortados te han servido de esponjas; en mis rodillas descansas; tu cabeza está reclinada en mis brazos, y mi aliento orea tu rostro: ¿no vuelves en tí?

¿A quién no hubiera hecho revivir un acento tan próximo y tan tierno? Cedar no pudo oirla sin tornar al punto en sí, y exhalando un suspiro que le devolvió la vista y la voz, exclamó:

—¡Oh Daidha! ¿Eres tú? ¿Eres tú, grata ilusion, hálito de los labios de una mujer, el que devuelve el aliento á mi seno y la luz á mi alma? ¿Eres tú cuya boca?... ¡Oh cielos! ¡Huye, infeliz, huye! ¿Sabes tú lo que han dicho? ¿de dónde procedo? ¿dónde estoy? Sabes tú que á impulsos de su saña excitada por tu madre, yo moria por amarte, y tú mueres si.....

—¡Hermano mio, dijo Daidha, sellando sus labios con un beso, no huiré, no, áun cuando me hiciesen pedazos! Puesto que la malicia de las mujeres ha descubierto en nuestra mirada el amor oculto en los repliegues de nuestras almas, hable ya ese amor que nuestros corazones no se habian confesado jamás, y moriré contenta. ¡Sí, á tí era á quien yo amaba, mucho ántes de haber visto tu rostro, y en mis sueños infantiles ya besaba tu imágen! ¡A tí era á quien veia cuando cerraba los ojos, como se ve en la muerte el espíritu de nuestros abuelos! y cuando apareciste, descendiendo de los cielos tal vez, creí conocerte á pesar de no haberte visto nunca. Recibí de tu mano la salvacion de mi vida, sin que me causara extrañeza el brazo que acudia en mi socorro; y sin que mi gratitud inmensa pudiese aumentar en lo más mínimo este amor cuyo orígen ignora mi corazon; pero la compasiva ternura lo hizo penetrar á mayor profundidad en mi seno, del propio modo que hundiendo la semilla en tierra se hace germinar la flor. Oponiendo mi ternura á sus enemistades, igualaba mi compasion reparadora á los males que te causaban, y cuanto más te humillaban ante mí, más se en-

tregaba á tí mi corazon ensangrentado. ¡Qué vínculos atraen á los que se aman! Mis piés se encaminaban involuntariamente hácia el árbol junto al cual dormias; tan ágil y leve era mi paso que apenas hollaba la yerba; mas al regresar, mis piés se resistian á alejarse de aquellos sitios. Cuando entraba acompañada de tu sombra en el interior de mi morada, el tedio que me consumia me hacia contar todas las horas en el cielo y hubiera deseado borrar del dia y de la noche las que mediaban entre la partida y el regreso. Yo llenaba con tu recuerdo ese insoportable vacío de los dias, y así como esas doradas plantas que, vueltas siempre hácia el sol, van mirando siempre la marcha ascendente de su astro, así tambien miraba mi alma constantemente hácia el sitio en que te hallabas: el acento de tu voz resonaba de continuo en mi oido, como el del niño que desvela á su madre, y siempre te oía en el silencio que en mi interior reinaba: tú me decias... no sé lo que me decias, pero yo te contestaba, y en estas pláticas me decias cosas que teñian de vivo rubor mis ardorosas mejillas. Y luégo yo miraba, con el corazon y el aliento en suspenso, si los demás habian oido algo, ó visto el ruboroso carmin de mi rostro. Sin embargo, cuando me encaminaba en tu busca, me sentia tímida y vacilante, no sabia qué decirte, y á menudo se lo decia al viento para que el viento te lo repitiese! ¡Oh! ¿No hablaba á tu amorosa imaginacion cuando al levantar hasta mi rostro tus inclinados párpados como si escucharas á álguien que te hablase en voz baja, empezabas á pronunciar palabras que dejabas sin terminar?

»Entónces era yo una criatura, mas á medida que con el tiempo maduraba mi juicio, disipóse toda esta felicidad quedando todo el amor, y bien sabes cuán tristes eran las miradas que nos dirigiamos; pero lo que ignoras, lo que te ocultaba, hermano mio, eran las lágrimas de compasion que me hacia derramar tu miserable suerte. ¡Sí! ¡Cuántas veces, sentada á la sombra de la frondosa arboleda del bosque, me

ocultaba á tu vista para contemplar tus facciones, espiando tu mirada, tu actitud, tus ademanes, tus pasos y tu acento, para adivinar lo que pasaba en tu interior! Y al adorar la celestial belleza de tus ojos, al ver ese yugo vil de tu cautividad que pesaba sobre tu cuello sin envilecerlo, ántes bien realzándolo como lazo que el águila rompe y remonta consigo al cielo, al ver profanado con indignos vínculos á aquel cuyas miradas hacian bajar las mias, á aquel que, descollando sobre todos los mortales, parecia un dios á quien los humanos hubiesen arrancado las alas, pensaba yo humillando la frente ante tí: «¡Por mi amor gime aprisionado; esa frente cuyo culto son mis ojos obedece por mí sin murmurar al muchachuelo que le insulta; por mí permite que le pisoteen esos hombres á quienes haria retroceder con un solo ademan!» Y mi corazon indignado se aborrecia á sí mismo por haber sido causa de la degradacion del sér á quien amaba, y lo hubiera dado todo cien veces con tal de romper las cadenas de tu cuerpo ó sacrificarme por verte libre. Tus brazos ennoblecian á mis ojos esas ataduras, y por participar de ellas me era envidiable la suerte de los esclavos. Y sintiendo mi alma herida por las afrentas que te ocasionaba tu servidumbre, me golpeaba la frente sobre mis lastimadas rodillas, y de mis ojos brotaba continuo llanto como de dos manantiales inagotables, y mi seno oprimido entrecortaba mi aliento, y pasaba dias enteros sollozando en secreto y deseando que no encaminases hácia mí tus pasos! Y temerosa de excitar nuevos rencores contra tí, me lavaba los ojos en las fuentes; al regresar sepultaba mis sinsabores en lo más profundo del corazon, y ostentaba mi frente serena, aunque llena de tinieblas el alma.

»¿Pero de qué me ha servido tan insensata prudencia? Mis manos han hecho traicion á mi pensamiento al oir tu nombre; he desdeñado á sus hijos; han averiguado la causa de mi desden, y su menguada enemistad va á tomar en tí sañuda venganza de mi desvío. Ya han herido á flechazos y pedradas esos

miembros bañados con el agua de mis párpados. ¿Por ventura no he oido lo que han dicho y hecho? Volverán mañana á dar fin á su siniestra obra: el temor de Phayr aplaza tu suplicio; pero mi madre ha pedido justicia al anciano, afanosa por borrar con la muerte y el olvido el baldon de su sangre en mi corazon envilecido. ¡Sí, morirás apedreado por ellos ó vivirás tan sólo de ultrajes si no haces ilusoria tanta saña apelando á la fuga inmediatamente. ¡Huye pues sin mirar atrás; huye para no volver, pero llevando contigo mi vida y mi amor! ¡Herida mortalmente por la flecha de tus ojos, no tardaré en morir á los golpes de mis propias ideas; las gotas de mis ojos ahogarán mi corazon, como la lluvia torrencial troncha y deshoja la flor; pero fiel á tu memoria, oh hermano del alma, ningun hijo del desierto me dará jamás el nombre de esposa, y si en el seno de la tierra, en ese país donde moran nuestros antepasados, hay alguna region en que el esclavo tenga hermanas y dioses, para librarme de los furores de su celoso odio, iré á él á prepararte el lecho nupcial, y reunidos allí por siempre bajo otros firmamentos, iremos á amarnos en el cielo de los amantes!»

Y mientras así le hablaba con los labios aplicados á sus mejillas, corrian las lágrimas de la jóven como un arroyo entre sus largas pestañas sacudidas por los sollozos, y al sentir Cedar cómo caia sobre su frente aquel llanto ávidamente recogido por sus sedientos labios, bebia hasta las heces de aquel corazon que en él se deshacia. Al sonido de aquella voz que resonaba en su alma, permanecia enmudecido, enajenado, suspenso, sin atreverse á hacer un movimiento, un ademan, ó á dirigir una mirada que detuviera el celestial desbordamiento de tanto amor, á la manera del hombre abrasado por la sed que, encontrando en su camino á un niño que vuelve del pozo con un ánfora en la mano, acerca á ella sus ardorosos labios, y sin tomar aliento, apura hasta el fondo el líquido de la vasija.

El bálsamo divino de los acentos de la doncella convertia en voluptuosidad inefable la angustia de sus sentidos. Habiendo cesado de manar su sangre de todas sus heridas, agolpábasele al corazon, atraida á él por tan dulces palabras, y así como al llegar la primavera, el leon enamorado atraido por los rugidos de la leona, corre y salta en pos de ella con las pupilas inflamadas, dejando en las puntas de las rocas mechones de crin y gotas de sangre, sin sentir, en su amoroso arrebato, el dolor de las espinas que taladran sus costados, así tambien Cedar no sentia ya los agudos dolores de sus lacerados miembros. Aquel amor que sus labios helados absorbian reconcentraba todos sus sentidos en una sola idea, y cuando cesó de oir la trémula y débil voz de Daidha, no se levantó, sino que de un brusco empuje saltó del suelo. Con los cabellos ondulantes cual si lo azotase la tempestad, levantando entrambas manos hasta el nivel de la cabeza y juntándolas con fuerza sobre su frente, corriendo de árbol en árbol y abrazando los troncos, sin escuchar al parecer la voz que lo llamaba, describió tres veces un gran círculo en torno de la jóven, y precipitándose luégo á sus piés:

—¡Amarme tú, Daidha! exclamó; ¡yo esposo tuyo! ¡Hablarme tú de amor durante la noche, y tener yo la dicha de escucharte! ¿Seguir bebiendo esas lágrimas que acabas de derramar? ¿Reclinar otra vez mi cabeza en tus brazos en tanto que tú me miras siempre así? ¿Sentir en mi cuello el leve temblor de tus labios como el agua que se agita á impulso del viento? ¿Confundir nuestro aliento y nuestras miradas? ¿Y pretender que huya, y suponer que me inspiren temor los golpes de esos cobardes? ¡Oh! ¡Bendito mil veces sea el yugo con que me sujetan! ¿Qué me importan sus golpes? Mira, ya estoy curado: tus labios han restañado al punto toda mi sangre. ¡Oh Daidha! Muera yo cien veces á tal precio, puesto que vivo cien veces en una hora como esta!

Y así diciendo se arrancó y pisoteó las yerbas vulnerarias

que la doncella habia aplicado á sus miembros, y llevando los cabellos de ésta á sus labios ardientes, prosiguió:

—«¡Cabellos de Daidha, sed mis únicas plantas! ¡Vosotros prestais grata sombra á la flor de mi terrestre Eden; para crecer aspirais el jugo de su corazon, y embalsamais el aire con el viento de su hálito! ¡Oh yo os regaré con la pura sangre de mis venas!»

Y los inundó de apasionados besos, y los enlazó como anillos á sus dedos.

Daidha, pasando á cada palabra de la muerte á la sonrisa, contemplaba en silencio á su amante. Cedar la cogió triunfante como la madre coge á su hijo de la cuna; la levantó del suelo gimiendo de júbilo, y arrobado al mostrar á las estrellas su presa, y levantándola hasta su corazon sin sentir su peso, la condujo así hasta lo profundo del bosque:

—¡Huyamos, la decia en voz baja, para que la luna no oiga estas cosas desde el cielo: sus rayos reflejados en las aguas parecen espiar nuestros pasos; huyamos para que no los muestre á tu madre!

Y la vírgen temblando le devolvia sus caricias, enlazaba á su cuello robusto sus largas trenzas, y al sentir los labios de su amante sobre los suyos, creia que el viento trasportaba su espíritu á los cielos.

—¡Oh Cedar! decia ella, ¡oh! ¡cuán grande es la muerte cuando se corre así hácia ella en brazos del amor que nos arrebata! ¡Oh Cedar! ¡Lleva á donde quieras á la esclava de tu corazon, cuya cadena es tu brazo; sírvate este corazon de mujer de refugio contra sus cadenas: sé el esclavo de todos y el rey de mi alma! ¡Oh Cedar! ¡Así tuviera yo cien corazones y cien bellezas para devolverte tantas felicidades convertidas en amor!

. . . .

Léjos de la claridad importuna, de la luna envidiosa, formaba declive á la orilla del rio un delicioso otero con gigantescos árboles, arraigados en las ondas, sobre las que inclinaban

su frondoso ramaje. A su fecunda sombra, que alimentaba el terreno y comunicaba grata frescura á las aguas, desarrollábase una vegetacion exuberante llena de perfumes y de colores: los piés se hundian en una alfombra de flores,y Cedar, rasgando aquel verde velo en su marcha, iba apartando las oleadas de follaje como un hombre que nada. Las floridas enredaderas enlazadas á los troncos, trepaban de rama en rama subiendo hasta las copas y cayendo desde allí cual un tejido de verdura, como un cable roto cae de lo alto de un mástil, se entrelazaban parecidas á cables anudados, formando un blando pavimento en el que se hundian los piés: mientras otras enredaderas más modestas se asian á ellas á su vez reuniendo sus guirnaldas. La vid silvestre extendia por doquiera sus pámpanos; de los limoneros caia una lluvia de flores, y las vistosas campanillas, contribuyendo á hacer más compactas las matizadas mallas de aquella red, pendian y acudian en busca de sus racimos separados. Las auras sacudian los ápices de los cañaverales, y las encendidas plumas de las aves más raras, que caian del ramaje donde secaban sus alas, salpicaban aquellas redes con su flotante lluvia; el ala de las mariposas se rompia contra ellas al volar; y un rayo luciente de la velada luna, que pasaba al través del follaje como el chorro de una cascada, argentaba aquellas sombrías bóvedas con misterioso crepúsculo.

La trama de la red temblaba sobre el musgo á impulsos de la brisa más leve como una hamaca de flores; si algun ave se posaba en ella, oscilaba fuertemente, y cada húmedo cáliz destilaba sus gotas en ella. De tan plácida atmósfera se exhalaba con profusion una odorífera nube de estambres de flores, de alas de mariposas, de insectos, de colores, cual de un prado ya maduro hollado por el pié del segador, y los nocturnos céfiros llevaban al través del ramaje la armonía y la frescura de las aguas.

Al vagar el mancebo solitario por las orillas del rio, entre todos los secretos de aquella tierra vírgen, habia descubierto ántes que nadie, y admirado con frecuencia los misterios de paz de tan retirado lugar; más de una vez se habia tendido en aquella hamaca de flores, cerrando á la luz sus ojos llenos de la sombra amada, y su alma habia soñado que en aquel nido de amor escuchaba su paloma sus amorosas frases. Más de una vez le habia encontrado la doncella, miéntras le buscaba al pié de los troncos de los plátanos, cobijado bajo los arcos de enredaderas, y más de una vez tambien, entregados á juegos inocentes, al ver á Daidha tendida, entre lirios, en aquella cuna flotante de la que pendian sus cabellos, la habia mecido su mano arrullándola dulcemente, miéntras ella fingia dormir un momento para echar á correr de pronto y reirse placenteramente de su burlado amante.

. . . .

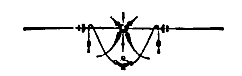
No sé qué vago instinto de la mente le impulsó entónces hácia aquel sitio en su fuga insensata. ¿Era un sentimiento ciego del amor que deseaba para tal ventura semejante mansion? ¿Era que, exaltando su alma hasta el culto, temia que el suelo la mancillase, pareciéndole la tierra indigna de tocar á la que hubiera deseado depositar en un cielo? Lo cierto fué que á la manera del torrente que rueda por su cauce, llegó en un instante al verde otero, dejando á Daidha reclinada entre las flores; á su peso la cuna rebosó de perfumes; de los cerrados cálices de las flores manó abundoso bálsamo; las aves adormecidas remontaron el vuelo desde las ramas, y al enredar sus alas en las plantas parásitas de las copas, hicieron caer al suelo cual fresca lluvia las gotas de rocío del follaje.

Cedar se quedó contemplándola enajenado de júbilo y cruzado de brazos, como quien deja un momento su presa para volverla á coger; luégo, acercándose á ella, sentóse á su lado como una madre dichosa junto á su hijuelo dormido; y

apoyando el codo en aquel balsámico lecho que la adorada cabeza de Daidha hundia un tanto con su peso, y cobijando con los ojos su tesoro, olvidóse ¡ay! de que sus piés tocaban todavía esta tierra de lágrimas y de que la luna seguia su curso en el cielo..... Lo que entónces se dijeron, solamente lo oyeron los cálices de las flores y los musgos. Los espíritus, cuyo único sentido es el amor del cielo, se detuvieron envidiosos al oir aquellos mortales acentos; y Cedar, aspirando el cielo en su sonrisa, llegó á creer que el cielo entero consistia únicamente en aquel delirio.

. . . .

Cuando las horas, que su amor no habia tenido para nada en cuenta, hicieron que por el horizonte asomara la tenue luz de la alborada, cuando las doradas nubes se agrupaban por oriente y las crestas de los montes se perfilaron sobre el fondo azulado del firmamento, y cuando la alondra, esa ave envidiosa cuya voz odian los amantes, remontó el vuelo cantando por los bosques, se les oprimió el corazon; y la luz ofendió sus incrédulos párpados, como ofende los del que recibe un golpe en los ojos. Mas por último fuerza fué desprenderse uno de los brazos de otro: Cedar se dejó atar sus lazos, que Daidha besó cien veces al ponérselos, y deslizándose en seguida con furtivo paso entre los troncos de los robles, corrió á meterse en el antro ántes que el anciano despertara á Selma. Ella misma ató á las raices, para engañar á su madre, la trenza que habia cortado con los dientes al partir, y suplicando á todos sus dioses que otorgaran proteccion á su jóven esposo, volvió á verle en su corazon al cerrar los ojos.





CUARTA VISION

Desde el nefando dia de la prueba fatal habíanse deslizado los demás como las oleadas del rio; insensibles, puros y rápidos para todos los moradores del desierto, ménos para los dos esposos.

El anciano jefe, cediendo con dolor á las altaneras instancias de Selma y con objeto de salvar al ménos la vida de su esclavo, habia acabado por traspasar la posesion de Cedar á Zebdor, lamentando inútilmente la pérdida de tal tesoro; á Zebdor, el más poderoso de los descendientes de su raza, que anhelaba su muerte para sustituirle en el mando. A fin de hacer desaparecer el encanto que se habia apoderado del corazon de Daidha, el anciano la guardó vigilándola constantemente; separó á Cedar de la envidiosa tribu, alejóle por siempre de la vista de su esposa, y le relegó solo á los más áridos cerros, abrasados por el sol y separados del mundo por peñascos escarpados y por el cauce del rio, encargándole de apacentar los rebaños más escuálidos; y por miedo de que el esclavo, olvidado en aquellos sitios, llegase á romper los tres yugos que le aherrojaban, y franqueando el límite de su duro destierro se aproximara á las orillas habitadas por su tirano, Zebdor y sus tres hijos arrancaron un añoso tronco

de palmera cuyas ramas se extendian como un quitasol, y del propio modo que se traba un corcel con una piedra, ataron aquel tronco á las piernas del esclavo, de suerte que cuando éste queria andar á costa de grandes esfuerzos, el árbol seguia trás él sin abandonarle, y si por ventura se hubiese atrevido á atravesar las ondas ó el precipicio, hubiera tenido que levantar en sus brazos aquel instrumento de tortura, y abrumado bajo su enorme peso, caminar de esta suerte jadeante y sudoroso.

Así pasó, largos dias, solo en el mundo. Pero la noche de amor habia sido fecunda: la esposa, que compartiera con él un momento el florido lecho, y cuya vergüenza y duelo la mantenian encerrada en el antro como en un ataud, cubierta con sus cabellos como con un triple velo, tan sólo salia al aire libre cuando brillaban las estrellas. No mostrando su interesante palidez sino de noche, cual lirio cuya flor se abre á los rayos de la luna, Daidha, esposa misteriosa del proscrito, habia aspirado en su aliento el alma de un ángel, y experimentando el lánguido malestar de la madre, habia sentido con asombro en su interior los latidos de dos corazones, y comprendido, enajenada de alegría y afligida á la par, que en su abultado seno germinaba otra vida. Al llegar el noveno plenilunio de estío, habíase efectuado su alumbramiento sobre el musgo, sola, sin testigos, y así como en aquellos tiempos de prodigios, un mismo tallo producia dos frutos á la vez, así tambien dos gemelos sonrientes, prendas de un mismo amor, salieron á luz al mismo grito de júbilo, chupando en los pechos de su madre la doble gota de la vida que ésta ofrecia á sus labios gemelos.

Eran varon y hembra; y cuando los primeros besos aplicados amorosamente á sus tiernos labios dejaron satisfecho el corazon de su madre, cuando los ojos de ésta hubieron mezclado sus lágrimas con su leche, cuando les puso los nombres de Sadir y Hella, que significaban alegría y dolor; á fin de

salvar su vida impidiendo que los precipitaran á la sima donde se solia arrojar los frutos del adulterio, atravesó el rio dos veces á nado, llevando cada vez uno de ellos sobre su cuello, así como la leona que abreva á sus cachorros los traslada de una á otra márgen del rio, y estrechándolos luégo entre sus brazos, mojados y llorosos, comunicándoles el calor de su seno, andando presurosa, y guiándose, para encontrar á Cedar en aquellos oscuros montes, de los mugidos del ganado que resonaban en las tinieblas, llegó á depositar á los piés de su esposo aquel fruto caido del corazon y regado con sus lágrimas.

—Toma, le dijo; ocúltalos; el tiempo apremia; la muerte vendria á arrebatarlos de mis brazos maternales; mi sangre blanca manaba ya para sus labios, pero es forzoso ¡ay! que riegue tambien la roca con mi leche, y que la gacela más mansa de tu rebaño, dejando á su hijuelo, les ofrezca sus mamas. ¡Oh, Cedar! mécelos de noche en tus rodillas, abrígalos sobre tu corazon, pues de nosotros han nacido; mírate en ellos porque son tu imágen; bésame en sus frentes, porque son mi fiel trasunto; ocúltalos á la vista de sus perseguidores! Huyo porque la luz del dia me está espiando y si llega á alumbrarme, soy muerta! Pero que beban ántes otra gota de mi vida! ¡Oh! ¿Por qué no habrian de poder absorberla toda de una vez? ¡Cedar, dios de mi corazon, son tan hermosos como tú! ¡Para que me amen tambien, no dejes nunca de hablarles de mí! Las brisas nocturnas que soplan desde la llanura os traerán en sus alas el amor de que rebosa mi tristeza.

Y dejándolos en el suelo, volviendo á besarlos una, dos y más veces, y emprendió al fin su carrera por los bosques, tapándose los oidos con las manos por miedo de oir un vagido de aquellas voces amadas, y de no poder separarse de ellos si tornaba á verlos. Antes que los rayos del sol coloraran el valle, entró con paso furtivo en el recinto de sus alar-

mas, y la gruta bebió tres dias su leche y sus copiosas lágrimas.

Cedar, mudo, atónito y con el corazon oprimido, contemplaba á aquellas criaturitas tendidas sobre la hojarasca, y buscando en sus ojos la imágen de su madre, lloraba y sonreia lleno de amargo placer, sin atreverse apénas á tocarlas con sus varoniles manos, como un leon sorprendido por el corderillo que acude á lamerle. Aquellos quejidos, aquellos bracitos que se levantaban buscando el pecho materno, le oprimian el corazon; por lo cual apresuróse á ir en busca de una gacela que aquella misma noche habia parido, y tomando á los gemelos en sus brazos, les aplicó los labios al pezon del animal henchido de rebosante leche, como el pastor que sujeta por los cuernos á su cabra miéntras los recien nacidos cabritillos chupan los pezones inclinados hácia su boca. Cuando entrambos gemelos hubieron engañado los maternales instintos de la gacela, Cedar los acostó juntos sobre blandos helechos, y arrullando su sueño breve y suave, cuidaba de llamar á su nodriza cada vez que despertaban.

La gacela, separada de sus cachorros merced á los cuidados del jóven, acudia ya presurosa al oir la voz sedienta de las criaturas, y miéntras brotaban de sus mamas blancos chorros de leche, enjugábales con la lengua las mejillas teñidas del dulce líquido. Así, gracias al instinto de la apacible naturaleza, los frutos caidos del nido no carecian de sustento, y el esclavo, nodriza y madre alternativamente, les deparaba otro nido cobijado por su amor.

Era á la sazon la época en que, agostada la yerba, hacian las familias el recuento anual de los ganados, y Zebdor dijo á sus hijos:

—Ya ha llegado el dia. Subamos á los montes para ver si nuestros camellos, ovejas y carneros. esos desechos de nuestros rebaños que apacienta el esclavo, se han multiplicado léjos de la custodia del amo, y para pedir estrecha cuenta

al esclavo del cordero muerto de sed ó del macho escapado.

Y los hijos le siguieron, enfurecidos de antemano. Al llegar á aquellas cumbres, vieron con sorpresa que los escuálidos animales confiados á Cedar estaban pastando en torno suyo más lucidos y en mucho mayor número. Sentóse Zebdor á la sombra á orillas de un manantial, admirando sus camellos, que contaba por centenares, é hizo seña á Cedar, designándole el pozo, de que los hiciera bajar y beber en su presencia para poder verlos y contarlos más de cerca. Cedar, tembloroso, comprendió la seña de su amo y acercó á sus labios un cuerno que se le habia roto á un búfalo luchando; introdujo en él el viento de sus vigorosos pulmones arrancando un sonido que repercutió en montes y llanuras; los sedientos ganados comprendieron aquel sonido, y saliendo por todas partes de las profundidades de los bosques, acudieron unos trás otros á reunirse en derredor de la fuente. Zebdor se puso entónces á contar las numerosas cabezas de aquella prolongada fila, y miéntras el cordero arrancaba tallos de yerba ó el onagro bebia, los iba designando por sus nombres y señalándolos con el dedo á sus hijos; recreábase su vista en los cabritos que triscaban, calculaba ya el desarrollo de los pequeñuelos que crecian, y satisfecho del estado de sus ganados, miró á Cedar con ojos más humanos. Ya iba aclarándose la muchedumbre de sus reses, hasta pasar el último de todos el elefante, que con su trompa se entretiene en desarraigar árboles, levantando como pilares de mármol sus anchas patas que á cada paso abren un hoyo en el suelo; siguió el alce, cuyas ligeras pezuñas saltan admirablemente de roca en roca; y la corza vagabunda, ó la errante gacela, que siempre oyen desde las más empinadas cumbres los ecos del cuerno que los llama, acudieron tambien desde léjos á beber, á la vista de Zebdor, la enturbiada agua de la fuente casi agotada por los demás animales.

Cuando acabaron de desfilar todos ellos, llenóse de terror

el desventurado Cedar. Al oir pasos desde la cumbre de la montaña, y al ver desde su elevada situacion á sus tiranos que iban subiendo, receloso, aunque demasiado tarde, de su visita imprevista, apénas habia tenido tiempo de ocultar á los gemelos cerca de él bajo las anchas ramas arrancadas de un baobab, y estuvo continuamente temiendo que álguien tropezara con su cuna de follaje ó que la sed hiciese prorumpir en gritos á las criaturas. Pero estas dormian tranquilas en su verde lecho, sin mover siquiera con su tenue respiracion las hojas que los ocultaban; y Zebdor se levantaba ya para bajar al llano, cuando crujió el ramaje á sus espaldas; volvió los ojos y vió venir una ligera manada de gacelas que descendiendo de las cumbres llegaba á beber. Aquel grupo gracioso empezó á lamer el líquido que manaba de la fuente, pero una de ellas se separó de sus compañeras olfateando, é inquieta y recelosa, parecia buscar á sus hijuelos deseando lamerlos. En vano fué que la llamara Cedar, pálido y tembloroso; la rápida gacela, sorda á las voces del pastor, y registrando las altas yerbas con su largo hocico, acabó por descubrir á los niños en su cuna de follaje; despertáronse estos prorumpiendo en lastimeros vagidos, y llenando de asombro á los pastores que contemplaban confusos aquella maravilla, miéntras Cedar, en el colmo de la turbacion, cayó al suelo como herido de un rayo.

Los pastores pasaron largo tiempo inclinados sobre los dos gemelos, levantando las manos y hablando con misterio; dudando si aquellas críaturas eran séres humanos, las revolvian sobre la yerba con sus rudas manos, dominados alternativamente por el temor y por el respeto, cual si tuvieran á la vista los palpitantes trozos de alguna serpiente. Pero Zebdor, cuyo corazon era tan empedernido como dura su mirada, cogió en sus brazos la dormida pareja, y levantando á la vez el nido con la rama, se los llevó tendidos en las hojas y seguido de todos los pastores, sin cuidarse de Cedar á quien dejaron

en el fondo de los bosques desmayado, sin vista y sin aliento.

. . . .

No parecia sino que el viento les hubiera prestado sus alas para difundir ante ellos la sorprendente nueva, pues apénas llegaron á la orilla del Orontes, cuando toda la tribu salió de sus viviendas, precipitándose á su encuentro, siguiéndolos y formando compactos grupos en su derredor; hasta los niños se empinaban para verlos mejor, y las oleadas de aquel palpitante círculo acabaron por molestarlos tanto como sus interminables preguntas. Las madres levantaban á porfía, con mano curiosa, las hojas de acanto y de carrasca, hasta que los recien llegados tuvieron que depositar á sus piés, en la arena de la playa y al borde cenagoso del agua, la delicada carga. Entónces la multitud, y en especial las mujeres y los niños, se arrodilló para contemplar á los gemelos, hasta dentro del agua, sin parar mientes en que se estaban mojando, y la sorpresa que les causó al pronto aquella pareja inocente que palpitaba á sus plantas, convirtióse muy pronto en compasion. Las madres tendian los brazos hácia aquellas manecitas que se tendian á su vez hácia ellas; dos mujeres cogieron á las criaturas para darles el pecho, miéntras otras, ganosas de hacer lo propio, los disputaban á los senos que los gemelos se mostraban muy dispuestos á agotar.

Pero Zebdor, arrancándolos de brazos de aquellas madres, y apostrofándolas con amargas invectivas, les dijo:

—¡Criaturas de leche y lágrimas, á quienes un niño llevaria á donde quisiera! Necias, que jamás teneis otra cosa en el cerebro sino llanto para llorar con todo lo que llora! Dejad que vuestros dueños solos decidan de su suerte, y si deben morir, no amamanteis la muerte! ¿Sabeis acaso qué madre ó mónstruo tal vez los ha concebido en las tinieblas y les ha dado el sér? ¡Oh ciegas! ¿Sabeis si estais dando la leche sagrada destinada al hombre, á unos escorpiones? ¿Sabeis si esas serpientes ocultas bajo formas humanas emponzoñarán

nuestro seno con sus odios, y si prestais calor con un beso á la cabeza del gigante que habrá de aplastaros algun dia?

Despidiéndolas en seguida con ademan imperioso y dirigiéndose á los hombres, añadió:

—¡Oh dioses, habladnos en la duda en que estamos! Esas criaturas, escoria vil de los brutos del desierto, ¿han aparecido para nuestra pérdida ó para nuestra salvacion? ¿Dónde las he encontrado? Á los piés del esclavo, de un enemigo cautivo que nos odia, que nos desafia. ¿De quién los ha recibido, de los demonios ó de los dioses? ¿Por qué los ocultaba bajo la yerba á las miradas de todos? ¿Por qué alimentaba su venenosa ralea, para nuestra pérdida ó para su venganza? ¿No serán algun gérmen concebido por gigantes, que deberia crecer á sus ojos sin saberlo nosotros, para que en un dia dado degollaran la tribu entera? ¡Oh, no; que mueran ántes destrozados á pedradas; que el Orontes les prodigue su agua en vez de leche! ¡Ahoguemos á nuestros enemigos hasta en su cuna!

—¡Sí, que mueran! gritó la muchedumbre impulsada por unánime instinto.

—¡Aléjese de nosotros con sus cuerpos todo mal! Caiga sobre nuestras cabezas la compasion de las mujeres!

Y Zebdor, animado por estos gritos, empujó la cuna de follaje con el pié, y echó los niños al rio del propio modo que se arroja á la corriente el nido de un animal inmundo; el acanto se llenó al punto de agua y la dormida pareja se hundió juntamente con su lecho. Un grito, un solo grito, exhalado por mil voces conmovidas, salió de los labios de la muchedumbre, remontándose á las nubes. Extendíanse ya mil brazos señalando con el dedo el sitio fatal en que habia desaparecido la cuna, cuando, más rápida que la mirada que sigue á un pensamiento, una mujer lanzóse desde la cima de una peña á la profunda corriente en la que se sumergió dos veces, saliendo cada una de ellas con una criatura en la mano.

—¡Daidha!!! exclamó la muchedumbre... Y en efecto era Daidha que, abrumada por el horrible peso de una angustia mortal, al confuso rumor del quejido de una criatura, oido por su corazon, habia salido á la luz del dia á pesar de estarle vedado, y oculta trás un árbol cerca de Zebdor, pudo oir todas sus palabras que le arrancaban el alma, le vió arrojar sus hijos al rio, y al punto se lanzó al abismo para salvarlos.

. . . .

Salió repentinamente, escoltada por el pueblo, á la orilla á donde la habia llevado la corriente, y puesta allí de rodillas, cubrió de besos á sus hijos, disputándolos con arrogante mirada á la muerte, calentándolos con su aliento como una oveja calienta al corderillo con su lana, y sonriéndoles para hacerlos sonreir miéntras los enjugaba con sus largos cabellos. Mas al ver de pronto la muchedumbre agolpada en torno suyo, pareció volver de la nada al mundo de los vivos, lanzando tan terrible grito que enterneció todos los corazones maternos; levantó luégo los gemelos sobre su cabeza como se eleva una enseña para detener al populacho, ó como se muestra al cielo una herida que mana aun humeante sangre, y abriéndose paso al través de la multitud, corrió al encuentro de Zebdor, semejante á la cierva ojeada que vuelve á donde está en acecho el cazador que acaba de herirla, é irguiéndose ante él:

—¡Pueblo, exclamó, y tú, cobarde degollador de corderos, estas criaturas son mias! ¡Herid mi seno culpable, pero respetad su vida! ¿Acaso se hace expiar el crímen á un inocente? Pueblo, sangre tuya es la que circula por sus venas; remóntate hasta su manantial... ¡De mi corazon la han tomado! Véngate; he sabido burlar tu envidioso rencor: ¡son hijos de Cedar... y yo... yo soy su esposa!

Un grito formado de otros ciento convirtió entónces la piedad en execracion. Zebdor lleno de horror, retrocedió á la par de la muchedumbre como cuando una peña se derrumba

y rueda á nuestros piés. Daidha, que los ve hacerse atrás paso á paso, se esfuerza por reunirse con ellos y detenerlos, y estrechando á los gemelos con un brazo contra su seno como si tratara de introducirlos y ocultarlos en él, desgarrando sus rodillas contra las piedras, llevando los cabellos, que chorreaban agua y polvo, pegados á su cuerpo como un velo recien lavado, y apoyando una mano en el suelo por el cual se arrastra, procura besar con sus labios de mármol los piés de aquella gente que la rechaza indignada. Al ver que se dispersa por do quiera huyendo de su contacto, la infeliz Daidha inclina la suplicante cabeza, prorumpe en lamentables sollozos, une entrambas manos, llama por sus nombres á sus desapiadados hermanos, y va de rodillas de su madre á sus hermanas y de estas á aquella.

—¿No habrá, oh mujeres, entre vosotras ninguna que los recoja? Vuestros senos henchidos dejarán morir esas bocas que las hienas no hubieran tenido inconveniente en alimentar? ¡oh, venid y heridme!... pero que yo los vea en vuestros senos, oh madres! ¡Un poco de leche para ellos, y moriré contenta!.....

Pero las madres huian y apartaban la vista de aquellos hijos del esclavo odioso á su raza. Casadas, doncellas, niñas y Selma la primera, le arrojaban al rostro su oprobio juntamente con puñados de polvo. Cuantas palabras salian de sus bocas al pasar junto á ella eran como otras tantas piedras que la aplastaban, lapidándola de antemano con las amenazas del horroroso suplicio que á ella y á sus hijos malditos les aguardaban y que su furibunda rabia les hacia sentir de antemano.

Por último, la muchedumbre formó un círculo á pocos pasos, y el consejo juzgó á la hija de Selma, condenándola á morir así como al indigno esposo que la habia profanado y á los culpables frutos de su infame amor, cuya existencia impía seria una ofensa constante para la pura luz del Sol. Pero, en obsequio del anciano rey, su padre, cambiaron la clase de

suplicio, aunque no depusieron su saña, y por temor de que su sangre mancillase alguna mano, destináronla á morir en la torre del Hambre.

Era esta una prision, una tumba en vida, que se construia con piedras y barro, elevándola como una ancha torre, sin techo, sin ventanas y sin puerta alguna, de suerte que el culpable encerrado en aquel profundo recinto, quedaba separado por sus altas paredes del mundo, y los dioses celestes, únicos testigos de su suerte, no podian acusar á nadie en particular de su muerte. Cedar fué condenado á perecer en el Orontes de la muerte más vil y sobre todo más rápida, y los tiernos gemelos, salvados de las ondas por su madre, destinados á servir de pasto á las fieras.

. . . .

No bien se hubo pronunciado la fatal sentencia, cuando el pueblo se aprestó á dar muerte á Cedar. Halláronle tendido en el suelo, sin aliento, como herido de un rayo; la muchedumbre, al verle sin color y sin vida, creyó que los dioses vengadores habian exterminado al impío, y se entretuvo en prodigar toda clase de insultos á aquel cuerpo inerte: arrastrándole luego hasta la márgen del espumoso Orontes, junto á un vórtice en que el rio arremolinaba sus encrespadas hondas, le precipitaron en aquel abismo sin desatar siquiera el tronco de árbol que arrastraba consigo; y aquel manto de espuma cubrió su húmeda tumba, siguiéndole mil imprecaciones en su caida.

El pueblo se alejó de allí, animado por aquel crímen, semejante al tigre que despues de devorar una víctima experimenta más sed de sangre, y arrancó del seno de la moribunda madre los frutos de su amor que seguia estrechando entre sus brazos; excitándose todos al trabajo con clamorosos gritos, trazaron la horrible torre y se pusieron al punto á construirla; cada cual acude en busca de guijarros al lecho del rio, cada cual lleva su piedra al fúnebre edificio y cada

cual se esfuerza por que el inhumano jefe reconozca su solícito trabajo en aquella obra de expiacion.

Ya van amontonándose las piedras, hilada por hilada, en torno de Daidha, sentada en su sepulcro; su alma, medio muerta, oia resonar los pedruscos de la tumba que debia devorarla; así como la víctima presenta su cuello á la vengadora cuchilla, sus ojos, fijos en el suelo, no imploran ya á nadie; su abatida frente pende con todo su peso sobre su seno: su rostro helado ocúltase entre sus manos, y la ondulacion de los cabellos sobre el musgo marca cada sacudida de su palpitante corazon. Parecia aceptar resignada su féretro; mas cuando, al retirar las manos de su rostro, vió de una ojeada que el murado recinto levantado para su tortura llegaba ya al pecho de sus hermanos, dió un salto acompañado de un grito de angustia, como el hombre dormido á quien muerde una víbora, y tendiendo sus brazos suplicantes á las mujeres de las tribus, sentadas junto á las piedras, les dijo:

—¡Oh! ¡Deteneos, deteneos un instante ántes de cerrar este fatal monumento! ¡Oh madre, hermanas y hermanos de mi raza! Otorgad una gracia á mis postreros suspiros; dejad un angosto resquicio en esta torre, no para que penetre por él un poco de claridad que alumbre mis tinieblas, pues me avergüenza el sol y aborrezco la luz, sino para que, en el caso de no ser la primera en morir, pueda yo ver de nuevo y acercar á mis pechos las bocas de esas dos criaturas que necesitan amamantarse, á fin de que mi leche retarde la hora de su muerte, y de que vivan á lo ménos hasta que yo muera. ¡Oh! ¡No les priveis de este sustento mientras yo respire! ¡Dejad, ya que rebosa mi seno, que apuren hasta el fondo el dulce licor que contiene! ¡Que no mueran de sed hasta haber absorbido la última gota!.....

Callóse; sus manos palpitaban; al oir aquella ferviente súplica, enternecióse el corazon de las madres de Phayr; se conmovió el fruto que llevaban en sus entrañas, é hicieron que

se dejara una abertura en los muros de la torre. Prometieron tambien á Daidha que le llevarian sus hijos, y la torre subió de piedra en piedra menguando la luz del dia. Al alejarse la muchedumbre de la prision mortal, desatóse en maldiciones sobre ella, y al poco rato Daidha no oyó más ruido que el de la corriente del rio y el del viento de la noche.

Como la cierva salvaje que pasa dia y noche dando vueltas por su jaula, olfateando los barrotes que estorban sus pasos para reconocer si el roce de sus costados los ha adelgazado, así tambien Daidha estuvo largo tiempo dando vueltas instintivamente al rededor de aquel estrecho recinto, palpando sus paredes para ver si descubria en ellas algun intersticio, lastimándose el seno contra las puntas de las piedras y procurando encaramarse por ellas con sus dedos ensangrentados; pero las paredes no ofrecian asidero alguno á sus manos, ni daban paso al aire ni á la luz, y como si la doncella estuviera sepultada en lo profundo de un pozo, cada esfuerzo que hacia para subir la arrojaba de nuevo al fondo. Cansada al fin de aquellas inútiles tentativas que la estenuaban, cobró la calma de la desesperacion, sentóse en el suelo, y reclinándose contra la pared exclamó:

—¡Morir así! ¡Y por una noche de amor! ¡Oh sí, morir cien veces! ¡Cedar, alma de mi alma! ¡Morir cien veces así, puesto que muero esposa suya! ¡Erijanse y derrúmbense sobre mí mil torres de hambre, ántes que Daidha se avergüence de ser tuya! ¡Antes que mi dolor se arrepienta, vida mia, de este crímen de amor que su odio me envidia! ¡Execren enhorabuena tu nombre; yo lo adoraré en mi sepulcro! ¡Mi suplicio es mi fé, y mi vergüenza mi orgullo! ¡Abrase mi tumba hasta lo profundo del infierno: Cedar, morir por tí es más, mucho más que vivir dichosa! ¡Oh muerte! ¿Por qué tardas tanto? ¡Ven, ven á reunirnos! Te oigo venir, como si oyera los pasos de mi amante!

Y fijando en seguida toda su atencion, observaba si la sed

de sus labios llegaria en breve á ser mortal para ella ó si en los latidos de su corazon se advertia ya el postrer desfallecimiento del hambre; pero en aquellas épocas en que la naturaleza era tan lozana y vigorosa, la savia de la edad subsistia sin necesidad de alimento, y la pobre víctima se observaba en vano, pues aun no experimentaba hambre ni sed, y sostenida únicamente por su amor y su zozobra, devoraba su corazon y bebia sus lágrimas.

Las estrellas del cielo, que pasaban unas tras otras por la porcion de cielo que se veia desde el interior de la torre, la vieron desde las celestes alturas al atravesar el espacio en la misma actitud y en el mismo sitio, apoyada contra las piedras, y con las manos juntas descansando en sus rodillas plegadas. Cuando asomó por Oriente el primer albor matutino, la alondra acudió á anunciarle con su canto la llegada de la aurora: una oscura golondrina de azulado plumaje, rasando la elevada torre, presentóse en el borde del muro, rozó con sus alas las piedras, y por fin se posó en una de estas muy cerca de la jóven, la cual levantó las manos exclamando:

—Compasiva avecilla que desciendes para verme en mi tétrica tumba, ¿has visto á mis dos hijuelos sin madre, tendidos por el suelo, cual si fuesen huevecillos rotos caidos de un nido? ¿Reian? ¿Lloraban? ¿Me tendian los brazos? ¿Volverás á verlos cuando remontes de nuevo tu vuelo? Dime, ¿no has visto desde las orillas del rio donde apagas tu sed, el hermoso cuerpo de Cedar arrastrado por las ondas? ¡Oh! ¡Dile que pronto, muy pronto me reuniré con él! ¿Acaso no es más rápido el amor que las olas? ¿Qué llevas en el pico, avecilla que bebes en las corrientes? ¿Es una brizna de musgo ó un cabello de las algas? Dime, ¿no será alguno de los cabellos de oro que habrás arrancado de su frente flotante para que sirva de lecho á tus polluelos? ¡Oh! Suelta esa hebra de oro que te envidio. ¡Un cabello de su cabeza! ¡Un rayo de su vida! ¡Una

reliquia de su muerte! ¡Dámelo, ave, dámelo! ¡Ese cabello para mí, los bosques para tí!.....

Pero espantada la golondrina por su voz y su ademan, remontóse á los aires de un solo aletazo, de suerte qne los desesperados gritos de Daidha ahuyentaron á la única criatura de Dios que acudiera á consolarla, quedando así privada del atractivo del comercio con el mundo exterior y reducida á derramar silencioso llanto.

. . . .

Su alma estuvo algun tiempo adormecida, hasta que la despertó un grito que resonó como un golpe en su corazon; era ese grito de sed, imperceptible al oido, pero que despierta á una madre por profundo que sea su sueño; era el suave vagido de sus dos hijos que acudian á pedir el sustento á su muerte. Dos hijas de Zebdor los llevaban en brazos, presentándolos por la hendidura de la torre á su blanco seno, y mientras Daidha les daba á beber su leche lavándolos con sus lágrimas, les decia:

—¡Bebed, blancos corderillos! ¡bebe, paloma mia! ¡Bebed el agua de mi corazon que brota de la tumba: apretad, apretad con los dientes y con las manecitas este manantial de amor que el hambre secará! ¡Ojalá pudiera agotar de una vez vuestra boca saciada toda mi sangre con toda mi vida! ¡Ojalá pudierais caer de mis pechos secos como dos criaturas muertas, embriagadas por el jugo de la vid! ¡Ay, cuánta sed tendreis cuando yo haya perecido! ¡Oh, no sonriais, ó rogaré que se os lleven! ¡Puedo veros morir, sí; pero no me es posible contemplar como sonrie la muerte en vuestros ojos sin esperanza!.....

Y así diciendo, estrechaba con convulsa mano aquellas dos candorosas cabezas contra su seno, imprimia prolongados besos, entrecortados por el llanto, en sus labios de coral, en sus ojos, en sus rosadas mejillas; enlazaba á su cuello sus brazos para levantarlos, mordia la blonda y suave seda

9

de sus cabellos, mirábase en sus ojos como en un espejo, cerraba los suyos de horror, los abria de nuevo para volverlos á ver, y mientras tanto, las tiernas criaturas, al verse atraidas á aquellos castos pechos y apartadas al poco rato de ellos, tomando á juego aquellos forzados arrebatos y aquellas lágrimas, reian jugueteando entre sus largos cabellos. Cuando el lactífero manantial hubo cesado de manar, las hijas de Zebdor, cerrando los oidos á la suplicante voz de Daidha, se llevaron los niños dormidos á donde estaba la tribu, como se enturbia el agua cuando los corderos han bebido!

Daídha, siguiendo con la mirada á aquellas mujeres que parecian llevarse una parte de su alma, les habló con el ademan miéntras pudo verlas. Los niños mamaron tres veces aquel dia, mas por la noche, cuando las mujeres del jefe se acercaron á la rendija, no vieron á Daidha junto á ella. Llamáronla para anunciarle su presencia, y les contestó la jóven con moribunda voz; sus piernas, cediendo al desfallecimiento causado por una angustia mortal, no podian ya sostenerla. Al oir los quejidos de sus hijos hizo un esfuerzo, mas el impulso de su corazon no fué bastante á levantar su cuerpo moribundo y cayo postrada al pié de la negra pared.

—¡Oh! dijo levantando la voz cuanto pudo; por los frutos vivos ó muertos de vuestras entrañas, por el agua que bebeis, por las lágrimas que yo bebo, pasad esos corderillos por la angosta abertura, y permitid que les dé un dia aun su alimento. La leche de mis pechos sube y brota al oir sus gritos, y quizás mane todavía despues de mi muerte; no les negueis el efímero placer de agotar hasta el fondo las fuentes de su madre: y en vez de los leones, serán los buitres los que acudan á devorar sus miembros en mi torre!...

Y las mujeres, pensando en el dia en que se da á luz un hijo, pasaron los gemelos por la abertura: Daidha levantó las manos para recibirlos y la noche extendió su negro crespon sobre aquel cuadro desconsolador.



QUINTA VISION

Mas, en tanto que el espesor de los muros apagaba aquellos fúnebres lamentos, resonaba en las tinieblas el rumor de inseguros pasos. ¿Quién, fijando la callada planta en la roca, osa acercarse así á la torre de la muerte? ¿Por qué se detiene de vez en cuando como para espiar, como para escuchar el silencio? ¿Por qué se encamina en todas direcciones? ¿Qué nombres murmura en voz baja? ¿Qué sordo rugido resuena con su aliento, como el del hierro hecho ascua al sumergirlo en el agua? ¡Astros del firmamento! ¿Podreis dar crédito á lo que veis? ¡Es Cedar, sí, Cedar que aparece de nuevo bajo la celeste bóveda! Cedar, libre del yugo que comprimia su fuerza, blandiendo con una mano un roble, y palpando la oscuridad con la otra, como dispuesto á descargar sus golpes en la roca habitada. De esta suerte avanzaba á grandes pasos en demanda de la torre mortal, silencioso, mordiéndose los labios lleno de vengativa saña, y como si un guia seguro le condujera hácia aquel sitio.

Pero ¿cómo habia logrado revivir, resucitar? Cuando su cuerpo, juguete de sus verdugos, cayó despeñado de la roca arrastrando en su caida el enorme tronco de palmera como si fuese una piedra atada á su cuello, el árbol cayó el prime-

ro recibiendo el cuerpo sobre sí; los bejucos y los juncos que sujetaban el hombre al árbol se rompieron con el peso contra las puntas de las peñas, y cuando la palmera subió á la superficie desde el fondo del rio, el hombre, sostenido por el tronco, flotó con él. El impetuoso Orontes los arrastró en sus ondas al través de sus recodos y sinuosidades, y aquel pueblo vil los creyó desaparecidos para siempre al perderlos de vista tras uno de sus promontorios. Sin embargo Cedar, vuelto en sí por la frescura del agua, y reuniendo lentamente sus vagos recuerdos y viendo huir ante sí el cielo y las orillas, habia comprendido que flotaba en su muerte, y abrazando la palmera con mano convulsiva, la impelia maquinalmente hácia la márgen del rio; pero la rápida corriente, más fuerte que su desfallecido brazo, le llevaba con ímpetu en direccion del mar. Ya oia en la sonora playa el estruendoso rumor de la marea, ya desaparecian de su vista las orillas del rio, cuando rompiéndose en un insuperable escollo la corriente que el reflujo de los mares rechaza contra su lecho, le arrojó en la arena sin violentas sacudidas. Allí permaneció algun tiempo inmóvil, entorpecido, como un hombre aturdido por un golpe de maza, trayendo poco á poco á su memoria alguna imágen disipada de ella, hasta que recobrando el terrible sentimiento de la realidad, desató con los dientes el resto de la cuerda que le tenia todavía sujeto á la palmera, su sosten, y unas veces andando por el rio y otras á nado, llegó en breve á los bosques de la orilla. Guiado por el instinto del amor, no vacila su paso, parécele oir á lo lejos, resonando en su alma, los lamentos de dos niños y los sollozos de una mujer; el horroroso presentimiento de la suerte de Daidha no le permite descansar un instante, y semejante á un hombre desatinado y atraido por un grito de muerte, estuvo dos dias enteros corriendo, con los brazos extendidos hácia ella: finalmente, él era quien, guiado por la venganza y el amor, subia á tientas por la roca en que se asentaba la torre. Habia reconocido el

campamento á pesar de las tinieblas, por los fúnebres aullidos de los perros: para burlar su vigilancia, procuró amortiguar el ruido de sus pasos, y empuñando vigorosamente su árbol, escuchaba con atencion dispuesto á hacer uso de él.

. . . .

La sombría y silenciosa torre cuya negra masa se destacaba sobre el fondo oscuro del cielo, proyectó su sombra sobre Cedar ántes que él la divisara; en ella estaba Daidha próxima á exhalar su postrer aliento, teniendo en el regazo á sus dos hijos que acababan de adormecerse; las delirantes visiones del sueño de la muerte coloraban con mil confusas imágenes sus sentidos debilitados, velos que la naturaleza extiende con mano benigna sobre los ojos de los mortales para que no distingan la pavorosa parca. Su razon desfallecida la hacia ver rios de límpidas aguas cuyas linfas subian hasta sus ávidos labios; colmenas llenas de panales que le destilaban la miél libada por las abejas en las numerosas flores campestres; miéntras Cedar arrancaba ramas cargadas de sabrosas frutas para sus pequeñuelos que jugueteaban entre la yerba, ó ella cogiéndoles los bracitos, los extendia hácia él con su mano si las tiernas criaturas lloraban de hambre.

—¡Ah! exclamaba golpeándose los agotados pechos, ¡la naturaleza se manifiesta sorda á sus lamentos! ¡Oh cielo! ¿Cómo ha podido secarse mi seno ántes de mitigarse su sed? ¡Ah! ¡Morir despues que ellos es morir cien veces! ¡Hijos mios: herid sin compasion este pecho que os mata negándoos el sustento! ¡A falta de él, pegaos á mi labio: y en mi postrer suspiro bebed, apurad toda mi alma, que se exhala en vosotros! ¡Cuánto más digna de envidia ha sido tu muerte, Cedar! Tú no has exhalado tres alientos al perder la vida. Recíbelos, caro esposo, que se exhalan para tí; abre tu seno para ellos, y cierra tus brazos para mí!

. . . .

. . . .

Al oir Cedar los primeros ecos de aquella voz doliente, aplicó al muro su oido atento y parecióle que salia de la piedra una voz sepulcral que le llamaba. Al pronto no conoció en aquel lamento la voz de su amor, velada por la agonía, mas al resonar en su oido el nombre de Cedar, pronunciado por ella, comprendió la horrible realidad y precipitóse hácia la torre. Detenido por el muro, que le hirió el rostro, buscó á tientas una entrada, un resquicio cualquiera: tres veces dió la vuelta en torno de la torre fatal con los brazos extendidos, cual tigre encerrado en una jaula, hasta que su mano, que buscaba en vano una puerta, dando con la angosta abertura, penetró por ella. Introdujo todo el brazo en el subterráneo: la helada frente de Daidha heló su mano, y palpó, frio y muerto, en el fondo del tenebroso calabozo, todo aquel extenuado grupo que espiraba en su sombra. Al través de su mente abrióse paso la terrible verdad: tocó el suplicio, y su instinto lo comprendió. Aferrándose entónces á los intersticios y rebordes de las piedras superpuestas, logró encaramarse hasta la cúspide del horroroso edificio, y, temeroso de aplastar bajo sus muros á aquellos idolatrados séres, empezó á demoler la torre por su elevada cima. Sus brazos desesperados hacian volar las piedras con tanto ímpetu como el viento de invierno levanta torbellinos de polvo, y aquellas pesadas moles, que en nuestros dias doblegarian muchos brazos, iban á parar á cien pasos de distancia hundiéndose en el suelo. Un estruendo continuo hacia retemblar la ribera; la altura de la torre disminuia por momentos, y en las lejanas cavernas repercutia el eco de aquella ruidosa y hercúlea tarea. Al oirlo todo el pueblo dejó alarmado el lecho, acudiendo en compacta muchedumbre, al primer albor matutino, en la direccion en que tan insólito ruido percibia; y armados todos de hondas, mazas y piedras, volaron prorumpiendo en clamorosos gritos hácia la torre del Hambre, y miéntras unos creian que una deidad, auxiliada por el relámpago y el rayo, la hacia caer á sus piés reducida

á polvo, otros, viendo á un hombre reduciéndola á escombros, no se atrevian á avanzar, y consultaban unos con otros lo que deberian hacer. Los más altivos y orgullosos se deciden por fin á acercarse al monumento; al llegar junto á él miran con detenimiento su cúspide; trascurre algun tiempo sin que se decidan á dar crédito á sus ojos, mas por último conocen á Cedar á la tenue claridad de la aurora, y entonces parten mil gritos de otros tantos pechos; mil hondas hacen volar al punto un sinnúmero de guijarros del inmediato rio, y silban mil flechas de madera endurecida al fuego, oscureciendo el aire en derredor; mil manos, asiéndose á las junturas de las piedras, pugnan por ser las primeras en llegar á lo alto de la torre, para precipitar desde ella al temerario esclavo que pretende arrancar una hermana á su venganza.

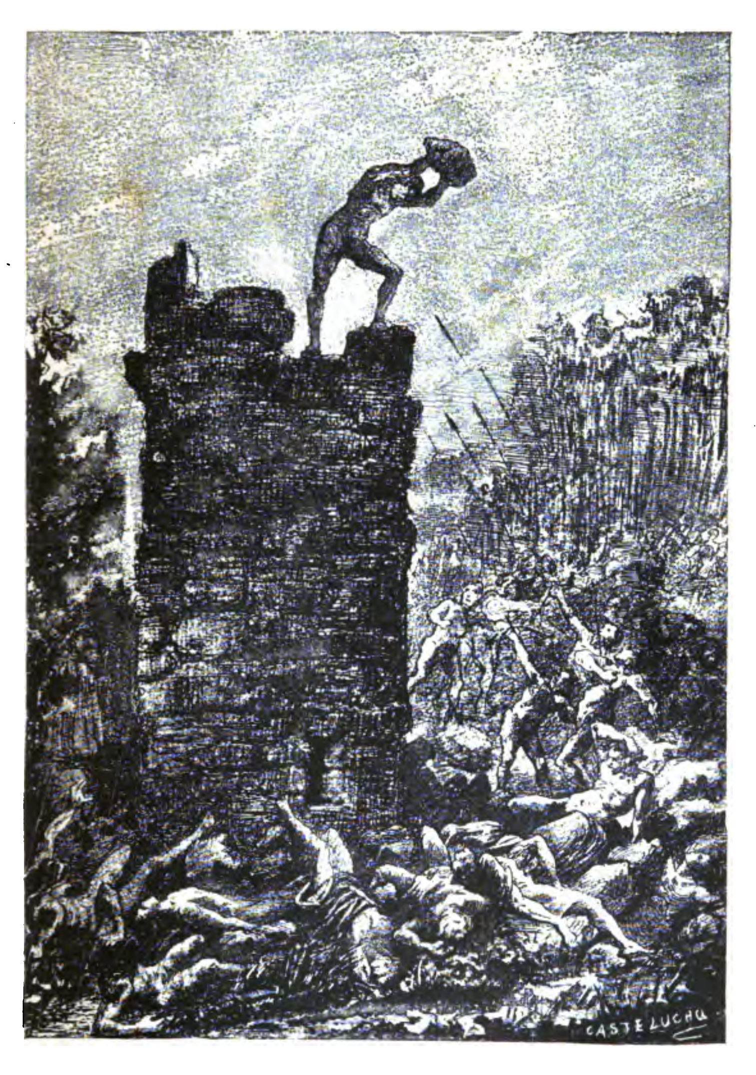
Cedar, cuya mirada replegada en su alma, tan sólo ve á Daidha que le llama con moribundo acento, absorbido en su obra, no divisa al pronto á los ocultos enemigos que se aproximan á él. Zebdani, el primero que trepa por los muros, le sujeta por medio del cuerpo con sus membrudos brazos; Abid y Kor le secundan; pero Cedar, volviendo en sí como sobresaltado por tan inesperada acometida, desprendiéndose con la mano que tenia libre de los débiles brazos de aquellos mortales y crispando los dedos de los piés para conservar el equilibrio, los ciñe con el brazo, los sofoca contra sus costados, hunde en su carne sus ensangrentadas uñas; con una mano los levanta sucesivamente á pulso, los voltea sobre su cabeza como si blandiera una espada; luégo abriéndoles el cráneo contra los ángulos de las piedras, estruja las manos que pretenden acercarse á él, y sangrientos, mutilados, los arroja en medio de la multitud que se retira á modo de tempestuosa oleada al ver caer aquellos cuerpos.

Para herir á Cedar sin riesgo, le disparan desde lejos los proyectiles, mas el animoso mancebo, desdeñando el guarecerse de sus golpes, con un pedrusco en cada mano y firme

en su base, los fulmina desde arriba, los destroza, los aplasta; cada uno de sus tiros castiga una maldad ó un crímen; de una formidable pedrada hunde el corazon de Zebdani; otro proyectil mortífero de sus propias murallas extermina á Zebdor, cuyas entrañas se desparraman por el suelo; Abna, precipitado sobre el cuerpo de su padre, cae bajo la misma piedra que él llevara á la torre; Elim, Zadel, Selin, los siete hijos de su raza, no logran tampoco eximirse de la muerte que rebrama tras sus huellas, y todos perecen sucesivamente triturados por sus propias piedras. El brazo infatigable y exterminador de Cedar derriba á aquellos criminales bajo el peso abrumador de su propia injusticia desde los muros que fabricaron para otro suplicio, y los restos esparcidos de los hijos de Phayr, dispersados por el miedo, buscan las sombras para ocultarse y huir.

En tanto, cada piedra de la torre que el jóven dispara secunda su amoroso afan á la vez que su deseo de venganza; cada uno de los pedruscos que arroja su terrible mano reduce la distancia que media entre la cima y la base. Daidha, reanimada por la voz de su esposo, levanta hácia él los brazos desde el fondo de su abismo, hasta que por fin Cedar se precipita triunfante en él como un dios en el infierno, estrechándola contra su pecho de tal modo, que teme ahogarla: su corazon da tregua al júbilo que lo embarga, para saborearlo despues mejor; coge su triple presa en sus amorosos brazos, y así como se llevan los frutos en sus propias hojas, así tambien levanta á sus hijos en el seno de su misma madre. Con firme y segura planta, cuya energía redobla tan dulce peso, pasa por entre los escombros de la ensanchada brecha, toca por último el suelo, lánzase fuera, huella y pisotea los inanimados cuerpos de sus mil enemigos, y conduciendo á Daidha por aquella escena de horrenda carnicería, la oculta el rostro en su seno al pasar por ella.

Sin dirigir una mirada á aquel sangriento cuadro, penetra



CEDAR, FIRME EN SU BASE, LOS FULMINA DESDE ARRIBA

al azar en la oscuridad de los bosques, con tan rápido paso que no parece sino que su planta, aguijada por el horror, es impotente para alejarle de aquellos sitios tan velozmente como desea; en su júbilo sin límites, quisiera remontar á las celestes alturas aquellos tres séres adorados que palpitan sobre su corazon! Siempre que su brazo ó su pierna vacilan, cobra nueva fuerza contemplando sus ojos, y emprende su carrera con impulso creciente en direccion de otros montes por no parecerle ningun sitio bastante seguro para ocultar su tesoro.

Desde la hora en que comienza el crepúsculo vespertino hasta la en que sustituye el dia á las fugitivas sombras, corrió sin detenerse á respirar un solo instante, sin hablar y estrechando entre sus brazos á las prendas de su alma; y cuando puso entre él y las orillas del rio una distancia increible, toda una tierra nueva; cuando su mirada penetrante vió otro horizonte, soltó sobre el musgo su preciosa carga, miró en torno suyo con inquietud como si hasta la misma soledad le inspirase sospechas, y luego, riendo, llorando y gritando alternativamente, se puso á palmotear y á dar brincos en derredor.

Daidha, cuyas lágrimas regaban su sonrisa, contemplaba su delirante alegría tendiéndole los brazos, en los cuales se precipitó cien y cien veces el amante esposo, miéntras los gemelos respondian con sus inocentes risas á los enajenados arrebatos de su padre. Cuando este hubo dado rienda suelta al júbilo que le embargaba, á la manera que una vasija demasiado llena se evapora al calor, cogió de los tallos de los lirios los cálices de estas flores llenos de savia, cuidando de no vaciarlos, y vertió en los labios de la madre el nocturno rocío recogido en sus urnas. En seguida sacudió las ramas en que la palmera del desierto contiene en su dura nuez la leche del bosque, rompió las cáscaras contra el tronco del árbol; y poniéndose de rodillas con medio coco en cada mano, hizo que

los niños, engañados por su blanco color, absorbieran su dulce líquido y saborearan su pulpa. Uniendo luego sus robustas manos á modo de flexible cestillo, trajo en ellas el dorado panal de las abejas, cuya balsámica miel, espesada por el jugo de las flores, semejaba lingotes de oro incrustados en la dura roca. Las bellotas, cuyo harinoso contenido estaba en perfecta sazon, las raíces y tubérculos de plantas jugosas, y las cañas de azúcar, de las que brotaba blanca leche, recogidas en montones que su mano extendia, y despojadas por él de sus rudas cortezas, les brindaron sabroso festin que contribuyó á reanimar sus fuerzas, y los niños, dormidos sobre la yerba, seguian apretando entre sus dedos aquellos frutos que sobrevivian á su hambre.

Daidha, cuya lozana y vigorosa naturaleza se habia repuesto muy en breve, sentia ya acudir á sus pechos el agua de las fuentes de la vida, y Cedar, ebrio de júbilo, pasaba largos ratos contemplando alternativamente á los frutos de su amor y á la que les habia dado el sér. En su alma se despertaba una imperiosa necesidad de explayar su corazon que rebosaba de perfumados afanes; de hacer partícipe de su dicha y atribuirla á un sér más elevado; pero su alma, poseida de tan gran necesidad, si bien tenia el instinto de Dios, no podia formarse idea de él; así fué que paseó sus miradas por toda la naturaleza, desde el musgo hasta los troncos de los árboles y de estos á los cielos, designándoles á la madre y á los hijos; hízose á un lado, para que un rayo de sol de la celeste bóveda, fijándose en ellos como una mirada de amor, se regocijase tambien de volverlos á ver á la luz del dia; hubiera querido descorrer todos los velos de las noches para ostentarlos á los ojos de todas las estrellas, y en el éxtasis de ventura en que se abismaba su corazon, pareciale que todo amaba lo que él amaba, que en torno suyo todo participaba de su embriaguez, y que todo, en fin, era una caricia para aquellos séres salvados de la muerte!

Sus sentidos no experimentaban hambre ni cansancio; mas por fin sentóse junto á Daidha en el musgo, y embelesándose su alma más de cerca en sus atractivos, tanto la contemplaba y con tal fijeza y arrobamiento, que sus ojos se inundaban de lágrimas, lágrimas celestes de gratísimo sabor, superabundancia de un corazon mortal que se exhalaba por los ojos, velo húmedo y brillante que el exceso de la alegría despliega sobre la dicha como una nube en el cielo.

Daidha, abandonándose á tan amoroso éxtasis, y reclinada en su brazo, apoyaba la cabeza contra su corazon; enlazó sus manos con las de su esposo, y hablando ambos á la vez, fueron recordando punto por punto, palabra por palabra, todos los dolorosos sucesos de su celeste amor, haciéndose contínuos y candorosas confidencias é inocentes preguntas, repitiendo mil veces sus palabras, bebiéndolas á porfía el uno de los labios del otro y confiándose las mismas impresiones y esperanzas: voluptuosa reciprocidad de dos almas arrobadas que, para reunirse, remontan sus dos vidas, y que para saborear mejor la dicha presente, van acopiando sus recuerdos y sus lágrimas en el cáliz de ventura en que humedecen sus labios, esparciendo á modo de sal la hiel de las pruebas soportadas. El corazon del uno fué vaciándose así poco á poco en el del otro, hasta que su seno no pudo ya contener tanta dicha. Su verbosidad fué disminuyendo; en su ccnversacion empezaron á intercalarse momentos de silenciosa pausa; sus párpados, abrumados por tan prolongado insomnio, se cerraban, abriéndose á ratos para contemplarse de nuevo; sus labios, en los que vagaban ya errantes las frases, parecían murmurarlas como en sueños; sus cabezas, inclinándose bajo el peso de tanta felicidad, se apoyaban una contra otra cual dos pensamientos, y el sueño, apagando por fin la voz de entrambos amantes, adormeció los postreros latidos de sus corazones.



SEXTA VISION

Aquellas criaturas, cada una de las cuales era la vida, el mundo entero para la otra, proseguian dia trás dia su vagabunda marcha, teniendo abierta ante sus pasos oda la tierra y trazando en ella su ruta sin más fin ni objeto que el amor. En su presurosa marcha parecia guiarles únicamente el deseo de borrar hasta el recuerdo de sus primeros tiranos, y buscando por instinto los climas más templados, se encaminaban en direccion de los mares donde nace el dia. Habian oido decir que en aquellos campos de la aurora crecian mil frutos desconocidos, que los perfumes más suaves de cuantos embalsaman los cielos comunicaban al aire mismo un gusto délicioso, que de las peñas chorreaba el néctar de las abejas y que un ave celestial recreaba los oidos con su armonioso canto.

«Nos detendremos, decian, en los sitios en que la felicidad es más sabrosa; en esas riberas en que el ave azul se posa; domesticaremos las gacelas recien nacidas para que jueguen en la hojarasca con nuestros gemelos; subiremos á los árboles para robar nidos; tendremos por morada una gruta de mármol que nos preserve de las inclemencias del cielo, ó el robusto tronco de un árbol, cuyas largas ramas replegadas so-

bre sus costados cubran sus piés còn su cabelluda copa; seremos bondadosos con todos, y para que todos nos amen, nos llevaremos bien hasta con los mismos leones, con el ave del aire y con el insecto de los campos; pero con el hombre ¡oh no! porque los hombres son malos!»

Forjándose tan risueñas ilusiones, seguian avanzando con ligero paso, semejante al vuelo de la esperanza, aunque durante su fuga se detenian con frecuencia.

A veces los duros guijarros ó las plantas espinosas ensangrentaban los piés de Daidha, que enlazaba entónces sus brazos al cuello de su esposo, el cual la conducia sin moderar su marcha: llevando en un hombro sus dos hijos y en el otro la madre, dulce y ligera carga que constituia toda su felicidad, y abrazado á su vez por aquellos tres séres cuyo apoyo era, creia llevar el universo entero consigo! Y Daidha, acariciando su rostro, enjugaba con sus blandas trenzas el sudor que le inundaba.

Otras veces atravesábase en su camino una roca que daba á un profundo barranco, irguiéndose como un muro con un abismo en el fondo que se abria á sus piés; si por casualidad no habia algunos árboles tumbados que vinieran á formar sobre él un arco, Cedar dejaba junto al borde á la madre con los hijos, bajaba al barranco para reconocer si seria posible atravesarlo, y luégo, afianzando los piés en cualquiér grieta, levantaba los brazos desde el fondo del precipicio; recibia de manos de Daidha el niño que ésta le alargaba desde arriba, y en seguida lo bajaba al fondo, lo reclinaba entre las flores y volvia á subir por su hermano: prestaba su hombro á la madre para que descendiera á su vez, y cuando llegaban felizmente todos al fondo del barranco, suspendíase de la pared opuesta, formaba con sus brazos una escala movible, y dejaba en lo alto al niño que su esposa le entregaba.

Cuando en otras ocasiones un rio ó un torrente oponia á sus pasos su corriente impetuosa, Cedar lo pasaba á nado,

desenrollaba nadando el bejuco ó la enredadera silvestre de algun árbol de la orilla, y cual si fuera un recio cable, lo anudaba por el extremo á un tronco de la otra orilla: el bejuco, tendido sobre las espumosas aguas, ofrecia á Daidha un medio de pasar: Cedar, entónces, volviendo atrás y tomando á un niño en sus brazos, le trazaba el camino de nudo en nudo, y ella le seguia llevando sobre su cabeza el segundo niño tembloroso y lleno de espuma, y al llegar todos á la orilla opuesta, se ponian al sol como un bando de blancas aves que secan sus alas á los rayos del rey de los astros.

Cierta noche en que, sucumbiendo á tanta fatiga, descansaban en el fondo de las soledades, Cedar, cuyo amoroso celo hacia que se despertara al más leve rumor, oyó como un resuello y pasos silenciosos; incorporóse sobre un codo y se puso á escuchar sin moverse; aquellos pasos parecian buscar el camino del sitio en que estaban guarecidos; una respiracion jadeante, que se acercaba por momentos, hizo que se le erizaran de horror los cabellos, creyendo que algun hambriento leoncillo acudia á devorar á sus hijos en el seno de su esposa. Dió un grito: respondióle un aullido lúgubre; el animal se precipitó á sus piés de un solo salto; el follaje era espeso, la noche oscura y Cedar vió una sombra que se levantaba á la altura de su cuerpo. Lanzóse al encuentro de aquel leon erguido y le recibió oprimiéndole entre sus férreos brazos; sin que su corazon desfalleciese, sintió en el pecho el marfil de sus dientes y su caliente resuello, y buscando la lengua del animal que queria lamer toda su sangre, le hundió un brazo en las fauces: la fiera cayó ahogada, exhalando un solo aullido tierno y melancólico, miéntras Daidha, cubriendo á sus hijos con su cuerpo, se sintió llena de turbacion al oir aquel acento de muerte. Acercóse á Cedar buscando en su brazo los mordiscos del animal, pero no vió en él la menor gota de sangre; el leon que el jóven habia derribado á sus plantas, en vez de destrozarle, parecia haberle lamido.

El sueño cerró al fin los párpados de entrambos. Cuando abrieron los ojos á la luz y buscaron al vencido enemigo, escapóse al verlo un solo grito de sus pechos: los esposos consternados, tristes, se miraron mútuamente, y sus miradas se impregnaron de melancólico enternecimiento; aquel leon, que creyeron tan sediento de su sangre, era el perro de los rebaños de Cedar; era el compañero voluntario de su cautividad, el único amigo que tuvo largo tiempo sobre la tierra, que acariciaba á Daidha y que lamia á sus gemelos.

Cuando el fiel animal vió á su amo precipitado al rio, corrió largo tiempo por la orilla para dar con su cuerpo; pero dejado atrás muy en breve por las rápidas ondas, fué siguiendo el curso de las aguas lanzando aullidos de desesperacion, respondidos por el eco, hasta el arenal en que se deshacian las olas del mar; habia cruzado la desembocadura á nado, y encontrando por fin en el limo pisoteado la planta de un hombre recien estampada en la arena, emprendió de nuevo su carrera, olfateando por todas partes; y perdiendo y encontrando cien veces la misma pista, y pasando por delante de la tribu sin olfatear, y sin haber apagado siquiera la sed en las mismas aguas, habia volado al encuentro de su amo para morir á sus manos, víctima de su amorosa fidelidad!

¡Con cuánto placer hubiera derramado Cedar parte de su sangre con tal que su impotente aliento pudiera reanimar aquel cuerpo! ¡Qué lágrimas tan amargas corrieron de sus tristes ojos! ¡Cuánto maldijo Daidha aquel lamentable error! ¡Cuántas veces besaron y acariciaron ambos el largo y enlodado pelaje del animal! ¡Sufre tanto nuestro corazon por la pérdida de quien nos ama! Pero castigarle por amar... matarle uno mismo! El amor es un bien tan inmenso para el corazon de los mortales, que ni puede resignarse á perder el de un perro sin que de él mane sangre!

Abriéronle una tumba al pié de un sicomoro, y al partir de allí volvieron cien veces el rostro; aplicaron á aquel sitio

un nombre querido y fúnebre y aquel dia fué para ellos lamentable como un adios postrero!

. . . .

Doce soles habian dorado ya las nubes desde que avanzaban por playas desconocidas; habian bajado hasta la orilla del mar, gustado la sal amarga de sus olas, y extendiendo sus miradas por el anchuroso desierto líquido, tomado aquel rio sin orillas por el confin del mundo. Caminaban por esa costa de graciosos contornos, en que mil años despues descollaron las torres que ciñeron á Tiro. Las olas jugueteaban en su solitario promontorio, cual blancos corderos que triscan en la era ántes de la cosecha: ¡ambos amantes iban hollando con sus plantas aquellos gérmenes de ciudades que andando el tiempo habían de multiplicarse tanto, sin poder presumir que algun dia surgieran de aquellos arenales, á una seña de Dios, innumerables pueblos!

Sus atónitas miradas contemplaban aquella agua sin fin, recreándose en andar por la finísima y dorada arena que las olas, rizadas por las brisas de la aurora, mullian aun más para ofrecer blando asiento á sus fatigados piés. Aquellas palpitaciones del mar en su lecho, aquel movimiento sin tregua de un elemento que vive, las flotantes imágenes de la ribera pintadas en las aguas, los sonoros gemidos de aquellas playas, los misterios del fondo del piélago que la mirada puede penetrar, todo, en fin, parecia hablar á sus sentidos enajenados, y con el corazon lleno de armoniosos acordes que sus oidos halagados escuchaban, iban por sus orillas descuidando su camino. Los saltos desordenados del movedizo abismo, los grandes choques del mar á los embates del viento, no habian formado aun esos espacios áridos que hoy vemos entre la aterciopelada yerba y las límpidas olas; ántes al contrario, las mansas y adormecidas ondas y el compacto follaje se juntaban en la arena y se besaban en paz. El árbol bañaba sus piés en la espuma de las playas, prestando grata sombra á las ti-

bias olas, y la pareja viajera disfrutaba á la vez del doble atractivo del mar y de los bosques.

Ya, semejante á una torre abrumada por su propio peso, descollaba ante ellos el monte Carmelo que parecia hundirse al gravitar sobre su base, y su promontorio resonante penetraba como un muro en el mar oscureciendo su céruleo color; enormes peñas desprendidas de su empinada vertiente, saltando sobre su grupa, habian rodado desde la cima, y lanzadas al despeñarse hasta el seno de las olas, formaban en torno del cabo otros cabos más avanzados; las mugidoras olas deshacian contra ellos cual leve polvo sus espumas sin fin sembradas por las brisas, y á la manera de hirviente vasija, cubrian y descubrian con sus hervores las espumantes peñas. En medio de aquella tempestad perpetua, un águila trazaba raudos giros, y sus alas sombreaban el rostro de Cedar y el de Daidha al pasar cerca de ellos. La montaña parecia dificil ó más bien imposible de franquear, siendo menester, ó pasar al través de aquellos escollos, ó rodearla; pero se extendia por el interior de las tierras á tan larga distancia. que su azulada línea, interceptando los cielos, por todas partes presentaba el mismo obstáculo á sus ojos.

Los jóvenes fugitivos, á fin de tentar aquel paso sin exposicion de las prendas de sus entrañas, quisieron primeramente avanzar solos por las olas. Colocaron á los dos hermanitos en el corazon de una palmera que parecia mecerlos, y á suficiente altura para que el chacal no los olfateara desde el suelo. Al inclinar el jóven y flexible árbol, besaron dos veces á los sonrientes niños, y soltaron en seguida el tronco, cuya copa cobijó en los aires á la hermosa pareja.

Cedar y Daidha avanzaron entónces por la húmeda cornisa entre el mar y las peñas, unas veces pasando á pié enjuto por la arena y otras por los torrentes levantados por las olas, envueltos ambos en torbellinos de espuma y arrostrando los continuos embates de las aguas. Cedar, aferrándose á los pe-

ñascos con una mano, enlazaba con el otro brazo á su compañera, temeroso de que, al retirarse la oleada, arrebatase á su amor al mugiente abismo. Las olas, extendiéndose sobre ellos por momentos como blanco lienzo, los cubrian con su velo, y desgárrandose luégo en las rocas el verde tejido de las aguas, caia en jirones sobre sus empapados cuerpos. Para poder dar un paso por aquel terreno accidentado, espiaban el intervalo que mediaba entre dos oleadas: su muerte ó su salvacion dependia de su golpe de vista, y finalmente, pasando de abismo en abismo, de escollo en escollo, unas veces andando por el fondo y otras á nado, consiguieron doblar el cabo, y vieron la otra playa que ostentaba á los rayos del sol hasta perderse de vista su bronceada verdura bañada por las tibias olas.

Dando gracias desde el fondo de su corazon á no sé qué Dios, ambos amantes llenos de alegría retrocedieron por el mismo camino; y Cedar, llegando apénas el primero, dobló la palmera para recoger los niños. Ya Daidha irguiéndose los llenaba de besos en su imaginacion, y empinándose cuanto podia y alargando los brazos, aguardaba que Cedar los devolviera á su amante seno, cuando, al bajar el tronco del árbol al nivel de los ojos, helóse toda su sangre y su rostro se cubrió de mortal palidez: ¡los niños no estaban ya en el corazon de la palmera! Los dos esposos llenaron el aire con sus lamentos; ocurriéronseles mil encontradas y confusas ideas y se pusieron á registrar con insensato afan todos los árboles de alrededor; á la manera de dos cazadores de pájaros, subian á los troncos, introduciendo sus cabezas en lo más denso del follaje; hacíanse la ilusion de que se equivocaban de árbol y que la palmera que estaban registrando no era la que buscaban, cuando un grito de angustia que resonó de pronto en los cielos les hizo levantar la vista hácia la cresta de las rocas. El águila que poco ántes trazaba raudos círculos sobre el abismo, hendia á la sazon el aire con vuelo sublime y sosega-

do; sus anchurosas alas extendidas con movimiento apénas perceptible les ocultaban con su sombra una pequeña porcion del firmamento, y á la manera de un globo que remonta en pos suyo la barquilla, el ave sostenia en equilibrio un bulto bajo su ala y se cernia en el espacio sujetando con sus triunfadoras garras al menor de los niños.

Temiendo Daidha que si exhalaba un grito de espanto, el águila abriera sus garras estrellando en el suelo á la inocente criatura, ahogó su lamento en el fondo de su corazon, contentándose con designar con el dedo á Cedar al ave predatora. Viéronla dirigirse hácia la inmensa boca de un antro que coronaba el circuito del cabo, y penetrar en aquel sombrío recinto con su adorada carga, sin plegar siquiera las alas. El alma de los dos esposos voló al punto hácia el antro envuelta en un grito supremo, y así como cuando estalla un incendio se ve á una jóven esposa, librada de la muerte por la solicitud del esposo, reunir temblando á sus hijuelos en torno suyo, y si echa de ménos alguno, lanzarse desalada, ántes de abrir la boca ó de reflexionar siquiera lo que va á hacer, en su vivienda presa de las llamas, coger el hierro hecho ascua por donde corre el plomo derretido, subir por la escalera que se derrumba bajo sus plantas y llegando hasta la humeante techumbre, á la que ni el hombre ha osado acercarse, poner en salvo á su hijo ó perecer con él, así tambien la atribulada Daidha se lanza en pos de Cedar, sin pensar lo que hace ni titubear un punto. En vano es que el promontorio oponga su áspera pendiente á su maternal impulso; sus firmes piés competirian entónces con los de la gamuza ó el alce; creeríase que su corazon los eleva hácia el cielo; ambos esposos pasan de cornisa en cornisa cual fantásticos espectros, sin detenerse un solo instante á cobrar aliento y sin que sientan cómo se les desgarran las manos contra las agudas peñas: su mirada, fija únicamente en la cima, no advierte que el abismo se profundiza á sus piés, y agarrándose unas veces á

las plantas, y buscando otras un apoyo en las paredes de las rocas, flotan balanceados como la yerba por la brisa á los embates del viento marino que se rompe contra el promontorio.

Mas en la cumbre de las rocas, á la que consiguen llegar despues de penosos esfuerzos, la pendiente se suaviza; un terreno lleno de finísimo musgo se desarrolla ante ellos entre dos cintos de rocas, circulando por él cristalinos y sinuosos arroyuelos, y debajo de la enorme peña de donde se precipitan estos arroyos, aparece la anchurosa arcada de una caverna. Corren allá jadeantes, penetran bajo la roca; un águila descomunal se remonta á los aires al verlos llegar, siendo tal el viento que recoge con sus alas que los precipita al suelo sin vista y sin aliento. Pero el corazon de una madre, que tiembla por lo que ama, combatiria en las nubes con el mismo rayo.

Una vez dentro de la caverna, dirigieron una mirada al fondo, prorumpiendo en un grito que fué respondido por otro: Daidha, sintiéndose desfallecer de súbita alegría, acababa de ver á sus dos hijos, y sin embargo, retrocedió á su vista! Despues de buscar y encontrar á los dos gemelos arrostrando la muerte, ¿qué mano poderosa detenia sus pasos? ¿Quién clavaba su alma y sus piés á la entrada? ¿Por qué espiraba la voz en sus labios? ¿Qué les hacia titubear de aquel modo?... Una mirada.

En el fondo de la caverna estaba un hombre, un hermoso anciano teniendo sobre sus rodillas, como una tierna madre, los dos gemelos arrebatados por el águila, y entreteniéndose en exprimir en sus labios el ámbar de las doradas manzanas que acababa de mondar: los dos niños chupaban las gotas que corrian, apartando con sus manecitas la nevada cabellera del buen viejo, y aquel dulce alimento, la suave voz y las sonrisas de éste habian logrado acallar sus gritos de terror.

Aquel anciano no tenia el aspecto rudo y salvaje de los hombres que hasta entónces habia visto Cedar; no se advertia

en él esa frente estrecha y comprimida por un instinto brutal, esos ojos que despedian chispas ó cuyo brillo apagaba la astucia, esa boca acerada ó esos abultados labios en los que vibra la injuria ó se apacienta la lascivia; sus miembros no presentaban esa musculatura robusta y fuerte, sávia ardiente de los sentidos que hace vegetar al cuerpo; las uñas de sus manos no estaban afiladas, como las de los animales carniceros, para escarbar el suelo; ni se advertia en su mirada ese desden menospreciador que con su desvergonzada procacidad pudiera ofender la mirada ajena. Su frente, ancha y despejada, parecia sobresalir para contener elevados pensamientos: la edad habia agrandado la órbita de sus ojos, de los que brotaban destellos suaves como los de la alborada; la llama, pura y sostenida, de su mirada pensativa, no brotaba de su alma cual encendida ascua, ántes bien la reflexion la templaba un tanto como templa el calor la mano que se pone entre el ojo y el fuego. Sus labios, entreabiertos por su acompasada respiracion, apénas se encorvaban sobre sus ebúrneos dientes, y la suave inflexion del pliegue formado por aquellos, contribuia á suavizar su varonil expresion, echándose de ver que ni el orgullo ni la injuria feroz habian arrugado jamás aquella boca, sino que aquel soplo sereno, exhalado por su aliento, daba paso á su alma ántes que hablara. Su piel parecia teñida de los matices de las pálidas azucenas, la inteligencia augusta animaba sus facciones varoniles, y así como la piedra y los martillos, al forjar la herramienta, aguzan los metales para emplearlos en más importante obra, así tambien se veian en sus facciones surcadas de ideas las huellas que éstas habian impreso al pasar: el tiempo habia escrito en sus inflexiones el esfuerzo misterioso del trabajo de la imaginacion, y el alma difundia por ellas su sombra en mil reflejos.

Los amantes, que eran todavía muy jóvenes, que sólo tenian una idea y una pasion, contemplaban absortos la santa expresion del anciano, y las múltiples arrugas de aquella

frente pensativa los llenaban de respeto, de sorpresa y de temor. Al ver colorarse la tez de aquel hombre, á la sazon meditabundo y pensativo, creian ver pasar mil espíritus por su rostro iluminado por el brillo de sus ojos, y temiendo lo invisible y no osando acercarse á él, permanecian sentados á la entrada en una piedra.

El buen viejo tenia á los gemelos jugando sobre sus rodillas, y los habia abrigado con el resto de un rico manto cuyos purpúreos jirones rodeadan su cintura; contemplaba á los niños con dulce y melancólica mirada, y al ver á sus padres silenciosos y llenos de respeto, situados á respetuosa distancia uno junto á otro, les dijo:

—¡Pobres jóvenes! venid, ved y tocad! Bellísima hija de Eva, y tú, hombre, acercaos! ¿Son vuestros estos niños? ¡Que se los vuelva á llevar el águila!

Al oir estas palabras, corrió Daidha hácia sus hijos con los brazos abiertos, llamando á Cedar para que la socorriera; mas el viejo, acercando sus boquitas á los pechos de su madre, los depositó en el seno de ésta, como dos tortolillas, miéntras Daidha regaba las manos del anciano con su llanto y Cedar se postraba ante él para adorarle!

Ni uno ni otro se atrevian á alzar la voz en su presencia. «Es un dios, decian entre sí; sí, es un dios más fuerte y mejor que nuestros dioses; habitante de esta roca, su cuerpo cuenta tantos años como ella; desde aquí gobierna los montes, las olas y las llanuras; el águila es su mensajera, y el viento su hálito. ¿Qué hará de nosotros? ¿qué nos quiere su espíritu?»

Sin oir estas palabras, el anciano las comprendió:

—Levantaos, jóvenes, les dijo; ¡mis ojos leen en vuestros ojos lo que piensan vuestras almas! Mirad: no soy más que un dios de carne y hueso; un hombre como vosotros, á quien podeis tocar; un gusano que vive en esta soledad, y que, decrépito ya, se encamina á la muerte. ¡Que me extermine la

terrible venganza del solo Dios viviente si yo os engañara, si valiéndome de la duda en que os sume mi aspecto, permitiera que vuestros espíritus adorasen una mentira!... Y vosotros ¡pobres séres! tan temblorosos y desnudos, hijos errantes del desierto, raza de facciones desconocidas, cualquiera que sea el nombre que lleve vuestra tribu, ¿quiénes sois? ¿hablais la palabra humana? Mis ojos no han visto jamás, oh hermosos jóvenes, corazones tan candorosos bajo tan dulces facciones. ¿Acaso oculta Jehovah en algun otro lugar de la naturaleza alguna gota pura todavía de la fuente del Eden? Hablad, ¿de dónde venís? ¿A dónde dirigís vuestros dasos? ¿Sois mortales ó ángeles de la tierra? ¿Una aparicion de inocencia desterrada? ¿Una sonrisa del mundo ántes de su agonía? Hablad, no temais nada; el hombre del cielo es bueno: Dios sea en vuestra boca y en mis ojos su nombre.

Tranquilizados por aquella voz, tan llena de ternura que cada una de sus inflexiones parecia una caricia, los dos jóvenes se acercaron al anciano, y aventurándose á fijar de vez en cuando una mirada en su rostro, animándose uno á otro al considerar su divina sonrisa, y respondiendo alternativamente, acabaron por decírselo todo. El buen viejo, atento á sus palabras, lo comprendió todo, excepto lo que atañia al orígen de Cedar; creyó que era fruto de alguna union misteriosa, amamantado en los bosques con adúltera leche. El conmovedor relato de los jóvenes les captó sus simpatías y excitó su compasion, haciendo que alguna vez brotaran de sus ojos algunas lágrimas que, surcando su mejilla, caian al suelo. Al verlas Daidha brillar sobre el musgo, decia para sí: «¡Puesto que llora, es bueno! No reducirá á la esclavitud á Cedar; á lo ménos nos recibirá á los dos como esclavos suyos.» Y estrechando furtivamente á sus hijos contra su corazon, les enviaba mil besos.

Entre tanto el anciano parecia abismado en sus reflexiones,

con la cabeza apoyada en la palma de la mano, hasta que, levantándola, dijo á los amantes:

—Enamorada é inocente pareja, consagrad con vuestra presencia mi agreste morada. El que hace germinar la yerba que ha de pastar el cordero os trae aquí sin duda para que le conozcais: vosotros llenareis de júbilo y de amor este hermoso sitio, y puesto que Dios tan sólo falta á vuestros corazones, yo os enseñaré á conocer á Dios!

Y tomando de la mano á la bella criatura que se enjugaba los piés con su cabellera, la condujo seguida de su esposo á un risueño jardin, á la manera que Dios condujo á nuestros primeros padres por los verjeles del Eden. Era un terreno que formaba pendiente á un lado de la montaña desde el cual se dominaba con la vista el mar y la llanura, y que la roca, cortada como un enhiesto baluarte, ceñia en derredor con su muro de granito. Una fuente, cayendo desde una gruta profunda, destilaba allí sus ondas sobre las flores, y humedeciendo la matizada alfombra del suelo, corria un poco más abajo á mitigar la sed de los prados, y al ensanchar su fresco chorro, se la oia cantar cual canta un bando de alondras entre las yerbas. Todos los hermosos animales amigos del hombre bebian allí, ó dormitaban en tendidos grupos. Millares de aves, de voz y plumajes variados, cantaban bajo la enramada á porfía con las ondas, y una profusa variedad de frutos de formas y tamaños desconocidos llenaba el ambiente de exquisitos aromas.

Cedar y Daidha, aquellos hijos de la naturaleza, contemplaban por primera vez el cultivo de la tierra, y veian los tesoros infinitos de los bosques reunidos en un campo por mano del hombre, como en el festin que se ofrece á un convidado se reunen los dones de varios países; aquellos frutos, que la raza pastora no cogia sino cuando vagaba por los bosques, hallábanse allí todos juntos al alcance de su mano. Las ramas se doblaban bajo el peso de sus enormes conos; el inger-

to habia duplicado sus formas y sabores, y Cedar, lleno de admiracion á cada paso que daba, no los conocia al ver allí de nuevo sus especies. Ninguna planta parásita enlazaba al azar su infecundo ramaje á sus fértiles ramas; de trecho en trecho crecian aisladas en un campo donde los trigos ondulaban al soplo de la brisa, y cuyas espigas, casi maduras, susurraban en sus tallos como las hojas de oro que un laminador trabaja.

El anciano, triturando con sus dedos el oro del trigo, hizo brotar su jugo como espumosa leche, diciendo á los esposos:

—Esta leche, que suministra la fecunda tierra, es la que nutre en las ciudades á los grandes pueblos del mundo.

Y estrujando el grano bajo la redonda piedra, les explicó las maravillas del pan.

En vez de malezas rastreras, de estériles helechos, brotaban del suelo jugosas hortalizas, la batata, el melon parecido á un enorme fruto desprendido del árbol, la lechuga de acaracoladas hojas, las raíces que se extraen ó las que se cogen; y junto á ellas se veian tendidos en un surco los brillantes hierros de las herramientas que habian servido para cultivarlas. El anciano, cogiendo y enseñándoles aquellas maravillas, les presentaba el melocoton de encarnada pulpa, el higo de melíficas lágrimas, la pera de abundante jugo, invitando á los esposos á que probasen el néctar que manaba de todas aquellas frutas.

Cuando el frugal banquete hubo reanimado sus fuerzas, les dijo:

—Gallardos jóvenes, habitad esta morada; una flor faltaba en ella, la del casto amor; que Dios la haga crecer en ella cual perfume del corazon! Dormid bajo la higuera ó el sicomoro, comed los frutos de Dios, gustad un dulce sueño, y cuando la alondra haya anunciado con su canto vuestro despertamiento, volveré á veros, hijos mios, y á aleccionaros en el santo nombre de Aquel que hace brillar la aurora! ¡Sabreis

qué destino me ha traido á este sitio: amad al siervo de Dios, pero no adoreis á nadie sino á Él!

Y así diciendo, el anciano los bendijo con santo ademan; los esposos pasaron el resto del dia, que ya se acercaba á su ocaso, hablando en voz baja de aquel espíritu visible, y en esta conversacion los sorprendió el sueño.





SÉPTIMA VISION

El Profeta

Las olas del mar reflejaban en su tornasolada espuma los encendidos arreboles de la naciente aurora cuando los jóvenes amantes se despertaron, al sentir su tibia claridad, en el seno de aquellos lugares encantados. Los tigres, los leones, las panteras, las águilas, interrumpiendo las reglas de su feroz instinto y tendidos junto á ellos sobre el espeso musgo, los contemplaban pacíficamente con mirada dulce y tranquila, mientras los niños, besando su pelaje leonado y oscuro, metian sus brazos de leche entre los dientes de marfil de las mansas fieras.

Cedar y Daidha, llenos de asombro, no podian dar crédito á semejante mansedumbre; y al ver cosas tan fuera de lo regular, se creian trasportados en sueños á un mundo ideal. Como el anciano tardaba en llamarlos, dieron algunos pasos por el jardin, pero de modo que apenas se atrevian á apoyar sus piés descalzos en el suelo, enseñándose uno á otro cada objeto con misterioso ademan, y andando con la misma reverencia y silencio con que se anda por las sagradas naves de un templo. El jardin, que formaba un plano inclinado, se escalonaba en grandes terraplenes, y al descender ambos

esposos por aquella cuesta de verdura, se hallaron delante de la abertura de la roca. Esta era ancha y tan alta que habria dado paso holgadamente á un gigante, como si una raza antigua y colosal hubiese tallado á su medida aquel inmenso recinto. Los vientos de alta mar se engolfaban de lleno en aquella arcada subterránea despues de romperse en el promontorio, haciendo que las paredes vibraran como un órgano: los rayos del sol, que aun no brillaban con toda su fuerza, introduciéndose á medias bajo la roca habitada, dejaban todo el fondo á oscuras, y confundian los objetos en una media tinta en la que luchaban las sombras de la noche y la opaca luz.

Los esposos no se atrevian á penetrar allí; su tímida mirada buscaba al santo anciano en el fondo de aquella penumbra; mas, áun cuando las tinieblas le ocultaban todavía, el vago y sordo murmullo de las palabras que pronunciaban los labios del abstraido profeta, consagrado á la oracion, les sirvió de guia para divisarlo en lo más retirado de la gruta. Cuando penetró en ella la luz del dia, hirió de lleno los párpados del buen viejo, y entrambos jóvenes, recatándose tras un ángulo oscuro, le contemplaban de frente sin que él pudiese verlos. Estaba de rodillas ante una gran piedra, con el rostro y el cuerpo vueltos hácia la luz, los brazos levantados como las ramas que surgen de un tronco, y tenia abiertas las descarnadas manos como para abarcar con ellas celestes pensamientos. Bajo la inspiracion que de su corazon emanaba inclinábase su frente, y su mirada parecia leer en el cielo abriéndose un camino al través de la peñascosa bóveda. Sobre el fragmento de granito que le servia de apoyo tenia un libro abierto ante sí; libro que, considerado por los ignorantes jóvenes como un objeto misterioso, hizo que estos le tomaran por el dios del solitario, y mucho más al ver que parecia dirigirle sus plegarias, y que de vez en cuando lo besaba con respeto. Aquel libro estaba forrado de oro, y al cerrar su abraza-

dera, despedia en ella fúlgidos destellos un enorme carbunclo, semejante á encendida ascua; en las placas de oro que le servian de cubierta habia esculpida admirablemente una paloma azul con ojos de diamante, melodioso símbolo de la inspiracion, la cual tenia abiertas sus doradas alas cual si quisiera remontar el vuelo. Sus patas de márfil y su pico de coral parecian adheridos al esmaltado lomo del volúmen, y sus alas, emblema esplendente del alma, se abrian y cerraban con el libro mismo. El viento entreabria á veces los ángulos de la maravillosa abrazadera y agitaba las páginas del volúmen, del propio modo que arrebata una pluma al avecilla dormida.

El anciano, insensible al eco de sus pasos, no separaba la vista de aquellos objetos: el acompasado movimiento de sus labios daba á entender que por su mente cruzaban secretos pensamientos; y el oido percibia confusos acentos cuyo sentido quedaba á veces interrumpido por silenciosas pausas.

—¡Oh Padre de todas las criaturas! decia: oh Padre cuyo templo está do quiera existe la naturaleza y cuya presencia ditata y llena lo infinito, ¡bendito sea tu nombre en toda alma y en todas partes! ¡Que tu reino eterno, que surge diariamente, comience y termine sin cesar con la obra sin fin! ¡Que, inspirada en el amor divino, vínculo de tu bondad, toda voluntad quiera con la tuya! Concede al hombre, á ese sér efímero que brota de tu seno, el pan que necesita para su vida transitoria! Haznos gracia del tributo de que á nuestra vez la habremos hecho al perdonar á nuestros enemigos. No nos sometas á una prueba sobrado ruda, por temor de que nuestra deleznable materia prevalezca sobre el alma; ántes bien, deparándonos tu auxilio en nuestras luchas, haz que tus terrestres hijos salgan triunfantes del mal.

. . . .

Tal era el murmullo salido del alma de aquel santo á la hora en que la naturaleza exhala todos sus perfumes, plegaria que más adelante nos enseñó el hombre-Cristo, en la que

se oye gemir la carne con el espíritu, y en que el hombre se atreve á dar á Dios el nombre de padre, otorga á sus enemigos el perdon qne él espera alcanzar, y dice, profiriendo una doble verdad: ¡A Dios, misericordia! ¡al hombre, caridad! ¡plegaria que, en el principio de las cosas, debió el hombre encontrar en lo profundo del corazon haciéndola subir hasta sus labios, y cuyos celestiales acentos, corrompiéndose en ellos, se extraviaron perdidos en el moho de los sentidos, hasta que hallándola de nuevo bajo nuestras ruinas un Verbo hecho carne, la comunicó más elevado concepto con sus labios divinos!...

Petrificados de temor y admiracion, los amantes contemplaban aquel religioso fervor. A cada acento que salia de los labios del profeta, creian ver brotar de su cabeza el rayo interior que lo animaba, y sin poder acertar á qué sér superior dirigia aquel sus palabras, velábanse sus almas ante el destello esplendoroso de Dios. Por fin cerró el libro el anciano, y levantando el rostro divisó á los esposos. Del propio modo que esconde las manos el que lleva un tesoro, ocultó él el dorado volúmen en un pliegue de su manto, y encaminándose á los jóvenes fascinados por el temor, los condujo de la mano fuera del oscuro recinto.

Hizo que la jóven pareja se sentase á su lado en una de las verdes mesetas del sonoroso promontorio, en la cual erguian sus troncos tres palmeras juntas cuyas flexibles copas oreaba el hálito de los mares. Sonrió á Daidha, rogó á Cedar que le trajera los niños, sentólos en sus rodillas, imprimió un beso en sus frentes y se los entregó á su madre, y como si el aspecto de las cándidas criaturas hubiera despertado en su mente amargos y dolorosos recuerdos, enjugóse algunas lágrimas que asomaron á sus blancos párpados, y procurando luego disipar de su semblante varonil aquella pasajera nube con una tierna sonrisa, dijo con voz penetrante y paternal á los esposos que, sentados á sus piés, le contemplaban absortos:

—¡Que el acento del Señor vibre en mis palabras! ¡Pobres adoradores de silenciosos ídolos, en vano os dirigiria mi voz si Él no os hablara! ¡Pero su dedo es el que ha encaminado vuestros pasos hasta aquí, y él me manda sembrar en vuestras almas ese nombre que se habia ya sembrado por sí mismo en nuestros corazones! ¡ese nombre que ha dispersado el viento profanador de las supersticiones de los pueblos, para que en esta tierra infame hubiese al ménos una raza que conservase el sello divino impreso en su alma! ¡Oh caros vasos vivientes de inocencia y de amor, derramad á vuestra vez en los demás lo que yo voy á derramar en vosotros! ¡Sea yo la brasa apagada que se consume, pero arrojada al extinguirse en la hoguera á la que prende fuego! ¡Hermosos hijos de la noche, ábranse vuestros ojos, y para aprender á conocer á Dios, conoced ántes lo que es el universo!

«Lejos de este cielo que nos cobija, del desierto en que estamos, hay otra raza de hombres que se ha multiplicado como los enjambres de abejas que salen de las rústicas colmenas. La tierra desaparece bajo las oleadas humanas de esas grandes tribus que se desbordan de las llanuras; ya no son suficientes para albergarlos los antros de las rocas habitadas en otro tiempo por ellos, sino que han brotado del suelo inmensas ciudades, construidas para su morada con grandes piedras arrancadas de las montañas. El mármol, el granito, lucientes metales, fundidos en el horno ó labrados á martillazos y ocultos en las entrañas de la tierra, los cubren con bronceadas techumbres ó forman sus murallas. Al contemplar de lejos sus descomunales contornos en donde descuellan á porfía cúpulas y torres, créese ver surgir en medio de los campos deslumbradoras montañas de hierro, plata y oro. El sol, dando en ellas de lleno, resplandece cual vasto incendio sobre aquel mar de metal, y las humaredas que se remontan desde aquellos innumerables techos extienden un velo sombrío sobre gran parte del cielo; el bullicioso rumor que esas gen-

tes producen no puede contenerse en el recinto de sus muros; óyesele á lo lejos como los bramidos del mar, y ese ruido formidable estremece la tierra á gran distancia mucho más que los rugidos de los tigres ó de las panteras. Suspéndese la respiracion al escucharlo, y ante ese estruendo creciente, el hombre conoce que no es otra cosa sino una mísera yerbecilla arrebatada por el vendaval ó un grano de arena de los mares sepultado bajo las olas.

»Esos hombres, hijos mios, no tienen bastante, para aplacar su hambre, con los frutos que Dios pone á su alcance; su insaciable muchedumbre devora en un solo dia más de lo que en mil producen los campos; en vano es que en estos ondulen las mieses hasta perderse de vista como ondulan los mares en el espumoso horizonte, pues cometiendo un sacrílego crímen que estremece á la naturaleza, piden nuevo alimento á la sangre, que corre formando arroyos por sus cenagosas ciudades! ¡Vénse en ellas montones de cadáveres: arrastran desde las floridas praderas á la inocente oveja criada por su propia mano, y degollándola sin remordimiento á la vista del cordero, saborean su carne y viven de la muerte! ¡Asi es que la sangre aun caliente que chorrea de su boca los ha hecho adquirir gustos brutales y miradas feroces, y como se sacian continuamente de alimentos crueles, sus corazones corrompidos desconocen la compasion; les agrada derramar sangre y matar al inocente, aguzan el hierro en forma de flechas ó de puñales, el oficio de matar es para ellos una gran ciencia, dan el nombre de victoria á las más horribles matanzas, y escriben sus gloriosos hechos en caractéres de sangre! ¡Un solo objeto guia á sus héroes, matar para esclavizar! ¡El pueblo los aborrece y sin embargo se mata por ellos: sin cólera y sin ódio, llevan á los combates bandadas de buitres y traillas humanas que, á una señal suya, se degüellan mútuamente para saber qué déspota los tiraniza mejor!

»¡Oh! ¡Si hubieseis visto esos grandes campos de batalla

cubiertos de negros cuervos desparramando las entrañas de los cadáveres, de águilas que acuden á apagar su sed en negros charcos de sangre, de millares de hombres cuya carne se pudre, de cráneos descarnados de los cuales pende aun la cabellera, en los que anida el reptil y murmura la brisa, y de osamentas blanqueadas por la humedad de la noche, que crugen como la arena hollada por los piés!..... Si hubieseis visto grandes manadas de hienas arrastrar aullando hácia sus guaridas esas naciones humanas, y la yerba, impulsada por el viento, ondular sobre los esqueletos de un pueblo entero sepultado bajo ella, os estremeceriais de horror y os felicitariais de ser hijos del desierto y oriundos de otra raza!.....»

Los amantes, aterrorizados, preguntaron al anciano:

—¿Pero esos pueblos de malvados viven al azar? Los padres decrépitos de esas tribus insensatas han perdido el juicio?

—Los padres de esas numerosas tribus, contestó el viejo, há ya mucho tiempo que no las gobiernan; esa dulce autoridad de la sangre, dictada por la naturaleza, fué la primera en abdicar su santa dictadura. Naciendo y muriendo con las generaciones, no bastaba ya á los progresos de las naciones; el mundo, al envejecer, perdió sus leyes prósperas, y ninguno de los hijos de hoy conoce á sus padres. Sí, la misma familia ha roto sus lazos; el bruto conoce á sus hijos, pero el hombre ignora cuáles son los suyos! Fórmanse fugaces consorcios, unidos por sensual deseo, y se rompen para formar otros, obedeciendo á un nuevo capricho; y temerosos los hombres de sujetar su corazon para siempre, cambian entre si de amores y de amantes. Habiendo pues padres sin derechos é hijos sin agradecimiento, resulta que todo sentimiento humano ha perdido su influjo, que el sagrado hogar del corazon está apagado, y como nadie reconoce más deberes que los que le impone su brutal instinto, los tiranos están más seguros de encontrar esclavos en el hombre emancipado de todas

estas trabas. Los déspotas mandan, el hierro secunda sus mandatos; nada enternece el corazon, nada detiene la mano, pues para someter un pueblo al yugo de un amo infame, es preciso emponzoñar su alma con el tósigo del vicio.

—Pero sus dioses, dijo Daidha, ¿están siempre dormidos ó son tan insensibles y sordos como ellos?

—¡Sus dioses! exclamó el anciano. ¡En sus horribles blasfemias, algunos hombres osados se han hecho dioses á sí mismos! Ofuscando á la muchedumbre con sortilegios sagrados, han conseguido que la ignorancia y el miedo los eleven á la categoría de divinidades. Para imponer su yugo al resto de la tierra, rodean de impenetrable misterio sus secretos, y haciendo más densas las tinieblas que anublan el espíritu del pueblo, impiden que penetre la luz en la mente de los que sus malas artes seducen. Con objeto de conservar su funesto poderío, esos dioses, que son en corto número, ciegan todo lo demás, y abusando del insulto y de la afrenta, levantan la altiva frente sobre la muchedumbre. Los más hermosos mortales renuevan su raza, y si sale del pueblo algun hombre distinguido, lo mandan degollar para que no perturbe su tiránica paz, ó lo admiten entre ellos para reforzar su número, y orgulloso entónces éste con el nombre divino que le da la superchería, llega á saber que es dios para pisotear al hombre; como ellos, ofrece en sacrificio á su propia divinidad la humanidad entera como si fuese un vil rebaño, vive del sudor de la raza esclavizada, se lava en su sangre y juega con su vida, y á fuerza de cometer odiosos desmanes consigue que el esclavo tiemble ante él y le reconozca por dios.

»Viven aparte en fortísimas moradas, cuyas puertas defiende la muerte del acceso de los humanos; su palacio, erigido en elevadas mesetas, como el águila construye sus nidos en las más empinadas cumbres de los montes, cubre con sus bóvedas una inmensa colina desde la cual se ve hormiguear la ciudad dominada por él. Los robustos cimientos de los muros

de ese palacio de perímetro inmenso están coronados de torres, en cuyos baluartes, donde dormita el rayo, están siempre velando sus guardias con la chispa en la mano; su brazo mata á larga distancia y hiere sin tocarlos á cuantos tienen la audacia de acercarse á ellos, y ciertos globos de fuego, más rápidos que el pensamiento, llevan la muerte á donde quiera que su vista los ha lanzado.

»No hay frases capaces de describir, hijos mios, lo que esos muros misteriosos encierran. Hay allí bosques de mármoles sin fin, cuya sombra y murmullo tienen la frescura de los árboles; los follajes de oro puro, labrados con el cincel, se agitarian al soplo de la brisa y engañarian á las aves; rios enteros desviados de su curso, corren por debajo del suelo y brotan á modo de manantiales, regando con la menuda lluvia de sus anchurosos chorros las flores de los jardines colgantes; y lanzados al cielo en columnas líquidas, vuelven á caer formando cristalinas arcadas. Milagroso palacio, bóveda artificial, en que los ojos ven ondular el cielo al través del agua, y en que el fulgor del sol, que recrea la vista, argenta su luz con el tornasolado reflejo de las aguas, y rompiendo sus rayos en mil diamantes, llena los ámbitos de deliciosa frescura y resplandores. Por la noche, cuando se enciende el faro de esos palacios, la espuma de esas cúpulas líquidas despide refulgentes destellos, y la luz, multiplicando sus cambiantes en esas aguas, hace que esos rios inflamados parezcan acarrear llamas.

»En otros palacios de jaspe y pórfido, los elegidos coronados de ese mágico imperio hacen temblar á sus vasallos y tiemblan á su vez bajo las leyes de un tirano cuya corte forman. Un solo hombre tiene innumerables esposas que se disputan con terribles celos una mirada suya; el arte de enervar los sentidos es allí la primera de todas; la velada desnudez de las mujeres cautiva la vista, y fascinando la mente, atrayendo las almas, y esforzándose á porfía en dar pábulo al

aguijon del deseo en esos corazones estragados, consumen al hombre con sus ardorosas caricias. Para aumentar la embriaguez de estos deleites, saben destilar de las flores un veneno cuyo pesado vapor sofoca la razon sumiendo á los mortales que lo apuran en sus cálices en ensueños divinos de éxtasis inefables, á cuyo efecto mezclan estos jugos con el dorado licor de las uvas cuya chispeante espuma corre en sus festines. Todas las aves del aire, todos los peces del agua, todo cuanto vuela, ó nada, ó se arrastra en este mundo, muriendo para satisfaccion de sus placeres con la muerte más cruel, sirve de sangriento manjar en sus comidas, y como si tantos sacrificios no fuesen bastantes para recrear sus embotados paladares, véseles arrancar al tierno niño del seno materno para saborear con delicia su carne. Estragados ya sus gustos por tantos y tan monótonos excesos, procuran sazonarlos con el crímen: no saborean ya el amor ni la belleza, si el horror no va unido á su lascivia, si no aguijonea su alma algun grito de dolor exhalado por la boca en que desfallece de placer la suya. En los infames pasatiempos de su divino ocio, su primer deleite es el suplicio del hombre, teniendo verdugos que inmolan continuamente en su presencia víctimas humanas para que sus ojos feroces se recreen á porfía en tan cruento espectáculo. Ora hacen trabar horrendos combates de hombres con fieras ó de hombres entre sí, é incorporándose en sus mullidos lechos al ver los copiosos chorros de sangre que brotan de las venas y al contemplar las palpitaciones de los miembros en el suelo, recorren todo su cuerpo estremecimientos de placer. El grito arrancado por los tormentos es para ellos la armonía más sublime, y sus ojos beben con afan la agonía en los ojos de sus víctimas. Ora mandan quemar hombres vivos para ver cómo ondea la azulada llama en torno de sus cuerpos; y á veces, á los fulgores de tan bárbaras antorchas, abominables faros de ese piélago de crímenes, escuchan cómo vibran en el bron-

ce ó la madera esos ruidos con que el arte de los sonidos imita nuestra voz, y que halagando sus oidos con prolongados acordes, armonizan el soplo del viento que los trae consigo; y mientras esos coros de voces é instrumentos los embriagan con sonidos gratos para ellos, no lejos de allí, atormentan á los niños y á las mujeres haciéndoles desgarrar las carnes á latigazos para que los espantosos gritos que lanzan amenicen aquellos conciertos con un concierto de ayes, y para que, anegada su alma en más refinado goce, contraste con su júbilo el acento de la desesperacion.

»Sin duda os estremeceis; vuestros corazones inocentes saltarian de horror en vuestro pecho al oir mis relatos, mis repugnantes pinturas mancillarian vuestros pensamientos, y llegariais á creer, hijos mios, que he perdido la razon si acabara de presentar á vuestros ojos en todo su asqueroso horror la sentina del crímen en que Dios los ha sumido, si os mostrara á esos hombres en sus sangrientas guaridas, envidiando su ponzoña y sus dardos á las víboras, urdiendo tramas y conspirando sin cesar unos contra otros, abrazándose un momento para desgarrarse mutuamente despues, no alimentando más sentimiento humano que la envidia, matando, exterminando siempre para defender sus vidas, aliándose y dividiéndose en secretas facciones, precipitándose en las oleadas de sus sediciones, llevando ocultas bajo su manto armas siempre prontas á herir, vertiéndose recíprocamente el veneno en la copa de sus festines, y, para gustar el fruto de crímenes no realizados, sacando de sus mismos remordimientos el afan de cometer nuevos desafueros. Hasta tal punto puede degradarse para siempre bajo el peso de la blasfemia el hombre que se ha convertido en único dios de sí propio.»

Mientras así hablaba, los jóvenes esposos se miraban de vez en cuando é iban separándose involuntariamente del lado del anciano. Este, que hubo de notar su miedo, añadió:

—Sí, yo he nacido de esa infame raza; sí, yo he vivido en

medio de esas iniquidades; pero he conseguido desprenderme de tanta mengua: escuchad.

«La madre que me amamantó en esa cloaca impura donde nací, era hija de una tribu nómada; estaba cautiva en mi país y detestaba con toda su alma tan odiosa residencia; los soberanos de los dioses se disputaban sus atractivos; pero ella mezclaba con lágrimas la leche que me daba, porque en el seno de las grandezas que ofendian sus ojos acordábase de las tiendas de sus abuelos, así como del santo Dios de su tierra, y su corazon se abstenia de todo culto adúltero. Cuando en cumplimiento de las leyes de mi país, me arrancaron de su seno que áun manaba para mí, por temor de que algun dia el hijo conociera á la madre, su corazon desgarrado sufrió indecibles angustias, y echándose á los piés de sus verdugos, les pidió que le concedieran algunos dias más para acabar de criarme. Durante esos dias, escatimados por una indulgencia avara, ocultando su santo crímen á una venganza cierta, desgarró con su uña ensangrentada la piel de mi blanco pecho, llorando al oir mis gritos; y coagulándose en mi herida la sangre que de ella brotaba, inscribió con ella en mi pecho un nombre, el santo nombre de Dios, que quedó grabado para siempre del propio modo que jamás se borra la cicatriz causada por la mordedura de un tigre. Poco despues despidióse de mí con más sosegado llanto, confiada en que algun dia podria conocer, merced á aquella señal, al hijo de sus entrañas en el hombre desarrollado.

»Crecí confundido con los otros niños sin que nadie echase de ver la señal impresa en mi piel, ejerciendo los serviles oficios de palacio, acostumbrado por los dioses á toda clase de ejercicios sangrientos, instruido por su ejemplo en pisotear á los humanos, encendiendo en sus torres sus fulminantes rayos, aventajando á mis rivales, y llegando en breve á ser dios á mi vez. Sin embargo, sentia cierto horror hácia aquel sacrilegio, y ya fuese porque e nombre del Señor, estampado

por mi madre como un sello sobre mi corazon, me produjese este efecto, ó ya porque corria por mis venas la sangre más benigna de otra raza dejando en ellas algun rastro de sus virtudes, lo cierto fué que aquel ministerio me parecia execrable; que al mismo tiempo que adoraba á los dioses, los aborrecia, y que siendo su discípulo predilecto, pero hosco en alto grado, vomitaba con el corazon lo que su boca me enseñaba.

»Herido gravemente en uno de esos combates que los hombres de arriba trababan con los de abajo, yacia yo anegado en mi propia sangre, mientras las aves de rapiña, revoloteando sobre mi cuerpo, lanzaban gritos de júbilo: muerto á los ojos de los vivos, algunos hombres desapiadados, al pasar junto á mí, me daban con el pié, cuando de pronto se presentó una mujer en el campo de batalla. ¡Oh! la que llevó al hombre en sus entrañas, para saber si su corazon late aún bajo su mano, se desvia siempre de su camino! Aquella mujer parecia interrogar el aliento de los cadáveres esparcidos por el llano; y apartaba su férrea armadura para descubrirles el pecho y comunicarle algun calor. No parecia sino que sus ojos espiaban con recelo algun signo fatal en el seno de los muertos. Pasando de cadáver en cadáver acercóse por fin á mí, inclinóse sobre mi lívido rostro, advirtió en mí un resto de aliento, descubrió mi pecho con mano convulsa, y precipitóse sobre mí procurando ahogar sus gritos:—«Adonai, exclamó; ¡oh, »eres tú! ¡eres tú, hijo mio! ¡Tú, arrebatado á mi cariño por su »crueldad; y á quien la muerte ¡ay! me devuelve!» Yo sentia el ardor de sus besos, oia sus acentos, por segunda vez le debia la vida, pues al palpitante soplo del amor de una madre, recobré el calor y con él el aliento, y faltándome la voz, á pesar de mis esfuerzos, la respondia con el corazon, con la mirada y con la mano. Restañó mi sangre con fibras de corteza y levantándome en sus envejecidos brazos, que recobraron la suficiente fuerza para ello, me trasladó de noche desde aquel campo de matanza á su humilde y oscura morada.

»¡Ah! Era un pobre y asqueroso albergue situado en un arrabal lejano, sentina de la ciudad, en que la esclava, desecho de régios amores, disputaba su diario sustento á los animales más inmundos; pero esa necesidad de amar que siente toda criatura, ese despertamiento de mi alma á la casta naturaleza, ese cariño maternal y esos compasivos besos, me hicieron su vivienda preferible á los palacios de los dioses. Gracias á los cuidados de mi madre, cicatrizáronse muy en breve mis heridas, y desengañado de esos reyes cuyo culto es una quimera, instruido secretamente en el verdadero nombre del Dios único, resolví vivir ignorado en aquel sitio, y cual esclavo voluntario, dedicarme á labrar la tierra para sustentar á mi anciana madre con el producto de mi trabajo, y para conocer el yugo que sobre los demás hombres pesaba y compartirlo con ellos, haciendo así más ligera su carga. La noticia de mi muerte era la salvaguardia de mi imprudencia: y vestido con harapientas ropas, descendí á mi vez hasta las ínfimas clases del pueblo, viviendo confundido entre ellas. Así pasé largos dias de paz y de miserias: mi madre me enseñaba á consolar á mis hermanos, á curar sus heridas, á ayudarles en sus cuitas y á partir con ellos mi pan. Llevado del propósito de no aumentar mi miserable casta, mi corazon, jóven y ardoroso todavía, observó siempre una rígida castidad y acumulé en él tesoros de amor para consagrarlos á otro amor más santo. Cuando me retiraba á nuestra humilde mansion cansado del penoso trabajo del dia, mi madre y yo rezábamos á cubierto de los tiranos opresores de nuestra alma; ella me describia despues costumbres ménos bárbaras, me decia que habia sido la más bella de sus hermanas, que allá en los países orientales, en las tiendas de sus padres, todos los hombres eran iguales, amigos y hermanos; que su Dios, sér sin nombre, uno, inmaterial, hablaba tan sólo al espíritu, y no vivia más que en el cielo; que si bien en la tierra se le designaba con palabras, sus ritos más puros no eran más que

simbolos; que ningun nombre podia contenerle; que definirle equivalia á ultrajarle; que su justicia no necesitaba rayos ni furores, y que el incienso más grato para él era el bien que se hacia con objeto de complacerle.

»Al evocar mi madre tan sagrados recuerdos llorábamos juntos, y ambos hacíamos votos por que lucieran dias mejores, diciéndonos que tanto crímen y tanta tiranía, aquel reinado de la falacia y de la discordia, desapareceria sin duda muy pronto de la faz de la tierra, que no tardaríamos en ver llegar tiempos más santos, y que, harto ya de ultrajes el Dios que mora en las alturas, haria pedazos su obra para renovarla. Luego para apresurar la aurora de esos dias, derramábamos ante él nuestro llanto confundido con nuestras almas, y del fondo gimiente de este mar cenagoso subian dos plegarias que consolaban á los ángeles.

»Cuando mi madre sintió que se acercaba su última hora, antes de tenderse en su lecho mortuorio, me indicó con un ademan una piedra sellada que habia debajo de su esterilla de junco al pié de la pared. Extendiendo su brazo desnudo hácia aquel tesoro oculto, me dijo con voz pausada y moribunda:

—»Cuando ya no exista, levanta esa piedra; el tesoro del »Señor está ahí oculto entre el polvo! Cuando me arrebataron »del país de mis abuelos, de cuantos objetos preciosos habia »en sus tiendas sólo pude recoger, ocultas entre los pliegues »de mi ropa como un hombre sorprendido esconde lo que »roba, algunas hojas sueltas de nuestros libros sagrados es»critas por los ángeles y enseñadas de padres á hijos; llevé»me aquellas hojas á fin de que fuesen para mí como una voz »natal que me hablara en los países extranjeros de las cosas »de mis padres.»

»Y en efecto, hijos mios, los libros son la voz con que los hombres de otros tiempos hablan á los hombres de hoy; voz que habla á los ojos en las líneas trazadas en que reviven sin

cuerpo pensamientos invisibles, en que el espíritu ve por siempre las huellas del espíritu, como se ven las de un pié humano estampadas en la arena; don de los ángeles amigos del hombre, invento fecundo que hace al alma mortal inmortal en este mundo, y merced al cual conversarán desde los límites del tiempo los que un dia fueron con los que serán.

—«Toma ese libro divino, continuó mi madre; es el espíri»tu de mi padre y el alma de mi alma; Dios mismo lo ha dic»tado á un mortal; es el gérmen escondido de toda verdad! »¡Es la miés del cielo, es la simiente verdadera cuyas espigas »ahogarán un dia la cizaña, para que la herencia divina atra»viese todas las épocas y se extienda por do quiera! ¡Oculta »ese tesoro á los tiranos de la tierra; ¡oh vergüenza! la ver»dad debe quedar rodeada de misterio, pues el infame sobe»rano del mundo usurpado pisotearia el buen grano ántes »que se le llegara á sembrar!»

»Dijo, y su alma, desprendiéndose de su carnal envoltura, se remontó á la celeste morada. La muerte la arrebató al cielo en sus alas, y al perderla yo de vista la volví á ver con el corazon.

»Cuando la hube sepultado en la paz de los muertos, tomé el libro de vida del sitio en que estaba escondido, y lo leí. Parecióme que me hablaban á la vez millares de voces emanadas de lo pasado; que mil verdades inflamaban mis párpados y que me inundaba de claridad una luz enteramente nueva. Cada palabra me deslumbraba; no aparecen tantas estrellas de noche en el firmamento como fúlgidos destellos brotaban de aquellas páginas. Referíase en ellas cómo habian surgido ordenadamente todas las cosas á la voz de unos solos labios; describia aquel libro el nacimiento del hombre y la historia de los dias que han trascurrido desde el dia eterno hasta los nuestros. A veces cantaba santos himnos, bien así como el corazon del hombre canta santas alabanzas; otras veces lloraba, como mujer que encuentra el alivio de sus penas en las lágri-

mas que vierte de noche; y su tristeza era tan lúgubre y tan tierna, que el corazon se sentia desgarrado por aquellos sollozos hablados. Con más frecuencia se dirigia al espíritu como un preceptor, y cada palabra profunda escrita en el fondo del alma estaba más llena de sano juicio que el hombre lleno de canas que manifiesta con palabras su cordura y experiencia. Todos sus preceptos eran buenos, cada una de sus líneas una ley, y al leerlas era imposible no aprobar su sentido.

»Con objeto de consolar á mis hermanos en sus rudas miserias, solia yo leerles algunas páginas de aquel libro, rodeándonos de misterio y al amparo de las nocturnas sombras, por temor de que el aire llevara á nuestros tiranos la noticia de aquellas lecturas. Allí aprendíamos juntos á servir, á conocer al único Dios, al solo señor, superior á nuestros dioses terrenales; á cada verdad caia uno de nuestros hierros, y al ménos nuestros suspiros subian en libertad. Entusiasmados mis hermanos al escuchar la divina lectura, iban irguiendo sus frentes, contemplaban á sus dioses con mirada ménos servil, conocian que tenian un vengador en los cielos, y algunas palabras que ellos no podian comprender empezaban á inflamar sus espíritus como un fuego entre cenizas.

»Tales síntomas alarmaban ya á nuestros tiranos, sobrecogidos al ver cómo se erguian aquellos gusanos. Largo tiempo anduvieron averiguando qué esperanza oculta comunicaba tal firmeza y arrogancia á sus miradas, hasta que por fin supieron que soplaba un viento sedicioso que dilataba nuestros corazones y rasgaba el velo de nuestros ojos; que un libro amontonaba aquellas tormentas sobre sus cabezas, y entónces juraron, llenos de celosa ira, que habian de desgarrar sus páginas y perseguir á sangre y fuego á cuantos adorasen el nombre de otro Dios que no fuese el suyo. Cuantos les infundieron sospechas de que conocian el libro sufrieron mil tormentos y perecieron lastimosamente; pero nadie hizo revelacion alguna á pesar de los suplicios, ni nadie se cansó de

perder su vida por salvar su alma. Temeroso yo entónces de que el nombre en quien el mundo espera muriese para siempre con nosotros, huí secretamente de la infame ciudad, llevando sobre mi corazon la voz de la verdad, y cansando á los verdugos que seguian mis huellas, Dios me deparó este asilo, por lo cual le dí rendidas gracias!

»Aquí viví sin más compañía que la del sagrado libro; pero ¿de qué sirve, hijos mios, una antorcha si no luce? ¿De qué me servia vivir alumbrado por mi llama, si mis hermanos morian rodeados de tinieblas, si el nombre del Altísimo, extinguido en el universo, dejaba el crímen en el trono y al esclavo aherrojado en sus hierros? Quise conservar cerca de mí en el mundo la fecunda semilla de ese libro divino, y enviar alguna vez á mis dolientes hermanos grandes acentos de la voz inmortal á fin de que un grito sordo de esperanza anunciara de lejos á sus corazones el dia de su emancipacion.

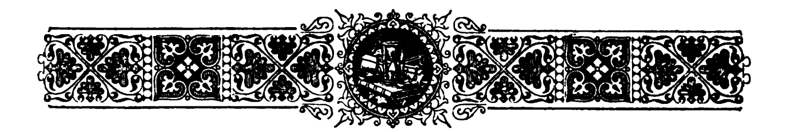
»Sabiendo representar los sonidos y grabar las palabras, escribir las cosas por medio de símbolos, descubrir el metal, labrarlo, domesticar las fieras y fascinar las aves, merced á esas artes secretas á que estaba acostumbrado, quise dedicar á ello los largos dias de mi soledad, y agucé punzones, forjé martillos, y adelgacé con ellos las placas de metal, y así como por entretenimiento se trazan labores en una hoja con una espina, esculpí la palabra divina con mis aceradas herramientas. Trasladé el libro entero, copiado por mi mano, á las páginas de metal multiplicándolas: mil veces he repetido la misma operacion; y tan luego como termino una página, el águila la coge con su pico; encaminada por mi dedo hácia el cielo oriental, traspone el horizonte impelida por sus poderosas alas, dejando tras sí el Líbano y sus cumbres; atraida por el brillo de las cúpulas habitadas, se cierne en los aires sobre las grandes ciudades; oye mugir ese gran volcan de las almas así como desde lo alto de un promontorio oimos el bramido de las olas; y deja caer de su pico el pedazo de metal lleno de

simbólicas figuras, misteriosa página de ese libro sagrado, que parece un celestial mensaje del mismo Dios, y que segun donde va á parar, infunde esperanza á los esclavos ó terror á los tiranos. De esta suerte germinará por sí misma la verdad, que voy sembrando á trozos, en el seno de la corrupcion; y si he de morir ignorado en esta gruta, al ménos habré dejado tras mí el santo nombre de Dios!»

. . . .

. . . .

Los amantes escuchaban confusos tantas maravillas: todo un mundo nuevo vibraba en sus oidos; y no atreviéndose á hablar, su tímida mirada pasaba del libro al águila y de ésta al anciano. La imágen del gran Dios que hacia tales milagros preparaba en secreto su alma á aquellos oráculos. Daidha, avergonzada de sus viles dioses de madera, los ocultaba entre sus dedos debajo de sus cabellos sueltos; y Cedar volvia á encontrar á Dios en su alma como un fuego cuya llama reanimara el viento. Ambos ardian en deseos de escuchar los acentos de aquella voz sin boca, invisible á sus sentidos, de aquel libro divino en que el santo solitario leia los grandes secretos del cielo y de la tierra. El viejo lo tenia cerrado sobre sus rodillas: pero conociendo en las miradas de los esposos sus deseos, se lo hizo besar con los ojos y con la boca, como cuando la reverencia nos hace besar lo que tocamos; en seguida lo abrió con su diestra y leyó al azar, aquí, allá, en esta ó en la otra página en que fijaba por casualidad la vista, y su voz, más grave y más sonora al leer, adquiria una entonacion sobrenatural, semejante á la del órgano de un templo que hiciera resonar en la tierra las palabras de Dios!



OCTAVA VISION

FRAGMENTO DEL LIBRO PRIMITIVO

«¡Hombres! Al adorar estas páginas, no digais:—Un dios las escribió por mano de sus sabios.—Dios no corta para sí la pluma de caña, ni el buril de metal, ni el ala del ave; no escribe su nombre cual pudiera un niño jugando en el barro ó en una hoja. ¿Qué mármol, ó qué granito, qué bronce ó qué metal no se fundirian bajo su mano si su dedo llegase á tocarlos? No encierra el pensamiento eterno en una letra tan pronto muerta como trazada. Las lenguas que zumba un insecto en la tierra no contendrian ese pensamiento si en sonidos estuviese! Para proferir la inefable palabra de Dios, ¿qué significa un soplo humano que choca con el viento fugaz?

. . . .

. . . .

»La lengua que él escribe es un cántico sempiterno; sus caractéres son esos astros, mundos del firmamento, y más allá de los cielos otros caractéres más profundos, mundos centellantes velados por otros mundos. El único libro en que escribe su nombre siempre creciente es tu espíritu, oh hombre; es tu razon, espejo de la inteligencia suprema, en el que se

refleja alguna sombra de sí mismo al través de las tinieblas de tu mente. Nos habla, oh mortal, pero sólo por intermedio de ese sentido! ¡Toda boca humana altera sus acentos: la inteligencia en nosotros, fuera de nosotros la naturaleza; tales son las voces de Dios: lo demás es impostura!

. . . .

. . . .

»Si digo que este libro es de Dios, contestad: «¡No!» Este libro deletrea á su vez alguna letra del gran nombre, escribe algunos sonidos símbolo del infinito que el espíritu trasmite verbalmente al espíritu; pero llegarán otros hombres más sabios que nosotros para escribir á su vez, y borrarán nuestras líneas. La gota de agua que tiembla en la yerba matinal ¿contiene acaso toda la luz del dia? El Océano sin límites, parecido al firmamento, ¿absorbe todos los rayos del sol? El firmamento sin fondo del que destila la aurora ¿no derrama sobre ellos su claridad gota á gota? Pues lo que sucede con la luz, hijos, sucede tambien con nuestro espíritu. El agua se seca en la hoja y el Océano mengua: el infinito sólo se pinta parcialmente en nuestros ojos, y si la verdad nos alumbra, sólo es á rápidos destellos.

. . . .

. . . .

»Dios dice á la Razon: «Yo soy el que soy; engendrado por mí mismo, de mí mismo vivo; cualquier nombre que se me dé me vela ó me profana, pero el mundo es diáfano para revelarme. Nada me explica, y yo solo explico el universo; me cree ver en él y sólo se me ve al través de él; si se rompiera ese gran espejo, yo seguiria brillando! ¿Quién puede separar el rayo de la aurora? Aquel de quien salió todo, lo contenia todo en sí: ese mundo es mi mirada que se contempla en mí

. . . .

. . . .

»Si alguno de vosotros, adorando su pensamiento, dijese:

—La bóveda de los cielos ha bajado en mi presencia; el invisible ha aparecido visible ante mis ojos;—no permitais que otros den crédito á tan mezquina idea, pues ya sea durmiendo en un sueño del alma, en la inflamada nube, en la onda ó en la llama, en el sagrado estremecimiento que recorre la piel, en el fondo del firmamento trasparente como el agua, en las letras de fuego que la estrella imprime en el cielo y sea cualquiera el nombre con que se vele un fetiche, áun cuando el cielo se rasgara para descubrirme, Dios no descenderia hasta una mirada carnal. El que lo contiene todo en su inmensa naturaleza, sólo desciende á vuestra inteligencia en aislados destellos! ¡La mirada de la materia no puede ver el espiritu! El círculo sin límites en el que todo está inscrito no se concentra en la estrecha pupila. ¿Qué hora podrá contener en sí la eternidad? ¡A los límites del infinito no ha llegado vista alguna, y por más que ensancharais los cielos, siempre estaria yo más allá!...

. . . .

. . . .

. . . .

»Pero cada sér me mide con arreglo á su tamaño: las hormigas comparándose con el arador, el hombre con la naturaleza, y los soles, para los cuales el siglo es un instante, con esos mundos de fuego, polvo del firmamento! Cada cual, impalpable partícula de mi obra, refleja una tenue chispa de mí mismo: para mí no tiene límites el tiempo ni el espacio. ¡Hombres! ¡Sólo el infinito es la forma de Dios!

. . . .

. . . .

. . . .

»El único ojo que me ve es vuestra inteligencia, fuerza que no conoce masa ni distancia, sustancia trasparente en la que se proyecta mi sombra, noche que se ilumina y se tiñe con mi claridad. Ella sola profiere á toda criatura la revelacion

de la inmensa naturaleza. El pensamiento es la lengua que media entre el mundo y yo..... Ningun sér vive sin llevarla en sí mismo. Mi sér es el gran fruto del árbol de la ciencia, sazonado en cada conciencia por mi mirada, y cuanto más la ilumina ésta, más resplandezco en ella. Al desarrollarse el espíritu me desarrollo tambien; pretender conocerme enteramente es una ilusion hija de la soberbia: cuanto más se quiere descorrer el velo que me oculta, más se dilata. Yo me he definido en mis obras sin fin, y nadie puede leer en ellas, excepto el infinito!

. . . .

. . . .

. . . .

»Lo que llamamos el tiempo no es más que una figura, pues nada puede medir lo que carece de fin. El sér de Jehovah no tiene siglos ni dias; su dia es eterno y se llama *siempre!* Así pues, su obra en los cielos, que no es otra cosa sino su pensamiento, no tiene principio ni fin. Para quien no conoce el *ayer* no existe el *hoy:* todo cuanto en sí lleva data sólo de sí mismo: el tiempo que únicamente tiene sentido en la lengua de los hombres, expresa en la tierra el minuto en que estamos; pero más allá de los tiempos y de la humanidad, el nombre de todas las cosas es uno solo: ¡Eternidad!

. . . .

. . . .

»Tan sólo las formas que su designio modifica, eterno movimiento de la celeste rueda, son las que cambian de continuo con arreglo á su santa ley; pero Dios, que lo produce todo, lo atrae todo á sí. Es un flujo y reflujo de inefable poderío, del que todo saca y al que todo devuelve la inagotable esencia; en el que todo rayo se remonta al foco comun, en el que la obra y el obrero son dos y no forman más que uno! En el que la fuerza de arriba, que vive en todas las cosas, crea, engendra, destruye, compone y descompone; admirán-

dose sin tregua en todo lo que ha hecho, renovando siempre su obra perfecta, en la que el todo es parte y la parte entero, en que la vida y la muerte, el tiempo y la materia no son otra cosa sino formas del espíritu; círculos misteriosos que todo describe en él, en que Jehovah se admira y se diversifica en la obra que produce y con la cual se identifica. Así tambien el firmamento, que en nuestras noches de cristal nos parece de una sola é inmensa pieza, y que de un arco á otro un mismo color azula, no es más que un abismo inmenso, un vacío sin medida en el que se cruzan sin fin los mundos y los cielos; y ese azul, que nos parece su propio color, no es otra cosa sino una radiacion en el foco comun de millares de fulgores que se funden en uno solo.

. . . .

. . . .

. . . .

»El sabio dijo cierto dia en su pensamiento:—¿Por qué, si »soy hijo de Dios, el mal existe en mí? Si el hombre debió »caer, ¿quién previó su caida? Si debió ser vencido, ¿quién »permitió la lucha? ¿Por ventura hay ¡oh dolor! dos ejes en »los cielos, dos almas en mi seno y en Jehovah dos dioses?»— Pues bien, el espíritu del Señor, que penetra en nuestra noche, vió su duda y sonrió, y llevándolo en sueños al punto de lo infinito desde donde la mirada divina ve los principios, los medios y el fin, y completando los tiempos no llegados todavía, ve surgir la armonía del desórden aparente: «Mira,» le dijo; y el sabio atónito vió el horizonte divino extendido á sus piés. La admiracion llenó su alma de estupor; por el todo comprendió la parte, y el fin justificó la vía y el medio: lo que calificaba de mal fué el soberano bien: la materia, en la que la muerte germina en el sufrimiento, no fué á sus ojos más que vana apariencia, prueba del espíritu, enigma de bondad, en que la naturaleza lucha con la voluntad, y en que la libertad, que presiente el misterio, toma su punto de apoyo

en la tierra para remontarse á mayor altura. Y el sabio comprendió que el mal no existia y que tan sólo se ve desde abajo en la obra de Dios!

. . . .

. . . .

. . . .

»No encerreis á Dios en murados recintos en que habite su imágen y engañe vuestros ojos, por temor de que vuestros hijos digan, apartándose de ellos: «Está aquí, luego no está en otra parte.» No busqueis con la vista detrás de las nubes, en el fondo de ese mar sin orillas llamado firmamento, cuál es el cielo de los cielos habitado, lleno de Dios: para Jehovah no hay lugar ni distancia: lo que es incorpóreo no conoce espacio; no busqueis el sitio de lo que todo lo llena: contempladle con el alma y no con los ojos: ignorarle ó verle, es el infierno ó el cielo.

. . . .

. . . .

»Hallad á Dios; su idea es la razon del sér; la obra del universo consiste en conocerle. Todo cuanto él ha creado no es más que una aspiracion hácia aquel cuya emanacion es el mundo. El eterno movimiento que rige á la naturaleza no es otra cosa sino ese afan de toda criatura por conformar su marcha sobre la tierra al eterno designio y por abismarse cada vez más en su seno. El murmullo viviente de la naturaleza entera es el eco confuso de una inmensa plegaria; desde el mugiente mar hasta las fuentes del valle, todo exhala un suspiro, todo balbucea un nombre, y ese grito que circula por el cielo de astro en astro todo lo deletrea aquí abajo: tan sólo el hombre lo articula. El Océano tiene su masa, el astro su esplendor: el hombre es el sér que reza: en esto no más consiste su grandeza!

. . . .

. . . .

»La palabra, fenómeno divino y sublime, misterio en el cual se encarna un alma humana en un sonido, le fué arrebatada al ángel y prestada á nuestros sentidos sólo por encarnar á Dios en mortales acentos. Si la lengua no hubiera proferido ese símbolo, la inútil materia hubiera perdido la palabra. Pero desde el dia en que se pronunció la gran palabra hasta el postrero de los dias, el nombre que lo llena todo la llenará siempre. Es el instrumento que sirve al pensamiento inmortal, que lee en la naturaleza y que bendice por ella. La obra del género humano, desde las entrañas del globo hasta esas letras de fuego, consiste en encontrar á su Dios!

. . . .
. . . .
. . . .

»A la hora en que el dorado rayo matinal llega, llevado de hoja en hoja, hasta los sombríos bordes del antro, cuando las gotas balsámicas de la noche que lloran las estrellas se disipan en las praderas oreadas por la aurora; en el tranquilo esplendor de nuestras noches sembradas de ojos que parecen mirar desde léjos hermanas queridas; ante la inmensidad del compacto é intranquilo Océano que, cual segundo infinito, carece de límites; ante el callado horror de las selvas de verdes bóvedas pobladas de fantasmas durante la sonora noche; cuando el infinito desciende á nosotros por algun poro, y nos toca, nos fulmina y nos hace caer de hinojos; cuando en el éxtasis de que participan dos corazones, tanto los hombres como las mujeres consideran el tiempo harto reducido para contener sus almas, y fundiéndose sus corazones á los rayos de sus ojos, desearian eternizar esos cielos en la tierra; cuando derramamos sobre la misteriosa yerba copioso llanto por nuestros padres dormidos bajo la tierra; ó llevamos á descansar bajo el musgo esos frutos de nuestro amor prematuramente sazonados, ese nombre, emblema universal de júbilo

ó de tristeza, asomará por sí mismo á nuestros labios. Parece que el corazon saca de su inmenso seno lo que le falta ó derrama en él lo que de él rebosa. Así como al tocar un metal vibra y resuena, el alma humana en contacto con Dios lo exhala por cada fibra. El gozo, el dolor, el amor no tienen más que un sonido. ¡Oh Señor! El timbre de nuestra alma es tu nombre!

. . . .

. . . .

»Escríbalo cada pueblo en símbolo más puro, segun la luz emanada de lo alto que hace revivir cada edad! Enseñad al niño el nombre del celeste Padre como si pusierais en sus labios una gota de miel, para que al salir del seno de su madre saboree algo dulce ántes de probar las amarguras de la vida. La madre hará que sus pequeñuelos balbuceen el nombre de Dios, mostrándoles con el dedo al invisible en todas partes, y cualquiera que sea el sonido con que le designe, ese nombre será la palabra con que el hombre saludará á sus semejantes! El nombre que invocará el inocente en testimonio, que deslumbrará de léjos los ojos del culpable, que el justo ultrajado, pero lleno de confianza, imprimirá en su seno como una conciencia; nombre que el débil opondrá á su perseguidor, bajo cuyo amparo se pondrán la viuda y el huérfano, que tomará el leproso por amigo, el esclavo por defensor, el indigente por hogar, el proscrito por refugio; que todos los desdichados verán, desde el fondo de sus dolores, cual luciente rayo al través de sus lágrimas; nombre que acudirán los ángeles á recoger de los labios del hombre cuando se extinga en su lecho mortuorio!

. . . .

. . . .

. . . .

»Bendecidle tres veces cada dia; reuníos en gran número y confundid vuestras voces; no para que vuestros acentos re-

forzados por el número, puedan resonar con más vigor en su oido endurecido, pues el que oye vegetar la yerba, y el paso de las hormigas y los latidos del corazon, no necesita eco que llene su templo; sino para que los unos sirvais de ejemplo á los otros, para que la adoracion de todos arda en cada uno, para que fundais en él de consuno vuestras almas; y para que el que mejor sepa saborear sus maravillas y de cuyos labios salgan más perfumadas plegarias, preste á aquellos cuya voz no acierte á encontrar suaves acentos, la astilla de su fuego para encender el incienso!

. . . .

. . . .

»Elegid entre vosotros los de alma más candorosa, los niños, los ancianos, los enfermos y las mujeres, los que sientan más y suspiren mejor y levanten al cielo con más frecuencia sus ojos, para que dirijan sus oraciones al invisible Padre en favor de su pueblo, para que la familia prospere, y para que se cumpla su voluntad en la creacion con bendicion y alegría! Que imiten á porfía, para formar sus cánticos, los acentos más magníficos de la naturaleza, el murmullo del mar, el rayo de la tormenta, los lamentos de las ondas, los suspiros del aire, la luz del alba y el hálito de la rosa; que su entusiasmo lo anime todo, y á la manera de un segador, presente su haz de perfumes á las plantas del Señor!

. . . .

. . . .

»Entre los hijos más bondadosos de la mujer, hay hombres cuyos sentidos no oscurecen tanto el alma, de corazon movedizo y profundo como el agua, cuyo más leve contacto hace estremecer la piel, cuya mente, sujeta á delirios sagrados, se conmueve al sentir el dedo de Dios, y canta como las liras; hombres que son cual ecos melodiosos diseminados por el universo para comprender su lengua y reproducir sus conciertos. En su trasparente y límpido pensamiento es donde mejor se

reproduce la imágen infinita, y en él se ilumina y se tiñe de inefables colores la vasta idea en que se retrata el Eterno! Esos hombres, que huyen del bullicio y buscan los lugares solitarios, tienen amistosas é íntimas relaciones con el desierto; dirigiendo sus pasos hácia los arenales de las riberas, oyen voces que no llegan á nuestros oidos; saben lo que dice la estrella en su camino, el rayo al firmamento, la roca al manantial, la ola á la arena de oro que parece adormecerla, el ruiseñor á la aurora y el corazon al suspiro. Sobre sus cabezas irradian las astas de los carneros. Oid sus plegarias, porque son vuestros profetas; escribid en la corteza, en la piedra ó en el bronce sus himnos sagrados, grabándolos en ellos para las edades futuras; imprimidlos en la dúctil memoria de los años como se perfuma el barro de una vasija nueva; y que el dia que espira enseñe á los dias nacientes el clamor de todos los dias, la voz de todos los tiempos! De este modo la invisible estátua de Dios, revestida de fuerza y de grandeza por todos esos obreros cuya mano es su espíritu, crecerá de edad en edad á los ojos de los humanos, hasta que la tierra, en su divino lenguaje, acabe de pensamiento en pensamiento su imágen!...

. . . .

. . . .

»Pero si alguno de los que escucheis pretende fascinaros con prodigios sagrados; si os dice que es el intérprete del cielo que ha puesto en sus manos el rayo ó algun talisman, que á su voz suspenden los astros su marcha, que obliga á la santa naturaleza á invertir sus leyes, que la piedra ó el árbol le responden con oráculos, y que para la razon hay otros milagros que no sean el órden universal, constante, misterioso, en que se patentiza á nuestros ojos la voluntad del Altísimo; si atribuye á Dios la inconstancia del hombre, si sus labios le designan con nombres terrestres, si hacen que lo veais, sintais y toqueis, si os induce á adorar el mármol de su carne,

ahogad en su corazon esa palabra inmunda; la razon es el culto, el altar el mundo!

. . . .

. . . .

. . . .

»El cielo, la tierra y cuanto Dios encierra en un dia eterno, todo ha nacido de un solo gérmen; gérmen que es el pensamiento ó la ley de Dios, y que todas las cosas llevan con su forma en sí mismas. Todo nace, todo se nutre y diversifica de ese gérmen divino, ramificado por el tiempo, de suerte que todo es á la vez viejo y nuevo, que un mundo decrépito engendra otro mundo, que una cosa consumada da á luz otra cosa, y que cada existencia es una apoteosis en que el sér produce al sér al descomponerse, y en que todo se perpetúa divinizándose! Así ha nacido el hombre, fruto viviente de la tierra; no, como Jehovah, completo y solitario, sino compuesto de dos, macho y hembra, para que su dualidad le revelase su fin, y para que la union del hombre y la mujer, que fecunda el cuerpo y completa el alma, fuese en él símbolo de la ley divina de amor y de unidad que debe refundirlo todo en sí mismo! ¡Ley profunda, merced á la cual el amor que deifica es el único que puede perpetuar la vida en esta baja tierra! Y el Eterno le dió voz para nombrarle, razon para verle, alma para adorarle! Para que estuviese en armonía con su cuerpo deleznable le dió sentidos de cieno y de barro, mas para que llegase más allá de donde alcanza su vista limitada, le otorgó el sentido de la inmortalidad. Este sentido, más claro y más sutil en su primera aurora, fué el que iluminó los ojos del hombre recien salido de la nada con tan vivo y seguro resplandor, que le hizo ver su destino eterno con los ojos de la fé; pero más adelante, cuando aumentaron las sombras, cegados sus hijos por la duda, se engañaron y creyeron que la inmortalidad que la fé deparaba al hombre, era cosa innata en el venturoso hijo del Eden. El Inmutable no habita en el

tiempo. Aproximando así el límite de los dos mundos, el hombre toca á la vez sus dos extremidades y está sujeto á las dobles leyes de estos dos destinos; al restituir al suelo su ruda envoltura, limpia sus viles sentidos del polvo que los cubre y devolviendo su sentido inmortal, trasformado por la muerte, á los elementos el cuerpo que han formado, segun que su trabajo lo corrompe ó lo purifica, se remonta ó se hunde con el peso de su naturaleza! Combatiendo de esta suerte dos naturalezas en su corazon, él mismo es el instrumento de su propia grandeza; dueño de su albedrío para subir ó abismarse, su noble libertad constituye su gloria ó su vergüenza, y cuando se ha despojado de su cuerpo material, subir ó bajar es el infierno ó el cielo. La libertad nos conduce entre el doble abismo del bien por la virtud y del mal por el crímen; pero la virtud se eleva para no bajar, al paso que el crímen expiado puede remontarse!

»La justicia divina es fecunda en misterios; no la compareis con las sombras de la tierra: la clemencia eterna va siempre unida á los decretos de la justicia, y hasta en el infierno, el amor es el que castiga.

. . . .

. . . .

»El código social, destinado á adquirir más amplio desarrollo, tiene en nuestra naturaleza un fundamento innato: ese inefable instinto de justicia suprema que protesta secretamente en nuestro interior contra nosotros mismos, invisible balanza en que pesan sus designios, cuyos platillos sólo la oracion es capaz de inclinar, desde el cuerpo ensangrentado del justo que se inmola hasta el cabello que cae y que nos arrebata el viento.

. . . .

. . . .

»Pero ese código, que el hombre ha trascrito por su mano,

se trasforma y se extiende con el espíritu humano. Nuestra razon, en la que Dios refleja su imágen, al desarrollarse progresivamente lo contiene más y más. Lo que hoy es justicia tal sea crímen algun dia. Cuando el hombre sepa aspirar más amor en el cielo, lo que ahora llama ley de la justicia le preparará la ley del sacrificio, ley más santa, en que el instinto fraternal hará que el hombre se sacrifique más espontáneamente por la humanidad!

. . . .

. . . .

»Pues bien; hé aquí cuál es en nuestros tiempos, en que la razon se despierta, la ley que el corazon dicta y que el justo pone por obra:

. . . .

»¡Hombre! El hombre es tu hermano y vuestro padre Dios, quien te verá en todo tiempo y en todo lugar: no tendrás más fin ni guia que él, y hasta tu virtud estará vacía si él no la llena. Harás que su santa voluntad prevalezca en tu rebelde sentido, en tu espíritu sumiso. No maldecirás su mano por mucho que sufras ni perderás jamás la esperanza; porque mañana eleva lo que hoy humilla. Tú dirás: «Todo lo bueno procede de él.» Le amarás con todo tu corazon, más que á tí mismo y á todas las cosas en él, porque él, que es tu padre, te ama! y para tributarle gloria y bendiciones, mezclarás tu alma con la creacion.

. . . .

. . . .

»No levantarás la mano contra tu hermano; no derramarás sangre alguna sobre la tierra, ni la de los hombres, ni la de los cuadrúpedos, ni la de los peces, ni la de las aves; un grito sordo que resuena en el fondo de tu corazon te prohibe verterla, porque la sangre es la vida, y tú no puedes devolverla á quien se la quites. Te alimentarás únicamente con las rubias espigas que ondulan como las ondas en las laderas de

tus valles, con el arroz que crece en sus cañas en tus riberas, manjares que se renuevan para tí todos los veranos; con las raíces y los frutos sazonados en las ramas, con el sobrante de los panales amasados por las abejas, y con todos esos dones del suelo en que la savia de la vida acude á ofrecerse por sí misma para mitigar tu hambre: la carne de los animales gritaria como un remordimíento, y la muerte engendraria la muerte en tu seno.

. . . .

. . . .

»Beberás el agua del cielo que el manantial destila, sin exprimir en tu vasija de barro, ni los jugos de la adormidera que producen un soporífero sueño, ni el zumo embriagador de la vid de purpúreos frutos; la sabiduría infinita ha establecido con su dedo divino la armonía entre el alma y los sentidos. Tú la respetarás, la embriaguez la destruye; cuando la razon se extingue, tu alma queda sumida en tinieblas: Dios no se refleja más que en una mirada clara y lúcida; quien la enturbia en su seno, es un suicida del alma!

. . . .

»Cuando tu padre hable, obedécele sin murmurar: porque ante Dios el padre está por encima del hijo; á él eres deudor de la vida y la palabra: sea, pues, para tí símbolo de toda autoridad, y si te dice que vayas, vé; y si que vuelvas, acude. Humillate ante él, sigue sus huellas, teme su enojo como temerias el de Dios, sírvele hasta la tumba sin exigir ni esperar recompensa alguna, honra su ancianidad con tierna piedad, pues tu bendicion está en sus cabellos blancos, y cuanda vaya á descansar en la otra vida, ocupa su puesto al sol, baja la cabeza y llora.

. . . .

»Sólo tendreis hijos de una mujer, y para los dos un lecho y un alma; porque Dios os ha deparado una misma suerte al uniros, y el hombre y la mujer no son dos á sus ojos, sino

uno solo. Una ley simbólica, un misterio visible hace que ambos sexos se multipliquen en número igual sobre la tierra, y cada pareja no tendrá en esa doble vida más que un pensamiento y una voluntad.

. . . .

»No os casareis con las hijas de vuestras madres para no limitar el número de vuestros hermanos; y á fin de que la familia, dilatándose progresivamente, propague entre todos las ternuras de la sangre, jamás hareis que refluya en su curso esa sangre que, en vuestros corazones, procede del mismo orígen.

. . . .

»No establecereis esas separaciones de razas, tribus, pueblos y naciones, y cuando se os diga: «Esa raza es bárbara», «ese rio os sirve de límite», ó «ese monte os separa», contestad: «Un mismo Dios nos ve y nos bendice, el firmamento nos cubre y el cielo nos une.»

. . . .

»No arrancareis la rama con el fruto: ¡gloria á la mano que siembra, baldon para la que daña! No dejareis la tierra árida y desnuda, pues vuestros padres la encontraron vestida por Dios. Los que sigan vuestras huellas algun dia deben pasar bendiciendo á sus padres á su vez.

. . . .

»No recorrereis la tierra que os sustenta sacudiendo el polvo de vuestros piés, como los animales que no trabajan y pastan en comun lo que crece á su paso. La amareis con cariño maternal; poseereis en ella vuestro lugar efímero como los hombres sentados al sol poseen unos tras otros sus rayos mientras dura el dia.

. . . .

»Os la repartireis á medida que necesiteis sombra y alimento, designando á unos la colina y á otros el valle: la señalareis con un linde y un nombre para que su virtud no

duerma ociosa; pero que ella ame á su vez la mano que la cultiva, y que el árbol que crece para la posteridad diga á los pequeñuelos el amor que la ha plantado!

. . . .

»Y multiplicaos como granos de arena, sin miedo de agotar su manantial inagotable ni de que sus montecillos multiplicados por vosotros desaparezcan bajo vuestras manos ó lleguen á faltar bajo vuestras plantas; porque aquel cuyo dedo cuenta sus criaturas sabe el número de espigas que contendrán vuestras futuras gavillas y la leche que contienen los ubérrimos senos; cuanto más se les exprime más dan de sí. Por un inconcebible y maternal misterio, el hombre fertiliza la tierra fatigándola; ninguna boca siente que se extinga su ternura; todo cuanto ha llevado en su seno, su seno puede alimentarlo. El único fin de su santa existencia parece ser el de trasformar en séres animados su sustancia: Dios tan sólo sabe qué dia se detendrá, pero hasta entónces irá siempre en aumento su solicitud. La última partícula encerrada en su seno debe producir á su vez los resortes de la vida, para que cada átomo y cada elemento se conviertan á su vez en sentimiento é idea y elevándose á Dios desde la nada hasta el ángel, trasformen este fango en adoracion.

. . . .

»Siempre que un hombre llegue á la vida, se medirá para él un trozo del gran manto de la madre comun en los oteros que no tengan dueño; su mujer tendrá su parte y las dos no harán más que una, y cuando de sus amores nazcan otros hombres, esos campos se ensancharán para satisfacer su nueva hambre, y les dareis á todos, con un año de anticipacion, la miés, el rebaño, el azadon y la simiente.

. . . .

»No edificareis ciudades en vuestras llanuras, colmenas de

naciones, hormigueros humanos, en que los hombres, perdiendo la impresion del cielo, se agitan y revuelven en el cieno y la corrupcion; sino que construireis vuestras casas ó plantareis vuestras tiendas en medio de los campos, y distantes de las otras, para que en el lecho del valle, en la ladera de la loma cada cual tenga su sol, su árbol, su agua, para que vuestros cuerpos no se hagan sombra por demasiado vecinos, para que os multipliqueis sin maldecir vuestro creciente número, y para que una gran porcion de los cielos recree vuestra vista con las maravillas del firmamento.

. . . .

»Tu espíritu contemplativo, oh santa criatura, debe mezclarse de continuo con toda la naturaleza: que el hombre fraternice con cada elemento para elevarse desde la tierra hasta las celestes alturas.

. . . .

»Que los hombres jamás se tropiecen al buscarse; que el rostro humano sea motivo de júbilo para el hombre; pues la muchedumbre al tropezar con él pervierte sus instintos y los hombres son malos cuando están en contacto con los hombres.

. . . .

»Os auxiliareis en todas vuestras miserias, sereis los unos para los otros padres, madres, hijos: la carga de cada cual será la de todos, y la caridad vuestra justicia. El perdon, único vengador, redimirá toda ofensa; la palabra servirá de juramento sin necesidad de jurar; vuestra sombra prestará sombra al transeunte, y en el umbral de vuestra puerta habrá siempre pan para el hambriento: dejareis algunos frutos en las ramas para que el viajero pueda refrescar sus labios, y jamás acopiareis sino para algun tiempo, porque la tierra germina para vosotros todas las primaveras, y Dios, que envia la lluvia y hace florecer las riberas, conoce el número de comensales que participarán del festin de los campos.

. . . .

»No robareis jamás el campo de otro, porque lo que el hombre ha labrado con su sudor es suyo. No deseareis su mujer, porque la mujer del hombre es su cuerpo y su alma: arrebatar de sus brazos este tesoro de su corazon, es robarle la parte de cielo que posee en la tierra!

. . . .

»Os llevareis bien hasta con los mismos brutos, porque Dios, que los crió, quiere que el hombre los ame; aunque en diferentes grados, ellos tienen tambien su parte de inteligencia y de alma, y así lo reconocereis: leereis en sus ojos la aurora de la razon, dudosa como un sueño, que despunta y se eleva; no sofocareis esta vaga claridad, presagio de inmortalidad y de luz; la respetareis, porque el ángel la respeta. Entre el hombre y el insecto hay una cadena de mil eslabones, y ya sea el primero, el de en medio ó el último, no insulteis á ninguno de ellos, porque todos dependen de Dios!

. . . .

»No los ultrajeis aplicándoles nombres inspirados por el enojo; no pagueis su trabajo con el látigo ó la vara. Para satisfacer á su costa vuestros brutales apetitos, no les robeis la leche de sus hijuelos; no les reduzcais á una servidumbre feroz destrozando sus bocas con bocados de hierro, ni les abrumeis bajo el peso de onerosos fardos. Antes al contrario, haced que os laman la mano y os presten su lomo. Desde el mammuth al corcel, desde el águila á la víbora, todos tienen su parte en el dominio del padre. Comprended su naturaleza, suavizad su suerte: el pacto entre ellos y vosotros no consiste en la muerte; vuestra ignorancia es lo único que ha engendrado el odio entre su raza amiga y nuestra raza humana: la justicia restableceria la paz entre vosotros. Procurad adivinar por qué los ha hecho Dios. Educad cada casta segun su fin más conveniente; prestadles un rayo de vuestra inteli-

gencia; dulcificad sus costumbres siendo dulces con ellos y sed mediadores y jueces entre todos. ¡Que desde el tigre que se arrastra hasta el pajarillo que vuela, se regocije cada animal al oir la palabra humana! Y los voraces lobos saldrán de las selvas, y la cabra y el cordero se tenderán junto á ellos, y la sabiduría infinita restablecerá la primera armonía del Eden en todo cuanto vive!

. . . .

»No estableceréis jueces ni reyes para vengar la justicia ó dictaros leyes; porque si elevais al hombre sobre el hombre, sea cualquiera el nombre sagrado con que el mundo lo designe, al ver á sus hermanos postrados de hinojos ante él, creerá en su orgullo que es más grande que vosotros, leerá en vuestros ojos el yugo de vuestras miserias, y tendreis tiranos donde Dios quiere hermanos tan sólo.

. . . .

. . . .

»Si algun hombre hace el mal ante el Señor, no tengais ley ni tribunal para juzgarle; para vengar con la muerte la muerte de la víctima, no obligueis al juez á cometer un asesinato legal; ignorad el nombre de ese hombre sangriento que castigando un desafuero parece incurrir en otro. Cuando todo corazon posee la ciencia del bien y del mal, el juez y el verdugo están en su conciencia: mientras el remordimiento no redima el crímen, la pena aplicada al culpable equivale al desman cometido, y la justicia humana, creyéndose ultrajada por la ley de arriba, no se acalla en su corazon hasta haberse vengado!

. . . .

»En cambio del perdon que el cielo nos concede, el don más bello del hombre es la misericordia; la debe á su hermano, á sí mismo, y al único que tiene sobre él derechos de juez y de vengador; la venganza ó el error inventaron el su-

plicio, cuando este mundo vive de gracia y no de justicia.»

. . . .
. . . .
. . . .

Así decia aquel libro, obedeciendo á la inspiracion del que comunicaba su santo acento al santo anciano, y lo justo, lo bueno, lo honrado y lo sabio aparecia á sus ojos en cada página Parecia que de estas brotaba un rayo de sol que, reflejándose en su nevada frente é iluminándolo con radiante aureola, trasformaba su palabra en persuasion.

Los amantes, sentados á los piés del buen viejo, observaban sin respirar el movimiento de sus labios, y admirando las maravillas de aquel mundo nuevo, creian recibir santas lecciones en sueños; y con frecuencia repetia el anciano á instancias suyas algunas frases que ensanchaban los límites de su alma. ¡Oh! ¡Qué delicias de aquel cielo en la tierra saboreaban entrambos á las plantas del anciano! ¡Recibir á la vez en sus corazones confundidos la embriaguez de la vida y las leyes divinas, dar tregua á sus amores para caer en el éxtasis ¡Ah! ¡Dios parecia otorgar entónces á aquellas criaturas más néctar del que puede contener el vaso, hasta el punto de hacerlo rebosar!

. . . .

Cuando el divino lector cerraba el libro, Cedar y Daidha se retiraban á las enramadas cogidos del brazo, andando con lentitud, comentando en voz baja los divinos mandatos, complaciéndose en explicarse uno á otro lo que parecia oscuro para su inteligencia, y sintiendo un cariño inefable hácia un señor tan dulce y benigno; poníanse en seguida de rodillas ante la sombra de Dios, ó prosternado el uno y de pié el otro.

se ensayaban en rezar así como el ave gorjea, y luego, cuando sus miradas se encontraban, cuando el grave reflejo de las santas lecciones iba apagándose por grados en sus rostros, parecia como si hubiesen vuelto á la niñez, corrian para cogerse mútuamente y alegraban aquellos sitios empleando el dia en juegos, risas, reposo y amor. De este modo corria como miel su vida íntima y el tiempo no tenia para ellos horas como sucede en el cielo.

Era la hora en que el crepúsculo hace que todo guarde silencio y palidezca, pareciendo desenrollar la noche del fondo de un santuario; en que el alma, como el árbol, difunde su sombra, crepúsculo flotante de sus impresiones; en que el pensamiento, concentrado en sí mismo, se repliega en íntima plática con el espíritu, y semejante al perfume que procura elevarse, quiere amar, ó cantar, ó rezar, ó soñar.

Los dos amantes, cansados ya de juegos y caricias, barriendo la florida yerba con sus largas trenzas, y rompiendo á su paso las ramas cargadas de frutos, se acercaban al antro en silencio, á la manera que dos santas criaturas se encaminan al umbral del templo con la vista baja. Aquel era el momento en que el santo prosternado les hacia dar gracias á Dios por el nuevo dia que les habia concedido, y bendiciendo sus noches ante él comenzadas, les infundia santos pensamientos ántes de entregarse al reposo. Jamás habia tardado el divino anciano tanto como aquel dia en acudir al encuentro de los esposos, intranquilos ya; los gemelos, satisfechos con el sustancioso alimento que les proporcionaban los abundosos pechos de su madre, estaban ya durmiendo; el rumor de su respiracion apacible, que hacia ondular los cabellos maternos, era el único ruido que denotaba su presencia. Los amantes, extrañando la tardanza del anciano, íbanse acercando más sin aguardar á que los llamara, y animándose mútuamente, subieron el escalon de la gruta, iluminada has-

ta el fondo por el último resplandor del sol poniente; al llegar á la entrada, apoyáronse contra los negros pilares del antro, y desde allí pudieron contemplar al anciano, sentado en el suelo en medio de él.

Tenia el santo libro cerrado sobre sus enjutas rodillas; su frente pálida estaba animada por la inspiracion; y coloraba sus salientes pómulos un ligero matiz de las rosas de la vida que subia desde su corazon, como el fugitivo adios del sol en su ocaso colora el horizonte oriental con vivos y rojizos fulgores. Por el leve temblor de sus labios, más descoloridos que de costumbre, conocíase que el anciano hablaba consigo mismo; mas él, como si algun vivo resplandor le deslumbrara, no veia ningun objeto entre su alma y Dios.

—Y ahora, Señor, decia en voz baja, ha terminado mi carrera; mi viejo cuerpo está ya cansado; ¡ah! bien sabes que mis dias han sido largos y pesados: ¡oh Padre! alíviame de tan penosa carga. Llama ¡oh Dios mio! á tí á tu siervo que desfallece: ya no bajaré á la tumba con mi secreto; ya no llevaré tu santo nombre conmigo. Junto á mí tengo dos corazones infantiles en quienes depositar tu herencia; tu nombre, salvado por mí del vasto naufragio, será para ellos la prenda de un mundo rejuvenecido. Así como ellos han nacido de mí, así tambien nacerán de ellos otros hijos; estos lo trasmitirán á los hijos de sus amores; tu gracia extenderá su trama por el mundo, y tus adoradores serán hijos de mi alma! Basta ya; basta ya; rompe el vil eslabon merced al cual el mundo habrá trasmitido al mundo tu nombre. La tierra está como en suspenso á esta sola idea, que ya no morirá, Señor; pues la urna se ha vaciado: la tierra ha bebido tu ley para vivir y florecer de nuevo: ¡gloria á tu nombre divino! ¡Tú vives..... ya puedo morir!.....

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, y en el instante en que bajaba los brazos quedándose en la inmovilidad de un santo recogimiento, resonó en los aires un sordo ru-

mor parecido al vuelo repentino de las alas de la tempestad, cuando el relámpago y el rayo luchan bajo la nube y la mar hierve lanzando montes de espuma. El anciano se puso en pié de un salto, estrechó contra su seno al hermoso grupo, estremecido por tan insólito rumor, y los amantes y él fijaron en el cielo sus miradas.

No bien hubieron levantado los ojos cuando, con vuelo más estruendoso y más pronto que el relámpago, apareció en los aires una nave de estraña forma que, ocultando con sus anchurosas velas una gran porcion del cielo, fué á parar á sus piés sobre las gradas del antro, haciendo retumbar todo el monte al choque. Al punto salieron de ella tres hombres con la espada en la mano, los cuales se precipitaron sobre el viejo exclamando:

—¡Rebelde! Al fin confesarás á los dioses. La roca misma no ha podido ocultarte á sus ojos: en vano has puesto esta distancia entre ellos y tú: mientras has vivido para negar su poder, y tu mano traia desasosegado al mundo esparciendo semillas de duda y de impiedad; mientras tú le arrojabas desde las nubes las execrables páginas de tu libro infernal, has perturbado su sueño y amargado sus placeres: pero este momento devuelve la robustez y firmeza á su santo templo conmovido; ¡el libro! ¡entréganos tu vida ó el libro! ¡Mónstruo, invoca á los dioses ó ha llegado tu última hora!

Uno de ellos, asiendo de la garganta al anciano, alzó el puñal sobre su pecho, en tanto que los otros, recorriendo la sombría caverna, á la pálida y macilenta luz crepuscular, vieron el libro entreabierto á sus piés y descubrieron en un rincon á la temblorosa pareja.

Cedar, que los tomaba por potencias celestiales, estaba ante ellos como un hombre fulminado, y echándose á sus piés con la frente en el suelo, aguardaba sin murmurar que le encadenasen. Daidha, por su parte, refugiándose más y más en la protectora sombra y pegándose á la roca como una es-

talactita, estrechó á los gemelos contra su seno, como si quisiera defenderlos del puñal asesino, pero con tanta fuerza, que las criaturas sintieron durmiendo el vehemente abrazo de su madre, y dieron un leve grito que reveló su presencia. El primero que vió á Daidha quedó como deslumbrado al contemplar sus facciones; la antorcha tembló en sus manos al examinar aquella belleza sobrenatural en una mujer, belleza como jamás se ofreció otra alguna á sus ojos en el cenagal de este mundo impío y caduco. Con un ademan llamó á sus compañeros, los cuales temian acercarse á ella, ¡tanta gracia radiaba de su rostro, y hasta tal punto pasaron en un instante sus ojos, deslumbrados por tal aparicion, del ódio al amor! ¡Oh! ¿Quién no habria admirado la imprevista maravilla que resplandecia á su vista?

Al notar que los miembros de la jóven temblaban bajo sus cabellos, aquellos hombres se acercaron más tranquilos ya, diciendo:

—Estos séres, de raza más pura, ¿son de nuestra misma naturaleza? ¿Son una hija y un hijo de los hombres de otra época, algunos de los cuales, segun se dice, viven errantes en los bosques, y que Adonai, valiéndose de sus mágicas artes, habrá hecho caer en sus lazos, reteniéndolos esclavos? ¿Será una aparicion fruto de su mágia ó una creacion de su arte infernal? ¿Serán sombras que ha hecho surgir para recreo de su soledad, y que se disiparán y desaparecerán al acercarnos nosotros? ¡Oh! ¡Si pudiéramos arrebatarlos de este sitio, qué recompensas nos darian las reinas y los dioses!

Y alentada su audacia al decir esto, cogieron á Daidha entorpecida por el miedo; atáronla en seguida de piés y manos, cuidando de no apretar demasiado sus miembros delicados, como ata el pajarero las patas de las tortolillas temeroso de estropear el plumon de sus alas; dejaron sobre su seno á sus hijos que seguian durmiendo, y volviéronse en seguida á realizar su siniestro designio.

Sin hacer caso del puñal levantado por mortífera mano, tranquilo y orando con la vista fija en el cielo, Adonai parecia suspirar de anhelo por recibir aquel golpe que amenazaba su corazon, considerándose feliz con que aquella gota suprema de su sangre fuese una postrera blasfemia contra aquellos dioses falaces y cayese, inflamada de martirio y de fé, en la mano de Aquel á cuya ley servia de sello. Enfurecidos sus verdugos al ver tanta calma y serenidad, probaron á tentar su fé por la esperanza, y suspendieron momentáneamente aquella muerte.

—No; que decida él solo de su suerte; que sea su propio juez y su verdugo, dijeron.

Y en seguida le llevaron al borde del precipicio, al sitio en que la peña, más tajada y profunda, permitia que la vista llegara hasta el mismo fondo del abismo, allí donde las rocas inundadas por el mar se llenaban de espuma á más de cien codos de altura, y cuyo solo aspecto causaba irresistibles vértigos. Ciñéronle una cuerda á la cintura, y con una de sus puntas le ataron á la cresta de una roca de forma extraña, como se ata un cable á un mástil, y poniéndose todos de pié dieron un empellon al anciano, cuyo cuerpo se balanceó en el vacío hasta donde llegaba la cuerda. Vibró ésta con el peso del anciano, haciéndole chocar contra los ángulos de las peñas, mientras los eternos embates del mugiente cabo magullaron contra la roca sus miembros y su cabeza.

Aquellos hombres feroces dejaron que el santo viejo estuviese largo tiempo considerando el mar, la profundidad del abismo, cien muertes de una sola mirada. Veian cómo aquellas manos, separadas por el horror, aferraban las puntas ensangrentadas de las agudas rocas; cómo crispaba el instinto vital aquellos temblorosos y decrépitos miembros, y cómo se desprendian los blancos cabellos de aquella frente pálida; luego, cuando su crueldad supuso que semejante tormento habia domeñado el espíritu y vencido á la naturaleza, incli-

nóse uno de ellos al borde del abismo con la espada en la mano, acercó su filo á la oscilante cuerda é introdujo en ella lentamente la mitad de la hoja.

—¡Adonai, le gritó, tu alma está pendiente de este acero! ¡Te suspendo de un hilo sobre el abismo y la muerte! Tu vida está en una sola palabra; dí que te arrepientes, dí que nuesros dioses son dioses, que el tuyo es un sueño; ó al punto hundo en la cuerda la otra mitad de la espada!

Una contraccion de sus brazos imprimió una vibracion á la cuerda al decir estas palabras, haciendo rebotar tres veces al anciano en el vacío en el que pendia su alma, y volviendo á atraerle mal herido contra la roca.

—¡Acabemos de una vez! Aguardo tu último grito. ¿Quieres hablar ó no? ¿Ves? La cuerda se deshace y el abismo vengador muge esperando su presa.

Pero el anciano, alzando la vista serena y dulce, contestó:

—¿Qué aguardais? ¡Dios mio, creo en vos! ¡Creia cuando moraba en la mansion de la mentira y del crímen, he creido toda mi vida, y ahora creo sobre el abismo! Elévese y reviva tras mí este solo grito: caigo con mi fé entera en la muerte que siento ya!

La única respuesta que obtuvo esta exclamacion del generoso mártir fué el hundirse totalmente el cortante acero en la cuerda. Los verdugos asomando la cabeza á los bordes del abismo, vieron como se despeñaba, dando vueltas por el espacio, aquel cuerpo cuyos miembros desgarrados, cuyos cabellos y cuyas entrañas iban dejando ensangrentados jirones en las peñascosas paredes: largo tiempo estuvieron aguardando que el ruido terrible y sordo de su último choque subiera hasta ellos, y que resonó por fin en sus oidos remontándose desde el negro fondo del abismo; ruido tardío, pero terrorífico, como el eco del crímen; pero que aquellos hombres escucharon como pudieran haber oido cualquier otro rumor, sin que les infundiera espanto ni lástima alguna, bien así como el

pastor que, sentado en la cumbre de las colinas, echa á rodar una piedra al fondo de la barranca, y oye resonar con indiferencia el ruido del cuerpo que cae y se hace pedazos en lo profundo del abismo. Una punta avanzada de los negros escollos destrozó el cráneo y con él la mente del anciano; la espuma del mar jugueteando en aquellos peñascos, traia y llevaba el mutilado cadáver, y las águilas, triturando aquel cráneo secular, llevábanse á su guarida largas tiras de su piel.

Los inhumanos asesinos volvieron á entrar un momento en la gruta, avivaron el apagado fuego del hogar, y entregaron el sagrado libro á las llamas página por página, viéndolo arder cual si fuese un tósigo del alma que difundiendo por sus corazones justicia y libertad, pudiera sacar la verdad del sueño en que estaba sumida. Para que todo fulgor dispersado con él no dejase revivir un solo pensamiento, aventaron sus cenizas; pero el viento que Dios sopla y que engaña sus ojos, dispersó por el mundo entero las santas chispas de aquella ceniza abrasadora, cual sembrador divino que siembra donde Dios prescribe las simientes del espíritu para los pueblos futuros, de suerte que todas las naciones que el orbe encierra encontrasen más adelante en sus surcos el gérmen de aquellas semillas.

Entre tanto la pareja, testigo del martirio, lo habia visto todo de léjos llena de terror; la voz de la víctima y el rumor de su suplicio, habian llegado hasta ella desde el fondo del abismo, y suponiendo con fundamento que iba á sufrir la misma terrible suerte que el anciano, cambiaba ya entre sí una mirada postrera; mas aquellos sangrientos hombres, mitigando su saña, abrieron sus rudas manos para coger los hermosos cuerpos de ambos esposos como se cogen dos pájaros sin estropear su plumaje; los levantaron del suelo, los sacaron fuera de la gruta, y tendiéndolos á sus piés en el fondo de la navecilla, hicieron que se remontase á los aires

el oscilante esquife. Al sentir Cedar y su esposa que el suelo huia bajo ellos, creyeron que un ave descomunal los arrebataba en su vuelo, y no acertando á explicarse tan extraño misterio se alejaron de la tierra dándole un eterno adios.

Ahora bien: aquellos carros, sublime invencion de los mortales, no eran, en las edades inmediatas á la creacion en que el arte conservaba su imperio sobre los elementos é imponia sus leyes á todo cuanto respira, no eran, repito, más que un arte humano, sagrado, misterioso, como secreto divino conservado entre los dioses y cuyo prestigio tan sólo conocian los iniciados para que produjera á la vista el efecto de un prodigio. Ciertos esclavos adscritos al fementido culto de los dioses los custodiaban en la oscuridad de la más elevada torre: en las mayores solemnidades de aquel culto terrible, el carro se elevaba invisible durante la noche, y vivísimamente iluminado de pronto en la region de los aires, se cernia como un sol sobre el pueblo asombrado y descendia al poco rato como si trajera á los dioses celestiales mensajes: la credulidad, hija de la supersticion y el servilismo, hacia que el populacho le mirara con tanto respeto como veneracion. Este arte, desaparecido, inicióse en Babel, y es el que busca todavía el mundo despues de diez mil años. Los hombres de aquel tiempo no habian tenido que hacer otra cosa sino mirar los aires para desafiarlos y aventurarse por ellos; el simple fenómeno de las alas del ave habia servido de ejemplo á la ciencia humana.

El carro tenia los costados redondeados como los de las aves; en su reducida concavidad llevaba un aparato del que salia á invisibles oleadas un misterioso fluido más ligero que el éter y que flotaba en el vacío, sustentando el peso del esquife en los aires como las aguas del Océano sustentan el de las naves. Sus tripulantes, arreglando el motor á las condiciones de la masa, subian y bajaban á su albedrío por el espacio, se remontaban más allá de las nubes ó rasa-

ban las cumbres de los montes; para allanar el camino del cielo á los nautas y preservar la barca de los escollos que pudieran hacerla zozobrar, un piloto imprimia su marcha á la leve embarcacion. El hábil impulso de un segundo aparato hacia que el flotante carro siguiese el rumbo deseado: del centro de la quilla salia un mástil con una vela de finísima tela de seda y lino, y además en el remate de la proa habia un gran fuelle movible que aspiraba el viento cual pulmon que se dilata, engolfaba en su seno una corriente de aire y trasmitiéndola á otro fuelle vacío colocado en la popa, le suministraba sin cesar el aire que de rechazo iba á hinchar la vela. Así, en virtud de un misterio supremo, un elemento servia para vencerse á sí mismo. Y el piloto sentado y puesta la mano en el timon, bogaba al soplo igual de aquellos dos pulmones.

Los amantes, sentados al pié del oscilante mástil y asomados al borde de la barquilla, flotaban sin poder darse cuenta del doble movimiento que los sepultaba en el oscuro espacio. Los grandes balanceos de la ligera quilla, embates aéreos del vacilante éter, parecian lanzarlos de un astro á otro hasta los siete cielos, aturdian sus mentes incapaces de pensar, y los graves silbidos de la brisa nocturna avivaban, aunque sin despertarlo, su callado terror. Ora parecia encerrarles en su seno una lluviosa nube, y cual buque que zozobra en las cavernas del mar, hendian aquellas tinieblas palpables sumergidos en ellas, miéntras sus cabellos, erizados de espanto, destilaban el agua del cielo sobre sus helados miembros; ora, saliendo de pronto de aquel piélago de nubes, parecíales como si las estrellas lloviesen sobre sus rostros; luégo, á los procelosos vaivenes de las ondulaciones, los astros huian de constelacion en constelacion sobre sus cabezas, corriendo como la arena á las ráfagas del vendaval. No parecia sino que el cielo, entretenido en un horrible juego, se derrumbara sobre la vela en partículas de fuego; pero la barca, recobran-

do en breve su equilibrio, y cerniéndose sin balancearse en el éter sereno y despejado, como nos mece un ensueño ántes de despertarnos, con imperceptible movimiento por temor de interrumpir nuestro descanso, hendia el horizonte, rápida como el pensamiento, sobre las elásticas ondas apénas agitadas.

Conforme se iba acercando la barca al punto de su destino, matizábase el cielo con las tintas de la aurora: la noche rodeaba ya sus bordes de una blanca aureola semejante á la leche pura que rebosa de una vasija oscura; las estrellas se apagaban en las alturas, como ojos que se cierran cansados de velar en los cielos; el sol, lejos aún de rasar nuestra tierra, en lugar de elevarse desde la nocturna techumbre, subia pálido y pequeño del abismo sin fondo cual ígnea roca lanzada por un cráter, y sus lejanos rayos, en nada reflejados, amortiguaban la lucha del dia y la noche. Poco despues vieron los navegantes debajo de su esquife, rodeado ya de claridad, que, al través de la oscuridad, surgia de las vagas sombras un globo opaco, del mismo modo que al amanecer se ve surgir una isla del seno de las olas. Era la tierra, con las manchas de sus costados, sus venas de azuladas corrientes, sus montes de blancas crestas y su mar, que siendo el primero en recibir la claridad del dia, brillaba en su noche como un lago de luz.

¡Tierra! gritó una voz, y por arte secreto aquella nave, que parecia extraviada en un mar sin orillas, descendió cual águila que divisa su presa, enderezó el rumbo hácia los montes y los mares, y dirigiendo la proa hácia los picos del Sinai, inclinóse sobre el lago Asfáltite. Desde la altura á que se hallaba oyó el rumor intermitente que producian las macizas oleadas de este mar al chocar contra sus orillas, notó cómo subia hasta la vela el fresco viento de aquellas aguas, vió su vuelo reflejado en el espejo de sus ondas, y siguiendo el Jordan contra su corriente, encaminóse hácia sus fuentes, de-



LA AÉREA NAVE DESCENDIÓ CUAL ÁGUILA QUE DIVISA SU PRESA

jando atrás á Gad y Saphad. El santo rio parecia presentir gozoso el porvenir que le esperaba, así como Genezareth, cuyo lago despedia brillantes resplandores, cual si sus aguas percibieran ya el rumor de los grandes pasos que, andando el tiempo, habian de consagrar sus santas playas!

Ya comenzaban á blanquear á la vista de los nautas las cumbres del Líbano, que estos debian cruzar; ya percibian el inmenso y creciente murmullo que silbaba noche y dia entre su cabellera, como un soplo lejano de la inspiracion que diera el cedro á las arpas de Sion. Ya veian ondular á sus plantas el bullicioso mar de sus oscuros follajes. Ya descendia el astro solar hácia el occidente, cuando, sobre un valle oscuro y profundo, la barca suspendió de pronto su ala da carrera, y así como el corsario de Hidra se oculta en una ensenada al abrigo de una roca hasta la hora en que la noche ofusca el blanco color de su vela, así tambien el piloto aéreo, rindiendo el mástil y plegando la suya, dejó que su esquife ondulara á los suaves balanceos del aire hasta que asomara la luna: miéntras el barco flotaba á la ventura, los tripulantes tomaban un poco de alimento, y asomándose luego á los bordes de la embarcacion para entretener su ócio, contemplaban con mirada vaga y distraida cómo corrian los torrentes, cómo descollaban los montes, y cómo revoloteaban las águilas sobre los abismos. Solamente los leones rugian á la sazon en aquellos sitios.

Cuando la noche renaciente oscureció de nuevo los cielos, la barca se remontó hácia la bóveda estrellada como un ave que parte de la rama en que se posaba, dobló la mugiente cumbre del nuboso Sannim, semejante á un gran promontorio que amenazaba el cielo, bajó por la opuesta vertiente del Líbano, hácia la anchurosa llanura en que serpentea el Eufrates, y empezó á flotar sobre el cielo de los gigantes en las libres ondas de un éter trasparente.

Bajo su quilla ondulaba ya un vasto resplandor, cual fanal

que oscila sobre el escollo; eran las mil luces de la inmensa Babel, que parecian un encendido volcan reflejado en el cielo. El esquife aéreo guiado por aquella llama, hacía mugir las ondas aéreas con su quilla; estremecíase el timon en la robusta mano del piloto, y por fin el barco se sumergió poco á poco en aquel cráter humano, del cual emanaba un ruido sordo y creciente parecido al de los grandes mares que azotaban sus riberas.

Cedar y Daidha miraban en torno suyo, no pudiendo adivinar de dónde procedia aquel ruido tumultuoso, y bajando involuntariamente la cabeza al oirlo, figurábanse que se acercaba una gran tempestad, y se admiraban de ver que la nave flotaba en un cielo de cristal, balanceada por un soplo siempre suave é igual. Pero aturdidos por último, inclinaron el oido hácia el inmenso incendio, y en los procelosos embates de aquel ruido subterráneo, creyeron percibir el acento humano; cuanto más aumentaba en las nubes aquel bullicio creciente, más sondeaba su alma tan desconocidos clamores.

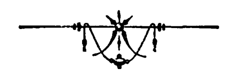
Aquel estruendoso rumor era la respiracion de un dia que brotaba de noche de aquellos grandes muros habitados por una nacion; era ese ruido intermitente de un millon de alientos que llenan de sonoros ecos las oleadas del aire cuando una colmena humana, ántes de entregarse al reposo, parece dar rienda suelta á las pasiones del dia; sorda ondulacion de ese mar de vida en que la onda de los sonidos va seguida de otra, en que el prolongado clamor, interrumpido por una pausa, hace vibrar ó contiene los latidos de las sienes; en que se oyen mugir, á lejanas bocanadas, tempestuosos rumores ahogados por otros; inextricable eco de sonidos, gritos y acentos cuyo ruido se percibe sin comprender su sentido.

Tal se elevaba del seno de la distante ciudad el ruido cuya causa deseaban conocer los dos esposos; pasos de un pueblo numeroso que hacen retemblar el suelo, golpes sonoros del hierro sobre el metal que se estremece, fragor eterno de los carros

en la cantera, corriente del rio encajonado entre sus márgenes de piedra, nutridas orquestas que repercutian en el aire melodioso y en metálicas voces los deleites de los dioses; monótono suspiro del hambre que mendiga, atronadoras excitaciones á la matanza, al incendio; rumores, en fin, que se elevaban confundidos al tranquilo seno de los aires, formando un solo sonido de tantos sonidos diferentes. Oíase tambien estrépito de palos y cadenas, horribles estertores de víctimas humanas, gritos de angustia de la madre de cuyo seno querian arrebatar el hijo á quien amamantaba para quitarle la vida, ó de la vírgen arrancada de los pilares á que se abraza con vehemencia para que satisfaga el lascivo furor de sus raptores; motines cautelosos, asaltos, sediciones, imprecaciones, aplausos, voces desgarradoras, estrepitosas carcajadas, y luego, así como á orillas del mar el viento pausado y sordo empuja contra el escollo una oleada pesada y anchurosa tras la cual se precipita otra rompiéndose contra el mismo escollo con atronador estruendo, así tambien brotó del seno de un silencio en que todo rumor espira, un inmenso clamor exhalado por el pueblo entero con fragor tempestuoso, clamor que, haciendo temblar el aire como una onda sonora, asfixiaba al ave en los fuegos de la aurora. Al resonar aquella gran voz, el espíritu de los dos amantes daba vueltas en su cerebro, y su corazon tembloroso, encogido de espanto, sentia el golpe de rechazo de cada ruido de la tierra, sus sienes se olvidaban de latir, y juntamente con tan inusitados sonidos recorria un agudo escalofrío sus helados miembros.

Del propio modo, cuando dos cisnes abandonan su lago, tan luego como observan los primeros indicios del precoz invierno, para preservar á sus hijuelos de las penetrantes brisas del Norte, y atraviesan el cielo de uno á otro confin, si su vuelo les conduce á un campo de batalla en que dos pueblos armados se destrozan las entrañas, oyen tambien rugir en la llanura ensangrentada las oleadas del combate y los gritos

de los combatientes; observan los relámpagos de la pólvora que hacen brotar el rayo de aquel cráter viviente; ven horrorizados las aguas de aquel lago en que tanto les complacia bañarse, tintas en sangre, los globos de fuego que el salitre hace estallar socarran sus plumas hasta en las mismas nubes, y en aquellos campos de horror de los que no pueden alejarse, sus alas sin fuerza no osan ya palpitar.





NOVENA VISION.

Entre tanto el esquife bajaba hácia donde rugia aquella tempestad horrible, rasando las cúspides sombrías de las altas torres, que por su gran número, y sus cimas aglomeradas en forma de agujas, de arcos ó de minaretes, parecian una selva de piedra en que los mármoles y granitos hubieran germinado por sí mismos, vegetando á modo de árboles: pirámides, altísimos palacios, puentes inmensos que descansaban sobre inmensos arcos; arcadas sobre arcadas erguidas sobre anchas plataformas y sirviendo de pedestal á mónstruos enormes; obeliscos monolíticos, arrancados del seno de la tierra como una osamenta, que sin sostener nada iban adelgazándose como una espada y se perdian como un ensueño en el seno de las atónitas nubes; acueductos en que mugia el rio de caudalosas aguas, jardines aéreos suspendidos de mil arcos, cuyos gigantescos árboles, más altos que nuestras ideas, difundian sobre los palacios inconmensurables sombras; columnatas que seguian, cual una serpiente de bronce, los grandes pliegues del terreno desde las lomas hasta los valles, en que innumerables troncos de metal, prodigiosas plantas, ostentaban en sus copas follajes de acantos; jarrones en que humeaban piras de aloe para perfumar de noche la brisa de los palacios,

ó deslumbradoras hogueras de llamas piramidales que, ondulando al viento, reverberaban en las losas.

La nave, bogando entre aquellos monumentos amontonados, como un águila entre los mástiles de cien buques, temia á cada momento ver destrozada su quilla contra una pirámide, una torre ó una aguja. Al través de este dédalo dirigia su vuelo, á los mil gritos de espanto que se elevaban de la tierra, hácia el centro deslumbrador, fuerte morada de los dioses, que dominaba desde lo alto la ciudad interior. Allí, cerniéndose más bajo sobre la sagrada mansion, en que los jefes se encerraban en su celosa corte, vieron, al resplandor de cien antorchas errantes, en un jardin surcado por murmuradores arroyuelos y á las incesantes brísas de acordes melodiosos, un crecido enjambre de diosas y dioses, mirándolos caer como una estrella fugaz, y haciendo retemblar su vela con un inmenso grito.

Pero ántes que el esquife, suspendido un momento, hubiese bajado al nivel de los baluartes, el que parecia reinar sobre aquella muchedumbre hizo un ademan; y al punto, así como la hoja se arremolina cuando el viento del mediodía la barre, la amontona y la hace ondular, aquellos hombres y mujeres, obedientes á la señal de su señor, mostrando en su palidez todo el espanto de sus almas y sin atreverse á dirigir una mirada al cielo, huyeron del jardin al azar. Cuando el rey se quedó rodeado solamente de un grupo celeste de mujeres y gigantes, indicó con otro ademan al piloto vigilante la cúspide de una torre circundada de almenas de marfil; allí subió el rey con lentitud de piso en piso, y la embarcacion descendió por fin de las nubes.

Tan luego como hubo tocado en tierra á la manera del ave que se posa, arrióse la vela sobre el delgado mástil, y los gigantes salieron de los bordes inclinados de la nave cual de los costados de un buque que zozobra, apresurándose á saludar á su rey; en seguida desembarcaron á los cautivos, que

estaban inmóviles de terror, y así como los perros adiestrados arrastran, llena la boca de espuma, al gamo ó al ave cuyo plumaje muerden, del propio modo condujeron en sus brazos triunfantes á los dos esposos y sus hijos, arrojándolos á los piés del rey.

El aspecto inesperado de aquella jóven presa arrancó un grito de sorpresa y de alegría general; pero al punto sucedió un profundo silencio á este arranque de admiracion. Sin embargo, al contemplarla á la claridad de una antorcha, cuyos resplandores, recorriendo lentamente las facciones de ambos esposos, parecian hacer surgir un ángel de una nube, los gigantes prorumpieron en nuevas exclamaciones, levantando los brazos por efecto de su asombro. Contemplaban con los ojos, acariciaban con el alma el aéreo torso de la jóven, sus miembros velados de piés á cabeza por sus sueltos cabellos, semejantes á una espuma de oro; el mármol palpitante de sus blanquísimos hombros; sus brazos lánguidos caidos sobre sus costados, pero que si llegaban á separarse del cuerpo, debían formar en su contorno el anillo de un invencible amor; aquel seno naciente, más blanco que la leche, nieve que habia conservado el molde de una copa, y que sus dedos abiertos y sus cabellos esparcidos procuraban ocultar á aquellas lascivas miradas; el torneado cuello inclinado sobre el hombro y que comunicaba su morbidez á cada plegado músculo; aquella boca entreabierta, de purpurinos labios, granada de Damasco abierta á los rayos del sol, y de la cual parecia salir, junto con su débil aliento, un alma llena de dudas y esperanzas; aquel pliegue formado por el dolor entre las cejas; aquellas perlas que brillaban en el fondo de sus pestañas; la palidez del espanto, el rubor de la vergüenza que respondian en sus mejillas á las miradas que la sonrojaban, los ahogados suspiros que dirigia á Cedar encadenado junto á ella, la maternal sonrisa con que miraba á sus hijos, y aquellos ojos en los que brillaba el esplendor de la errante antorcha como reflejo

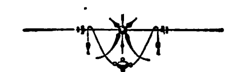
de una hoguera en el agua corriente, dejando ver en el fondo de su tétrico fulgor un mundo sin fin de amor y de candor.

Apartando luego los gigantes la vista de tan celestial imágen y dirigiendo la claridad de la antorcha hácia otro rostro, contemplaron á Cedar inmóvil á sus piés, enlazando con ambos brazos sus rodillas dobladas y dejando pender en cortas oleadas negra cabellera como para ocultar el alma á la par de su rostro. Su hermoso cuerpo estaba postrado bajo el peso de los hierros, remachados á sus miembros; pero si se hubiera levantado, su alta y robusta estatura hubiera aventajado considerablemente á la de los dioses. Los pesados eslabones de sus cadenas, retorcidos por sus fuerzas, habian impreso en su cuerpo amoratadas manchas; mas la varonil adolescencia de aquel cuerpo encantador, cuya gracia se hermanaba con su pujanza, las palpitaciones de sus músculos nacientes cuyas ondulaciones podian observarse como se observan bajo la corteza de un olivo jóven los robustos pliegues del tronco que revelan su fuerza; la blancura de su piel, apenas oscurecida por un ligero vello parecido á una sombra ondulante; la hermosura agradable y varonil de su abatido rostro, en cuya pálida tez luchaban la juventud y la muerte; aquel tronco que parecia precipitado allí desde el cielo, su talla, su esplendor, su inmovilidad, le asemejaban á la pálida estátua de alguna deidad de mármol derribada á nuestros piés, á la cual temen acercarse los lagartos trepadores y que la mano no se atreve á tocar al medirla.

Insensible á las miradas fijas en él, cuando el gigante adornado de la divina diadema profanaba los atractivos de Daidha con su brutal deseo contemplándola muy de cerca, Cedar levantó su melancólica frente, contrajo las cejas y le dirigió una torva mirada en la que se veia flamear toda su saña, mirada mal reprimida, pero fulminante; sus hierros, sacudidos por un salto involuntario, sonaron como un monton de cadenas arrojadas al suelo por el viento; y las reinas palide-

cieron de espanto, y el rey retrocedió, escapándosele la antorcha de la mano!

Asi tambien, cuando un leñador, despues de derribar un roble tierno aún, mete la cuña para henderlo, é introduce los dedos en el tronco desgarrado para ver cómo sangra la savia y se retuerce la madera; si se reunen los dos bordes de la ancha herida del árbol, hacen prorumpir al hombre en un grito de dolor, y cogiendo con fuerza la mano que le tortura, el árbol caido se venga arrancando el brazo de su verdugo!





DÉCIMA VISION.

Cuando el soberano de los dioses hubo saciado su vista y su alma en la contemplacion de aquel hombre y su compañera, los verdugos prosternados le refirieron cómo habian caido, cual rayo desprendido del cielo, sobre la gruta en que el impío urdia sus blasfemias, y vengado con su muerte la suprema voluntad de sus señores; cómo habian reducido á cenizas, en aquel nido oscuro y maldito del que salian la murmuracion y la sedicion, el libro emponzoñador que fascinaba las almas; y cómo habian encontrado á aquellos dos amantes, huéspedes misteriosos del desierto, que habian cautivado su vista, y cargándoles de cadenas, los habian traido para que sirvieran á los dioses de víctimas, de esclavos.

Al observar aquellos hombres sanguinarios que el relato de la muerte de Adonai desarrugaba el ceño del soberano, iluminándose su frente como un monte que surge de una nube, valoraban ya en sus adentros la recompensa de semejante crímen, saboreaban en sus corazones su infame maldad é igualaban de antemano el servicio prestado con el provecho.

—Ministros valerosos de las divinas venganzas, exclamó

Nemphed, recibid el salario que con tanta razon habeis ganado.

Y al pronunciar estas palabras, levantó el pié y dió con él cinco golpes en el pavimento. A esta terrible señal, repetida por el eco, salieron encorvados por una trampa secreta cinco colosos humanos, ejecutores ocultos, mónstruos enseñados á derramar sangre y por la sangre atraidos, cuya lengua arrancada era prenda de su forzoso silencio. Cada uno de ellos, llevando una espada desnuda en la mano, se lanzó sobre uno de los cinco gigantes descendidos del esquife: cinco veces se hundió el acero en sus corazones confundidos, y exhalando horribles blasfemias, rodaron sobre las baldosas á los piés del rey de los dioses á quien el estertor de los cinco hombres arrancó una placentera sonrisa; el alma de las víctimas se escapó en oleadas de sangre á la presencia del monarca, que se entretuvo en humedecer su pié en aquel enrojecido torrente, como el niño distraido se entretiene en mojar los suyos con la espuma de un arroyo en la arena de la orilla. Cuando quedaron exhaustas las venas de los cinco hombres, los siniestros ejecutores del secreto designio del soberano cogieron los cadáveres que yacian en el purpúreo lago en que resbalaban sus plantas, y uno por los cabellos y otro por los piés, haciendo un gigantesco esfuerzo para tomar impulso, los arrojaron al abismo por encima de las almenas como se lanza una roca á los terroríficos precipicios, viéndose desde lo alto de la torre en que se estrellaron sus frentes, cómo chocaban entre sí los miembros y el tronco.

—Ahora, dijo Nemphed, que se lo cuenten á la tierra!..... Tan sólo la muerte y yo conocemos este misterio. Celestes confidentes de mi sagrado poder, únicos que podeis oirlo y verlo todo aqui: que mueran estos secretos divinos en vuestros pensamientos recompensados ya por el imperio de los cielos! Nuestras sutiles artes han conquistado este poder inseguro, que rara vez trasciende de la noche á la mañana;

pues bien, merced á nuestras complicidades hábilmente tramadas, prolonguemos para siempre este supremo ascendiente sobre las almas de los dioses sometidos ó hechizados! Calmemos la mugiente oleada de sus sediciones! El trono exige una falacia ó una opresion constante: ¡ay de aquel que se detiene un solo dia en el camino del crímen, porque otro más audaz le suplanta en su encumbrado cuanto peligroso puesto! No se adormezcan jamás nuestros desafueros unidos, ni termine nunca la perversidad de los dioses: nuestro prestigio está basado en el crímen y en la astucia. Y si álguien llega á inventar un crímen mayor que los nuestros, consigue arrebatarnos el poder de las manos para pasarlo á las suyas!.....

»Adonai no existe ya: el pueblo aletargado no oirá más esa voz que le despertaba. Sí, yo he cometido el crímen, yo he cortado la mano. La casualidad ha entregado en mi poder esas hermosas criaturas, obra maestra sobrehumana del cielo y del infierno, y cuyas perfecciones abochornan nuestras naturalezas: convirtiéndolas en instrumentos de placer y de seduccion, tendré con ellas nuevos medios de predominio; ya empiezo á formar sobre ellas proyectos, que han asaltado mi mente como un meteoro. Idos, dejadme solo á fin de que rodeado de silencio pueda incubar en mi seno las sombras de mi vago designio; idos á gozar de las celestes delicias que mi mano os proporciona á fuerza de suplicios!»

Y designando en seguida á los mudos, obedientes á sus señas, los dos amantes encadenados sobre el mármol, les dijo:

—Llevaos al palacio de los esclavos á ese hijo de los bosques aherrojado en sus cadenas: que preparen con precaucion su cuerpo para que sufra la mutilacion de los mudos; y á fin de enervar esa audacia viril que en él se observa, convendrá mutilarlo ántes de domarlo: entregad el leoncillo á los envidiosos eunucos y desaparezca su virilidad al filo de sus tijeras! Arrancad esos gemelos del seno materno y que

los amamante una esclava; que beban algunos dias la vida ántes de morir; más adelante proveeré sobre su suerte. En cuanto á esa belleza que los inunda con sus lágrimas, lleváosla como un dios, sin reparar en sus atractivos, ante mí, á mi vista, á la sagrada mansion en que se posa mi mano sobre esas rosas de amor. Los rayos férvidos de la celeste llama harán que se levante erguida esa hermosa cabeza que ahora desfallece, y otros labios beberán en sus ojos esas gotas de llanto. Romped esas ligaduras que lastimarian su piel; que el aceite de menta y las lágrimas de ámbar inunden todos sus miembros cual oloroso rocío; que expriman las flores para que se bañe en sus jugos; que la leche sea su agua y la miel su pan, y que reclinada entre almohadones tenga por únicos vínculos los brazos serviciales de veinte hermosas esclavas.

Dijo. Obedientes á sus sagrados acentos, y subiendo por las gradas de la torre sonora, aquellos humildes esclavos se apresuran á dar cumplimiento á sus órdenes. En vano es que Daidha se retuerza los brazos de afliccion; en vano llama á su amante con angustioso acento; á sus gemidos sólo responden con carcajadas. Las torturas del cuerpo de tan encantadora presa, la agitacion de su seno bajo sus ondulantes cabellos, las palpitaciones de sus músculos contraidos que, á pesar suyo descubren nuevas perfecciones, sólo sirven para que el monarca la contemple con más satisfaccion y para que el martirio de la jóven dé creciente pábulo á sus lúbricos deseos! ¡Oh perversidad de los culpables anhelos que hasta tal punto puede convertir el dolor en feroces placeres, ahogar la compasion en instintos infames, embrutecer la naturaleza y trastornar las almas!....

El rey de los dioses la siguió paso á paso fascinado por sus gritos hasta el umbral del palacio destinado á las mujeres: muy á su pesar apartó la vista de aquel rostro hechicero, y pensativo, fruncido el ceño y haciendo palidecer á sus tem-

blorosos ministros, se alejó con lentitud por los dorados pórticos, yendo á sentarse en la sala del banquete sobre el trono celeste con terrible y sombrío ademan y descansando en las manos su frente.

Al ruido de aquellos cantos, á los vapores del incienso, ¿qué idea absorbia todas sus facultades? A los arrebatos de placer de sus inmortales convidados, ¿que plan fraguaba en su mente? ¿qué rayo saldria de aquella oscura nube?

Nemphed jamás participaba á nadie sus intentos. Adoptado por los dioses en su edad más tierna, sin madre, sin cariño, sin gratitud, encerrado desde aquel dia en la intriga de las córtes, ningun sentimiento humano habia germinado en él. Su alma, sin aliciente ni atractivos, reducíase á su inteligencia; sus pasiones eran el orgullo, la ambicion y la venganza; encumbrarse era para él el universo entero, cualquiera que fuese el abismo ó el sendero abierto á sus pasos; y como habia visto en las luchas celestes que los grandes pasos iban seguidos de grandes caidas, su sorda ambicion se había arrastrado á la sombra para trepar mejor á la escarpada cumbre del poder. Con objeto de allanar cuantos obstáculos pudieran oponerse á su astucia sublime, su mano habia empuñado la lima en vez de la espada. Domeñando á toda costa su ruin orgullo, de bajeza en bajeza habia subido tanto, habia adulado tanto las vanidades de los demás, habia infiltrado sus pensamientos bajo tierra en tales términos, servido y vendido á tantos señores coronados, abandonándolos ántes que nadie por otros señores futuros; habia husmeado hasta tal punto en límpidas ondas las invisibles arrugas del viento aún dormido, atizado las pasiones de tantos dioses rivales y presenciado tantos flujos y reflujos de pasiones, que á cada movimiento de la oleada viviente, una onda le habia elevado sobre la muchedumbre, dejádole caer, elevado de nuevo, abandonado y empujado cien veces hasta arrojarle como espuma en el pedestal de los reyes!

Ningun sentimiento humano palpitó jamás en su pecho, haciéndole vacilar en la marcha emprendida; ni la compasion ni el arrepentimiento le hicieron moderar el paso de su encubierto camino, y si veia un amigo caido le hacia servir de escabel para sus planes sin vergüenza ni reparo, pisoteando despues su cuerpo con desprecio. Las alturas del poder están cimentadas en escombros. Reíase en su interior de la imbécil muchedumbre que se detiene á contar los cadáveres que huella. Y decia: «Cuando se dirigen los pasos á una cumbre escarpada, ¡ay del que mira atrás!» Así fué que, cerniéndose sobre su insensata ralea desde la altura de su frio pensamiento, habíase elevado hasta el trono celeste, á la manera de un miasma impuro surgido del seno de un pantano, que arrastrando por los lugares bajos su masa infecta y nociva, fluctúa gran tiempo en la sombra del fango exhalado, y elevándose luego por grados desde aquel abyecto nivel, ensucia con sus jirones las alas del viento y cual luciente meteoro, hace brillar en el firmamento su cieno al igual de una aurora!

Hallándose ya en la cúspide, pero con el abismo á sus piés, no osaba sondearlo con sus aterrados ojos, y para resistir al viento que lo sacude, se arrastraba entónces en el trono así como ántes se habia arrastrado por el lodo; su imperio no era más que una ondulacion de los jefes de cada faccion siempre alucinados, y en aquel lago hirviente, ávido de su ruina, vivía de terror suspendido sobre el vacío.

Mas, por mucho que deseara ocultar su pensamiento, su misma dominacion exigia confidentes, ministros corruptores de infernales intrigas, que espiaran los corazones y frustraran todos los manejos y cábalas, que adivinaran los pensamientos de los demás y sondearan el terreno, que refrenaran ó dieran rienda suelta á las pasiones, que preservaran de todo complot la fortuna de su señor, su copa de cualquier tósigo y su sueño de toda traicion; dioses inferiores vendidos á

su grandeza, compañeros asíduos de sus dias y sus noches, hilos secretos y rotos de su sangrienta trama, que entraban en su pensamiento y sorprendian su alma. Merced á ellos, conseguia tener á raya y adormecidos á los partidos uno de otro rivales y aplazar indefinidamente su borrascosa lucha, retardando así su caida mientras los veia subir. Sabher, Azem, Akil, Serendyb, Asrafiel, eran los confidentes de los grandes secretos del cielo; y cada uno de ellos, fingiendo amor al tirano supremo, al adorar á aquel jefe despreciado se adoraba á sí mismo, espiando el momento oportuno para precipitarle desde la cúspide á donde le habian dejado subir sus mismos desdenes; pero él, leyendo su rencor en sus almas, los tenia bajo su mano como una espada de dos filos que defiende el pecho y hiere al propio tiempo al adversario.

Sin embargo, su corazon se fiaba de un solo corazon; el de una mujer, casi una niña, arrebatada á su madre al darla á luz; fruto verde aún que la prostitucion maduraba y que Nemphed, helado ya por la nieve de los años, habia sustraido, no tanto por amor cuanto por ambicion, á la ominosa esclavitud, y que utilizaba como apoyo de su débil mano, encumbrándola al par suyo al rango supremo. Llamábase Lakmi; apenas contaba doce años y ya empezaban á ajarse las rosas de sus mejillas, porque los miasmas impuros de aquel aire infecto marchitaban la belleza ántes de florecer. Mas por el esplendor de las facciones grabado en aquella alma, por el color marmóreo de su piel bruñida por los perfumes, por sus labios que el orgullo naciente comenzaba á fruncir, por el delicado tejido de su negra cabellera que hacia resaltar el tornasolado brillo de sus hombros desnudos, por el rasgado óvalo de sus magníficos ojos de azabache á los que traslucia el alma iluminando sus facciones; conocíase que una naturaleza poderosa habia impreso su sello en tan noble criatura, y que un gérmen de amor la hubiera perfec-

cionado más adelante si el hombre no la hubiese abrasado con sus impuras miradas!

Pero Nemphed habia marchitado la rosa con su aliento ántes de haber abierto sus pétalos al aura matinal; habia hecho madurar su alma y su hermosura en la corrupcion de un sol demasiado precoz, y ganoso de hacer de ella un uso infernal, habia corrompido él mismo su propia obra desligando aquel corazon de todo vínculo para arrancarlo de la tierra y encadenarlo al suyo y para que, instrumento ó cómplice de sus maldades, tuviera la misma gloria ó el mismo suplicio. Niña aún, habia enlazado sus tiernos miembros á sus miembros decrépitos, como esos brazales que las doncellas asiáticas remachan á su antebrazo y que no se pueden desprender del cuerpo sino con la vida. Y no mancilló con su impuro aliento á la cándida doncella porque su estéril corazon la amase, sino porque para urdir mejor su trama necesitaba que se consagrase á él en cuerpo y alma: ella venia á ser el lagarto que espía á la serpiente y que acude á tomar el sol delante del rastrero reptil; el chacal que el tigre lanza ante sí, el cebo que el pescador mece sobre las olas, el áspid de dardo abrasador, dormido sobre sí mismo, que una mano enemiga recoge á orillas del Nilo, introduciéndolo en la canastilla y escondiéndolo bajo las rosas para que infiltre la muerte en la mano que en ellas se posa!

Pervertida á propósito en su más temprana edad, el mismo Nemphed habia cuidado de llenar su seno de mortal ponzoña; y así como se educa un alma virginal en la casta inocencia, así tambien habia imbuido su infancia de cuanta perversidad era capaz y tergiversado con sus malas artes, en aquel corazon que era todo suyo, lo verdadero, lo bueno y lo malo, dando el nombre de una virtud á cada vicio, haciendo que prefiriese la doblez á la sinceridad, el desenfado al pudor, el ódio á la amistad, la crueldad sarcástica á la tierna compasion, y cuanto más inficionada de malicia y de crímen veia á

aquella criatura, nutrida con veneno, más la iba instruyendo en el crímen, con mayor largueza la recompensaba por el mal que habia hecho, y como horrible premio de aquella horrible emulacion, la hacia disfrutar el placer y el orgullo del crimen! Pero el último grado de tan pérfida instruccion, el que completaba su obra era el disimulo.

Así era que aquella alma infantil, respirando semejante atmósfera, el olor de la sangre en vez del grato rocío, torturando sus inclinaciones merced á una espantosa emulacion, sabia ocultar bajo una máscara de candor la astucia de los malvados, y dotada de ingenio y de donaire, bella, tierna, reflexiva, y sin embargo, procaz, conocia todas esas artes corruptoras que exaltan las pasiones más obscenas, sabia dar á su voz esa lánguida entonacion en que la voluptuosidad desfallece sobre lechos de flores; representar con su cuerpo el drama impuro de los sentidos cuyos acentos modula la danza en lúbricas actitudes; amenizar su conversacion con tan brillantes símbolos que la naturaleza vive y siente en las palabras; componer, con jugos exprimidos por sus manos, filtros que infundian sobrenaturales ensueños; simular en su porte el amor ó el ódio que la pasion imprime en el rostro humano; pasar á su albedrío de una risa falaz al llanto; trenzar sus cabellos con el hálito de las flores; comunicar al contacto de sus labios el olor y el estremecimiento de una brisa embriagadora, fascinar toda mirada que se fijaba en ella, y trastornar el corazon áun en el seno mismo del anciano.

Nemphed, que adornaba su obra con tan repugnantes dones, los utilizaba para sus infamias. Aun cuando le sirviera de juguete aquel sér hechicero, en sus manos era más bien instrumento de maldades, pero instrumento cuya gracia y juventud impedian que de él se desconfiara. Ella era la que, valiéndose de frases arteras, sembraba la discordia y la envidia, tósigo de los corazones; la que fomentaba el ódio é inspiraba las cábalas para hacer ó deshacer intrigas rivales. Ella

era la que con su aspecto de niña indiscreta, parecia dejar escapar un secreto de su corazon, secreto que, secundando la hipocresía del tirano, disipaba los sombríos celos de los rivales, y obligándolos á desviar su atencion hacia algun falso designio, les dejaba indefensos y descubiertos para recibir el verdadero golpe. Ella, la que, espiándolos en sus momentos de expansion, les sorprendia alguna palabra fugaz é imprudente, en medio de sus caricias, y á fuer de experta y sutil tejedora, bastábale coger una punta de la trama para urdir todo el hilo; ella la que preparando todo género de asechanzas, atraia riendo la víctima á la emboscada, mientras el puñal, oculto en la sombra, la descargaba sin brillar un golpe inesperado; ella la que, consumando las crueldades más lentas, sabia amasar la muerte en el veneno de las plantas, embriagar á un amante y hacerle absorber la muerte en un beso dado por sus labios de fuego! Porque en aquel tenebroso palacio de astucia y de falacia todo labio al beber sospechaba del cáliz, y para derramar la muerte era forzoso que un cáliz viviente la vertiera en el corazon.

Nemphed recompensaba sus rastreros servicios inflamando su orgullo, dándole oro ó haciéndola disfrutar de mil delicias: ella jugaba cual reina con su cetro de oro, sacaba cuanto queria del tesoro divino, desceñíale la sagrada diadema, ó le quitaba del dedo el anillo, emblema del poder, y cuyo solo aspecto bastaba para que todos ejecutasen las silenciosas órdenes del soberano de los dioses. Tenia á sus órdenes cien esclavos escogidos en el palacio en que habitaba, contiguo á la mansion de los dioses; los unos hacian brotar flores á su presencia para alfombrar el suelo de vistosos colores; los otros, humedeciendo las brisas, vaciaban y trasvasaban urnas siempre llenas, ó agitando las ramas de los árboles humedecidos comunicaban al viento el fresco y el olor de las aguas; estos hacian llover, de arcada en arcada, las densas cabelleras de las cascadas sobre los musgos cuajados de líquidas perlas;

aquellos preparaban exquisitos manjares impregnados de aromas, que satisfacian los caprichos de los sentidos; otros, para llevarla á sus celestes habitaciones, encogian sus miembros formando una cuna viviente por temor de que, contraido el músculo de sus brazos por el peso de su cuerpo, pudiera presentar una protuberancia que la lastimara, y de que aquellos carros animados en que reclinaba su frente la hiciesen sentir en demasía el balanceo que producian al andar; otros, en fin, eunucos reservados para los misterios secretos y que prestaban al ídolo más inmediatos servicios, ungian sus miembros al salir del baño con los aceites que el arte sabe destilar de las olorosas flores matinales, y para vestir su hermoso cuerpo á medida de su deseo, la trenzaban, bordándolos con flores, tejidos de cabellos negros ó blondos, cortados al rayar la aurora de frentes juveniles que lamentaban tan forzosa mutilacion, del mismo modo que nosotros cortamos, para tejer nuestras ropas, el vellon de invierno de las ovejas, sin compadecernos de que queden expuestas al frio. Aquellos tejidos de Aracne ceñidos á la cintura, profanaban la naturaleza por divinizar el arte, y Lakmi, al envolverse en aquellos sedosos mantos, ni siquiera pensaba en las lágrimas que á otros ojos costaban, sino que, comparando sus hebras, sus colores y sus perfumes, se entretenia en juguetear con aquellos vellones humanos, y entrelazándolos con cintas de oro, los sentia vivir aún entre sus agitados dedos.

Su deslumbradora belleza, aumentada de tal suerte, admirábase en el cristal de las paredes en que flotaba su imágen y en los ojos que la contemplaban extasiados; pero no porque la satisfaccion que ella á sí misma se causaba fuese esa secreta necesidad de hechizar á lo que se ama, sino por el envidioso afan de humillar de una sola ojeada la malicia y el orgullo de otras bellezas rivales. Salia de su retrete risueña y seductora cual abeja matinal que va á libar el néctar de las plantas, deslumbrando con sus atractivos á la muchedumbre curiosa;

y ocultando la cavernosa profundidad de su corazon tras un rostro infantil, vagaba á su albedrío por aquel palacio de los vicios para prender todos los corazones en sus viles artificios, y ora tendia la pérfida red de sus astucias femeniles á los sentidos que perturbaba, sembraba esperanzas halagando los corazones, fingia inclinaciones, mostraba preferencias, imprimia á las dulces miradas de sus ojos cariñosos esa incitante atraccion precursora de la embriaguez de los sentidos; ora se insinuaba, espontánea y juguetona, en los grupos arrobados de una corte idólatra, ó encantaba los oidos y cautivaba las miradas con la danza ó á los sones del melodioso laud. Alma entre aquellos cuerpos, su viva inteligencia dominaba los instintos de aquella vil ralea, que siempre la aplaudia con estúpida sonrisa.

Otras veces, prorumpiendo en discursos burlescos, cual muchacho distraido á quien llama la atencion el vuelo de una mosca, y deponiendo para jugar la majestad de reina en presencia de las otras mujeres y de los gigantes, tomaba parte en los juegos de los niños, los desafiaha á la lucha y á la carrera, jugaba con la arena ó con la espuma de las fuentes, se mojaba en ellas los piés, y sembraba por el césped el oro y los diamantes de sus vestidos, como si la presencia y la imágen de estos juegos la hicieran descender de su rango y le devolvieran su edad.

Así era que todos preguntaban por ella; todas las frentes se desarrugaban al ver sus ojos; su rostro, á fuerza de arte y disimulo y merced el falaz aspecto que sabia conservar, disipaba todo temor; junto á aquel sér encantador olvidábase que la sombra de Nemphed la cobijaba constantemente; todos se dejaban seducir por ella al verla por primera vez. Así tambien, cuando el rayo estalla en la nube incendiando el mar con la llama de los cielos, un grupo irreflexivo de muchachos sentados á su orilla se inclina sobre las aguas para ver ese fuego del cielo, y juega con el relámpago que no es más que su imágen.

Solamente á ella le era permitido asistir á los banquetes de los dioses, sentada á los piés del soberano como una ave domesticada, y Nemphed, para distraerse del grave peso del poder, se entretenia en enroscar en sus dedos las ondas de sus cabellos. La nefanda camarilla de los demás confidentes se apartaba por respeto del temible grupo y, en su calidad de dioses inferiores, tomaban asiento en filas separadas en las gradas del cielo.

Asrafiel, el más corpulento y hermoso de aquellos titanes celestes, los dominaba por su estatura, su mirada y su continente; echábase de ver que la tierra, al formarle, habia prodigado en él el elemento de la materia y animado aquella espuma con el fuego de los volcanes inflamados por el rayo. El pavimento de granito retemblaba á su paso; igualaba en altura á las columnas de la sala; sus músculos revelaban su fuerza áun estando en reposo, como los nudos de la madera que hinchan la corteza, y al menor movimiento palpitaban bajo la piel de su nuca, parecida á la cerviz de un toro. Sus brazos nerviosos, saliendo de sus robustos hombros, pendian á lo largo del busto sobre sus costados ondulosos; sus anchos piés gravitaban sobre el pavimento como planchas de plomo, y sus miembros, perfectamente equilibrados, áun cuando su tronco de mármol se inclinaba bajo su peso, semejaban al árbol, que arraigado bajo tierra en la profunda roca, agita sus brazos al aire, inclinado sobre su base.

La muchedumbre de los gigantes se estremecia á su aspecto; su mano era una tenaza y su puño una maza; el pueblo, á quien siempre infunde respeto la fuerza, le temia, le miraba, le abria paso al verlo, y no acertaba á comprender cómo se encorvaba aquel cuerpo soberbio cual débil caña á los piés de Nemphed, cómo se allanaba á servir su perfidia y su ambicion, ni cómo el leon se dejaba encadenar por la serpiente. Pero aquella fuerza era toda su alma, y sus pasiones las de la materia; un solo dedo bastaba para remover tan inmensos

resortes; en aquel arrogante cuerpo no ardia más fuego que el de los placeres; la inextinguible sed de obscenos deleites inflamaba sus miradas y secaba sus venas, y á Nemphed le bastaba dar pasto á su lascivia para estar seguro de su complicidad, y aplacaba el ardor de su sangre alimentando su vicio, bien así como se sacia la sanguinaria sed del tigre para lograr que se suavice.

En sus ajadas facciones veíase impresa la huella de tan insaciable y abyecta pasion; su frente estrecha y aplanada apénas sombreaba sus salientes cejas: el globo de sus ojos, de un color azulado claro cuyo brillo amortiguaban sus pesados párpados, aunque era abultado y sobresalia al nivel del rostro, parecia siempre impregnado de húmeda niebla, y mirando con vaguedad al través de esta bruma, jamás penetraba en sí mismo su mirada. Las dilatadas alas de su nariz aspiraban á oleadas el aire que henchia su pecho; á sus mejillas, en las cuales fluctuaba el color de la rojiza llama, trascendia el brutal calor de su sangre; en los purpúreos bordes de sus abultados labios se veian respirar las imágenes lascivas, y el largo y espeso vello de sus miembros flotaba como las cerdas en los costados del peludo chivo.

Tan sólo el amor inflamaba su bestial energía; el imperio no hubiera sido para él más que orgía constante; veia con celosa envidia á Lakmi jugando en las rodillas del soberano de los dioses, y su alma saboreando interiormente sus caricias, se anegaba en sus ojos y se encadenaba en sus trenzas.

El feroz Sabher tomaba asiento, cual correspondia á su rango, al lado de Asrafiel, aunque no era tan fuerte y corpulento como éste; pero sí el más repleto de sangre de todos aquellos dioses ante quienes temblaba la tierra, sin que jamás viera aplacada su sed. Era en rigor un verdugo, cuyo mayor placer consistia en matar, aunque sin combatir; los gigantes sus padres le llamaban la Muerte. Corazon de liebre en la lucha y de tigre en la matanza, todo su denuedo se reducia á su cruel-

dad sin límites. Nemphed habia hecho de él su cuchillo y su espanto, y á todos inspiraba el respeto del horror. Su mayor delicia era el asesinato; su principal satisfaccion, inventar suplicios. Jamás daba la muerte sino con cruel refinamiento, absorbia el dolor en las fibras humanas, exprimia gota á gota la sangre de las venas, desparramaba miembro á miembro los jirones de sus víctimas, ó las quemaba á fuego lento, ó las desollaba vivas, ó bien les arrancaba sangrientas tiras del cráneo, y suspendiendo de ellas el esqueleto viviente en las almenas de una torre donde lo balanceaba el viento, hasta que la piel, desprendida del cráneo y arrancada tira á tira del cráneo que sostenia, se separara del cuerpo rompiéndose por el peso de éste, las dejaba caer, y morir mil veces!

Aquella pantera humana tenia las formas de tal; sus gigantescos brazos eran largos y disformes; sus miembros dislocados, mal adaptados al cuerpo, encajaban pesadamente en su busto contrahecho; su cuello enjuto se hundia en unos hombros salientes; sus costados, faltos de entrañas, hundíanse bajo las costillas; su frente, estrecha y deprimida, se fruncia de contínuo por efecto de un temblor nervioso, y los rugosos párpados de sus ojos falaces y grises, á los que parecia molestar la luz del dia, se cerraban, se abrian y palpitaban sin descanso. Dibujábase en su boca una sonrisa indefinible que entreabriendo sus labios pálidos dejaba ver dos filas de dientes separados por anchos intervalos y que, rechinando como una boca que muerde, parecian triturar huesos como un tigre tendido. Con el cuello estirado, la mirada fija y el oido atento, procuraba leer el pensamiento de Nemphed en sus ojos y husmeaba, como el perro de un carnicero, la sangre que su fementido señor le daria á lamer.

A Sabher seguia Serendyb, gigante reflexivo y taciturno, oculto en la sombra de una ancha columna, quien no dignándose dirigir su mirada desdeñosa á la multitud, parecia encerrarse en un egoista orgullo. Sus labios, fruncidos por las

arrugas del desden, daban apariencia de insulto á su enérgico pensamiento; sus ojos profundos desaparecian como soñolientos bajo sus espesas pestañas; las preocupaciones alargaban y ahuecaban su perfil; en todas sus actitudes se echaba de ver su tétrica indiferencia, y su mirada soberbia como su planta, descendia desde su altura sobre todas las cosas, sin dignarse fijarse en el polvo en que imprimia su huella. El menosprecio de la humanidad constituia todo su sér; los hombres no eran á sus ojos sino vil materia que debia amoldar á su ambicion, doblegar, romper y estrujar bajo su opresion, haciendo tan poco caso del quejido que les arrancaba como de la leña seca que gime á los golpes del hacha, ó como el que hace un estúpido alfarero del barro inmundo que amasa en su artesa.

Su mano era la encargada de forjar y remachar las cadenas de aquel pueblo por el que no sentia cariño, ni miedo, ni ódio; él era el inventor de todas las profanaciones con que aquellos Titanes sellaban su poderío; él quien, sustentando con su genio las leyes de los dioses, habia hecho de la tiranía un arte adelantado; y quien tenia sujeto al pueblo obligándolo á humillar la cerviz bajo el espantoso yugo que pesaba sobre él.

Segor, Azem, Jehu, gigantes de rostros siniestros, cortesanos ó ministros de aquella corte infame, y jefes inferiores de tenebrosas facciones, completaban tan abominable festin. En la fealdad de su horrible rostro se veia representada la imágen de un vicio ó de una maldad, porque en la raza impía, en que todo crímen era grande, cada cual ocupaba el puesto á que le daba derecho su perversidad!....

La gigantesca sala en que se celebraba el nocturno banquete elevaba su bóveda colosal sobre sus frentes; los mármoles, esculpidos á modo de gracioso ramaje, parecian sostener los astros del firmamento, y la luna, deslizándose entre ellos como sobre el follaje, reflejaba su imágen en jaspeadas ta-

zas. Al contemplar aquella enorme cúpula calada bajo el cerúleo firmamento, aquellas aguas que oscilaban en los mármoles espumantes, aquellos muros entreabiertos á las brisas, los fustes aéreos de aquellas redondas columnas entre las que circulaba el viento como en las selvas, llevando los perfumes y la frescura de los jardines, conocíase que aquellos muros, aquellos misteriosos palacios, abrumaban la tierra con inútil peso; que sus arcos de piedra y sus anchurosas bóvedas no eran en aquellos climas más que un lujo de los gigantes y que con aquella vana y maciza estructura habian desafiado por orgullo á la naturaleza. Cien columnas sustentaban el largo entablamento; pero cuando se contemplaba el raro mueblaje, cuando se recorria con la vista desde la bóveda hasta el pavimento, al considerar el lujo desenfrenado de aquel recinto de escándalo, el alma humana huia por no ver aquella postrera afrenta, y los cabellos se erizaban de horror! La impía arquitectura de los dioses habia sustituido con séres vivientes todas las esculturas para recrear en ellos su vista. De una columna á otra habia niños colgados, cogidos de las manos, y arqueando sus miembros flexibles, formaban graciosas guirnaldas de cuerpos humanos que enlazaban los hermosos pilares: en vez de capiteles, tenian estos otros grupos de niños que parecian sostener el cielo sobre sus hombros unidos, y acurrucados en sus nichos bajo las rudas hojas de acanto, orlaban las cornisas cual cariátides vivientes. Por el friso movible circulaba un compacto y prolongado grupo que el arte mezclaba ó separaba: mujeres, guerreros, niños, combates, amores obscenos, cambiaban de actitudes y variaban sus escenas, inagotable corriente de un largo rio vital que desaparecia sin cesar y siempre renacía. Mudos como el mármol, se deslizaban como la sombra; su ondulacion multiplicaba su número; empequeñecidos á la vista por la distancia, apenas se notaban sus ligeros movimientos. Al verlos animar aquel friso, hubiérase creido que la materia, indecisa entre

la vida y la muerte, se veia obligada á moverse ántes de vivir, obedeciendo al arte sobrenatural de un mágico poder.

Al rededor del fuste bruñido de las columnas de mármol, elevábanse desde la base subiendo hasta las nubes, largas espirales formadas por hermosas jóvenes desnudas que se enlazaban y serpeaban por ellos como se enlaza y serpentea la hiedra en flor en torno de un tronco, ocultando la ruda corteza con sus nudos festoneados. Aquellas doncellas abarcaban con sus brazos todo el tronco de la columna; una ponia los piés donde otra tenia la frente; sus miembros suspendidos, sus manos entrelazadas, sus cabezas echadas atrás por efecto de sus esfuerzos, sus músculos retorciéndose sobre el terso granito, sus largas cabelleras sobre sus hermosas frentes, aquel gracioso caos de cuerpos y de rostros, aquella encantadora aglomeracion de formas de todas edades, que enlazaba el contorno de cada columna y la bordaba de carne palpitante, todo aquel infame artificio causaba la ilusion más completa y más falaz, haciendo que el mágico edificio se asemejase al templo de la vida, en el que todo estuviese construido con piedras de carne y hueso, con muros vivientes!....

Para aumentar la molicie idolátrica de los gastados sentidos, los miembros de los dioses descansaban sobre sedosos tejidos recien trenzados con largas cabelleras de jóvenes de diez y seis años, á las cuales se les privaba de ellas á la fuerza como se arrancan al cisne las nuevas plumas de sus alas para hacerlas servir de blando lecho. Voluptuoso plumon eran á la verdad los cabellos de las desdichadas jóvenes, entrelazados con olorosas flores y que conservaban aún en sus ondas la huella y el contorno de los hermosos cuellos que poco ántes cubrieran. Pues reclinando los dioses en tales vellones sus rudos miembros, descansaban sobre ellos en indolentes posturas. Para apoyar su espalda ó sus rodillas habian juzgado indignos de su molicie las sillas, los bancos, los lechos y los cojines, y tan sólo se servian al efecto de la flexibilidad del

cuerpo humano que, plegándose á sus menores esfuerzos, podia prestarse complaciente á los movimientos de los cuerpos. Varios esclavos enseñados á tan indigno servicio, hombres y mujeres tendidos en la esterilla alrededor de los gigantes, cambiando de actitud á su menor ademan, presentaban sus blancos hombros á sus repugnantes miembros: los dioses hundian sin cuidado en aquellos cojines de carne sus codos que dejaban cárdenas señales en más de un seno lastimado; otras veces sofocaban bajo su masa colosal á algun niño, ó lo aplastaban con el enorme peso de su cuerpo; sus abrigados piés descansaban entre dos ebúrneas manos; miéntras que otras lindas jóvenes, colocando su torneado cuello bajo sus nucas de hierro, soportaban el peso de aquellos Titanes cuando deseaban recostarse. Los insolentes caprichos de tales tiranos hacian que de tales modos se prestase la carne humana á desempeñar los servicios más degradantes, conociendo además que su poder era mayor valiéndose de aquellos muebles vivientes que si sus manos brutales se hubieran servido de muebles de oro ó de madera; y el dulce calor de la piel cuyo contacto les parecia más suave que el del marfil ó el ámbar, comunicando al cuerpo su tibia impresion, les hacia gustar un placer á cada movimiento de su cuerpo.

No tenian ante sí mesas ni trípodes donde se les sirvieran cien deliciosos manjares; pues su soberbia hubiera considerado como un envilecimiento el tener que extender el brazo para coger la copa llena de néctar; sino que las presentaba un admirable grupo de esclavas, cuyos níveos dedos enlazados á modo de canastillas, imitaban la forma de los trípodes, y que con sus cabellos enjugaban el líquido que al rebosar de las copas caia en el mármol, y observando con atencion los movimientos del cuerpo de su respectivo señor, levantaban los brazos al nivel de sus labios. Aquellos mónstruos de orgullo, envanecidos de poseer tantos esclavos, no hacian uso alguno de

sus propios miembros, pues al servirse de ellos temian degradarse, y sólo alzaban los brazos para matar.

El arte, profanando la naturaleza para satisfacer sus gustos depravados, convertia en maldad hasta su mismo alimento, y haciendo tributarios á todos los elementos, se proporcionaban manjares tan raros como exquisitos. Para amenizar sus festines, hacian verdaderas hecatombes de animales, y la médula de los corderos, la lengua de las palomas, todo cuanto hay de más sustancioso para el vil paladar entre lo que pasta, nada ó vuela, constituia los platos escogidos de los banquetes de los dioses; y el pueblo hambriento se precipitaba sobre los restos; y la sávia extraida de las ramas mutiladas, y los perfumes destilados de las flores, y los rayos del sol, cuyas líquidas llamas circulan por las venas de la adormidera, mezcladas en su brebaje con granos de incienso, abrasaban sus sentidos en inmortal embriaguez.

Disputando este servicio á las más bellas esclavas, Lakmi servia á Nemphed en aquellos festines sagrados los alimentos que ella misma preparaba furtivamente, gustando ántes que él los manjares más suaves. El viejo suspicaz, de nadie sino de sus manos recibia el néctar probado ántes por sus leales labios; y al final del banquete, cuando los sentidos embotados á fuerza de glotonería y embriaguez, parecian adormecidos, cuando los ojos extraviados y los labios encendidos iban preparando el alma al colmo de la orgía, un espectáculo horripilante introducia nueva variedad en sus placeres, digno entretenimiento de sus criminales ocios Este espectáculo no consistia en esa ficcion, en esa simulada tortura con que el arte imita en el teatro á la naturaleza, y en que la risa y el llanto, la sangre y el puñal, estremecen á la muchedumbre, con esos emblemas ingeniosos de las escenas de la vida que tan completa ilusion causan; el de los dioses era la naturaleza misma sorprendida en sus verdaderas impresiones con sus gritos reales, su sangre, sus pasiones, sus voces más in-

timas y sus desnudas fibras palpitantes ante ellos! El pueblo proporcionaba el drama y los actores. Uno de aquellos viles tirancs, encargado de proporcionar la grata sorpresa á los divinos espectadores, fatigaba su imaginacion para urdir la trama que habia de componer el argumento de la tragedia, y escogiendo para asunto algun asesinato interesante, hacia que lo representasen ante ellos sin omitir el derramamiento de sangre, y para que la ilusion fuese completa y halagüeña, convenia que el mismo actor fuese víctima sin saberlo del papel que represesentaba, y que, ignorante del odioso artificio, derramase su sangre en presencia de los dioses.

Aquel dia, el previsor ministro se habia excedido á sí mismo en la siniestra invencion de tales espectáculos: consistian en horrorosas luchas de hombres con leones; en cestas llenas de áspides y en cubas de escorpiones, en las cuales hicieron que metiera un hombre su brazo sin saber lo que aquellas contenian, á fin de oir, entre horrísonas carcajadas, el grito doloroso en que prorumpia al sacar aquel miembro crispado por su martirio, y de recrearse en la mortal palidez de su rostro; en personas vivas, arrojadas dentro de un cilindro candente, para oir cómo chisporroteaba su carne; en grandes masas de granito que obligaban á otros á rodar sobre puentes de cañas próximos á derrumbarse, para que, á cada paso que daban sobre tan frágiles arcos, el terror les hiciera contraer las plantas de los piés; en forzarles á serrar hierro con los dientes ó á correr, para evitar una muerte más horrible y más segura, sobre un pavimento incrustado de agudos clavos de acero que desgarraban sus carnes: en una palabra, en una horrorosa variedad de horrorosas muertes que excitaban además la hilaridad de los dioses al ver la indecision de los que habian de sufrirlas.

Pero deseoso el brutal organizador de tan inconcebibles placeres de que en aquellas escenas infames fuesen unidos los

tormentos del cuerpo con los del alma, los supo combinar en su drama infernal del siguiente modo:

En aquella poblacion servil que sufria sin murmurar el peso abrumador del cetro de los dioses, habia descubierto una pareja de jóvenes y hermosos amantes, cuya efímera ventura tenia su complemento en una criatura de seis meses, fruto de aquellos corazones enamorados, delicia de ambos y éxtasis de la madre. Aquella misma mañana los arrancaron los verdugos del asilo en que trascurrian ignorados sus dias de felicidad, y conducidos por separado á la mansion celeste, temblaban el uno por el otro, pues áun cuando ignoraban lo que de ellos se queria, el terror y la duda extraviaban su razon. La escena era el patio de una prision sombría, en la que los gigantes podian ver sin ser vistos todo cuanto pasaba desde sus lechos de rosas, y en la que los fúnebres actores del drama verdadero actuaban sin sospechar que tuviesen espectadores.

Ichmé, que tal era el nombre de la jóven cautiva, estaba sentada en un banco de un rincon, cabizbaja y meditabunda; sus ojos, encendidos de tanto llorar, dirigian de vez en cuando una mirada á su hijo dormido, á los muros que la encerraban y á la porcion de cielo á donde la sensible jóven parecia lanzar su alma envuelta en suspiros. Poco despues se puso á palpar las frias paredes rodeadas de cierta oscuridad, aplicando el oido al más leve rumor que percibia. De pronto levantó la cabeza al oir los callados pasos de álguien que subia á la torre y aparecia en su cúspide; el recien llegado inclinó su cuerpo sobre el abismo profundo y su mirada errante parecia explorar el fondo. Un grito resonó á la vez en la base y en la cúspide. Ichmé levantó los brazos llena de delirante júbilo al conocer á su amante Isnel que desde lo alto de la torre le tendia los brazos abiertos y la llamaba á su vez.

—¡Ichmé! murmuraba con trémula voz. ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Por fin estamos los tres reunidos! Sí, tú eres: no hay tinieblas

capaces de impedir que te vea. Pero ¿estás sola en el fondo de ese negro abismo? ¿No puede oirnos ni vernos nadie, ni hacernos caer en algun lazo?

—¡Oh, habla! respondia la cautiva á su esposo. La distancia y el silencio es lo único que hay entre nosotros. Mi corazon abandonado vuela á tí al oirte. Mira cómo te presento en mis brazos al niño, á tu ídolo, que en mi agotado seno, que palpita al escucharte, ha sonreido de júbilo al oir tu voz. Observando una puerta abierta en mi oscuro calabozo, me he arrastrado descalza hasta este patio desierto para que nuestro pobre hijo respirase el aire nocturno que es aquí ménos sofocante. Ningun paso, ninguna voz humana ha llegado á mis oidos; tan sólo escucho el cavernoso resuello de los leones encadenados en estos oscuros antros, cuyos rugidos hacen retemblar los muros!

—¡Oh médula de mis huesos! ¡qué tormento! ¡qué alegría! ¿Habré de estaros viendo sin poder salvaros? ¡Oh! ¿Por qué no habrás de poder subir al nido de nuestro amor como la golondrina á la cúspide de mi torre? Si esta noche no es un sueño, una quimera, iré á arrebatar á los dioses los hijos y la madre! Una escalera que sube desde mi abierto calabozo hasta estas negras almenas me ha conducido aquí á favor de las nocturnas sombras que me ocultan: puedo recorrer libremente su elevada plataforma; parece que todos duermen á los piés de estos desiertos muros. La torre sirve de baluarte á la ciudad de los dioses; el rio corre allá abajo y brilla á mis ojos: las hiedras en las que puedo apoyar mis piés nos permitirán bajar hasta las márgenes de la corriente, y una vez allí, te llevaré á la orilla opuesta para guarecernos en el antro en que el leon esconde sus cachorros.

. . . .

. . . .

«Mas ¿qué veo? Los guardianes han dejado olvidada en estos sitios una cuerda de junco enrollada cual serpiente, que

parece atada adrede á las almenas de la torre para burlar su venganza y salvar al amor. ¡Ichmé, no tiembles!»

Dijo y desenrolló la cuerda que se deslizó rápidamente á lo largo de los muros, y divisado únicamente por los astros del cielo, llegó á tierra donde lo recibieron dos brazos temblorosos. ¡Oh! Quién seria capaz de retratar aquellas dos cabezas estrechamente unidas, aquellas manos palpitantes enlazadas al cuello, aquellos labios que se separaban un momento para unirse con más fuerza, aquellos miembros que se inclinaban bajo el peso de su arrobamiento, aquellas pausas entrecortadas por rápidas frases, y aquellas manos en las manos y aquellas afanosas miradas, múltiples asaltos de mil sentimientos que pintaban en los ojos los ademanes de los amantes! Hubieran bastado para arrancar lágrimas á las piedras y hender los árboles; pero ningun sentimiento humano humedecia los párpados de los dioses.

—Demos tregua, dijo el hombre, á estos arranques de cariño: la luna se remonta por el cielo, aprovechemos los momentos; deja que mis brazos te suban á la cúspide de la torre ántes que el nocturno astro la inunde de su luz.

—Salva primero al niño, contestó la madre, y en seguida bajarás á sacarme de aquí.

El jóven, lleno de temeroso recelo, cogió á su hijo bajo el brazo, dirigióse á la cuerda, la asió con ambas manos echando atrás la cabeza, aferróse á ella con los dos piés como un pastor al trepar por el tronco de un árbol, y ante el doble peso que hacia vibrar aquella escala, procuró conservar su oscilante equilibrio. Ichmé los seguia con la vista y los sostenia con el corazon; su voz reanimaba el vigor de su jóven esposo, el cual llegaba ya al tercio de la muralla, cuando resonaron pasos humanos en lo alto de las torres y se proyectó en el espacio la sombra de los gigantes; la cuerda que sostenia la preciosa carga y cuyo extremo flotante arrastraba aún por el suelo, se escapó, subiendo, de la mano que la oprimia, y re-

cibiendo desde arriba una vibracion, describió una curva al elevarse. ¡Oh terror! Una fuerza invisible ha recogido la cuerda hasta llegar al saliente reborde de una almena, quedando el jóven desatinado y con su hijo en los brazos, balanceándose á cien piés de altura y amenazado de una muerte inminente. El feroz verdugo que hace vibrar el cable imprime á aquellos cuerpos flotantes un vaiven espantoso; el peso aumenta la amplitud de las oscilaciones, no pareciendo sino que se desea estrellar á aquellos infelices contra los muros, y asi como una mano terrible, al cimbrar una honda, hace que el aire silbe á impulsos de la piedra disparada, así tambien el impulso dado á la cuerda los hacia rebotar contra las paredes; Isnel las manchaba de sangre á cada golpe, y temeroso de que su hijo se estrellara contra ellas, le guarecia con su cuerpo mientras que sus dedos sujetaban como tenazas la cuerda; todos sus miembros crispados se encogian cual si formaran una sola masa; presentaba su frente para preservarle de los golpes, prolongaba tan espantosa lucha sin esperanza de conservar la vida, y caia mil veces para evitar su caida.

Mientras tanto Ichmé los miraba desde abajo como si hubiese quedado petrificada, y cuantas veces sufria la cuerda una sacudida, otras tantas retemblaban los muros de horror al resonar en ellos el grito que lanzaba; seguia, corriendo, con la vista y la actitud la curva que describia su amante en el espacio, temiendo á cada rebote que el cuerpo de su hijo, escapándose de los brazos de su padre, se estrellase contra el suelo. Por fin el cable recobra lentamente su fijeza cual una plomada, y los dos míseros séres ondulan en aquel frágil péndulo á lo largo de los muros entre la doble muerte que los amenazaba. En la cúspide de la torre no se oye más ruido que el del viento; pero de pronto penetran los verdugos en el patio, y mientras el esposo, haciendo un esfuerzo sobrehumano con su hijo en brazos lo disputa al abismo, aquellos móns-

truos desenfrenados mancillan á Ichmé á su vista, martirizándola con sus besos odiosos. Cuantas pasiones pueden retratarse en el rostro humano, el terror, el amor, la piedad, la rabia, el ódio, se pintan á la vez en tan horrible trance en las facciones contraidas del padre y del amante. Sus dedos, crispados por tan intolerables suplicios, estuvieron veinte veces á punto de soltár la cuerda, y otras tantas blandió su hijo sobre ellos como un luchador para aplastar con él á los que así profanaban á su amada; pero su mano, contenida siempre por el cariño paternal, se negó á lanzar aquel cesto sobre la cabeza de los verdugos. Sobreponiéndose á su horror merced á un nuevo esfuerzo, consiguió llegar á la cúspide de la torre solitaria, y para sustraer á su hijo al ménos á aquellos verdugos, cruzó el rio y volvió á pasarlo á nado.

. . . .

Ichmé, cuyo dolor la privó del conocimiento, parecia tornar en sí poco á poco; su primer afan fué estrechar á su hijo contra su agotado seno; buscáronlo sus brazos, pero sólo encontraron el vacío. La terrible realidad la hizo recobrar súbitamente los sentidos; irguió bruscamente su cuerpo, y cruzó por su angustiada mente un torbellino de relampagueantes ideas: púsose á dar vueltas en derredor de las tenebrosas paredes, con el cuerpo inclinado, los brazos extendidos y sin atreverse á separarlos, como quien busca algo y teme sin embargo encontrarlo: aplicó el oido á las lumbreras de las mazmorras defendidas por robustas rejas, guaridas subterráneas, recintos que los leones llenan, miéntras duermen, del sordo rumor de su respiracion. La mirada no podia abrirse paso al través de las sepulcrales tinieblas que allí reinaban, pero percibíase el resuello de las fieras y los cavernosos ronquidos de su pecho. Su corazon de madre creyó oir ¡oh cielos! el ruido de un paso sordo que descendia á aquellas cavernas de la muerte; no era una ilusion, no, porque se oia cada vez

más próximo y presuroso: gimieron los pesados goznes de la puerta, y su turbacion llegó al colmo. Creyó divisar con los ojos del alma, el fondo de aquel antro del cual salió una voz confusa. El paso de los criados hizo presentir una presa á las fieras, que rugian de júbilo, y su impetuoso aliento hizo retemblar los barrotes de la reja.

—¡Isnel, el niño ó tú! gritaban los verdugos; nuestros leones quieren cebarse en tu carne; entrégales á tu hijo ó haz que te devoren!

¡Oh colmo de horror! Isnel parece vacilar; los verdugos van á arrojarle á los leones; pero de pronto cae un bulto en el fondo del negro cubil, y ¡oh duda atroz! ¿será el hijo ó el padre? Los leones prorumpen en rugidos que se sobreponen á todo, luego se oye el lamentable quejido de una criatura, así como el crujido de los huesos triturados por las mandíbulas de las fieras, revelando á la aterrada madre la clase de presa que estas devoran... Transida de horror cae de bruces contra una piedra: sus miembros convulsos palpitan de espanto; retuerce con desesperacion sus brazos sobre su cabeza cada vez que llega á sus oidos el crujido de los huesos que rompen las fieras; se destroza en vano los dientes contra las barras de la reja y prorumpe en angustiosos gritos, capaces de enternecer al mismo infierno.

. . . .

. . . .

Mientras tanto Isnel vuelve á bajar por la flotante escala para salvarla y acude á su lado; mas ella, creyendo ver en su esposo al bárbaro asesino de su hijo, siente que el corazon se estremece á su aspecto, retrocede cual ante una serpiente y exclama:

—¡Mónstruo! ¿Y has podido dar nuestra alma por tu vida? ¡Un padre ha podido arrojar su hijo á los leones! ¡Y no tienes reparo en presentarte á la madre! ¡Y vives aun! ¡No, no vivirás de la pura sangre de mis venas!

Y así diciendo, levanta un pesado haz de cadenas, lo lanza con furia sobre la cabeza del atónito Isnel, y con desastroso acierto, lo mata y lo maldice. Volviendo luego contra sí misma su mano despiadada, ábrese una vena con el filo de uno de los hierros que la encadenan, y cae desplomada vertiendo un arroyo de sangre: su hermosa frente se inclina y decolora, y á pesar de que apenas respira, se indigna todavía.

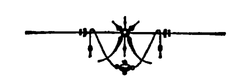
. . . .

. . . .

De pronto aparece alumbrado el patio por la luz de las antorchas que difunden una fúnebre claridad sobre aquella escena de muerte. El feroz genio que de tal modo sabia torturar el corazon humano quiso escarnecer la agonía con el colmo de la desesperacion. Un verdugo, ufano del error de la madre, le presenta á su hijo lleno de vida, á su hijo sediento que la abraza y llora, y chupa en vano su agotado seno. Los reproches que los satélites de los dioses dirigen á Ichmé, mezclados con horribles chanzonetas, la llenan de asombro y la ponen fuera de sí.

—¿No ves, la dicen, que era una broma, jóven insensata? ¿Por qué te has apresurado tanto á inmolar á tu amante, si era inocente del crímen que le atribuias? ¿Qué leche mamará ahora tu hijo? ¡Bah, dale á mamar sangre!

Los mónstruos prorumpieron al decir esto en una carcajada horrible; el corazon de la pobre madre sufrió entónces una convulsion postrera que la arrancó la vida, y los verdugos, arrastrando el niño y los cadáveres de sus padres, los arrojaron juntos al antro de los leones!





UNDÉCIMA VISION

A cada acto infernal de aquel lúgubre drama, el semblante de los dioses radiaba de infame júbilo, conociéndose en ellos el inefable placer que les causaba el dolor humano, y cuanto más ultrajaba á la naturaleza aquel entretenimiento feroz, más frenéticos eran sus aplausos de aprobacion y más les entusismaban los tormentos que presenciaban. Pero mientras que la inmensa sala se estremecia al estallido de aquellos aplausos, únicamente Nemphed estaba taciturno, pensativo, con la vista baja y como si le acosara alguna idea fija: su inseguro imperio era para él un peso abrumador y conocia que su efímero reinado se le escapaba de las manos para siempre.

—«Encumbrado, decia entre sí durante la horrible fiesta, encumbrado á fuerza de astucia á esta sublime cúspide, ¿podrá mi pié mantenerse del mismo modo en equilibrio en ella? En semejantes alturas todo viento es peligroso: cualquier ódio mide y devora mi vida. Hasta aquí he podido aplacar las oleadas de la ambicion, echando á cada ambicion una presa: para contenerlos los he opuesto unos á otros en el mar de placeres en que mi industria los encenaga, y así como un arquitecto apuntalando las paredes de una bóveda, sostiene mediante su solo contrapeso esas enormes piedras amenazadoras sus-

pendidas sobre el vacío, así tambien yo camino temblando bajo la pérfida bóveda de ódios, rivalidades y conjuraciones, que mi habilidad logra sostener un momento; pero una sola mirada, una palabra, un ademan llegaria á desprender de ella una piedra, tras esta se derrumbarian las demás, y yo pereceria aplastado bajo mi edificio. Sí, los dominaré miéntras se odien; miéntras, mantenidos por mí en esa lucha ardiente de encontradas aspiraciones, teman verse arrastrados en mi posible caida; miéntras crean tener cada uno su parte en mi reino, mientras sus ambiciones sean mi salvaguardia, y para contar con sus brazos y sus servicios, disponga yo de más alimentos que vicios tienen ellos!

»Para satisfacer y aplacar sus deseos, he de comprar á costa de una maldad cada hora de mi vida; pero su instinto sanguinario, su sed de tiranía, agota al fin mi genio, lo confieso: sus corazones no se sacian con maldades, sino que aspiran á más, y si llegaran á despertarse algun dia, ya no habria reposo para mí. Si dejara de sujetar su brutal energía á fuerza de orgías y de esperanzas, mi trono caeria hecho pedazos á sus piés. Ya se atreven á escatimarme mi grandeza; ya ocultan su insolencia bajo un fingido respeto, traman en silencio complots y las ojeadas, las señas, los cuchicheos, crujidos precursores de un poder vacilante, me indican que es tiempo de revolver con el dedo el cieno que ferménta bajo esa superficie durmiente, si no quiero que el mortífero miasma se escape para perderme y truene sobre el altar!

. . . .

. . . .

»Asrafiel es el que más desasosegado me trae, el que me hace más sombra. No sé qué disgusto anubla su semblante; parece que, hastiado ya de molicie y de placeres, siente más elevados deseos que excitan sus pasiones, y que le aguija la audaz esperanza de ocupar el rango supremo, alentado por mis mismos favores. ¡Apresurémonos pues á domeñar ese so-

berbio ambicioso, inspirándole más afanosos deseos para que su corazon ocioso no aspire á remontarse hasta estas alturas y su pié rehacio no destruya mi imperio. Todos los dioses inferiores tiemblan en su presencia; seria mi vencedor si no fuese mi apoyo: su viciosa complexion me protege contra sus atentados y su necedad le hace caer muy pronto en cualquier lazo con tal que la belleza le sirva de cebo: pues bien, pongámosle uno nuevo que le atraiga, ofrezcamos más hermoso aliciente á sus ardores obscenos; echemos una reciente brasa en sus venas para inflamarle, y mientras espere no intentará nada. En tanto que le embriague ese narcótico de los sentidos, el ardiente letargo de ese hombre lúbrico y vil tendrá más indignamente ocupada su brutal energía, y encadenado, cautivo en innobles lazos, dos débiles brazos de carne me preservarán de los suyos. ¡Indigno escabel del trono á que su molicie aspira, que roa ese perro un hueso, y que olvide un imperio!.....

Así incubaba Nemphed la hiel de su grandeza, y luego dirigiendo á Asrafiel una rápida mirada de soslayo, y como si deslizara negligentemente en el seno de la amistad una idea no madurada aún, exclamó en alta voz:

—¡Mantenedores de mi poder, esclavos de un solo señor, sí, pero esclavos reyes, cada uno de los cuales formado de la carne que á todos nos enaltece, descuella debajo de mí sobre las cabezas de los demás hombres! Sabed que he ahogado en la sangre del traidor Adonai el sueño desvanecido de la sedicion: el pueblo, á quien agitaba la voz de su profeta, se arrastrará algun tiempo cual descabezada serpiente que se retuerce aún en el polvo del surco, pero que se agita en vano, perdido su aguijon. El corazon de todo este pueblo estaba con él, pero su veneno ha muerto en su sangre juntamente con su doctrina. Desconcertado por tal golpe, fácil nos será extirpar de su seno y lanzar al viento su libertad, y ahogar en su gérmen impío la idea de igualdad tan criminal como insensata!

Pero ese gérmen infernal, esa vil ponzoña del corazon, renace siempre vencedor del pié que lo aplastó: todos nuestros esfuerzos para arrancarle del suelo son vanos; no parece sino que la sangre lo hace circular por las venas. Un solo antídoto hay contra ese veneno: el embrutecimiento de la razon humana: la ofuscacion de esas razas esclavas que les hace adorar de rodillas sus cadenas. ¡Tengámoslas humilladas para ser más grandes que ellas! No permitamos que se comparen jamás con nosotros: así como las superamos en inteligencia, aventajémoslas tambien en corpulencia; que nuestros miembros divinos, medidos por codos, les infundan respeto al contemplarlos, y creyéndonos dioses, ni siquiera serán hombres. Nuestro principal prestigio es la belleza divina; pero hace algun tiempo que esta cualidad va desmereciendo en nosotros, y no sé qué afrentoso olvido de la naturaleza hace que nuestra frente descienda hasta el nivel de las suyas; la fuerza de los gigantes mengua á la par de su número. La majestad del cielo palidece en nuestro aspecto, y la vista desilusionada comienza á dudar del respeto que se nos debe. Los envenenamientos, los asesinatos y la guerra han aclarado las filas de los señores del mundo, al paso que el pueblo, saliendo más multiplicado de su lodo, se atreve ya á levantar los ojos para contarlos y ve con asombro cómo decrece la cima del enervado templo diezmado por nuestro brazo. ¡Ay de nosotros el dia en que contemplando la degradacion á que ha llegado, se atreva á profanarlo, en que nuestra postracion le aliente, y en que nuestra debilidad le haga conocer su fuerza! ¡Ay de nosotros si llega ese dia! Todos quedaríamos sepultados en el polvo de nuestros piés y el audaz genio de la libertad derrumbaria la tiranía sobre los tiranos! Pero la fatalidad, único dios del más fuerte, y sobre todo mi genio, alejarán semejante peligro de nuestras cabezas. La audacia y nuestro prestigio nos servirán para fabricar su yugo; nos valdremos á tiempo de un prodigio y los deslumbraremos para esclavizarlos

mejor. La naturaleza ha trastornado sus leyes para venir en nuestra ayuda, y en su magnificencia, nos ha deparado dos séres en los que ha agotado la tierra todo su poder, encanto de los ojos, obra maestra de sus manos, belleza que ofusca la belleza de los humanos, y cuyo arrogante aspecto y extraordinaria gracia harian que hasta los mismos dioses cayeran de amor á sus piés. Expongámoslos, pues, á la adoracion del pueblo en el altar en que la supersticion languidece; sea el hombre el símbolo de nuestra majestad; convirtamos á la mujer en ídolo y sea la belleza de los dioses revelada á los mortales, recibiendo aquí el incienso de nuestros altares. El corazon mismo carece de defensa contra semejantes atractivos; la persuasion brotará de sus encantos, y ese pueblo, al verla resplandecer sobre él, nos considerará tan grandes como grande es su belleza!»

. . . .

. . . .

La turba de los dioses prorumpió en ruidosos aplausos.

—Pero esto no basta, prosiguió diciendo el pérfido Nemphed. Con arreglo á mis designios, es necesario que ese sér encantador se convierta en instrumento de un prestigio más seguro; es preciso que su belleza se perpetúe en nosotros; que siendo diosa la prostituya el amor en brazos de los dioses, y que, encerrando en su seno su tipo gigantesco, restaure, engendrándola, la raza de Baal! ¡De este modo evitaremos que la estirpe de los gigantes descienda del rango en que estamos al nivel de los hombres. Yo podria guardarla para mi celoso amor; pero el interés comun exige que se la entregue á otro esposo. Mi voluptuosidad severa es el imperio del mundo: ¡que el cielo la fecunde con sus amores divinos! ¡Sea para todos vosotros objeto y premio de las hazañas gloriosas llevadas á cabo en pro de mi trono!

Guardó silencio: por tal manera supo derramar el aceite ardiente sobre el incendio, despertando la lujuria embotada;

los gigantes, pérfidos confidentes de astutos proyectos, ocultaban en tanto su pensamiento, y manifestaban su aquiescencia con los ojos, pero buscando en su alma, bajo el pulimento del hierro, el cortante filo de la hoja.

Entre tanto, así como á la hora del crepúsculo los pastores del desierto, sentados al borde de los pozos, hacen que acudan sus camellos desde la estéril llanura y que desfilen sus rebaños á su presencia, miéntras que sus muchos criados van enumerando los cachorros al mayoral de los pastores, así tambien, para recrear la vista del rey de los dioses, desfilaba lentamente por los sagrados atrios la innumerable muchedumbre de su pueblo envilecido, humillando ante un solo señor millares de frentes abyectas.

Al resonar sus pasos silenciosos sobre el pavimento regado con su sudor ó con sus lágrimas, semejaban á la lluvia que cayendo sin ruido sobre el follaje de los bosques, apenas hace que tiemblen sus sonoras paredes. Extendiéndose, serpenteando á la manera de interminable cola, su compacta inmensidad se desarrollaba por leguas. Implacables pastores empuñando cetros, guiaban aquellos rebaños humanos golpeándolos sin cesar. Serendyb los iba enumerando en alta voz; su muchedumbre descendia y subia de nuevo cual fluctuante oleada que hincha sin fin el lecho de los mares; espuma que humeaba á los piés de aquellos gigantes. Su abyeccion, impresa en su actitud, revelaba la impostura de sus profanadores: jamás erguian su abatida frente como el hombre que ve en otro hombre su igual: sus piés no sustentaban su cuerpo derecho sobre su base, sino que á la manera del bruto inmundo, abrumado por un pesado aparejo, y soportando los golpes que les descargaban con varas de hierro, pasaban ó se arrastraban más bien con la vista fija en el polvo. Conocíase que estaban enervados hasta la podredumbre, que habian abdicado su naturaleza hasta la médula de sus huesos y que el vicio los habia hecho descender hasta ese último

grado en que aquello mismo que nos degrada es sagrado á nuestros ojos!

Desfilaban, separados en grupos sin número; rompian la marcha asquerosas cuadrillas de ancianos demacrados, vetustas reliquias ultrajadas, viles desechos de ganados, cuyos huesos mutilados asomaban á veces á través de la piel, y que por todo traje llevavan súcios andrajos agujereados, llenos de miseria, que sujetaban con sus manos, dejándoles el pecho descubierto. En sus enjutos costados podian contarse las costillas; y únicamente por los contornos de los senos, sin jugo alguno desde luengos años, y por sus rugosas ondas, podia conocerse á las madres sin hijos con sus pechos vacíos. Del propio modo que el viento del invierno empuja blancos copos de nieve medio derretidos mezclándolos con el fango en que el árbol ha sacudido los restos de su follaje, así iban pasando aquellas nevadas cabezas entre las cuales se veian algunos cráneos desnudos y las viejas espaldas descarnadas de los cuerpos prosternados.

Los dioses los escarnecian con palabras amargas, sin pensar que tal vez insultaban á sus propias madres, y al pasar los examinaban con mirada cruel y desdeñosa. Calculaban la sangre que podia correr por sus exhaustas venas, y cuando presumian por la postracion de su abatido aspecto y por otros indicios precursores de la decrepitud, que alguno de aquellos viejos, vencido por las penas, habia vivido bastante para servir y sufrir, lo separaban de sus compañeros y lo arrojaban al rio, del propio modo que se arrojan á las cloacas los animales inmundos; y los perros, avisados por sus gritos de que se les deparaba una presa humana, aguardaban en la orilla sus restos para devorarlos!

Tras los ancianos seguian los hombres de mediana edad, ganado vigoroso y rudo de aquellos crueles pastores, consagrado por el látigo á las fatigas y sudores del trabajo; hombres, mujeres, mezclados como un rio que corre al capricho

de las ondas, al azar que los empuja, sin que los unieran esos vínculos sagrados, esos dulces sentimientos, deliciosos imanes de los corazones enlazados por Dios; sin conocer entre ellos hijos, ni hermanos, ni hermanas, empujando quizás á su madre ó pisando á su padre sin que hablara á su corazon su sangre enmudecida, sin que una mirada se revelara á la mirada incierta.

Cual ladradora jauría ó balador ganado marchaban confusamente en innumerable ejército, separados solamente con arreglo á sus oficios, á medida del capricho de sus tiranos y segun sus respectivas aptitudes. Los unos, con el cuerpo encorvado y uncidos por parejas con correas, arrastraban pesados carros por los rudos carriles, ó como bueyes ensangrentados por el aguijon, soportaban los rayos del sol abriendo abrasados surcos. Al ver sus cuerpos desgarrados por horribles suplicios, conocíase los innobles servicios á que estaban dedicados: la costumbre adquirida les hacia tener siempre encorvada la cabeza y el cuello, y sus nucas conservaban las huellas de los yugos. Los otros excavaban las canteras de mármol ó de pórfido para tallar ó aserrar las piedras, y perecian á millares aplastados bajo aquellas moles siempre que tenian que moverlas ó levantarlas para formar pilares: casi todas aquellas acémilas humanas estaban más ó ménos mutiladas, y su cuerpo no era con frecuencia más que la mitad de un hombre. Y los otros, por fin, estaban enseñados á fundir los metales, á cincelar el bronce, á tallar los cristales, á forjar espadas de acero en el yunque, á fabricar tejidos de seda ó pluma, á tocar instrumentos melodiosos para halagar los oidos de los dioses, á adornar las paredes de maravillosas pinturas y colores para recrear su vista, á trasladar al mármol con artística habilidad, el rostro y los contornos del cuerpo humano; á amasar manjares para sus paladares soberbios, á perfumar los vientos con los aromas de las flores, y para ofrecérselo todo, desde el hisopo hasta el incienso, á inventar tantas artes como sentidos tiene el cuerpo.

Plegados por el hábito á tan diversos trabajos, cada cual conservaba la actitud que le hacia tomar su oficio, echándose de ver que se habia puesto especial cuidado en convertir en herramientas animadas á todos aquellos séres embrutecidos, y que, bajo el dominio de sus tiranos, la imbécil esclavitud convertia en máquina vil la imágen de Dios!

Así pasaban y pasaban, esqueletos del hambre, con el instrumento de su arte levantado. Los dioses miraban á aquella turba inmunda y grosera como la empinada roca ve pasar el polvo; y ni siquiera se dignaban echar una rápida ojeada sobre aquella adoracion de tan bajo emanada.

Algunos tiranos subalternos, dioses inferiores encargados de este cometido, los contaban á su paso. Conocíanlos á todos por su nombre y por su oficio; pero cuando les hablaban, sus palabras eran golpes, persiguiendo el alma para domar mejor el cuerpo. Si veian que entre un hombre y una mujer se formaba uno de esos fuertes lazos, uno de esos santos amores que pasa de los sentidos á los corazones y los une para siempre, recelosos de que ese vínculo que estrecha la naturaleza engendrara los nombres de hijo, esposo y padre, secundaban el instinto para hacerlo pedazos luego, impedian que se formara entre ellos el núcleo de una familia, relegaban su ternura al mismo grado que el amor de las bestias, y arrancando á la amante de los brazos de su esposo, la entregaban sucesivamente en los de otros hombres para que ninguno de ellos conociese el fruto engendrado por todos!

Tal era el pueblo: á continuacion de aquella crecidísima muchedumbre compuesta de gente de todo rango, arte y sexo, seguia el inmenso enjambre de las doncellas: dulce prímavera que aguardaba para marchitar las guirnaldas segadas por ella el hálito ponzoñoso de la impura crápula. Largos velos flotantes adornaban sin ocultarlos sus púdicos atractivos. Los más armoniosos instrumentos, que vibraban cadenciosamente, imprimian á sus pasos el donaire de una danza; la música

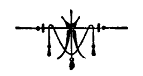
regulaba sus genuflexiones, y dirigia las mil inflexiones de su prolongada fila. Así como se ve en otoño una interminable calle de álamos blancos que parecen remontarse á las nubes, inclinando á la vez sus copas ante la furia del aquilon y que se enderezan de pronto como una sola caña, así tambien aquellas vírgenes, desfilando por el divino recinto, se inclinaban en presencia de la santa obscenidad. Los dioses extendian sus manos infundiendo el horror en las tiernas bellezas víctimas de su eleccion; y á aquella señal, ciertas impúdicas matronas las acercaban á los tronos haciendo caer el velo que las ocultaba. La burla impura ó la admiracion, vergonzosos preludios de la prostitucion, circulaban entre carcajadas por la celeste cohorte, infiriendo ultrajes con la vista y profanando con el ademan. Las lágrimas de aquellos hermosos ojos eran el único incienso que parecia distraerles y halagar sus sentidos.

Venia en pos de ellas el tropel de niños, conducido ante los dioses por madres postizas; miserable rebaño mezclado cada dia, al que se hacia cambiar de madre y de leche por miedo de que la nodriza, cobrando cariño al hijo efímero, llegase algun dia á quererle cual madre verdadera. Desfilaban tiernas criaturas, desde la edad en que se mudan los dientes hasta aquella en que buscando afanosas el pecho que las amamanta, y llevadas en brazos ó á la espalda, solo saben sonreir ó llorar, ó empiezan á dar vacilantes pasos; grupos de blandas carnes y de hermosos y blancos miembros, que pasaban callados por delante de los dioses. Cual blancos corderillos no esquilados aun, que corren confusamente por el prado hácia donde les llama el caramillo y se arrastran balando en pos del rebaño, del propio modo figuraban en el último lugar de la humana revista aquellos frutos, picados ya en el corazon, de la raza degenerada. Y el eco, estupefacto al ver tan tétrico monumento, repetia tras ellos su prolongado vagido!

. . . .

Todo el pueblo habia pasado ya como la corriente de un rio; miserable reliquia de aquella raza nueva que habia llenado la vasta cuenca del mundo! El criminal olvido de Dios y la adoracion de viles criaturas habian reducido á semejante estado la carne deshecha en podredumbres! ¡Aquello era lo único que veia la mirada de Dios cuando sondeaba este abismo profundo, en que el hombre habia caido! Así tambien cuando desciende el nivel del Océano, la vista azorada descubre en la desnuda orilla de ese gran vaso que su retirada deja en seco, los misterios de horror de su desconocido lecho: escasas charcas, ciénagas inmundas cuyo estancamiento ha corrompido las ondas, en que espira el mónstruo marino encallado en el cieno, en que el reptil se enrosca al reptil y en que tan sólo el hipopótamo se refocila en el lodo, escarbando y sacudiendo el légamo con su hocico!

Cuando todo aquel polvo humano desapareció de su vista, Nemphed despidió con una mirada á los dioses, y se retiró á descansar á la torre desconocida, como el rayo penetra y se abriga en el nubarron.





DUODÉCIMA VISION.

La noche, durante la cual se entrega el hombre á sus reflexiones, dejando que su corazon haga mella en sus pasiones, difundia por los palacios sus intranquilas sombras, llenas de perfidias y secretas asechanzas. El sueño no depara su benéfico influjo sino á las almas inocentes; y el de los dioses no era más que esa pesada embriaguez de los sen idos, ese tétrico sopor, estupor ó letargo del bebedor desenfrenado que sucumbe á la orgía. Todos aquellos cerebros, en que el miedo se sobreponia al remordimiento, no soñaban durante su modorra sino crímenes y muerte; miéntras dormian, desviaban los aceros de sus corazones, y la noche sollozaba, llena del vago rumor de los ensueños.

Bajo aquellos techos convulsivos del adormecido palacio dos séres tan sólo velaban: Asrafiel y Lakmi. Asrafiel, viendo pasar contínuamente ante sus ojos la imágen de la mujer celestial bajada de las nubes, no podia desvanecer ni alejar de sí la suave radiacion que destellaba su frente. A pesar de que sólo vió á Daidha de noche, su resplandor le tenia deslumbrado: sus suaves contornos, sus ojos, sus purísimas facciones nadaban en la atmósfera y flotaban en los muros, y si el gigante cerraba los ojos, parecíale contemplarla mucho más clara y

visible bajo sus, ardientes párpados: jamás habia pasado de sus sentidos á su corazon con tanta fuerza el miasma victorioso de la belleza. Tan sólo al pensar en ella, sentia deleites cuyo éxtasis borraba el recuerdo de mil noches de caricias; habria preferido el viento de los cabellos de aquella jóven á todas cuantas beldades se anticipaban á satisfacer sus deseos. Su alma sensual aspiraba por vez primera la chispa de un amor indomable; rayo celeste que al brotar de una mirada, habia inflamado el lodo que encenagaba el corazon de Asrafiel.

Habia escuchado éste con cierto desasosiego la indiscreta insinuacion de Nemphed, así como su promesa de ofrecerla por premio á los ardorosos Titanes que acometieran mayores proezas en favor de su trono. Inundada al pronto su alma de deseos y de orgullo, acogió la idea halagado por su esperanza; estando cierto de conquistar con fácil esfuerzo aquella palma del más fuerte sobre sus débiles rivales. Mas la astuta sagacidad del insidioso Nemphed irritó hasta el delirio aquella embriaguez, que se desbordaba ya del alma de Asrafiel. Aquel dulce objeto, recobrado apenas concedido; aquella belleza arrojada como presa á los frívolos amores de los dioses; aquella copa de placeres que seria forzoso devolver á quien la hubiera prestado, como despues de vaciarlo se pasa al convidado el cáliz lleno de flores y deleites; aquel envilecimiento del hombre y de la mujer sublevaban por vez primera su alma vil, y el primer destello de su pasion vehemente le hacia detestable semejante profanacion.

—¡Viejo execrable, tirano, caduco y cobarde, cuya inmunda sangre se corrompe en tus venas de eunuco! ¡Hombre infame que no has sentido en tu corazon más impulsos que los de la soberbia ó el miedo, y que bajo tu piel de culebra helarias al mismo fuego! ¿Pues qué? ¿Seria posible que la hiel de tus ojos mancillase esa obra admirable? ¿Te dignarias arrojarnos con menosprecio esos celestes encantos marchitados con tu ponzoñosa baba? ¿Y ese desecho de tu supremo des-

den habria de pasar de brazo en brazo hasta llegar á los mios? ¿Humedeceria mis labios en esa cloaca de amor en que los dioses más viles habrian bebido sucesivamente? ¿Habria yo de contentarme con una hoja de esa flor del cielo que causa vértigos, miéntras tú te quedaras con el tallo? ¿Y Asrafiel seria tu único sostén á tal precio? ¡Ah! ¡Sublime invencion, digna de un corazon como el tuyo! ¡Recompensa digna en efecto de que este robusto brazo se levante para prolongar un dia más ese poder que se te escapa, y para disputar á los buitres, bajo tu trono derrumbado, tu esqueleto divino en el cual jamás ha palpitado un corazon!...

»¿Y pareciendo desdeñarme por el placer, has podido creerme tan vil que te dejara reinar, á mí, que soy el más fuerte y el más hermoso de todos los hombres, á mí, cuya erguida frente ostenta mayores títulos para reinar? ¡Ah! tanta mengua me hace olvidar tu ingratitud; pero tiembla, sí, tiembla; esa palabra estúpida ha descubierto tu insania, y me obliga á retirar mi brazo de tu vacilante trono. Tú mismo, oh tirano, has de quedar cogido á mis piés en tu propio lazo! Demasiado tiempo me he arrastrado, siendo un leon, bajo el reptil! Yo sabré desgarrar con mis dientes esa trama sutil que tu ambicion y tu hipocresía han tejido con la mentira y la corrupcion. Quiero sacudirte en ell con mi mano indignada, como se sacude á la asquerosa araña prendida en su tela! Estos músculos son el terror del pueblo y de los gigantes; mi corpulencia me pone muy por encima de ellos como señor y como rey; mi notable belleza llama la atencion de la muchedumbre. ¡Caiga, pues, ese mónstruo del trono humillado por él! ¿Cuál de mis rivales osaria hacerme frente? ¿Quién será capaz de derribarme si quiero subir á él? ¡Subamos pues, y tú, vetusta criatura, que te derrumbas ántes de luchar, cae, puesto que el amor es el premio de tu caida!»

. . . .

. . . .

Miéntras así decia, sus músculos palpitantes se retorcian é hinchaban bajo su piel como los de un toro: la vena de su frente, dilatada á modo de diadema, parecia coronarle con su misma cólera; daba pasos descomunales por la sonora sala enderezado el cuerpo y moviendo los brazos como el atleta armado del formidable cesto se prepara al combate con el ademan y la actitud, ensaya el vigor y el aplomo de sus miembros robustos y huella el aire bajo su vencedora planta. Mezclando así Asrafiel en alta voz la ira y la amenaza, su amor daba pábulo en su alma á su audacia, y esta doble pasion impelia su corazon inflamado desde la licencia á la sedicion; así era que, su impaciente cuerpo se retorcia en el lecho sin poder adormecerse ni dominar un momento aquel insomnio feroz.

¿Qué hacia entre tanto la pérfida Lakmi, recostada á los piés del dormido Nemphed? En su ligero sueño interrumpido por pesadillas, ¿blandia su espíritu el puñal ó la copa? ¿Urdia en sueños, devanando los hilos de su tramas, la lujuria y la muerte en sus complots sutiles? ¿Saboreaban sus ojos en el horror de los suplicios las dulzuras de la sangre derramada para sus deleites? No: una sola ojeada habia bastado para ocasionar un profunda mudanza en su corazon: habia visto á Cedar, y el cielo quedaba vengado. Aquel jóven hermoso y arrogante, aquella humana maravilla, la impedia cerrar los ojos y fascinaba su vigilia: una sola mirada lo habia esculpido en su alma cual desconocido tipo de belleza inmortal. ¡Del propio modo estampa el relámpago la forma del rayo en el árbol que descorteza ó en el mármol que reduce á polvo! Jamás se habia ofrecido tan encantadora vision á sus ensueños juveniles. Aquel busto incorporado sobre un codo, aquellos miembros encadenados, pero cuyos mismos eslabones hacian resaltar su donaire y su gracia; aquella frente oscurecida por la humillacion, pero erguida por la indignacion; aquella espesa cabellera echada hácia atrás, que caia sobre sus hombros co-

mo la melena de un leon, descubriendo á cada movimiento del cuello el conmovedor contorno de su perfil entristecido; la húmeda y casta llama de su oblícua mirada; aquellas facciones deslumbradoras con la belleza del alma, belleza que produciendo un efecto misterioso en los sentidos conmueve el corazon y lo arroba en el esplendor de los ojos, y cuya luz inesperada jamás habia maravillado la vista de aquella jóven; aquella desesperacion que vibraba en sus contraidos músculos, en sus piés crispados y en sus brazos extendidos; aquel llanto silencioso que caia sobre el pavimento, ó que la saña secaba en el borde de los párpados; ángel que aquellos demonios hollaban con su planta impura; la admiracion que enternece á la misma compasion: todo esto habia agitado sus entrañas de mujer, confundido su ignorancia y despertado su alma!

Y luego aquellas miradas impregnadas de tristeza que los dos amantes se dirigian ante ella; aquellos ojos que se atraian al través de su nube; aquellos rostros que se buscaban sin cesar; los labios de Cedar que parecian aspirar el aliento salido de los de Daidha; aquellos dos corazones cuyos latidos resonaban vigorosos; aquel mudo lenguaje que la mirada comprende y que, en una sola ojeada vedada á los profanos, concentraba más amor del que hubiera podido expresarse en un siglo; aquellos impulsos, y suspiros, y lastimeras actitudes, y aquel silencio y aquellos brazos extendidos; todo en fin habia revelado por azar al espíritu de Lakmi todo un mundo de amor nacido en una mirada. Amor que la admiraba, llenándola de turbacion, que con su primera gota rejuvenecia su alma, y que hacia caer de sus manos depravadas el cáliz desabrido de sus vergonzosas liviandades! De una sola ojeada habia gustado las delicias de ese amor puro que sus vicios no le permitian vislumbrar, y ardiendo en deseos de inspirarlo tambien, habia exclamado: «¡Daria el cielo por ser amada de ese modo!.... Por que una de esas miradas que hacen palidecer

de envidia, interceptada por mí, viniera á caer sobre mi vida.» Mas comprendiendo con esa perspicacia que depara el amor, todo el deshonor que sobre ella pesaba al comparar su rostro con el de Daidha, su ruin sutileza con su candor, su astucia con su gracia, su audacia viril con su púdica ternura, la palidez de sus mejillas con la nieve de su tez, habia tenido el instinto de su degradacion, é impotente, eclipsada, se sentia avergonzada en lo más hondo de su pensamiento! Al penetrar la envidia en su corazon, habia emponzoñado el dardo de su amor victorioso; la humillacion la obligó á inclinar la frente, y todos sus sentimientos se confundian y agitaban cual deshecha tempestad!

De tal modo fermentaba el ánimo de Lakmi y el de Asrafiel. Así tambien, cuando desciende del cielo un rayo de luz sobre la callada noche de esos fúnebres calabozos en que la vista, acostumbrada ya á las tinieblas, se recrea en ellas, al atravesar la profundidad de esos densos velos, perturba la tétrica paz de tales mazmorras; descubre en las paredes, como pálida lámpara, el veneno que de ellas brota y el escorpion que las recorre, y el hombre allí encerrado, yerto de espanto, lamenta que la luz le revele todo el horror de aquel recinto. Por tal manera, aquellos dos amantes de belleza primitiva llenaban de asombro con su cándido esplendor la inmunda sentina en que yacian, y su aparicion en tan infecto recinto perturbaba á la abominacion en su reposo.

Acosada Lakmi por aquella imágen, llama ardiente y ligera que no la dejaba un momento de sosiego, sin aguardar un instante, sin temor y sin prevision alguna, alimentaba una sola idea en su mente: volver á ver al sér desconocido cuya embriagadora imágen envolvia en una nube sus desvelados ojos, y aunque Nemphed hubiera atravesado un peligro mortal entre ella y él, se habria precipitado hácia donde radiaba aquella frente. Por su sexo tenia la imprevision de la mujer, y por su edad la impaciencia del niño: hasta entónces sus

deseos no habian tropezado con ningun obstáculo; su mano no conocia más que un movimiento: atraer y coger.

Acercándose, pues, cautelosamente á su feroz señor, cuyos brazos desnudos pendian fuera del lecho, le quitó del dedo el anillo, emblema sagrado harto conocido de Lakmi, puesto que solia hacerlo brillar á los ojos de sus ministros para que tuvieran cumplimiento las siniestras voluntades del tirano. Con aquel talisman supremo en la mano, emprende la marcha por el misterioso palacio: una antorcha la alumbra en su camino; baja de bóveda en bóveda por distintas escaleras, deslízase bajo las arcadas cual vagoroso sueño, proyectando su sombra fugaz en las paredes; penetra con silencioso paso en el oscuro dédalo de galerías interminables, sobrado conocidas de ella; hace que los eunucos, custodios de aquel calabozo sagrado, se postren á su presencia, mostrándoles el reverenciado anillo; prohibe con misterioso acento á los verdugos sorprendidos que desempeñen su espantoso oficio en la persona de Cedar, los aparta con un ademan, y temblando de respeto por primera vez en su vida, se turba al aspecto del jóven.

El calabozo de Cedar estaba en las entrañas de los baluartes formados por enormes y gruesos muros que defendian los sagrados monumentos de los dioses, quienes con sus propias manos habian abovedado aquellos macizos cimientos para ocultar á todas las miradas, en el seno de la tierra, la abominacion en las tinieblas del misterio. Bajo aquellos templos gigantescos de bronce y de granito reinaba en el silencio un mundo subterráneo, mundo de la impostura, en el que la supersticion, ejercitando su genio en favor de la tiranía, preparaba los artificios de falaces prodigios; torturaba á los vivos, devoraba á los muertos, instruia á los pérfidos, iniciaba en los crímenes, y mutilaba á sangre y fuego á sus víctimas; abismo en que las raíces del mal penetraban hasta los infiernos á los piés de aquellos hijos de Baal.

Todo un pueblo, sepultado en aquellos antros fúnebres,

habitaba privado de la luz semejantes esferas de tinieblas: allí vivian los criminales ejecutores de los designios de Nemphed, alquimistas, verdugos, sacerdotes, mutiladores, falsos profetas, adivinos, fautores de imposturas, que profanaban la naturaleza en sus hornillos escondidos, descomponiendo á la vista con sus culpables manos la sávia de las plantas y la sangre de los hombres, y velando constantemente en su morada subterránea para imitar las vivientes maravillas de Dios, luchar con el fuego, el agua, la tierra y el aire, herir con el rayo y brillar con el relámpago. Las piedras de aquellos muros, empotradas en las colinas, gravitaban unas sobre otras en moles de veinte codos de altura; siete carros hubieran podido rodar por su anchura y bajo su inmensa bóveda circular un rio; las ondas de un torrente desviado en direccion de aquellos arcos profundos mugian en un lecho sepulcral, y desde el umbral hasta el extremo de aquella arcada no se hubiera podido distinguir la claridad de una antorcha. De trecho en trecho partian subterráneos como grandes ramas desprendidas de un tronco inmenso, y divergiendo á lo léjos bajo la roca tenebrosa, estaban divididos y destinados á diferentes usos.

Uno de ellos iba á parar á las gimientes cuevas en que los verdugos divinos mutilaban á los esclavos. La antorcha de Lakmi penetró en aquella tumba, alumbrando el umbral del calabozo de Cedar; su vacilante resplandor se abrió paso delante de ella y deslumbró la pupila del jóven cautivo, quien notando el rumor de los leves pasos de una mujer, miró sin ver desde el seno de las tinieblas que lo rodeaban, miéntras Lakmi, intimidada por su amor naciente, retrocedió más allá de la puerta al ver en semejante estado á aquel sér sobrehumano, y tan sobrecogida de horror que se le cayó la antorcha de la mano.

Cedar estaba sujeto con pesadas cadenas á enormes argollas empotradas en el muro; un cinturon de hierro y un co-

llar del mismo metal le tenian tambien amarrado á las anillas de un pilar; y unos brazales de hierro, que oprimian su piel suave, le imposibilitaban de extender sus brazos y piés, dejando tan sólo á sus aherrojados miembros la suficiente libertad para dar algunos pasos. Hallábase tendido de lado sobre el polvoriento suelo cual hombre que cae derribado por el rayo, y los eslabones que ni siquiera trataba de levantar, gravitaban frios y pesados sobre sus asendereados miembros. Descansaba la cabeza en el dorso de una mano puesta sobre otra y de cara al suelo, y sus cabellos enmarañados, sucios y retorcidos, flotaban en negras masas por el pavimento.

Levantó la cabeza como el hombre que al oir el súbito rumor de un paso se sobresalta y siente que su sangre se paraliza, y extendiendo el codo doblado bajo su cuerpo, apoyó la frente en las puntas de los dedos, y volvió poco á poco en direccion de la luz su rostro bañado en llanto. Dos gruesas lágrimas brillaron como dos diamantes á los reflejos de la antorcha. El dolor sin esperanza pintado en su rostro, aquella luz que vislumbraba solamente al través de una nube, aquel triste abatimiento comunicaban á su belleza la inmovilidad y la majestad del mármol: hubiérasele tomado por la estátua del ángel de las tumbas. La claridad fué penetrando paso á paso en sus ojos, y al propio tiempo pudo discernir mejor la figura de la hija de los dioses que estaba de pié ante él, viéndose retratado el asombro en sus facciones; para contemplarla mejor abria desmesuradamente los párpados, y sus labios, como si aspiraran aquella emanacion, palpitaban de sorpresa y de asombro.

Lakmi le miraba tambien en silencio, como un sér indeciso cuya audacia vacila, y teme que su voz pueda disipar el encanto. Al divisar las lágrimas que caian entre los dedos de Cedar, al contemplar aquella imágen del dolor divino, trascendia tambien este dolor á su rostro, y sin saber de qué manan-

tial brotaban, sus ojos se llenaron á su vez de lágrimas. Así tambien, penetrándose mútuamente con una mirada llena de simpático atractivo, asoma el llanto á los ojos de dos jóvenes.

Al advertir Cedar aquellas señales de compasion, sentia convertido su odio en amistad recíproca; pero su mirada no podia comprender lo que le desagradaba en aquel semblante de brillo arrobador, en las facciones de Lakmi, mujer, niña, demonio ó ángel, amalgama misteriosa de hechizos y terrores: del propio modo la culebra, que causa admiracion contemplada entre la yerba, paraliza de horror la mano que sus vistosos colores atraen. Así pasaron largo tiempo silenciosos, ora contemplándose, ora bajando los ojos, hasta que Lakmi, buscando en el fondo de su alma toda la exquisita dulzura de que puede impregnarse la voz de una mujer, ese acento entrecortado por la languidez de la compasion y que temblaba ya con el temblor del corazon, dijo:

—¡Oh hijo de Adonai, génio, ángel sin alas, cuyas lágrimas incitan á llorar! ¿Por quién lloras? ¿Por qué apartas tus poderosos ojos de los mios? ¿No bastaria que deseases romper tus cadenas para que éstas se hiciesen pedazos al punto? ¿No ha dotado el cielo á tu pecho varonil de una fuerza semejante á tu belleza divina? Y si te irguieras con toda libertad, ¿no aventajarías en estatura á cualquier gigante? ¿No estrujarias á un dios de cada abrazo, tú, cuya mirada es amor, y cuyo brazo espanto?

. . . .

«¡Oh! Esas miserables sabandijas han encadenado á su rey!

. . . .

»¿Por qué me contemplas con esa mirada de terror? ¡Cedar, si tal es tu nombre, si la humilde criatura puede pronunciarlo sin mancillar tu naturaleza; ¿por qué me miras con ese aspecto de estupor, cuando á tí te corresponde hablar y á mi sentir miedo?

. . . .

»Yo no soy más que una esclava de tus opresores, pero esclava de nombre, que los engaña y afronta sus iras. Confidente, instrumento del vil tirano de los dioses, aunque niña todavía, reino en su nombre en estos lugares. Todo tiembla ó todo se inclina al solo nombre de Lakmi; lo que mi rostro seduce, mi talento lo domina. ¡Mi amor es el cielo, mi odio la muerte! Toda órden cede á la mia, y toda puerta se abre á mis pasos: soy la vista y el oido del rey de los dioses: cuando él habla, escucho; cuando duerme, velo. Tengo su cetro y su vida en mis débiles manos. Este anillo me abre todos los caminos del palacio: acabo de quitarlo del dedo de mi señor para introducir un rayo de luz en tu sombría mansion, y apartar el acero levantado ya sobre tu cabeza. No sé qué instinto gritaba horrorizado en mi interior; no sé qué mano me ha impelido para llegar hasta tí, ni por qué resonaban en mi mente tus lamentos. Pero Lakmi seria capaz de andar por entre llamas sólo por verte, y al salvarte creeria salvar algo más que un dios.

. . . .

»¡Oh! No rechaces de tu lado á la criatura que te protege! ¡No sospeches que su insensata amistad es un lazo que se te tiende! Este corazon, que por nadie ha palpitado sino por sí mismo, infiel para cualquier otro, es sincero para tí! Una ojeada ha bastado para esclavizar mi alma á tu destino, y arriesgaria mi vida con tal de preservar la tuya. ¡Una palabra halagüeña de tus labios, un rayo de tus ojos, me indemnizaría de la pérdida de los cielos! Si llegases á decir: «Lakmi, sé mi esclava!» ¡oh! cifraria toda mi gloria en arrastrar tus cadenas. Mi génio humillado se elevaria en mí, y tal vez te convirtiera de cautivo en rey de los dioses!

. . . .

»Pero ¿por qué lloras de ese modo sin levantar la cabeza? ¡Tú llorar, hombre-dios, cuando eres más bello que un pensamiento risueño! ¡Tú llorar! ¡Oh, dime por qué lloran tus

ojos! ¿Lamentas tu libertad perdida? ¿la luz de los cielos? ¿los libres horizontes que recorrias á tu albedrío? ¿el ramaje de las selvas, la frescura de los manantiales? ¿esas cúpulas murmuradoras en que resonaban tus pasos, en que te perfumaban las flores y cantaban los pájaros? Si así fuera, sabe que con una sola palabra puedo devolverte en otras moradas mucho más de lo que hoy echas de menos. Pero dime tan solo.....»

Cedar la miró:

—¡Falaz ilusion! ¡Sombra de Daidha, cuyo rostro juvenil la representa á mis sentidos como un eco de su voz y como su propia imágen vislumbrada en sueños! ¿Has querido, niña celestial, parecerte á ella para envenenar mi alma ó para consolarme?

. . . .

»Mas ¡tiene por ventura tu boca su candor ingénuo? Dices, hija de los dioses, que te conmueve mi suerte! ¿Me preguntas qué agita mi corazon, qué lloran mi ojos en este infierno de los dioses? No, no es la aurora que asoma por la colina, ni que mi pecho desee aspirar el aire puro de los desiertos, ni que mis pasos errabundos dispongan de un espacio sin límites, ni que eche de ménos los bosques, las flores ó las aguas de los torrentes. Lo que anhelo es ver á Daidha, que tus dioses me han arrebatado: mi luz es su mirada, su aliento mi vida! Mi espacio es la huella de sus pasos; mi imperio su corazon y mis ojos sus brazos! ¡Ah, si me la devuelves, creeré en tu sinceridad, tus dioses serán mis dioses, y Cedar tu hermano!»

Y al decir esto, incorporado del todo y sacudiendo sus hierros con sus brazos suplicantes, parecia vibrar su alma en cada palabra. Lakmi sentia fermentar en su corazon su enojo femenil: aquel frenético amor inspirado por otra beldad hacia brotar de su corazon un cruel instinto, y en su celoso amor ofendido por el amor, no pensó ya más que en envile-

cer á Daidha. «Sí, te la devolveré, decia para sí, pero cuando sea una escoria vil y abyecta de los dioses que te inspire repugnancia!» Pero mordiéndose los labios y devorando su rabia, valióse de toda su astucia para que ésta no trasluciera á su rostro, y ocultando su sarcástica idea con una amarga sonrisa, contestó con acento tan tierno como si emanara del corazon:

—¡Oh Cedar! ¿Por qué no me ha de ser dado devolvértela?.... Pero ¿hay algun prodigio imposible para Lakmi? Si te decides á confiarme todas las penas de tu corazon, y no atiendes más que mis consejos, quizás llegará dia... La amistad de una mujer es otra alma para los desventurados! Por ahora, sin embargo, aparta esa halagüeña ilusion de tu mente; Daidha vive reservada para las caricias de los dioses; mil amorosas manos enjugarán sus lágrimas: las maravillas del arte embellecen sus atractivos: cien esclavas encargadas de distraer sus ocios, despiertan sus deseos para apresurarse á satisfacerlos. Su belleza la hace reina de sus señores, ébrios de amor por ella; y en esas embriagueces cuyo torrente la arrastra, ni siquiera le dejarán tiempo para que sus ojos llenos de lágrimas puedan llorar sus penas!»

Lakmi conoció en los ojos de Cedar que la acerada hoja de estas agudísimas palabras penetraba en su alma, y que la inconstancia y el olvido de Daidha pasaban como una sospecha por aquella hermosa y pálida frente. A fin de dejar que aquella serpiente deslizada en su pecho mordiese en secreto el corazon envenenado por ella, apresuróse á cambiar astutamente de conversacion.

—¡Oh! exclamó: ¡qué largas son las noches y qué tristes los dias para el que gime cautivo en estas inmundas tinieblas, royendo su ensangrentado corazon sin que otro corazon le responda! Cedar, ¡sobrevivirás en este infierno viviente! ¡Ah! Permite que venga á consolarte con frecuencia! Consiente que, cuando Nemphed se entregue al descanso, venga á sen-

tarme silenciosa á tu lado en esta piedra, á darte pruebas de mi eterna compasion, á reclamar la mitad de tus hierros y de tus males, á enumerar los pasos que he dado para alcanzar tu libertad, y á ser, ya que no tu alegría, tu esperanza!»

Y al decir esto, conocíase que la verdad le prestaba su acento, comunicando una ternura conmovedora á su melíflua voz, que logró abrirse paso en el alma de Cedar, el cual, viendo brillar en los ojos de la jóven una lágrima de conmiseracion, la contempló con mirada más dulce, convencido por su llanto.

Lakmi, sentándose junto á él á la sombra, repuso:

—Todavía no se extingue el brillo de la estrella de la noche; áun falta bastante tiempo para que despunte la aurora; pero no debe sorprenderme la luz del dia en estos sitios, porque para el rey de los dioses cualquier sospecha es un crímen. Áprovechemos pues los momentos que su sueño nos concede, oh celestial y misterioso extranjero, y si te dignas aceptar mi amistosa abnegacion, disipa con tus palabras las dudas de Lakmi; dime qué nombre divino llevas entre los séres creados, refiéreme tus tristes aventuras, traza la historia de tus dias, pocos en número á juzgar por tu juventud; dime, en fin, dónde naciste, dónde has vivido, y sobre todo háblame de tus amores. No tengas reparo en abrirme tu corazon revelándome los secretos de tu melancolía, del mismo modo que el lirio abre su urna cediendo á la mano que la despliega; y tén la seguridad de que cuanto digas caerá en mi seno sin rumor, como cae la lluvia en un estanque, y áun cuando yo la retenga, sólo brotará de él un poco de agua de mi corazon, que se mezclará con la tuya.

Conmovido Cedar por semejante lenguaje y por tan insinuante acento, sintiendo caer en sus dedos las lágrimas de Lakmi, seducido por su tierna compasion y vencido por su misma desdicha, no pudo ya resistir, apoyó tristemente la frente en sus manos, y con voz temblorosa entrecortada por

sus penosos recuerdos, le narró la maravillosa historia de su vida, desde el primer dia en que, engendrado por lo desconocido, se halló desnudo al pié de los cedros divinos, y en que, al contemplar ante sí otra criatura, el amor sirvió de complemento á su naturaleza; le habló del indomable instinto que le impulsaba hácia la flor de la belleza, de sus combates, de sus amores y de su cautividad; de los rebaños de Phayr que guardaba en las montañas, de sus entrevistas con Daidha, de aquellos gemelos, fruto encantador del amor y la compasion; del enojo de los pastores que lo arrojaron al rio; del modo cómo libertó á Daidha de su encierro en la Torre del Hambre, huyendo con ella á otros climas; de aquel anciano de la cueva, patriarca misterioso que abrió á la luz los velados ojos de su alma; de las frases de aquel libro divino que despertaban en la mente memorias extintas y que recordaban al dios, abandonado por el impío, el mundo sepultado en su iniquidad; de los dias deliciosos pasados en aquel Eden celeste; del carro volador de los dioses.... Lo demás ya lo sabia Lakmi.

Al escuchar ésta tan conmovedores relatos, que tenian su alma pendiente de los labios de Cedar, no se atrevia á respirar siquiera. Con el rostro inclinado hácia aquel sér maravilloso, fija la mirada en su boca, manifestando alternativamente sorpresa, espanto ó admiracion, aspiraba el amor por todos sus sentidos, á la vez que veia agrandarse y resplandecer la expresiva figura del celeste cautivo. Cada palabra de Cedar penetraba más profundamente en su corazon, miéntras que ella á su vez sumergia en la mirada del jóven sus negros y tiernos ojos; y así como despues de leer una página se la suele leer de nuevo, así tambien Lakmi le interrumpia en los episodios más interesantes y le obligaba á repetir, absorbiendo sus palabras, cosas y frases dichas ya cien veces, y en especial el nacimiento y los éxtasis de sus amores, del propio modo que despues de beber un grato licor

se apuran las escasas gotas que quedan en el fondo del vaso.

Lakmi deseaba saber en virtud de qué poderoso atractivo habia conquistado Daidha el corazon de Cedar; de qué palabras se habia valido ésta para encadenar su alma; qué era lo que le pudo hechizar en su femenil belleza; y si su corazon, henchido siempre del mismo amor, no habia sentido alguna vez cansancio ú olvido. Su boca sin aliento aguardaba la respuesta á estas preguntas como aguarda el moribundo la estocada que ha de traspasarle. Al oir la descripcion de aquellos tiernísimos arrebatos de amores inefables que brotaban de contínuo del corazon y que rebosaban de él sin cesar, amores que ni áun en sueños habia vislumbrado y sí tan sólo la repugnante lascivia de los dioses, y cuya casta expresion, que resaltaba en aquellos relatos, le parecia la revelacion de otros sentidos, pasaba una nube por su ofuscada vista, le zumbaban los oidos; su alma, desvanecida, se sonrojaba en su seno de vergüenza y de deseos, y su corazon, presa de celosos impulsos, palpitaba violentamente en su pecho. La angelical pintura de aquellos amores le ponia de relieve todos sus vicios, y sus ojos, comparando sus lúbricos deleites con aquella pasion celestial desconocida para ella, la hacian ver por primera vez su alma en toda su asquerosa desnudez. Respirando el aire divino de aquel mundo encantado, sentia todo el horror de su naturaleza inmunda, y así como una llama pura extirpa la impureza de un alimento, su corazon purificado se dilataba inflamándose. Ante aquella mirada sin mancilla sondeaba el fango en que estaba envuelta y se sentia harto abyecta para aspirar á aquella intimidad propia de un ángel.

Mas, á pesar de su índole y de su abyeccion, aquel ángel la atraia con atractivo irresistible, y sufria el mayor suplicio que puede experimentar un corazon: adorar, sin poder elevarse hasta el sér amado! ¡Oh! Si hubiese abierto su seno á

Cedar, ¡qué infernal abismo habria descubierto en él! ¡Delirio, abatimiento, envidia, celos, amor, rabia! Pero la máscara de candor con que sabia encubrir su rostro no dejaba traslucir ninguna de esas pasiones, y el jóven no veia otra cosa sino inocente amistad en aquellas facciones que expresaban al parecer la compasion más sincera.

La luz del alba que empezaba á despuntar al través de los hierros de una angosta ventana interrumpió en breve aquellas pláticas secretas. Lakmi se apresuró á marcharse, aprovechando el sueño de los guardianes ántes que el señor de los dioses hubiese sacudido el que pesaba sobre sus feroces párpados; procuró amortiguar el ruido de sus pasos en la seda de las alfombras; ocupó de nuevo á los piés de Nemphed su acostumbrado sitio; y volviendo á colocar, con temblorosa mano, el anillo en su dedo supremo, fingió dormir á su vez, áun cuando sus reflexiones no le permitieron conciliar el sueño.





DÉCIMATERCERA VISION

Pero si tenia los ojos cerrados, su corazon no dormia: habria soñado con Cedar áun á las puertas de la muerte. El amor que la consumia por el celestial esclavo hacia circular oleadas de lava por sus venas infantiles; sus sienes latian con fuerza y su respiracion no era otra cosa sino un prolongado suspiro. El sitio en que la mirada de Cedar habia caido sobre ella fulguraba en la sombra como abrasadora chispa. El silencio estada lleno de su voz: cada hora, inmensa, interminable parecia trascurrir cien veces; en su insensata expectacion hubiera deseado que de la aurora á la noche sólo mediara un instante; hubiera querido tener un solo pensamiento para devorar la ausencia, y eternizar al propio tiempo el espacio entre la noche y el dia así como su amor.

En vano sus esclavas temblorosas, arrodilladas á sus piés, se esforzaban por distraer sus ociosas é indolentes horas, y encomiaban la naciente belleza de su rostro, ponderaban la insípida voluptuosidad que inspiraba halagando su amor propio, le hablaban á porfía del poder de sus atractivos, buscaban con afan su confianza y lloraban si lloraba; en vano Nemphed, solícito por anticiparse á sus deseos, pasaba la

mano por su hermosa frente acariciando sus cabellos, y al observar la tristeza de sus encantadoras facciones la preguntaba qué idea podia apenarla de aquel modo.

Una mirada habia decidido de la vida entera de Lakmi, que se apartaba de la gente, huia de ella, y se retiraba á la sombra de la más espesa arboleda; el cedro no difundía ya tanta sombra como ella deseaba; amparábase, aislada, de su melancólico ramaje, y se alejaba de él para ir á sentarse en actitud meditabunda á la orilla de las corrientes. Pasaba el dia mirando en las fuentes de mármol cómo flotaba el nenúfar, ó caia la hoja del árbol, ó escuchaba el paso de la brisa, ó el murmullo del manantial, pero en ningun sitio podia permanecer mucho tiempo; é impulsada secretamente por un instinto indefinido, mudaba á cada instante de lugar y de pensamiento. Los espectáculos divinos, los feroces placeres, que constituian el recreo de sus crueles miradas, no distraian ya su caviloso abatimiento; su corazon esquivaba los horrores de la orgía, como si un rayo de luz que lo decolorara todo la hubiera hastiado por fin de sus desmanes. Al ver aquellos Titanes, monstruos de rostro humano, su adoracion se convertia en ódio, y si su voz hubiera podido inflamar el rayo, su desprecio los habria exterminado á todos á la vez. Siendo cómplice involuntaria de sus crímenes, los execraba; desviaba de ellos la vista ó compadecia á las víctimas; desde el punto en que su mancillado corazon se abrió al amor, pareció reanimarse en él un gérmen de virtud, y á falta de inocencia, el disgusto del vicio empezaba á regenerar aquella infancia. Mas, aunque odiaba á los dioses, como era demasiado débil para herirlos, su último vicio consistia al ménos en engañarlos, y así lo hacia ocultándoles su corazon como un misterio.

No bien tendia la noche su manto sobre la tierra, emprendia el camino del calabozo de Cedar, desaparecia con la lámpara en la mano, y corria á recrearse hasta la salida de

la blanca aurora en la contemplacion del sér á quien adoraba: cada dia que pasaba léjos de él, se acrecentaba su pasion. Mucho ántes de llegar á su lado, experimentaba su corazon deliciosas sensaciones; una mezcla confusa de respeto y de ternura contenia sus pasos que su pasion le inducia á apresurar, y al presentarse ante él, con la frente inclinada y casi sin voz, tenia tanto miedo como en su primera entrevista. Al contemplarle á cierta distancia, en su triste actitud, admiraba aquellos miembros plegados á sus hierros por el hábito, aquel cuerpo que se estremecia á los reflejos de la lámpara como un dios que sale rejuvenecido de su tumba; aquella frente ennoblecida por su tristeza divina; aquel cuello doblado, aquellos brazos, aquel pecho varonil, aquel naciente vello que hacia resaltar el color marmóreo y aterciopelado de su piel, el brillo de sus ojos velados por los párpados cuyo húmedo esplendor habria derretido las piedras, y sus labios entreabiertos cual las volutas de los lirios y en los que estaba impresa una suave melancolía, labios que, no atreviéndose á tocar con sus labios de mujer, inundaba con su alma de tímidos besos.

Así permanecia contemplándole silenciosa hasta que Cedar se dignaba dirigirle la palabra. Así tambien la luna, saliendo del fondo de las noches atraida por su amor en busca del hermoso pastor hijo mortal de Ciniro, inclinábase sobre su Endimion, rodeándose de amor, éxtasis y luz!

Pero el divino cautivo, á quien tan tierna amistad ablandaba el corazon que experimentaba verdadero placer al poder ensancharse, y que consideraba á aquella criatura sentada sobre sus cadenas como un amigo apiadado de sus desgracias, impaciente por tener alguna noticia de la mujer á quien amaba, de ver brillar en la oscuridad en que estaba sumido algun rayo de consuelo, comenzaba á desahogar su alma en el seno de la amistad. Muy ajeno de suponer que en tan tiernos años pudiera sentirse una pasion intensa, llamaba á Lakmi á su

lado para oirla mejor; no bien llegaba la noche, la aguardaba impaciente, y hacia que se sentase sobre los hierros que le sujetaban los piés; mientras ella hablaba, aspiraba su aliento; sus dedos distraidos jugaban con los negros rizos de la jóven; olvidando su sexo, no echaba de ver la turbacion de ésta ni sus sobresaltos cuando la tocaba, atribuyendo á ingenua compasion los suspiros que entrecortaban sus tímidas frases, el débil y tierno acento de su voz que cambiaba á cada instante, y los bruscos movimientos de sus helados dedos. En su constante angustia, aquella criatura le era de dia en dia más querida; sabia consolarle con tanta ternura, en sus largas conversaciones confundía hasta tal punto su pensamiento con el de Cedar y los suspiros de éste con los suyos, que habia llegado á ser lo único que le inspirara dulce interés y le hiciera contar las horas en su tétrica mansion: ¡la amistad nace tan pronto en el corazon de los desgraciados!... Ya se trataban con cierta familiaridad: algunas veces descansaba Cedar la cabeza en el hombro de Lakmi cual la robusta rama de un roble se apoya en un sauce, y vertia silencioso en el seno de la jóven las lágrimas de amor que rebosaban de sus ojos, causándola con ello un voluptuoso suplicio; pues así como una azucena próxima á marchitarse entreabre su cáliz para aspirar la brisa y beber sin ruido las gotas que le ofrece el rocío nocturno para aplacar su sed, así tambien ella sentia caer en el fondo de su alma aquellas lágrimas derramadas por el amor de otra mujer, y estremeciéndose á la vez de rabia y de amor, sus labios las recogian secretamente de sus dedos!

Cada noche que trascurria contribuia á estrechar tan pérfida amistad, y Lakmi, perdiendo á veces su timidez, creia que el inocente placer que á Cedar inspiraba su presencia era en cierto modo síntoma del amor que ella sentia por él, y al separarse de su lado se alejaba desfallecida de tierna emocion, y la abrasaba todo el dia el ardoroso fuego de una suspirada caricia.

Cierta noche en que Cedar, expresándose con mayor abandono, habia impregnado su voz de amorosa entonacion, y, arrastrado por la ilusion causada por el error en que estaba, estrechó á Lakmi amistosamente contra su seno, enloquecida ésta por su insensata pasion, creyó ver en aquel abrazo la realizacion de su anhelado triunfo, é involuntariamente partió de su corazon un grito, revelador del misterio de su dicha. Levantó el rostro á la altura del rostro de Cedar, deslumbróse contemplando sus ojos, y con impulso más rápido que el de la abeja cuando se precipita á libar el cáliz de una flor, aplicó sus afanosos labios á la boca del jóven.

—¡Ah! exclamó fuera de sí, ¡por fin prende el fuego de mi alma en la tuya! ¡Por fin me has comprendido, oh Cedar!

Pero éste, apartándola de su boca con ademan de repugnancia como si le hubiera tocado una serpiente, y retirando bruscamente sus miembros replegados, la hizo caer al suelo rodando á sus piés, se restregó con desden los párpados y contempló arrogante cómo se arrastraba por el polvo.

La humillacion, el horror y el asombro hicieron que ambos enmudecieran algun tiempo, á la manera que, despues de rasgar las nubes un relámpago, se sigue un momento de silencio que interrumpe ó precede á la tormenta. Pero Lakmi, recobrando su astucia con sus sentidos, fué la primera en romper el silencio y arrastrándose humilde y cariñosa á los piés de Cedar como un perro que vuelve á acercarse al pié que lo rechaza, y enlazando temerosa sus brazos á las piernas del mancebo, levantó el rostro bañado en llanto y le dijo con voz apagada:

—¡Oh sér cuyo desprecio me derriba á tus plantas! ¿no hallará gracia en tu corazon el crímen de amor? Si te he profanado en un apasionado arrebato, ¿soy yo quien ha cometido esa amorosa falta? Sí, á pesar mio, mis labios han hecho traicion á mi pensamiento! Sí, mi hálito ha empañado

tu esplendor ofendido! No debia ignorarlo, no; el cielo está entre nosotros! Los mortales no deberian hablarte sino de rodillas, y yo, ahogar para siempre en mi alma este amor cuya llama te ha revelado un irresistible movimiento mio, y no descubrirte mi corazon sino despues de reducido á cenizas como el ascua encerrada en la mano! Pero ¿no has alentado tú mismo en el seno de tu esclava, este amor que osa arrostrar tu enojo? ¿No has levantado su abatida frente cuando ella humillaba su cabeza á tus plantas? ¿No la has sentado en tus sagradas rodillas? ¿No has inspirado confianza á su ternura indecisa, dado grata dulzura á tu varonil acento, y dejado flotar tus cabellos divinos sobre su mísero cuerpo? ¿No has acercado á tu rostro que tan viva pasion la inspira este corazon en que aún dormia la chispa? ¿No has hecho penetrar en él tu divino aliento? ¿Tengo yo acaso la culpa del incendio que en él ha estallado? ¿La tengo por ventura de que tu mirada celestial, capaz de consumir á un ángel, haya consumido al caer en la tierra el barro de que estoy formada? ¡Tú eres, oh Cedar, quien ha cometido mi crimen! Pero yo lo expiaré con mansedumbre y sumision. ¡Hiéreme, castigame por esta pasion que me abrasa! Bendeciré tu pié si es tu pié el que me pisotea. Adoraré todo cuanto proceda de tí, hasta tu desprecio. Esclava sin esperanza, serviré sin recompensa; yo misma estrujaré en el fondo de mi pecho este corazon que ha profanado tu pureza divina, á la manera que el gusano corroe la dorada fruta del árbol, sin que ni el oido perciba su ruido. Cualquiera que sea la humillacion con que se le antoje deprimirme, cifraré todo mi orgullo en servir á mi rival: la engalanaré con mis propias manos para que tu vista se recree en ella; seré en tu presencia la alfombra de su pié; te hablaré de ella para entretenerte miéntras la esperas: tú me dirás: «¡La amo!» y quedaré satisfecha! Yo encontraré mi placer donde tantos otros han encontrado la muerte. Pero no me alejes de la sombra de tu cuerpo; no aplastes con tu pié

á tu rastrera culebra!.... Deja que termine sigilosamente la obra emprendida para proporcionarte la fuga, que roa como un lagarto los muros de esta torre, que te devuelva á la luz del dia, á los desiertos, al amor; y despues destroza, si quieres, con tus hierros caídos á tu esclava, como se arroja la lima cuando se han roto ya las cadenas!....

Y mientras así decia, sus desnudos brazos enlazaban las piernas de Cedar, en las cuales estampaba apasionados besos; arrastrábase por el polvo ensuciando sus hechiceras facciones, y sus lágrimas abrasaban el sitio en que caian. Aquel fingido arrepentimiento mitigó el enojo de Cedar.

—Vete en paz, pobre niña, la dijo.

Y ella salió... pero no con aquella falsa complacencia que la astucia la inducia á mostrar ante él, sino con el corazon rebosando saña por la afrenta sufrida: salió apresurando el paso é irguiendo la frente y desahogando su frenesí con frases entrecortadas.

—No, no, decia alejándose del calabozo; tú me amarás, tú me amarás, cruel, áun cuando sólo sea un instante! Aunque supiera que su beso supremo me habia de matar, he de saborear la felicidad que depara á lo que ama! Yo robaré ese amor que me niega! Y si caigo... al ménos caeré en tus brazos! No escaparás del fuego que me devora. ¡Perezca con Lakmi este olvidado palacio! ¡Degüéllense mútuamente esos crueles Titanes! ¡Sepúltese su Babel en sus cimientos con tal que mi ventura preceda á su suplicio, y que Lakmi, mezclando su júbilo con el general esterminio, lleve consigo al morir su ensueño realizado!

. . . .

Miéntras tanto el palacio era un semillero de intrigas, y Nemphed no perdia de vista tantos y tan amenazadores manejos. No habian escapado á sus miradas, que por do quiera veian asechanzas, las tramas urdidas por Asrafiel; pero aguardaba que su propia astucia, más refinada que la de su rival,

le descubriera su lado flaco para asestarle un golpe certero. Ya columbraba las señales precursoras de la tormenta, siéndole por tanto forzoso ó perecer sin defensa, ó anticipándose á la explosion de la cólera del furibundo gigante, darle su merecido ántes que levantara el brazo sobre él.

Despues de un corto sueño agitado por el terror, atrajo á Lakmi sobre sus temblorosas rodillas diciéndole:

—¡Refléjese en tu alma la llama de mi justa saña, oh tú, que sabes ocultar entre flores el mortífero acero! ¡Hermosa niña cuyo rostro sabe encubrir tan bien la muerte, nube de la mañana en que duermen mis rayos! Guarda en lo mas recóndito de tu pecho el secreto divino que voy á confiarte: Asrafiel ha abierto una mina bajo nuestras plantas: si no apagas la mecha en su mano, mi imperio y Lakmi pasarán mañana á su poder. Serendyb y Znaim son los hilos de su trama: mi venganza no sabe dónde descargarse ni en quién confiar. Si levanto el brazo sobre los conspiradores, mi amenaza impotente precipitará mi muerte; el arma de que se valga mi mano contra ese traidor se volverá tal vez contra mi propio seno. En tan inminente peligro, sólo una salvacion me queda: interponerte, oh linda niña, entre el ojo y el blanco, atraer un momento sus ideas hácia el amor, hacer que tus brazos sean el lazo en que caiga esa alma insensata, y miéntras queda prendido en tus irresistibles atractivos, aterrar á sus secuaces con su repentina muerte. Cortando uno de los hilos, se deshará toda la trama; únicamente la fuerza de Asrafiel inspira audacia á esa muchedumbre y tan luego como él caiga, el complot quedará sin guia y sin objeto; los dioses buscarán en vano un rival que oponerme en los cielos, y mi trono asegurado gravitará sobre sus cabezas. Venganza de Nemphed, ¿estás pronta? ¿Has llenado ya tu seno de los venenos del áspid? Á fin de disimular mi pérfido designio, he dispuesto para esta noche en su obsequio la orgía más divina que haya enrojecido jamás la bóveda del cielo. Con objeto de dar

un momento de tregua á sus cábalas pienso embriagarles con embriaguez digna de los dioses, y en tanto que esos mónstruos, aniquilados á fuerza de lúbricos éxtasis, apuran las copas del deleite entumecedor, tú, con la frente radiante de celestial belleza, adormecerás á Asrafiel en tus brazos procurando entre suspiro y suspiro herir su corazon como por un rayo con el veneno sutil que tan bien sabe disolver tu mano. Yo estaré atento á tu obra, y al grito que Asrafiel lanzará, brotará el rayo de mi callado seno: sorprendidos sus cómplices y recelosos unos de otros, se revolcarán en el lodo en que los encenaga su embriaguez, y esos demonios, anonadados, reconocerán en mí á su dios. Ya comprendes lo que de tí espero; ahora, déjame; sé mi rayo! ¡Adios!

Cual sierpe domesticada que se desliza de las manos, fingió Lakmi ser cómplice del infernal designio; llevóse dos dedos á los labios, dilató su seno como si lo aliviara de intolerable peso, y la espantosa imágen del próximo combate de los dioses iluminó su rostro de secreta alegría. Partióse bruscamente de allí; mas en lugar de dirigirse á aumentar sus hechizos, preparándose para las emboscadas de la próxima noche, y á aguzar merced al arte el aguijon de sus atractivos, como otra Lais que confia en sus armas, con paso recatado, negligente y distraido, se encaminó secretamente en busca de Asrafiel.

—¡Oh, tú, el más hermoso de los dioses, rey del corazon! le dijo. Yo soy la hora de subir al trono y tambien tu hora mortal. Nemphed ha jurado darte esta misma noche muerte, que deberás encontrar en mis brazos: ese imbécil viejo, que no osa luchar contigo, quiere que la mano de una niña te aseste el golpe mortal; pero él mismo caerá en su tosco lazo: sí, el arma de que piensa valerse, te defenderá de él. Lakmi, prendada en secreto de tu belleza, te adora, y para salvar tu vida, te ofrece la suya. Si no procuras evitar tu muerte, no brillará el nuevo sol para tus ojos: así pues, frus-

tra su crímen, anticipándote á él. ¡Esteriliza esa vil asechanza que con trabajo te tiende. Yo me brindo á guiarte, á asegurar tus pasos: ¡sé mi vida, Asrafiel! yo seré tu muerte!

. . . .

«Tén tus cómplices apercibidos para el golpe que es preciso asestar. Que sus sentidos vigilantes se abstengan hoy de todo deleite. Esta noche, en el momento en que el tirano de los dioses me indique con una seña que ha llegado la hora de tu muerte, fulminada por el veneno que para tí he de preparar, la palidez del sepulcro será su diadema. ¡Su cadáver caerá á tus plantas! Así pues, ¡silencio, audacia, amor! ¡Una niña te ceñirá la corona!...»

. . . .

Asombrado Asrafiel, la vió huir sin aguardar que le expresara el horror retratado en sus ojos.

—¡Ah insidiosa serpiente! ¡reptil inmundo! exclamó. ¡Puñal emponzoñado cuyo filo es la astucia! ¡Traidora que te vendes en las manos de un traidor! ¡Gusano roedor del corazon! ¡Perro que muerdes á tu amo! Sí, yo dejaré que vibres tu infame dardo con todos los venenos que hay en tu mirada; arrástrate por mí, sierpe que te enroscas á mis piés; guíame, hazme lugar en el trono á que aspiro! Pero no creas, pérfida, subir á él conmigo; tú sola subirás, oh mujer de atractivos celestiales! De todas esas grandezas que este memorable dia me depara, la conquista más grata á mi corazon será una mujer. ¡Sus brazos serán mi trono, y tú, Lakmi, mi escabel! Sí, yo te aplastaré, vil escorpion, y al encumbrarme al sólio te estrujaré sobre tu crímen como el zángano sobre la miel que exprime!

Pero Lakmi habia desaparecido ya entre la multitud, sin cuidarse más de él y con el corazon henchido de rabia.

Encaminándose furtivamente en busca de Daidha, é introducida con sigilo en aquel palacio del llanto, hallábase en presencia de la infortunada amante. Mudando Lakmi á su al-

bedrío la expresion de su rostro insidioso, la contemplaba sin despegar los labios con esa mirada fraternal que penetra en el alma y la consuela, y simulando la compasion más dulce, parecia aspirar la mitad de aquella pena.

Arrebatada Daidha á sus idolatrados hijuelos y á su esposo, servida como pudiera serlo una diosa en una mansion celeste, no era ya la candorosa beldad cuyos negros cabellos engalanaban su desnudez, sino que el oro, la plata, la seda, tejidos por sus esclavas, rodeando todo su cuerpo en voluptuosos plíegues cual magníficas trabas de sus aprisionados miembros, descendian á besar las puntas de sus piés perfumados. Esplendentes raudales de zafiros, perlas y brillantes corrian ondulando por su cabeza, y realzando la palidez de su rostro, causaban un irrisorio contraste con su dolor. Hubiérasela tomado por un iris sin sol ni rocío, ajándose en la dorada vasija en que la mano lo ha puesto. Veíanse las huellas del insomnio en sus miembros enflaquecidos; por sus descoloridas facciones corrian lívidos surcos, y en sus mejillas, de las que habia desaparecido el hechicero matiz de las rosas, dos profundas arrugas indicaban el cauce enjuto de las lágrimas, á la manera que la yerba tumbada ó el musgo hollado dejan visible el sitio por donde ha corrido el manantial. Su mirada, inmóvil y fria, se fijaba en el rostro como un ojo que lo ve todo al través de una imágen: sus labios, agitados por nervioso estremecimiento, parecian murmurar frases sin sonoridad. Al presentarse Lakmi ante ella, escudriñó con insistente extrañeza aquel semblante desconocido, y Lakmi, dando pábulo á sus vacilaciones, escuchaba los latidos de su corazon.

Encubriendo por fin con mentido acento de compasion el júbilo que experimentaba, la dijo:—¡Pobre mujer y pobre madre!—Al oir Daidha estas palabras cuyo doble y sarcástico sentido no pudo distinguir, sintió su corazon conmovido, y tendió sus brazos á aquella mujer artera.

—¡Oh! Tú al ménos me compadeces! Veo que tienes alma, boca, voz; que tu corazon no es tan empedernido como los demás, y que no te obstinas en guardar su odioso silencio! ¡Oh sí! Tanta belleza, tanto candor y juventud no pueden, no, servir de máscara á pérfidos proyectos. Pero dime: ¿qué hacen? ¿dónde están? ¡Háblame de ellos! ¿Y Cedar?... ¿y mis dos ángeles?... ¿qué seno les amamanta? ¿No es cierto que él me llama? ¿Verdad que son muy hermosos?... ¡Ah! háblame á la vez de ellos y de él...

Su mismo afan ahogó la voz en la garganta de Daidha, que aplicó la boca á las manos de su rival.

Lakmi se mordió sus pálidos lábios para ocultar su emocion.

—¡Pobre mujer! exclamó: ¡sí, los he visto! Le he visto á él, esclavo de los gigantes, y á ellos, hambrientos y desnudos!

—¡Esclavo! gritó la atribulada esposa: ¡esclavo, él, dios del mundo y de mi alma! ¡Él, á quien no sujetaban más cadenas que las de mis brazos sobre este corazon ardiente! ¡Él, á quien profanaban las viles miradas de los mortales! ¡Él, por quien romperian sus rayos en el cielo esos globos de luz para servir de polvo á sus plantas! Esclavo! Cuando una mirada suya seria capaz de fulminar á los dioses!... ¿Los has visto, es cierto? ¿Los has tocado? ¡Oh cisnes sin plumaje que se cobijaban en mi seno! ¿Tenian frio y sed? ¡Ni siquiera les daba su leche una gacela!...

. . . .

«¡Oh! ¿cómo es posible que vuestras mujeres no tengan regazo para ellos? ¿Que sus venas carezcan de sangre y sus pechos de leche? ¡Oh! Toda mi sangre correria al través de estos muros para nutrir cariñosa á esos frutos de mis entrañas! Sí, llévate, llévate cuanta tengo para alimentarlos!

. . . .

»¡Mónstruos! ¿Y sereis capaces de permitir que mueran esos ángeles?»

Lakmi sintió resonar en su corazon el grito de la naturaleza.

—No morirán por falta de alimento, contestó; al oir sus vagidos, todos los dias acude alguna madre secretamente á aplacar su hambre, y los levanta del suelo y reclina en sus brazos, satisfaciendo su necesidad con un resto de leche.

—¡Del suelo! exclamó la madre poniéndose de pié. ¡Del suelo duro y helado! Díme, dímelo todo! ¿Han arrojado sus delicados miembros en la tierra desnuda? ¿Ni siquiera los han tendido sobre las alfombras de esas cámaras? Esos tiernos cuerpos, que tan blando lecho tenian en mis brazos, que habian arrugado los pliegues de mi seno materno, ¿yacen ahí desnudos sobre la arena ó el mármol, cual pajarillos caidos del nido al pié de un tronco? ¿No hay nada que les depare abrigo en su triste desnudez?

—¡Ay, no! dijo Lakmi.

—¡Oh mónstruos de crueldad! ¡Hombres cuya maldad asesina á los ángeles! Pues bien; mis cabellos les servirán de pañales. ¡Oh, no te niegues á satisfacer mi postrer deseo, y hazles un blando lecho con mis cabellos! Extiende bajo el cuerpo de esa tierna pareja las trenzas largas y sedosas de mi frente privadas de ellas! Cubre su blanca piel con estos rizos: ¡los he envuelto tantas veces en ellos! ¡Se han adormecido tantas veces en mi regazo tapados con estas ondulantes matas que entreabrian con sus cándidas manecitas! Les gustaba tanto enroscar estos negros anillos, y tanto me complacia yo en ver como jugaban con ellos con sus tiernos dedos, que los conocerán por el olor, y se creerán aún al abrigo del seno de su madre!

Y miéntras así decia, iba cayendo su hermosa cabellera en largas matas al filo de las tijeras, y acumulándose á sus piés como los pliegues de la larga cola de un manto. Cuando formaron un monton que le llegaba á las rodillas, los recogió y depositó en los brazos de Lakmi, diciéndole:

—Toma ¡oh! toma, y llévaselos pronto! Llévaselos mientras aun conservan el calor de esta frente que de ellos se ha privado! Permite que mis labios se posen en tu mano, y ven pronto para devolverme su beso!

Salió Lakmi, cargada con la ondulante seda, disimulando su júbilo infernal: volvió á su palacio, y ocultó á toda mirada profana aquel depósito precioso que iba á aumentar sus atractivos.

Tan luego como la hubo escondido, y observando que el sol se acercaba rápidamente á su ocaso, burló como siempre la vigilancia de los gigantes y se encaminó presurosa al calabozo de Cedar. Al llegar á presencia del jóven, arrastróse humilde á sus piés como una tigre, diciéndole con dulzura:

—¡Oh Cedar, por quien vela mi corazon como una lámpara! ¡Oh tú, el sueño más dorado de Lakmi! ¡Tú, á quien adoro como dios con el nombre de amigo! Levanta por fin esa frente abatida por el infortunio y bendice una vez tan sólo mi ternura importuna! Hoy termina la esclavitud de tus miembros sagrados. Reunido mañana con Daidha merced á mi solicitud, el sol te verá en libertad, y emprendiendo la fuga hácia esos montes, podrás, oh hijo del cielo, remontarte á tu divino orígen!

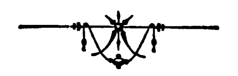
«No perdamos el tiempo en inútiles palabras: no me preguntes nada, pero escucha y conserva en la memoria lo que voy á decirte. Esta noche va á estallar en Balbeck una gran conjuracion, cuyo sangriento drama empezará por la muerte de Nemphed. Su muerte pondrá el acero en manos de nuestros tiranos; su ponzoñosa sangre correrá á torrentes; un incendio voraz rodeará estas murallas; todos los díoses tomarán parte en los divinos combates, y subiendo para luchar á las cúspides de sus torres, dejarán sin guardianes estas galerías tenebrosas. En la confusion de la horrible refriega, quedará abierta para tu fuga una puerta de hierro, practicada en el granito. Una esclava cubierta con un velo, tan discreta como

fiel, te designará el camino tan luego como observe la señal que al efecto le haré, y cuando tus piés hayan traspuesto la bóveda de la puerta y llegues á un bosque de cipreses que habrás de atravesar, la esclava entregará á Daidha en tus brazos.

»Huirás con ella siguiendo las orillas del rio, sin decirle ni una de las palabras que tanto anhela escuchar su pobre alma, ni detener un momento tu rápido paso para estampar un beso en su frente, pues tu salvacion y la suya dependen de tu silencio y celeridad. Huye como el corcel acosado por el tigre; huye miéntras la dulce carga que estrecharás contra tu corazon no postre tu vigor en la carrera. No te detendrás sino cuando falte solamente una hora para que raye el alba, en un recodo del rio, al pié de un sicomoro: seguro ya de que nadie ha de arrebatarte tu tesoro, la depositarás allí, y me aguardarás sentado, pero sin romper todavía el silencio. Antes que empiece á despuntar la aurora, iré allí á reunirme contigo con tus gemelos, y entónces podrás disfrutar de tu dicha entera. Huiremos juntos, ella, ellos y yo. Y si quereis que Lakmi pueda soportar el peso de lavida, sereis tan compasivos que me permitais acompañaros; ó bien me dirás: «¡Muere!» y me ahogarás en tus brazos como un mísero perro. Adios, las horas pasan, y el tiempo apremia: ya me manifestarás tu gratitud al pié del sicomoro.»

Dijo, y entregándole una lima, le hizo una seña que Cedar comprendió, exclamando al propio tiempo:

—¡Hasta mañana!



19



DÉCIMACUARTA VISION

La noche, preñada de crímenes y enrojecida con el fulgor de las antorchas, hacia que sus astros horrorizados pasaran con raudo giro sobre la orgía. Las constelaciones contemplaban con asombro aquella escena desde el alto firmamento, no pudiendo comprender cómo Dios, en sus inescrutables designios, permitiera que se remontasen á tanta altura los delitos de la tierra; y los ángeles cantaban con acento solemne: «¡Lo tolera, lo tolera, porque es eterno!»

Las olas encauzadas saltaban formando cascadas ruidosas, y la iluminacion serpenteaba trazando vistosos arcos. Los rayos de los dioses, despedidos por cien morteros de bronce, enviaban á los cielos, desde las cúspides de las torres, nuevos astros que, cruzándose en su parabólica ruta, formaban una segunda bóveda bajo la opaca noche, una ondulante red de soles movedizos, de reflejos áureos ó plateados, azules, perlados ó rojos: los unos, semejantes á gotas de fuego, se disolvian á modo de lluvia, como el arco-iris, nuncio de la bonanza; suspendidos los otros en los aires, trazaban templos maravillosos iluminados con relámpagos, y estallando luego en aquellas regiones cual fragorosos rayos, parecian porciones del cielo que se derrumbaban reducidas á polvo. La mú-

sica, uniendo sus sones á tan grandes acentos, agitaba el aire sacudiendo por su intermedio todos los sentidos, y como si diese á todos una sola alma, de mil impresiones vagas no formaba más que una, arrebatando á la vez en sus fogosas corrientes el alma del esclavo y las de los tiranos.

Todo el pueblo presenciaba los mágicos esplendores de la fiesta, coronando las almenas de cabezas humanas; todas aquellas cabezas inquietas parecian animadas á la vez de un mismo movimiento. Los suelos, los techos y las paredes parecian dotados de vida; y al ver respirar á tantos pechos, hubiérase creido que en el espacio no habria suficiente aire para ellos. El pueblo habia entregado los envilecidos enjambres de sus beldades más jóvenes para tan impura fiesta; y ellas eran el incienso de sacrificios abominables, miserables primicias de los lúbricos altares: la promiscuidad de aquellos amores espantosos las hacia pasar de unos brazos en otros como inmundo rebaño. El vino, el amor, los gritos de hombres y mujeres corrian, infectaban la muerte del alma, y la atmósfera, elevando los miasmas de la tierra, hubiera asfixiado á los ángeles ahogados en su vuelo.

Absteniéndose de participar del asqueroso lodo en que los demás se encenagaban, Nemphed y su rival se miraban mútuamente, gustando tan sólo algunas gotas de sus libaciones, para preservarse de la invisible muerte. En el momento en que Nemphed, pérfidamente astuto, creyó ver á su enemigo vacilar bajo el sopor de la embriaguez, fingió á su vez adormecerse, é hizo á Lakmi la seña del crímen convenido. Acercóse ésta al rey de los dioses como para oirle mejor; echóle al cuello ambos brazos, y semejante al niño que, deseando dar un beso, no sabe si estamparlo en los ojos ó en la boca, introdujo en la sien del monstruo la aguda punta de un dardo sutil que llevaba sujeto entre los dientes y oculto con los labios. No es tan mortal el hacha ni tan rápido el relámpago como lo fué el efecto de aquel dardo: el monarca cayó

instantáneamente precipitado de su trono, rompiéndose la frente contra el pavimento. Asrafiel, al verlo caido, desnudó al punto su acero. Los dioses embriagados despiertan y se levantan vacilantes; tronos, mesas, altares caen hechos pedazos; todos los ámbitos del palacio resuenan con estruendosos gritos, mientras los dioses se degüellan entre sí con mortal encarnizamiento. Los esclavos en tanto devoran ansiosos los restos de los festines, y durante los horrores de aquella larga noche, todo se dispersa y muere, todo triunfa ó huye.

Lakmi se habia eclipsado, cual relámpago mortal, en la confusion de la insensata lucha, y dejando que los dioses se disputaran el trono ó la muerte, habíase encaminado presurosa á su desierto palacio; allí, una esclava solícita y cómplice de sus crímenes secretos tomó los cabellos usurpados á la frente de la cautiva, costándole trabajo levantarlos con su débil mano; alisó diestramente las trenzas con sus dedos, y reuniéndolas en la cabeza de Lakmi, la engalanó con tan rico y preciado botin. Contempló la infame criatura su belleza en el cristal, envanecióse insolente con aquel atractivo robado, dió la última mano á su postizo tocado, lo perfumó, y esquivándose á todas las miradas, salió de su aposento con su esclava.....

. . . .

Mientras tanto, estaba Cedar sumido en sus reflexiones, contando las horas por los latidos de su corazon. Habia ya roto sus cadenas con la lima; su sangre impaciente corria en libertad por sus venas, oia resonar el combate sobre su cabeza, y vió á sus guardianes alarmarse y salir. Solo en el fondo del abismo desde el cual escuchaba con atencion aquellos rumores, aguardaba que una mano le revelara su camino; por fin, percibió el ruido leve de los pasos de una mujer, la cual se acerca, llégase á él, vuelve á ponerse en marcha y Cedar va en pos de ella. Siguiendo los callados pasos de su

silenciosa guia, cruza la puerta de la recia muralla: su acompañante le abandona: ¡ya está en libertad, ya está solo!

La noche extiende su negro manto sobre la naturaleza entera, cual si, instruida de aquel misterio, quisiese rodear la fuga de impenetrable sombra; apenas ve Cedar la ondulacion de las copas de los cipreses sobre el anchuroso horizonte; acércase á tientas á un árbol que llega á tocar y de pronto... siente un corazon sobre el suyo y un dedo sobre su boca! Al leve impulso del viento, parécele que los cabellos de Daidha le rodean con su flotante velo: la toma en brazos, la levanta silencioso, y más ligero que un ensueño, huye con ella, guiándose por el mugiente rumor del rio, y sin que su fogoso aliento se permita un instante de reposo. Sus labios aspiran en vano el hálito de otros labios; en vano es que aquel tembloroso corazon que palpita sobre su pecho comunique á su sangre sus latidos; en vano, enlazando su cuello con sus inflexiones, dos brazos rodeados á él cual ramas de sauce sostienen una cabeza reclinada en su hombro; en vano parece abandonarse á sus apasionados abrazos aquella dulce carga cuyos estremecimientos percibe; pues ni siquiera se inclina para rozar aquellos labios con los suyos, ni sacia de amor el amor que le consume, como el corazon oprimido que se detiene un instante para respirar despues con más libertad. Nada puede contener su carrera, cada vez más rápida: toda mata, toda caña le parece un gigante que le acecha; cada rumor del rio un grito que le persigue; atraviesa un reino en un cuarto de la noche, y no suspende su desatentada marcha sino cuando en un recodo del rio divisa el tronco de un sicomoro.

Allí, sobre una verde alfombra que lamen las aguas, deposita tembloroso su amorosa carga, y dando tregua por fin á su cruel martirio, se sienta junto á ella y la atrae á su corazon.

¡Oh! ¿Por qué ha de ser tan negro el nocturno manto que no le permite vislumbrar siquiera aquellos miembros adorados,

aquellos ojos, aquel rostro ajado por el dolor y enflaquecido por la separacion? Su corazon de esposo estalla y se deshace en sollozos, y sus lágrimas se mezclan á oleadas con sus besos. Estrecha con vehemencia, y sin atreverse á romper el silencio, aquel cuerpo que palpita de delirio y de temor, y en su ferviente éxtasis le repite mil veces apasionadas frases contestadas tan sólo por suspiros: ¡su amor bastaria para llenar una noche eterna! Enajenada de felicidad, Lakmi (¡porque era ella!) y usurpando aquel amoroso anhelo excitado por otra, se embriagaba de temor y de ventura. Sobre aquel corazon, engañado por su infernal malicia, abrasábase en el fuego que encendia en él su rival, y por temor de convertir el delirio en sospecha, apagaba en sus labios con el aliento los sonidos de su voz. Recelaba que una palabra, un suspiro, un ademan, disipase el error ántes de rayar la cercana aurora; y sabiendo que el horror seguiria á los arrebatos de la pasion, queria apurar el engaño hasta el postrer instante. Ocupando en brazos de Cedar el puesto de su esposa, hasta el fulgor de una estrella le llenaba el alma de espanto, y así como en el prado una ávida culebra se endereza y se suspende del pecho de una oveja, y agotando la mama de la blanca madre, bebe la leche destinada al corderillo que muere de hambre lejos de ella, así tambien, adherida la pérfida criatura al seno de Cedar, y saboreando hasta el extremo su victorioso latrocinio y aspirando las más santas y tiernísimas frases, recibia las caricias del jóven en su frente profanada, hasta que Cedar inclinó la suya, vencido por la languidez, y Lakmi se durmió con la cabeza reclinada sobre su corazon.

. . . .

. . . .

. . . .

Cuando Cedar despertó, Lakmi dormia aun. Al aparecer en el firmamento los primeros matices de la aurora, quiso contemplar el astro de su alma ántes de mirar la luz de los cie-

los, y para ver de nuevo aquel rostro, entreabrió con cuidado la vaporosa nube de sus cabellos sueltos, de aquellos espesos bucles cuyo aroma y cuyo roce causaban la misma impresion que las leves plumas de las alas de un ángel.—«¡Despierta, dijo, luz de mis ojos!» Entónces descubrió aquel rostro con su mirada fija, midió de una sola ojeada la perfidia y el engaño, y apartándole bruscamente con el codo, se levantó horrorizado.

Despertando Lakmi al oir su grito, rodó al suelo desde sus brazos, mientras Cedar, sacudiéndola como el pastor herido sacude inútilmente el áspid enlazado á su pierna, exclamaba:

—¡Execrable instrumento de vicio y de impostura! ¡Infame víbora! ¡Muere sobre la misma herida que has causado!

Y arrancando con nerviosa mano los cabellos de aquella frente que sujeta airado con sus rodillas, añadió:

—¡Oh pudorosos velos, castas ondas! ¡Habeis podido flotar sobre esos repugnantes miembros!

En seguida empujó á Lakmi hácia la escarpada orilla del rio, cortada á pico, y le gritó:

—¡Vé á empozoñar el infierno que te ha vomitado!

En aquel sitio el terreno formaba un declive agrio y escabroso que dominaba á cien piés de altura el lecho mugiente de las ondas: un paso más, y Lakmi caia precipitada desde su borde; pero en el momento en que iba á caer irguió su cuerpo, y aferróse á Cedar en un supremo abrazo, dejando en su piel la horrible huella de sus uñas.

—¡Sí lava, ángel mancillado, mi perfidia con mi muerte! exclamó. ¡Hiéreme sin piedad! ¡Destrózame sin remordimiento! No ignoraba yo á qué precio compraba mi audacia celosa ese amoroso ensueño disfrutado en tus brazos. He hecho el pacto impío y no me arrepiento: bien valia una muerte esta noche de placer! Mi vida es una tempestad, y forzosamente debia estallar: puesto que he robado al cielo, acepto el rayo!

¡Ahora puede ya herirme! ¡lo desafío! ¡adios! ¡He usurpado en tu seno la ternura de un dios!»

Dijo, y poniendo fin á la espantosa lucha, rodó hasta el borde del abismo, resignada á su caida, y las olas, teñidas de sangre y de cieno, arrebataron su cuerpo, del mismo modo que arrastran las inmundicias de sus orillas.

Cedar, que continuaba, lleno de odio y de horror, al borde del precipicio, apartó la vista con disgusto de aquel espectáculo, y retrocedió en seguida como un insensato por el mismo camino llevando levantados en la mano los cabellos de Daidha.

El violento resuello de su pecho hacia ondular los cañaverales; de su garganta salian sordos rugidos; sus pasos retumbaban en el suelo como la pesada planta de un coloso de bronce. Los leones de las selvas huian al acercarse él, y el águila espantada volaba á guarecerse en la roca. Su pecho hendia las olas sin sentirlas; oíanse claramente los violentos latidos de su corazon, y por momentos salian entre sus dientes, que rechinaban con fuerza, palabras sin ilacion y voces mugientes. Sus músculos palpitantes dilataban el contorno de su cuerpo; sus ojos despedian rayos y su aspecto mataba: el copioso sudor que caia á sus piés en anchas gotas, dejaba en pos una humeante huella, pero no era el sudor del cuerpo indicio de su vigor, sino el del alma que destroza el corazon. Así se encaminaba ciegamente hácia su objeto sin idea determinada, cual máquina inconsciente puesta en movimiento, y brillando tan sólo en sus ojos el rayo de la venganza.

La noche extendia ya su sombra por los cielos, cuando el pueblo de corazon servil le vió desde lo alto de los muros subiendo en lontananza por los senderos de la ciudad.—«¿Qué gigante llega por allí? decian. ¿A dónde va? ¿De dónde viene? ¿qué lleva en la mano? Tremola al viento una rara enseña, que parece la crin de los caballos de la noche. ¡Su sombra, proyectada sobre el muro, llegaria á mayor altura que el vue-

lo de un ave: un roble se cimbrea como una caña bajo su brazo, y tendria de doblar el cuerpo para pasar por las puertas de nuestras torres. ¿Es el viento, el relámpago, el rayo ó la tempestad? ¡Corred!... ¡Vedle!... ¡Temblad!... ¡No os acerqueis!»

Y la muchedumbre se apiñaba á su encuentro, y abriéndose ante él para dejarle paso, volvia á cerrarse tras él en oleadas cada vez más compactas. Cedar andaba y andaba sin detenerse, cual rio que arrastra en su curso las aguas de mil arroyos, y levantando aquellos hermosos cabellos de mujer que el viento desplegaba como flotante oriflama, parecia agitar el crímen de Lakmi como un sueño de fuego sobre aquel pueblo dormido. La voluble multitud, que se encamina á donde el viento la lleva, le seguia instintivamente, sin decir una palabra.

Cuando Cedar vió agolpado en torno suyo todo aquel pueblo que admiraba su gigantesca estatura y sobre el cual descollaba cual mástil erguido en el seno de la tempestad, se detuvo con terrible aspecto y volvió la cabeza; y con divino continente y una voz cuyo acento hubiera paralizado el curso de un torrente bramador, exclamó:

—¿Hay alguno de vosotros que conserve en el fondo de su alma un moribundo destello del fuego de Adonai? ¿Hay alguno de vosotros que guarde sepultado en los pliegues de su corazon al Dios de Adonai, ese Dios de los oprimidos, cuyo nombre es una espada? ¡Si todavía queda alguno, que se levante y lo diga! Ese Dios viene por fin á visitaros en mí, á afrontar á vuestros tiranos y á derribarlos!.....

Al oir estas palabras, la multitud prorumpió en entusiastas clamores, salieron á luz mil páginas del libro dispersado; los hijos de la palabra, coligados á la voz de Cedar, rompieron los vergonzosos vínculos que los aherrojaban, y hendiendo la compacta oleada del pueblo asombrado, se agruparon en gran número poniéndose á las órdenes del jóven. Este

ejemplo hizo cobrar audacia á los pusilánimes, los cuales sacudieron á su vez los hierros que laceraban sus miembros, de suerte que á gran distancia sólo se oia resonar el ruido sublime de cadenas que caian á impulsos de la lima ó del yunque; y elevándose á la vez un millon de brazos, brotó la libertad de un millon de voces! ¡Y el espíritu del Señor, que excita con su soplo esas tempestades, onduló como el viento sobre aquel piélago de cabezas!

Cedar, cuya cólera habia brillado sobre aquellas frentes, sintió penetrar en él el espíritu de todo aquel pueblo.

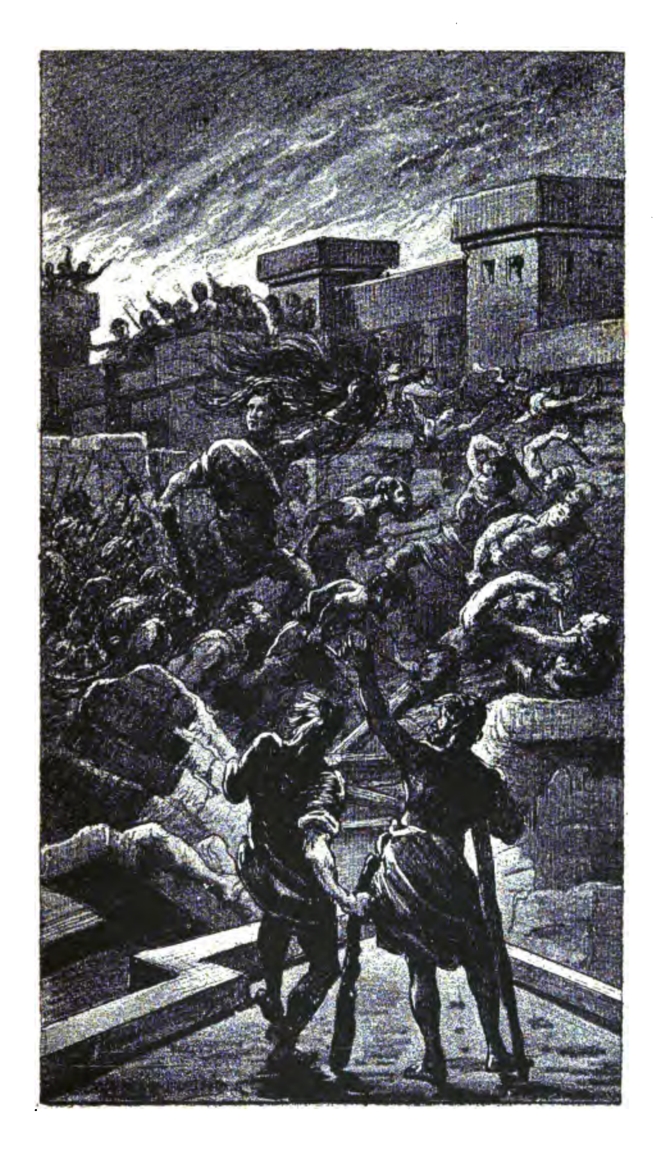
—¡Oh carne vil (ignoro qué otro nombre se os aplica), erguid vuestras frentes y volved á ser hombres! ¡Oh tierra! Ábrete á los piés de tus reyes, y sepúltalos á todos en su propia audacia! ¡Sacudid sobre sus cabezas su crímen y vuestras injurias, como mi brazo sacude esta cabellera! Miradla: es el sagrado estandarte que ellos mismos nos han proporcionado, su última infamia y su maldad postrera! ¡Que sobre sus frentes malditas lluevan otras tantas muertes; que otros cabellos vengadores brillen en mi diestra! ¡Han despojado de ellos á una frente símbolo del pudor, como á vosotros os han despojado de vuestros derechos y de vuestra grandeza; pues bien, del propio modo que yo restituyo á esa frente su adorno, restituid sus santos derechos á vuestra alma degradada por ellos. A fin de parecer más grandes á vuestros ojos, os obligan á doblar las rodillas, interponiendo su sombra entre el cielo y vosotros! Borrando de vuestros corazones las creencias de vuestros antepasados, han expulsado á Dios de ellos para ser sus únicos señores! ¡Ea pues, proclamad conmigo el nombre del Dios vivo; y ellos serán el polvo y vosotros el viento! ¡Su reinado es una blasfemia contra la humanidad; vengar al hombre envilecido es vengar al mismo Dios; prostituir sus dones es deshonrarlo; reconquistar los derechos usurpados es adorarlo, amigos mios! ¡Para el hombre oprimido, el culto es de sangre! Pero la tiranía es tambien el crímen del escla-

vo; encorvarse bajo el yugo, equivale á forjarlo, y soportar tiranos es estimularlos. ¡Lavad, pues, en sangre y llamas esa maldad harto prolongada; forzad en esos palacios esas mazmorras de vuestras almas! ¡Remontaos al cielo con tan sublime asalto; ahí, ahí encontrareis la fé, la libertad, y al mismo Dios! Sus propios crímenes secundan la realizacion de vuestros designios vengadores; la hora, la ocasion y la noche nos son tambien propicias. Al dar esos mónstruos rienda suelta á su sorda enemistad, han efectuado ya la mitad de vuestra obra. En sus templos han estallado sus luchas intestinas, y ni siquiera sospechan el fin que para ellos tendrá esta noche. Atravesemos los charcos de su sangre vil que está ya corriendo. ¡Marchemos!

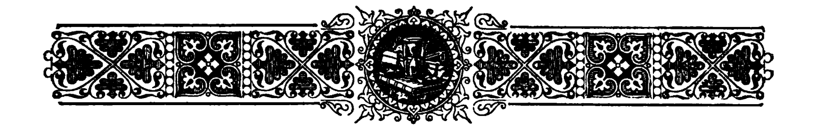
Y el pueblo entero, lanzándose en su seguimiento, gritó:

—¡Marchemos!

Así como el viento, cambiando sobre la líquida llanura, agita la superficie del mar rizándola levemente, y corriendo éste ante la brisa, insensible al principio, apenas produce un ligero murmullo; mas al soplo creciente del viento que lo empuja se multiplica en mil y mil surcos, viéndose en el lejano horizonte acumularse las olas sobre las olas, y la arruga convertirse en oleada y la oleada en colina, corriendo todas ellas con bramador estruendo á derrumbar con sus embates un promontorio, y haciendo que el mar que tenia á sus piés, y que no se atrevia ántes á acercarse á él, le arranque enormes peñas con sus brazos de espuma; así tambien aquel pueblo, congregado á la voz de un solo hombre, despertaba sobresaltado de su terrible sueño, y llenando los aires con sus inveterados resentimientos, se agrupaba en crecientes masas al pié de los muros, armado con sus propios hierros.



Y EL PUEBLO ENTERO LE SIGUIÓ GRITANDO:—¡MARCHEMOS!



DÉCIMAQUINTA VISION

Entre tanto Asrafiel, victorioso merced á su cómplice, habia despejado el campo de rivales y subido al trono puesto el pié sobre un cadáver. Para él la voluptuosidad era la recompensa de la sangre vertida, y á fin de dar nuevo pábulo á su lujuria estragada, pasaba sin transicion ni intervalo de las escenas de matanza á los excesos de la vida, dedicando el resto de la noche á la embriaguez y á la lascivia. La sangre y los perfumes se mezclaban en las losas de los inmundos atrios del palacio de los escándalos; los cánticos desaforados, los sonidos de los instrumentos apagaban los últimos estertores de la muerte. Mil mujeres formaban allí guirnaldas obscenas, y danzaban agitando antorchas sobre aquellas escenas repugnantes. Todo era crápula y libertinaje, no pareciendo sino que Asrafiel, ahogando en la carnal materia el resto de razon que pudiera quedarle, y aterrorizado de antemano de la luz que habria de alumbrar tales espectáculos, se apresuraba á vivir ejercitando á la vez todos sus sentidos.

Excitada su imaginacion por tan horribles cuadros, queria añadir nuevos alicientes á su impunidad. Los ojos de Daidha abrasaban su alma; para él no era nada el imperio sin aquella mujer, y todos sus crímenes le parecian infruc-

tuosos si no realizaban su aspiracion más ardiente, entregándola en sus brazos. Reservando exclusivamente para sí aquella celestial recompensa, queria ser un amante para ella, un dios para los demás, y encumbrándola hasta su divina categoría, celebrar con solemne pompa su libertinaje. Esta pompa debia tener efecto en aquel sitio y en aquellos momentos; así fué que trasladada la jóven desde las tinieblas de su tétrica mansion á la deslumbradora claridad de los templos de los dioses, estaba á su presencia de pié y desnuda.

Ofuscada la vista de Daidha por el brillo de las luces, flotaba su alma deslumbrada en tan radiante claridad; sus largas pestañas no podian preservarla de tanto resplandor, ni sus cortados cabellos defender su pudor. La cabeza inclinada y el rubor creciente eran lo único que vestia de vergüenza su desnudez ante tantas miradas; el estupor paralizaba los latidos de su corazon petrificado, el miedo matizaba su piel de lívidas tintas, y sus desnudos brazos, aplicándose fuertemente contra los sobacos, se esforzaban por velar su cuerpo, como dos alas, cuyas plumas ha cortado la cruel tijera, se cierran en vano sobre los costados del ave; con una de sus manos cubria el globo de su púdico seno, como una fruta que se hurta, y ciñendo el otro brazo á sus costados como con un cinturon, procuraba ocultar con él sus castos atractivos. Su temblor, su espanto, sus pudorosas gracias, echaban sobre ella sola un velo de respeto entre tantas beldades y tantas esclavas desnudas, y la impúdica mirada retrocedia á su aspecto. Hasta tal punto radiaba de aquel cuerpo la pureza, ese adorno interior, deteniendo toda mirada lúbrica y codiciosa.

Un silencio de éxtasis y de arrobamiento comunicaba á todos los ojos la mirada de un amante. Por la inmensa asamblea circulaba un confuso murmullo, como circula por las selvas la brisa que se levanta, mientras Daidha, abriendo sus castos ojos que contemplaban llenos de horror los silenciosos

muros, y cada vez más ofendida por aquellos repugnantes cuadros, se concentraba más y más en su propio pensamiento cual vaso de amor y de casto deleite en el fondo de aquel mar de abominacion.

El esplendor que radiaba de aquella hermosa y abatida frente hacia circular la sangre por las venas de Asrafiel cual chorros de ardiente lava, y el gigante no se cansaba de devorar con la vista tantos y tantos atractivos. La pérdida de su cabellera no menguaba la belleza de Daidha; ántes al contrario, semejante á una airosa palmera á la que han cortado la copa y cuya misma desnudez contribuye á realzar su airoso porte, erguia más flexible y donoso su mórbido busto; y aquella piel sin sombra, por la cual corria el glacial escalofrío, parecia la de una encendida naranja de la cual se ha desprendido la primera corteza, ostentando así á la mirada una carne brillante que ni áun el mismo niño se atreve á tocar.

—Ven, le dijo Asrafiel, oh perla de la aurora que las ondas han conducido hasta mí para abrirte á la vida, ven á brillar en mi frente en la que lucen ya tan refulgentes destellos, y serás el primer esplendor de este cielo! ¡Estrella de la noche, que brillabas ignorada detrás de las selvas ó de las nubes, ven á ofuscar el resplandor de los astros de la mañana! ¡De tus ojos brota la felicidad en amorosos rayos! ¡En tus labios de nardo respira un cielo entero! ¡Sólo por conquistarte he conquistado el imperio! ¡Ven á coronar mi corazon con tus castas perfecciones, pagando mi grandeza con dichas sin tasa!

Y así diciendo su mano áspera y robusta la enlazaba con la posible suavidad por la cintura, y apoyándola en sus fuertes rodillas, la atraia hácia su corazon; mas Daidha retrocedió de un salto lanzando un grito de horror. Asrafiel sonrió y fijando en ella su mirada de sátiro añadió:

—¡Cierva de curioso mirar que huyes de aquello mismo

que te atrae, niña hechicera, vuelve, vuelve á mí! ¿No ves que tu pié ligero arrastra aun sus ligaduras? ¿De qué te servirian la cólera y la fuga? De volver más pronto á mi poder. Pero ¿por qué huyes? Ven; ¿no sabes que todo un dios se recrea contemplando tus atractivos? ¿Que desea conservar para sí su celoso deleite, y de esclava que eres, convertirte en la esposa de su corazon? ¿Encumbrarte sobre cuantas mujeres he amado y á tanta altura como ninguna hubiera podido soñar? ¿Hacer que todas ellas sean alfombra de tus plantas, darte por adorno un imperio, y almas para tu recreo? ¡Oh ven, irreflexiva beldad, ven á reclinarte en el corazon de Asrafiel, y á dejar absorto hasta al cielo con las desconocidas venturas que te esperan!...

Calló, y extendiendo los brazos hácia la esquiva jóven, aguardó un instante que se echara en ellos... Mas Daidha, con una voz á cuyas suaves inflexiones prestaron inusitada energía el sonrojo y la indignacion, contestó:

—¡No hay más Dios que Dios, y el cielo de mi alma es el corazon del que me ha dado por esposo! ¡Cedar, mi santo amor; Cedar, mi único dueño! Prefiero un calabozo con él á un trono con vos! Empujadme, pisoteadme con vuestros piés omnipotentes que lavo con mis lágrimas, pero devolvedme á Cedar, á Cedar, mi único amor, y á mis hijuelos cuyos ojos son la luz de los mios! Entónces embalsamaré vuestros piés con caricias eternas; entónces sereis un dios, á lo ménos para mi ternura!...

Un murmullo de horror sofocó las frases salidas de aquella boca, como si hubiera blasfemado del cielo. Asrafiel la rechazó con el pié derribándola sobre el marmóreo pavimento y exclamó:

—¿Con que es él? Pronto, ¡que le den la muerte! ¡Que traigan á su presencia sus miembros torturados! ¡Que oiga!... Pero no, deteneos! Antes que una señal mia me libre de su odiosa vida, tú puedes conservársela, oh Daidha, con una so-

la palabra. Tú le has de descargar el golpe... tú lo matarás! Ven á buscar á tu amante, su vida está en mis brazos!

Al oir Daidha estas palabras, transida de espanto, iba á echarse ya. Pero deteniéndose de pronto y echando atrás con horror su hermoso cuerpo inclinado, gritó:

—¡Nó! ¡nó! ¡Antes que vea profanado su amor es preferible su muerte! ¡Que muera ántes de ver á su esposa envilecida comprando su existencia á costa de su honor! ¡Que muera ántes de ver muertos por tus besos estos labios en que su corazon al ménos puede posarse! ¡ Que muera, así lo prefiero!

—Pues bien, replicó aquella fiera; no morirá, no; aplazaré el golpe mortal para que tu vida dependa de él. Esclavos, traed por los piés á sus hijos cual dos viles cabritos atados para degollarlos. Hiriendo en ella las fibras más sensibles de su abyecta naturaleza, hacedla sufrir horribles torturas enseñándola sus miembros ensangrentados; sí, respetad su cuerpo, pero destrozad su corazon, hasta que caiga en los brazos de su vencedor!...

A esta órden, dos feroces esclavos fueron á sacar de su lecho á las infelices criaturas, y las trajeron en brazos, dejándolas en el umbral del salon. No salta con mayor rapidez el gamo al oir de pronto el ladrido del perro, como Daidha, impulsada por su cariño maternal, vuela hácia la puerta al oir los vagidos de sus hijos, y ántes que los verdugos puedan presumir su impetuoso arranque, se precipita desalada sobre ellos, arranca sus hijos de sus garras crueles, los estrecha contra su corazon hasta el punto de sofocarse á sí misma, los suelta, los vuelve á coger, pasa su rostro de uno á otro, inunda su cuerpo de besos más numerosos que lágrimas hay en la tempestad del corazon, los baña con sus ojos, los enjuga con sus labios, y estrechándolos de nuevo hasta hacerlos gritar, contempla un instante á los verdugos con mirada que parece desafiar é implorar á la vez; póstrase en seguida á los piés de Asrafiel; sujetando á sus hijos con una mano contra su an-

gustiado seno, y abrazando con otra las rodillas de aquel mónstruo sin entrañas, procura enternecerle, fulminarle con el rayo del corazon que le vibran sus ojos, y exclama:

—¡Mira ¡oh! mira á tus piés estos inocentes corderillos! ¿Son por ventura más hermosos los hijos de las madres de tus dioses? ¡Oh! toca estas carnes de marfil, que la tigre, si las lamiera, acariciaria en vez de morderlas! Contempla esos ojos en que se reflejan los tuyos; mira ¡oh! mira cómo tocan tus piés con sus manecitas! Cómo esconden su rostro entre tus rodillas como dos aguiluchos se esconden en las nubes. ¡Oh! Tú no eres de piedra; tú te enternecerás, los dejarás vivir, y á mí... á mí puedes matarme!

Viendo en seguida, con ese rápido instinto de toda madre, la diabólica y alegre sonrisa que se dibujaba en los labios de Asrafiel, y comprendiendo al punto que éste habia descubierto el único sitio vulnerable que le presentaba su corazon, levantó á sus hijos con furiosa mano del suelo en que se encorvaba su humillado rostro, y cambiando bruscamente de aspecto y de voz, revolvióse cual cierva perseguida.

—¡No, tú los matarás! Lo leo en tu sonrisa, en esa sonrisa que escarnece al amor y en la cual respira el infierno. ¡Pues ven, tirano, y vosotros verdugos, asesinos, venid tambien! Mis maternales armas son más fuertes que todos vosotros. Probad á arrancar del seno que os desafía estas criaturas que hundo y petrifico en él! Antes rompereis estas pesadas cadenas que el nudo con que van á sofocarlos mis brazos! No los atravesareis, nó, sino atravesándome ántes las entrañas; mi sangre, mezclada con la suya, salpicará esas paredes, y ese mónstruo obtendrá cual digno galardon de sus maldades, tres cadáveres arrojados á sus plantas victoriosas!...

—¡Verdugos! gritó Asrafiel encogiéndose de hombros; abrid esos tiernos brazos de sauce sin lastimarlos; apoderaos de esos frutos ya secos ántes de haber llegado á su madurez, y rompedles el cráneo contra los muros en presencia de su madre!...

Obedeciendo tan inícua orden, acercáronse dos verdugos á Daidha, separaron de un tiron sus dos brazos fuertemente aplicados contra el pecho, y triunfando sin trabajo de sus vanos esfuerzos, desviaron á la madre y se apoderaron de los hijos. Cada uno de aquellos cogió su presa como un carnicero; ambos ataron los piés de los niños con una recia correa, y se acercaron á las columnas más inmediatas, haciéndolos girar sobre sus cabezas cual piedra que se va á disparar con una honda; ya silbaban los aires con el viento empujado por sus cráneos, ya rozaban sus rubios cabellos con las columnas; un paso más, y sus frentes volaban en pedazos! cuando el más hermoso de los gemelos lanzó dos leves gritos; al oir Daidha aquella voz infantil, cuyo acento desgarró su corazon, se sintió poseida de horror que llegaba hasta el paroxismo. ¡Ah! Por fin venció en la contienda su cariño maternal. «¡Arrostraré la muerte por salvar á mis hijuelos!» exclamó, y lanzándose como el aire en la llama, cayó exámine en brazos de Asrafiel!

. . . .

El mónstruo, inclinándose sobre su lívido rostro, procuraba reanimarla con sus antipáticas caricias, é iba ya á profanar con su inmundo aliento..... cuando un grito semejante al eco terrible que derrumbó las murallas de Jericó, un grito tan potente como el que hace soltar al leon la oveja que lleva en su boca, y que obliga á la temblorosa águila á abrir las garras en el espacio, paralizó la sangre en las venas de Asrafiel; el cual abrió sus fuertes manos cual si á ello le forzara una mano más vigorosa, dejando caer á Daidha medio muerta!

Cedar, porque era él, asomando la cabeza entre dos robustos pilares desde lo alto de las escaleras, grande como un dios cuya varonil estátua cae de su pedestal sobre la aterrorizada multitud, con los cabellos erizados, el brazo levantado y los ojos desmesuradamente abiertos, se acercó pisando cadáveres al trono del gigante.

Aprovechando el abandono en que los gigantes habian dejado las puertas del palacio, púsose él á la cabeza del pueblo amotinado, y apresurando el paso, llegó seguido de la muchedumbre, hasta las estancias secretas de los dioses. Así como la tempestad se cierne y muge algunos momentos ántes de estallar, Cedar se detuvo un instante detrás de una columna, amparándose de la oscuridad del pórtico para acostumbrar sus ojos á aquellos resplandores que los deslumbraban. Miéntras así aplazaba un momento su arremetida con ademan amenazador, pudo ver á sus hijos balanceados como un cesto, y oir el grito desgarrador que lanzó Daidha al caer sin sentido y mancillada en los brazos del mónstruo. El horror, condensado en su pecho, llegó entónces á su colmo; brotó el rayo de su alma, y recorrió todo su cuerpo un estremecimiento frenético, que conmovió hasta las raíces de su corazon. Todo cuanto siente, ama, sobresalta ó aborrece en el hombre habia sufrido en Cedar una tremenda sacudida, á cuya vibracion multiplicáronse en él la rabia, la ira, la indignacion, el amor y el afan de exterminio. La voz de todo aquel pueblo, confundida con la suya, descendia horrísona de lo alto como un muro que se derrumba; el mismo infierno no habria podido poner á los tiranos al abrigo de tales clamores, en los que se condensaba la venganza del mundo!...

Así como al pasar una tempestad por el firmamento se inclinan todas las frentes, así tambien los gigantes habian ocultado sus cabezas entre las manos, y, semejantes á las espigas dobladas por el huracan, ondulaba su muchedumbre abriendo paso á Cedar, á quien seguia el pueblo en compactos grupos. Del propio modo que cuando se derrumba una torre en medio de un lago, las aguas engrosadas por las piedras desprendidas, rebasan su ordinario nivel con sus oleadas, é invadiendo los arenales de la orilla, llenan de espuma la cresta de la roca que sobrenada, así tambien, cayendo la cólera y la energía de un solo hombre en el seno de aquel mundo de-

gradado en que el abismo de la iniquidad estaba lleno hasta los bordes, habian sacudido de su letargo á un pueblo entero, haciéndole desbordar, hasta llegar á sus tiranos, aquellos muros sagrados que ni siquiera osaba mirar!

Armados de yugos rotos, de rejas y de mazas, penetraban por todas las puertas, arrastrando en sus oleadas, ahogando en su vengativa saña á aquellos dioses que momentos ántes adoraba lleno de espanto. Ninguno de estos se atrevia á hacer frente á tan gran inundacion; todos caian ó morian ó buscaban un refugio. Cedar seguia tremolando en la diestra su singular enseña; Asrafiel era el único que osaba mirarle, si bien pálido y receloso; y desconociendo la fuerza que puede haber en un brazo libre, procuraba afianzarse en sus músculos distendidos, y aguardaba erguido con toda su altanera arrogancia, el ataque de Cedar que se acercaba á su encuentro.

Daidha estaba abrazada aun á las rodillas del gigante; Cedar, saltando por encima del cuerpo de su amada, llegó á ponerse delante de aquel, y semejante al carnero furioso que para derribar un tronco inclina oblícuamente sus astas, bajó la cabeza rugiendo como un leon, y le asestó con ella un formidable golpe que le hundió el pecho. Asrafiel se tambaleó al recibir tan tremendo choque y sintió vacilar los huesos de sus férreas costillas; quiso descargar á su vez un golpe, pero faltó la fuerza á su brazo; de sus pulmones estrujados salieron sordos ronquidos: á pesar de lo cual, pudo aferrar la nuca de Cedar entre sus dedos, echarse sobre él abrumándolo con su peso, y hundir su mandíbula en el hombro desnudo del jóven, cual jabalí que desgarra su presa con sus agudos colmillos, ó como el dogo que sacude al tigre con sus dientes para obligarle desprender las garras que ha clavado en él.

Cedar, sin cuidarse de restañar su sangre, deslizó la cabeza bajo el inmenso sobaco de Asrafiel, y oprimiéndole á su vez por sus carnosos costados, le arrancó un terrible y ensangrentado jiron del pecho. No parecia sino que, insensible á la

sangre impura que lo manchaba, queria dejar descubiertas las costillas del mónstruo,para devorarle el corazon; sus dientes, que chocaban con los huesos de Asrafiel sin mellarlos, arrancaban de cada bocado anchas tiras de carne; un arroyo de negra sangre llenaba de espuma sus labios, y cada jiron del cuerpo del gigante humeaba entre sus mandíbulas. Sin dar tregua á su furia los arrojaba al viento, dilataba la herida y la profundizaba más, hasta que descubriendo el corazon al través de la carne desgarrada, le clavó en él los dientes cual leon desesperado. Herido entónces el coloso mortalmente cayó con su vencedor al pié de las gradas del altar; sus pupilas giraron en sus órbitas sin vista, y su altiva frente adquirió la glacial palidez de la piedra. Cedar pudo asirle en tal momento de los cabellos; con sus nerviosos puños le levantó á pulso, y le estrelló el impío cráneo contra el mismo altar en el que expió así sus crímenes; en seguida, paseando la vista por la sala para buscar otros enemigos, observó que todos habian muerto, ó huido, ó entregado las armas.

Miéntras él combatia cuerpo á cuerpo con su principal enemigo, el pueblo, alentado por su mismo miedo y cebándose en la matanza, habia vengado en un solo dia tantos años de sufrimientos y degollado sin combatir la mitad de los dioses: la otra mitad, huyendo del exterminio que la amenazaba, habia podido refugiarse por caminos excusados en la ciudadela, torre que tocaba en las nubes, y cuyos muros de roca, erigidos á modo de precipicio, formando una sola masa, y desafiando la viga más robusta de los arietes, recibian el aire y la luz de lo alto y no tenian más que una puerta. En tanto que el pueblo se entretenia saboreando el cruento placer de la victoria, guardando el único acceso á aquella torre de bronce, los dioses, refugiados en aquel antro de piedra y cerrando la puerta, habian hecho rodar hasta ponerlas detrás de ella, tres enormes moles de granito, cuya masa y cuyo peso habrian atemorizado á mil hombres de otros tiempos, y que el

trancurso de treinta siglos no habia dislocado en una línea siquiera de la colina á la que estaba soldada su masa. Aquel vil resto de los dioses, resguardado por sus baluartes, dirige hoscas miradas desde la cúspide de sus almenas; el pueblo, cuyo furor se inflama á su aspecto, esteriliza sus esfuerzos impotentes contra aquellos muros, y viendo que no puede asaltarlos á tan descomunal altura, sacia su iracunda saña en los cuerpos mutilados de los muertos, descuartiza aquellos lívidos cadáveres, enciende hogueras, y á fin de saciar su hambre voraz, vacia las sangrientas entrañas de sus dioses, y celebra hediondos festines con sus humeantes carnes. No tarda en estallar en el palacio un incendio horroroso; el viento sopla engolfado entre corrientes de llamas; el suelo parece ondular bajo oleadas de fuego, y todo se precipita y sepulta en aquel inmenso hornillo. El incendio calcina la piedra, grietea el mármol; la columna se inflama lo mismo que el tronco de un árbol, y se desmoronan los capiteles desde su enorme altura como se desprenden las ramas sobre las yerbas humeantes. Hubiérase creido que un volcan encendido por sí mismo devoraba con el suelo aquellos templos de la blasfemia. Las llamas de las vengadoras hogueras parecian dotadas de vida; las obras maestras de los hombres volaban reducidas á cenizas; y el prolijo trabajo de la impiedad de los siglos, consumido, aniquilado en un momento, se disipaba trasformado en humo.

El ángel de la justicia y de la libertad, flotando en las llamas con sus alas de fuego, devoraba todas aquellas maravillas juntamente con la iniquidad que las habia producido, á la manera que un pastor inflama una colmena. A los siniestros reflejos de aquellas piras devoradoras, á los hervores de la lava, á los clamores de los moribundos, corria el pueblo ébrio de júbilo á repeler su presa á las llamas ó á disputársela, á palmotear entre el fuego, á alentar á los vientos, á arrojar á las brasas los esclavos vivos, á saciarse en sus infa-

mes venganzas, á violar en la muerte los cadáveres de las mujeres, y convertidos de corderos degollados en degolladores, á excederse en los crímenes de que eran vengadores!

Cedar, manchado aun de sangre y de humo, levantó á Daidha reanimada á su voz y se llevó lejos del fuego en sus brazos victoriosos á su mujer y á sus hijos, que se estrechaban fuertemente contra su corazon. No pudiendo desprenderse de sus temblorosos brazos, sentóse aparte al pié de un terebinto, cuyas inmensas ramas, encorvadas por el peso de sus hojas, se bañaban en las aguas de un anchuroso estanque. El jóven se sumergió tres veces, sudoroso aun, en las ondas, cual búfalo sediento que lava sus enlodadas crines, y asomando otras tantas á flor de agua, lavó los coágulos de su sangre caliente todavía. La ponzoñosa baba de Asrafiel salió de su mordedura; Daidha humedeció la herida con sus lágrimas, y restaurando el vigor de su esposo en su casto seno, reclinôse con sus dos hijos sobre su corazon.

¡Oh! Cuán rápidos cambios de amor y de recelo, de frases entrecortadas oidas sólo por los ángeles, de relámpagos que destellaban alternativamente de una y otra alma, iluminando con una palabra las dudas de amor, absorbieron sus almas en aquel fugaz instante! Y miéntras el incendio con sus largos chorros de llamas difundia á intervalos sobre ellos siniestros reflejos, y el suelo retemblaba al derrumbarse los palacios, su júbilo acumulado era la atmósfera que respiraban el padre amante y vencedor, la esposa y madre y sus hijuelos, y aunque el cielo se hubiera hundido sepultando al mundo, el estruendo de su caida no habria resonado siquiera en sus corazones.

Entre tanto, el pueblo vil, terminando su tarea, seguia encarnizándose aun despues del triunfo. Cedar se sintió por fin movido á compasion, apoyó la cabeza en sus manos y lloró por sí mismo y por el humano linaje.

—¡Oh raza, decia, nacida para la esclavitud! ¿habrás de vengar siempre el crímen con el crímen?

Levantóse pálido de horror al decir esto viendo que la muchedumbre perseguia á otro gigante, el cual vino á caer á los piés del vencedor de su raza, esperando sin duda encontrar misericordia en el mismo que tan ostensibles pruebas habia dado de vigoroso y sobrenatural esfuerzo.

—¡Sálvame de ese pueblo asesino! le gritó.

Cedar le escudó con su cuerpo, y cual promontorio inmóvil; dividió la muchedumbre. La oleada del pueblo retrocedió murmurante, como rugiente tigre que á la voz del hombre deja con disgusto una gota de sangre. Pero Cedar, conteniéndolos con su aspecto indignado, preservó de la muerte á varios de los tiranos perseguidos.

—¿Quién de vosotros es más odioso, el señor ó el esclavo? decia apartando la vista. ¡Oh! Huyamos, amor mio, de esa raza de víboras! Huyamos con nuestros hijos á las selvas de nuestros padres. ¿No quedará ya ningun justo en el seno de las naciones?

Y Daidha le respondió llorando:

—¡Huyamos!

. . . .

Los gigantes consternados miraban la ciudad desde la cúspide de la torre que les servia de asilo; y al observar la compasion de aquel vencedor generoso, comprendieron dónde estribaba su salvacion y conferenciaron entre sí. Cada virtud del justo es un arma para el vicio. Cuando el incendio fué apagándose por falta de alimento, y las nocturnas tinieblas volvieron á enseñorearse del firmamento, uno de ellos se descolgó á lo largo del muro por una cuerda sujeta á las almenas y que el peso de su cuerpo hacía llegar hasta el foso, y con vacilante paso se encaminó en busca de Cedar, que continuaba sentado al pié del árbol, Postrándose á sus plantas y fingiendo temor, abrazóse fuertemente á sus piés; sus labios se

agitaban como si quisiera decir algo y le faltara la voz; y su mente atribulada parecia temblar tambien. Por último, como un culpable tranquilizado por el juez y adaptando la expresion de su semblante á sus palabras sobrado calculadas, exclamó:

—¡Oh divino extranjero, enviado por el cielo para devólver su libertad á la tierra y castigar á Asrafiel! ¡Oh tú, cuya poderosa mano desciende de las alturas para realzar al hombre, cualquiera que sea el nombre oculto con que Jehovah te llame! ¡El hombre que has redimido es indigno de tí! ¡Oh varon justo! Líbrame de sus iniquidades: ante tus ojos tienes una de sus víctimas, que respira el aire impuro infestado por sus crímenes, que detestando la iniquidad se ve obligado á beberla, y que espia todos los momentos para librarse de ellos. Desde lo alto de esa torre en que esa raza impía, como el águila herida, te espía desde su nido, he visto hace poco á esos hombres ingratos apoderarse de tus enemigos protegidos por tu brazo; he reconocido mi raza en tu virtud sublime, y puesto mi confianza en tu corazon magnánimo; y deslizándome desde lo alto de los baluartes sin que nadie me viera, he venido á ampararme de tu sombra cual de la sombra de Dios. ¡Sálvame, líbrame de esa raza fementida que mi tribu detesta y repugna á mi alma! Mi nombre no es su nombre, mi Dios no es el suyo; pues, niño aun, me hicieron caer en sus lazos. Yo he nacido, bajo las sagradas palmeras de Mesopotamia, de una raza enemiga de la suya; allí se aborrece como un crímen el nombre de los gigantes; allí reina sólo en el cielo el nombre de Adonai. Allí la leche y la miel brotan de un suelo propicio y el amor es la justicia del corazon de los mortales; allí, todo hombre planta sus tiendas en cualquier sitio, teniendo por hermano al hombre y por padre á Dios! ¡Oh! ¡Déjame huir á esas prósperas riberas, para que reposen mis huesos á las tumbas de mis padres!

Cedar extendió la mano sobre él, y le alzó diciéndole:

—¿Sabrias dar con el camino que conduce á ese país? ¿Podrias servirme de guía á ese paraiso? ¡Habla, oh, habla, hijo de otra raza! Si sabes encontrar á los hijos de Jehovah, mis piés serán tus piés y mis ojos tus ojos.

—Nueve dias te bastarán para llegar á esos climas benditos en los que nace la aurora, le contestó Stagyr. Iremos al principio por un profundo valle, llevando el rostro vuelto hácia el aquilon. En breve cruzaremos las ondas del Eufrates; penetraremos luego en una tierra ingrata, en la que jamás germinaron plantas ni naciones, desiertos maldecidos por Dios en los que un océano de arena, desarrollando á impulso de los vientos sus oleadas infecundas, labra él solo sus surcos. Para no perecer en ese país, el patriarca errante carga en los costados del camello dos odres llenos de agua. A los tres dias cumplidos de viaje, empezará á divisarse hácia levante la tierra de las palmeras, y un rio nos indicará la comarca que buscamos.

Así dijo Stagyr y Cedar le contestó:

—¡Vamos! . . . .

Tomó en brazos á los dos hijos de su alma, y lleno de una consoladora esperanza que disipaba todos sus recelos, apoyó sobre su cuello la mano de Daidha y siguió fuera de los muros á su guía. Al resplandor de las llamas que aun ondulaban sobre montones de cenizas viósele bajar de la ciudad del crímen, maldiciendo con toda su alma la infame nacion y sacudiendo de sus piés el abominable polvo de aquellos recintos. Habiendo divisado una camella que vagaba alrededor de los muros amamantando á su hijuelo, Stagyr le echó un lazo al cuello con certera destreza, la atrajó á sí y ahuyentó al pequeño camello. Tuvo además la suerte de encontrar dos odres olvidados junto á las márgenes del pozo, llenos de agua del cielo y atados uno á otro, y ligándolos de modo que no pudiera escaparse el agua encerrada en ellos, los sujetó sobre el lomo de la camella cual líquidos fardos. Daidha se acomo-

dó tambien sobre el robusto animal, llevando á sus dos hijos en sus brazos, y miéntras su flexible cuerpo seguia los ondulantes vaivenes del paso de la camella, pendian sus hermosos piés desnudos de los rudos costados del cuadrúpedo. Cedar no apartaba la vista de tan querida carga, prestábale por apoyo su brazo sólido y robusto, y Daidha, balanceada en su elevado asiento, oreaba los cabellos de su esposo con su aliento al apoyarse en él, y extendia á su vez el brazo para apoyarse en el fuerte hombro de Cedar duplicando su peso para duplicar asimismo la satisfaccion de su amante. Cuando uno de los niños se despertaba ó lloraba, Cedar extraia un poco de leche de la camella, y se la presentaba en el hueco de su mano, que la criatura chupaba con afan, satisfaciendo así su necesidad ó su sed.

De este modo caminaba hácia Oriente la viajera pareja, buscando el amparo de un Dios justo y vengador, y cada uno de sus pasos, acercándoles á la realizacion de su esperanza, parecia interponer un siglo entre ellos y sus sufrimientos.

. . . .

Así anduvieron hasta que despuntó la aurora. Ya el inmensurable desierto, tiñendo de rojizo color el remoto horizonte, parecia incendiar el cielo con su lívida imágen á la manera que las llamas envian su reflejo á las nubes. El vapor caliginoso que la noche le hacia exhalar parecia ondular á los rayos del sol naciente: sus múltiples surcos humeaban como las brasas que la pala remueve en la boca de un horno. Todo el horizonte flotaba confuso, si bien de vez en cuando, rasando algun oblicuo rayo la arenosa y dorada cresta, pareciendo inflamarla, lo hacia estallar como un borboton de espuma; y deslizándose luego de una eminencia á otra al par de la luz del sol, sembraba de ígneos puntos el suelo resplandeciente, ó anegaba la mirada en sus vagos horizontes, entrecruzando las oleadas de aquel mar de fuego. Al penetrar bajo aquel cielo empañado por el vapor, cualquiera creeria entrar lleno de

vida en lo infinito. La duda y el terror fluctuaban sobre aquellas cimas.

Al recorrer con la vista aquellos movedizos abismos, Cedar y Daidha, apoyados uno en otro, sintieron crispárseles todos los nervios de los piés, y echaron atrás el cuerpo con movimiento involuntario, mientras sus plantas contraidas parecian clavadas en el suelo. Pero Stagyr, volviéndose á ellos, les dijo:

—¡Allí está! ¡La tierra de Dios y de los hombres está al otro lado de esa arenosa llanura!

El soplo abrasador del desierto habia extinguido todo gérmen de vida sobre la tierra. Hasta donde alcanzaba la vista no se divisaban más que troncos calcinados, inclinados bajo el peso del simun y de la arena, semejantes á esos mástiles, grandes reliquias de naufragios que el mar arroja á las playas en sus dias de furor, y que ostentan en lontananza, á los ojos del nauta, sus cadáveres tumbados y oxidados por las olas. De este modo desplegaba el desierto, en los confines de la tierra viviente, su movediza espuma; y la arena se desbordaba á borbotones de su lecho, como el agua que, al caer en el fuego, hierve y salta lejos de él.

Tranquilizados los amantes, en vista de la confianza de su guía, al penetrar en aquella arena líquida, se decidieron á seguir adelante cual esquife que se entrega á merced de las olas del mar. En breve desaparecieron de su vista las campiñas vecinas, ocultas por las ondulaciones de las primeras eminencias: el horizonte parecia decrecer y hundirse ante sus ojos, y al poco rato ya no vieron más que cielo y arena. Su ruta, serpenteando del abismo á la nube, imitaba el cabeceo de un barco que zozobra; cuando los viajeros salian de algun arenoso barranco, era para hundirse de nuevo en otro; y de vez en cuando levantaban, en la cresta de aquellas oleadas, sus dos frentes que la luz enrojecia con sus llamas, del propio modo que se ve surgir y hundirse alternativamente las velas

de los pescadores teñidas de los rojizos matices del sol. El viento que arreciaba, soplando en sus rostros, agitaba la larga cabellera de Cedar, haciendo que le azotara los hombros con un ruido semejante á los chasquidos de las olas.

Desde que habían perdido de vista la tierra, caminaban guardando un silencio profundo, síntoma involuntario de sus impresiones, y sin atreverse á comunicarse sus ideas, llenas de fatídicos presentimientos, ya fuese porque la misma majestad de aquel intranquilo abismo les causara un terror desconocido que sellaba sus labios, ó ya porque en tan solemne momento sintiesen con más fuerza la secreta aprension del riesgo á que se exponian. Ningun rumor se unia al de su mesurado paso, semejante al de una caravana que entra en un peligroso desfiladero; ni siquiera resonaba la pesada planta del camello, pues la espesa arena absorbia todo ruido. Unicamente percibian á intervalos, bajo su vacilante cuerpo, una especie de murmullo parecido al del agua corriente, y entónces aplicaban el oido con vivo placer para escuchar cómo gorjeaba aquel suave rumor; sus ojos buscaban el manantial procurando guiarse por el murmullo del agua; detenian la marcha para humedecer en él su alma, mas en breve sufrian amarguísima decepcion; aquel ruido lo producia alguna eminencia que se desmoronaba como si aquella arena abrasada del desierto quisiera agregar el escarnio á la aridez.

Miéntras tanto los rayos del sol, asestados sobre ellos desde el cielo y la tierra, caian sobre sus desnudas cabezas y les abrasaban los piés: á veces, adosándose al declive de algun montecillo, disfrutaban de un poco de sombra, esprimian el sudor de sus abatidas frentes, cobraban nuevo aliento y proseguian su marcha. Así anduvieron hasta la tardía hora en que el sol se sumergió en aquel mar sin orillas. Por fin empezó á soplar la nocturna brisa; las sombras de la noche fueron revistiendo poco á poco de más gratas apariencias la desnudez del suelo, que la vista engañada creia contemplar lleno de

yerbas y musgos. El desierto, que parecia levantado por alguna roca subterránea, presentaba los ásperos pliegues de un terreno peñascoso; las lomas, más dilatadas, redondeaban sus crestas; de sus laderas aplanadas parecian arrancar grupos de montes, cuyas formas se destacaban sobre el azul plomizo de los cielos, y cuyos erguidos picos tocaban las estrellas. La ilusion prestaba á las cimas de aquellas cordilleras los nebulosos perfiles de cedros y robles, y el viajero errante habria podido creerse sobre algun grupo de rocas del Tauro ó de las montañas del Líbano, contemplando desde las alturas umbrosas de sus veladas cumbres la nieve que brillaba en la tenebrosidad de los valles.

Alimentábase su corazon de tales ilusiones, miéntras las sombras de la noche adquirian creciente densidad. Los amantes se detuvieron por fin fatigados en la hoya de un valle formado por aquellas falaces laderas, teniendo por toda techumbre la oscura bóveda del firmamento y escogiendo para descansar un lecho de finísima arena. Despues de ordeñar á la camella, Cedar la confió á la custodia de Stagyr; comieron en seguida los frutos que habian podido reunir para el camino, pasáronse el odre de mano en mano, y dando gracias á Dios por tan sobrios alimentos, se acostaron tranquilos al borde de los precipicios, habiéndose retirado Stagyr á algunos pasos de los esposos. Por fin se hallaban estos reunidos allí despues de tantas miserias y sufrimientos, escuchando la suave respiracion de los dos frutos de sus amores, que, con la leche en los labios y refrescados por una leve brisa, dormian tranquilamente, mientras sus padres, asidos de la mano y puestos en contacto sus corazones, velaban por ellos, poniendo su confianza en el porvenir: su presencia les habia hecho encontrar de nuevo el cielo.

Hay en los reposos de la existencia humana momentos celestiales, mas ¡ay! sobrado cortos, en los que la sangre que rebosa del corazon detiene su curso, en que el peso de las

aflicciones que el presente suscita en el ánimo más expansivo no pasa de ser un sueño, y en que el alma siente nacer nuevos vellones como la oveja al volver la estacion propicia, saliendo luégo de ese lago de júbilo en que Dios la ha sumergido sin acordarse ya de que se le ha cortado poco ántes el vellon: momentos semejantes á esos dias bonancibles que el sol depara á la atmósfera, en el rigor del invierno lleno de humeantes escarchas, y que el viajero encuentra en las cumbres de las montañas por cima de las brumas que empañan los campos; dias en que el rayo del sol abriga como un manto, en que su luz baña y dora la loma; en que el cedro, enjugándose de las nocturnas nieblas, desprende gota á gota su lluvia convertida en odorífero rocío; en que el mirlo, tan sensible al frio, silba á orillas del camino, y en que tan sólo falta al dia la seguridad de que el siguiente sea lo mismo!

Así tambien la solitaria pareja se sentia arrebatada de la tierra durante su reposo, uno en brazos de otro, y se dejaba mecer por su arrobamiento, como el nadador por las espumosas olas. El ignorado porvenir no agitaba ya su alma, en la que aquella momentánea tranquilidad infundia grata confianza; sus corazones se abandonaban, lo propio que sus cansados miembros, á aquellas miradas del cielo que los envolvian. Arrodillados uno frente á otro y con las manos enlazadas, estaban enteramente absorbidos en sus pensamientos; los benignos rayos de las estrellas del cielo envidiaban las miradas que mútuamente se dirigian; el há ito perfumado de las brisas de la noche adquiria más balsámico aroma al rozar sus labios, llevándose sus palabras y su alma convertida en suspiros. Sus tiernísimas pláticas parecian no tener fin, y con tal de escuchar el sonido de la voz adorada, se decian las palabras mil veces repetidas; para encontrar el hombro ó el cuello del amante, Daidha extendia su brazo vacilante ya, y Cedar, para percibir el aliento de su boca, se apoyaba en el codo sobre la arena de su lecho, hasta que el sueño de la felicidad cerró los ojos de entrambos.

¡Astros, amigos del corazon, que mirais desde los cielos! ¡Estrellas, brillantes providencias de la luciente noche, á las cuales se remontaban sus castas confidencias! ¡Ojos abiertos del Señor que atraviesan la sombra de los desiertos! ¡Espíritus que llenais el aire, la tierra y los mares! ¡Angeles de todo nombre, fantasmas misteriosos de que el mundo invisible está más lleno que de átomos! ¡Santos ministros del Padre universal que en todas partes mora, que relucís en ese fuego, que pasais en ese viento! ¡Oh! ¿por qué no apartasteis todo lazo de sus piés, frustrando sacrílegos designios? ¿Por qué dejasteis que esos dos corazones se durmieran hasta el nuevo dia en la emboscada preparada por su mismo amor? ¿No tenian un solo amigo en el mundo celeste que los despertara con un presentimiento ó con una seña? ¿Acaso se complace la inescrutable y santa voluntad en la ruina del hombre? Pero silencio: toda queja es una ofensa que se hace á Dios: sus ángeles no son santos sino por su obediencia!...

. . . .

. . . .

Cuando la barra de fuego hendió el firmamento, se despertaron al oir los alegres gritos de los niños hartos ya de dormir, y cuyas manos buscaban la copa humana destinada á sus labios, pero vacia ¡ay! en el seno materno por la ansiedad de sus crueles sufrimientos. Incorporóse Cedar al oirlos, y paseó sus miradas por el arenal: tres veces llamó á Stagyr con voz robusta, creyendo verle salir de cada ondulacion de la arena; pero su voz, escuchada solamente por el desierto, espiró sin respuesta, y murió en lontananza!.....

. . . .

Entónces brilló una luz horrible en su mente; de su frente brotó glacial sudor; y asaltado por confusas ideas, púsose á reconocer el terreno. A los pocos pasos tropezó con los dos odres vacíos cuya agua habíala absorbido enteramente la estéril arena y en los cuales se veian las huellas del cuchillo que

los habia abierto. Ante aquel testimonio elocuente de tamaña perfidia, recibió su alma un golpe mortal que la dejó anonadada; volvióse á mirar á Daidha, y al contemplar sus ojos petrificados de horror, sintió redoblar su espanto; cuanto más se penetraban mútuamente sus afanosas miradas, más mortal era la respuesta que encontraban en ellas á su horrible duda, y más bebian las oleadas de una prolongada agonía en aquella mirada muda, diálogo sin palabras. Abrumados de terror, bajaron ambos la cabeza, y se sentaron silenciosos y resignados á morir en aquel mismo sitio; mas al ver á sus hijuelos se sintieron reanimados, causándoles punzante remordimiento su pasajera resignacion. Al escuchar sus gritos, Cedar se levanta de pronto; con los ojos fijos en el polvo, interroga el suelo, y procura descubrir en la movediza arena el camino que ha seguido Stagyr; pero las alas que el viento agita al amanecer sobre aquellas áridas oleadas han nivelado las arrugas del polvoriento océano y borrado las huellas del infiel guia. Ni siquiera se conoceria allí la impresion de la planta de un ave.

Cedar regresó desfallecido de su infructuosa exploracion, mientras Daidha, tendida en el sitio en que la arena estéril debia estar en su concepto empapada de agua, procuraba encontrar el líquido que habia bebido, y mordia aquellos abrasados granos con furibunda desesperacion; acercando luego á sus hijos, les aplicaba la boca contra el suelo, creyendo que éste, apiadado de su sed, no se negaria á devolver el agua que á gritos le pedian, y dando furiosos saltos como una pantera, descargaba fuertes puñetazos en la tierra para vengarse de ella.

Cedar la contempló con los brazos levantados un momento; luego, arrancando á Daidha á aquel delirio insano, y abandonando al cielo su corazon lleno de duda para que un guía invisible le iluminara en su camino, tomó en brazos á sus hijos y echó á andar sin saber á dónde le encaminaban sus

pasos. Daidha le siguió, mirando á cada momento el brumoso horizonte, el desierto sobre el cual se extendia un denso velo de polvo ó la niebla que parecia humear; de vez en cuando extendia la mano en determinada direccion, lanzando un grito de esperanza, y obligaba á su esposo á retroceder cien veces por el mismo camino. Con su mirada de madre, veia surgir una ilusion tras otra en los vapores extendidos por el horizonte; su esperanza, tantas veces frustrada, iba agotando sus fuerzas; cada paso que ambos daban les infundia nuevas vacilaciones; continuamente retrocedian arrepentidos de la ruta que habian emprendido, centuplicando así con tantos errores la extension de su carrera; y asaltados de pronto de nuevo arrepentimiento se sentaban, se levantaban y volvian á emprender la marcha.

Y miéntras tanto el sol, suspendido en la celeste bóveda, marcaba con el sudor de entrambos cada alto que hacian en su camino; su fuerza brotaba chorreando de sus miembros sudorosos; Daidha se heria el seno exhausto de leche, y arrancando sus hijuelos de los brazos de Cedar, vertia en sus labios, para calmar la sed que los abrasaba, sus propias lágrimas, leche del corazon que filtra al través de los ojos. Pero la acritud de su llanto, que tan amargo lo hacia, obligaba á las pobres criaturas á rechazar los besos de su madre.

—Corazon que los has llevado, ¿los dejarás morir? Seno que los has concebido, ¿no puedes nutrirlos?—gritaba al ver lo infructuoso de tan tristes recursos.—¡Oh! Si quisieran beber sangre, me abriria las venas!—Y desgarrándose la piel con sus impotentes uñas, añadia:—¿Por qué no habeis de ser leones? ¡Así lameriais esta sangre!

El dolor insensato de los gritos emanados de su seno maternal, al extenuar su cuerpo, extraviaba su mente. En vano la sostenia Cedar sobre su corazon; Daidha huia de sus brazos contraidos, hasta que cansado el jóven de alimentar una esperanza frustrada de continuo, abrazaba el desierto cual si abrazara una tumba.

Las estrellas empezaban á tachonar el firmamento, y la noche vino á aumentar sus terrores. Sentáronse ambos, se abrazaron con mortal vehemencia como dos náufragos, y así permanecieron silenciosos y postrados. Ninguno de ellos se atrevia á pronunciar una palabra; sus corazones tan sólo acertaban á comunicarse sus mútuos sobresaltos, temiendo que desapareciera enteramente el escaso ánimo que les quedaba al proferir la palabra cuya respuesta no podia ménos de ser horrorosa. Cada uno de ambos devoraba lo que pensaba el otro. Los gritos de sus hijos eran cada vez más débiles, y áun cuando sus corazones los abrigaban entre sus dos pechos, apenas percibian el leve aliento que con dificultad se exhalaba de sus tiernas bocas: la madre calentaba aquellos dos cuerpos sobre su seno, del propio modo que la gallina sigue cobijando á su polluelo aun despues de muerto.

¡Ah! ¡Cuantas gotas de agonía bebió la arena durante aquel largo y supremo insomnio! La brisa matinal los refrescó un tanto; el sol empezó á subir por el cielo cual encendida brasa; y el alba, que jugueteaba esplendorosa sobre sus cabezas, teñia el firmamento con sus vistosos matices. Aquella alegría de los cielos parecia un insulto. Los esposos dirigieron en torno miradas afanosas para buscar socorro: pero tan sólo una cigüeña, de matizadas alas, extraviada probablemente tambien, surcó el aire haciéndolo resonar á pocos piés del suelo, como una larga flecha al fin de su vuelo, y llevando cogido con sus doradas patas uno de sus hijuelos cobijado bajo sus alas. El ave pareció admirarse al ver aquellos séres humanos, y se acercó á ellos: Cedar levantó los brazos como para detener á aquel amigo en su carrera y suplicarle que le enseñase dónde estaba el manantial. El fuerte viento del vuelo del ave agitó sus cabellos, mas ésta se alejó sin dar oidos á sus súplicas. Ambos siguieron largo tiempo con la mirada, de colina en colina, su vuelo rastrero hasta el límite en que el cielo se confunde con el horizonte y se consideraron más solos cuando el ave desapareció de su vista.

Uno de los gemelos murió aquella mañana, y el otro por la tarde. ¡Efímeras sonrisas de la dicha, que termina en sollozos y que sofoca una lágrima! Cedar no percibió su sorda respiracion al morir; solamente sintió que sus cuerpos pesaban más y estaban más frios, y que sus cabezas, colgando del brazo que los sostenia, golpeaban su corazon como una cosa muerta. Su ojo petrificado los contempló sin llorar, y enlazando á Daidha con el brazo que le quedaba libre, huyó llevándose sus hijos muertos y su mujer, como un espectro que conduce las tres partes de su alma, ó cual víctima escapada de la hoguera que arrastra por su sangre los jirones de su carne.

Así corrió al azar hasta consumir totalmente sus fuerzas y en tanto que sus nervios contraidos engañaron su debilidad: aquel paso desatentado, aquel peso, aquel fogoso movimiento, impedian que su alma sintiera sus propios males. Cuando por fin se detuvo, cayó desfallecido, cayendo al propio tiempo sobre su preciosa carga; Daidha resbaló de su seno á la arena y él se tendió sobre aquellos dos pedazos de su corazon. El sueño, precursor de la muerte cuya imágen era, corrió un velo sobre sus ojos, y engañando falazmente su razon con ilusorios ensueños, le presentó el horizonte inundado de lagos y cristalinas corrientes.

Cuando volvió en sí de aquel letargo, el aura matinal hizo que sus sentidos cobrasen alguna energía; su robusta naturaleza pudo más que la muerte, y su mirada creyó columbrar el límite del desierto.

—¡Oh! ¡Levántate, Daidha, dijo, si aun late tu corazon! Veo elevadas palmeras que descuellan entre los matices de la aurora! Los ángeles del Señor se han apiadado de tí.

—¡Levantarme, ¡levantarme! contestó la madre; ¿y para qué? ¡Ah tigre, á quien odio más de lo que el cordero sin mancha odia el lazo que le arrastra á la muerte! ¡Levantarme yo, seguirte, ir en pos de tus pasos! ¡Ah! ¿Querrias extraviar

me todavia, no es así? ¿Desearias infligirme las torturas del desierto, haciendo morir de sed á mis pobres criaturas?

. . . .

«¡Oh no, no! ¡El cielo los ha devuelto á mis brazos; mi corazon los defenderá ya siempre! ¡Tú no los tendrás, mónstruo, sino arrancándome la vida! ¡Ven, ven á quitármelos; te desafío á que lo hagas! Dios los protege aquí contra tus crueldades; en estos sitios los ha puesto á cubierto de todo mal. ¿No ves cuán contentos están en estas orillas orladas de musgos donde sus manecitas sacan agua tan dulce? ¿Cómo los refresca la sombra del nenúfar! ¡Cómo desprende á sus piés juguetones sus sabrosos frutos la rama oscilante del limonero! ¡Cuántas flores, cuánta miel, cuántos jugos y gomas manan de la corteza ó llueven de las ramas ó se escapan formando arroyos de las repletas colmenas! ¡Qué bien se está en estos sitios, que un solo aspecto ofende y un solo mal amenaza, tu presencia, tigre!...»

Y fijando en Cedar esa mirada insistente en que el furioso delirio parece enrojecer un dardo, y echando atrás la cabeza para apartarse de él, le descargaba fuertes golpes como para dar mayor expresion á sus ideas, estrechaba violentamente contra su seno los cadáveres de sus hijos y los escondia en los pliegues de su cuerpo.

En vano Cedar, para disipar aquel delirio, le dirigia las palabras más cariñosas, buscaba sus miradas y le prodigaba sonrisas; su tierna solicitud tan sólo inspiraba espanto, y Daidha seguia contemplándole con expresion y gritos de horror. ¡Ah! ¡Aquel fué el fondo de su amargo cáliz! En la última gota bebió todo su suplicio. Su vigoroso corazon se habia multiplicado hasta entonces en el destino de la mujer unida á su destino por la muerte; la muerte, ¡sí! pero la muerte conservando el amor de lo que se ama suavizaria al ménos la angustia del postrer abrazo. ¡Volar unidos á más dulce mansion hubiera sido para él una amorosa agonía! Pero ¡que

aquella mirada fija y sombria, único punto luminoso que le quedaba en la oscuridad, le desconociera!... ¡No poder atraer hácia sí con la voz ni con los ojos aquel rayo de amor que poco ántes le inundaba! ¡Prodigar tiernas palabras á un oido insensible, y no encontrar más que un abismo en el fondo de sus párpados! ¿Pero qué más? ¡Haberse convertido de pronto para ella en el objeto más extraño y más odioso! ¡Ver cómo extendia los brazos para librarse de su presencia! ¡Ah! ¡Esto era recibir cien veces la muerte por aquello mismo que le hacia vivir, ver desvanecerse el pasado como un sueño, sentir cómo se aniquilaba el corazon en que se apoyaba el suyo!

Al hórrido fulgor de tan insoportable tormento, Cedar llegó á dudar de sí, de ella y hasta de Dios; y á la manera del hombre que pierde todo sentimiento, apoderóse de su alma el desvanecimiento de la nada, por cuyo abismo rodó, destrozándose contra sus agudas puntas. Quedóse inmóvil contemplando á Daidha con la cabeza baja, el pié saliente y unidas las manos, y así le fué anegando de oleada en oleada el mar de los dolores.

Cuando volvió en sí para encaminarse en direccion del oriente, quiso levantar de nuevo á Daidha; mas esta, crispó con más fuerza sus dedos que parecian adheridos á los filamentos de unos arbustos secos, se aferró al suelo con feroz energía, llenóse la boca de polvo y de sangre, y cubrió á sus hijos con su pecho para impedir que se los arrebatara su padre en quien veia á su asesino. Cedar no pudo, á causa de su desfallecimiento, arrancarla de aquel suelo en que la rabia de que estaba poseida la hacia buscar una muerte voluntaria; por lo cual se decidió á ir solo en busca de la suspirada agua cuyo manantial esperaba encontrar pronto caminando con más ligereza sin que le embarazase el peso de su triple carga, y anticiparse así á la muerte volviendo con la vida.

Echó á andar hácia la playa en que habia lucido un destello de esperanza. La arena del desierto iba desapareciendo

poco á poco, y así como un sepulturero para medir la dimension de una tumba, da algunos pasos dejando señalado en el terreno la huella de sus piés, los ángeles le veian medir á grandes pasos el campo de su muerte, con el corazon lleno de luto. Su sombra le seguia como el ala rota que una cigüeña herida arrastra por el suelo: los declives del desierto iban reduciéndose por grados, y asomaban ya por el horizonte, cual surgen los mástiles del seno de las ondas, las copas de las palmeras de una tierra fecunda. De pronto divisó el rio que desplegaba sus aguas bajo el velo ondulante de los cañaverales de sus márgenes, y á su aspecto recobró la espezanza y las fuerzas: desgarró la corteza de una palmera secular, corrió al rio y se introdujo en él. La brisa húmeda y las azuladas ondas subian espumosas hasta el nivel de sus sedientos labios, pero Cedar apartó la boca y la mirada del incitante licor, no queriendo gustarlo ántes que Daidha participara de él; llenó de líquido la hueca corteza, regresó sin demora temeroso de que su trémula mano le hiciera verter una sola gota, corrió con el cuerpo erguido, los brazos hácia delante, viendo todos sus pasos impresos todavía en el terreno movedizo, y al divisar á lo lejos el grupo de las prendas de su alma, levantó la copa en sus manos gritando con todas sus fuerzas.

Mas ¡ay! ninguna voz respondió á la suya; ningun brazo se extendió hácia los que él alargaba. Daidha dormia ya en el seno de la muerte: el aliento de su boca no agitaba ya el aire ambiente; el lagarto se acercaba á ella sin recelo; la mosca y la hormiga recorrian libremente su rostro dormido, y en sus labios entreabiertos dibujábase aun la sonrisa insensata de su postrer delirio. Los niños yacian atravesados sobre su cuerpo en el que parecian esconder sus rostros encantadores; al ver aquel grupo, cualquiera hubiese creido que la madre, atendiendo á los gritos de sus hijos despues de una larga jornada, les estaba dando el pecho y que, sorprendida por el sueño, dormia sola con ellos y á los rayos del sol.

Cedar adivinó la muerte en la inmovilidad de aquel fúnebre grupo, y entónces arrojó la copa, viendo huir la vida con aquella agua, del propio modo que el hombre desesperado ve impasible cómo mana su sangre bajo el filo del cuchillo. Revolcándose luego á los piés de aquellos adorados séres, descargábase terribles puñetazos en su pecho sonoro, se levantaba en seguida para dar insensatos saltos, y cual toro que escarba furioso el polvo, recogia puñados de arena, arrojándolos frenético contra aquel cielo de plomo; y así como se escupe al rostro de la persona á quien se desea inferir un insulto, así tambien hubiera querido tener su propio corazon en la mano para arrojárselo al cielo!

—¡Oh tierra, madrastra del hombre! gritaba: ¡maldito sea por siempre tu nombre! ¡Maldita seas en todo grano de arena, en todo tallo de yerba de donde la vida y el espíritu brotan como un veneno! ¡En la mortífera sávia que circula bajo tu corteza, en la onda que te refresca y en el fuego que te abrasa, en el aire emponzoñado que haces respirar al sér humano, á ese juguete tuyo nacido para morir! ¡En sus huesos, en su carne, en su sangre, en sus fibras, en los que el sentido del suplicio es el único que vibra; en que las palpitaciones que agitan el seno de la vida no son otra cosa sino latidos de dolor; en que el hombre, niño de ultrajante ironía, mide las horas de su existencia por sus horas de angustia! ¡En que ese soplo animado, exhalado un momento, conoce que es espíritu solamente por sus gemidos! ¡Todo sér que lo desconocido engendra en tu seno, gime al llegar á tí y te aborrece al dejarte! ¡Cuantos hombres salen á luz en tus ámbitos viven desesperados y echando de ménos la nada! ¡Maldita por siempre sea la hora lamentable en que he cruzado sobre tí! ¡Que tu cieno me olvide, sin que en él quede un solo momento la huella de mis pasos! ¡Que el viento, cuyas alas te rozan con disgusto, disperse hasta la menor partícula de nuestros cuerpos consumidos! ¡Y que en tu haz, oh tierra,

no quede otro recuerdo mio sino la imprecacion que lanzo sobre tí!

Una estentórea carcajada resonó en el aire silencioso, cual única respuesta á su insano delirio. Volvió Cedar el rostro y vió asomar por detrás de una eminencia cercana los cinco gigantes y el traidor Stagyr.

—¡Muere, bestia inmunda de angélicas facciones! le gritaron. Tu fuerza nos venció, pero la pérfida astucia nos venga. Dejemos ese pasto á los chacales del desierto; su muerte nos conserva en nuestro rango de dioses, y el hombre aguarda nuestras cadenas!

Así dijeron, y volviendo la espalda, desaparecieron, miéntras el eco de sus voces se iba extinguiendo gradualmente en las profundidades del desierto.

Tan procaces y despreciativas palabras, que fueron el adios postrero que Cedar recibia de los hombres, hicieron que éste, en su frenética rabia, se irguiera contra Dios. Todo el universo giró en su trastornado cerebro, y ya no tuvo más que un afan, un objeto, una idea; anonadar su alma y arrojarla al viento. Levantándose cual gladiador herido, hizo en las colinas próximas inmenso acopio de zarzas y malezas; las fué empujando con el pié en torno de los tres cadáveres, las acumuló á modo de hoguera circular; se metió en el centro de aquel fúnebre círculo, y prorumpiendo en blasfemias á guisa de himno de muerte, sacó chispas de un pedernal, prendió fuego á aquel monton de ramaje seco, aglomerado capa por capa, y cogiendo en sus brazos á su mujer y á sus hijos, estrechó los tres cadáveres sobre su corazon, y aguardó impávido el resultado.

Culebreando las llamas en la enorme hoguera, avivada en breve por el viento del desierto, lo sepultaron vivo entre oleadas de humo como las de un mar proceloso envuelven al triste náufrago. Aquel edificio de fuego fué hundiéndose por grados; entónces un espíritu celeste bajó á posarse sobre la



AQUEL EDIFICIO DE FUEGO FUÉ HUNDIÉNDOSE POR GRADOS

llama, y dispersando las cenizas con irritadas alas, exclamó:

—¡Desciende, desciende ya que así lo quisiste! ¡Mide, oh espíritu caido, la extension de tu caida por la de tu remordimiento! ¡Saborea el gusto de la muerte así como has saboreado el de la vida! ¡No te remontarás al cielo en que naciste sino por las cien gradas de la escala del sér, cada una de las cuales te abrasará el pié al subir por ellas; no podrás expiar tu crímen de amor hasta que tus cenizas, dispersadas á los cuatro vientos, reunidas por el tiempo y reanimadas por Dios, hayan recogido tu cuerpo de todos los elementos para rodear tu espíritu de nuevas vestiduras, y, proporcionando á tu alma otra carnal envoltura, hayas renovado nueve veces tu vida y las pruebas por que has de pasar, á no ser que el perdon, justicia del amor, descienda en cuerpo mortal á esta terrestre morada!

. . . .

. . . .

Cuando cesó la voz, desencadenóse el huracan sobre la inmensa llanura, sopló con todo su aliento sobre la hoguera, y dispersó la ceniza en lívidos torbellinos, bien así como el sembrador dispersa en invierno la simiente por los surcos. Cubrióse el occidente de amenazas y de rayos; estremecióse el polvo del inmóvil desierto; densos nubarrones, preñados de agua y truenos, gravitaron sobre los montes como sombría carga, y alzando el hombre su frente á la celeste bóveda, sintió caer sobre él una primera gota.

. . . .

. . . .



EPÍLOGO

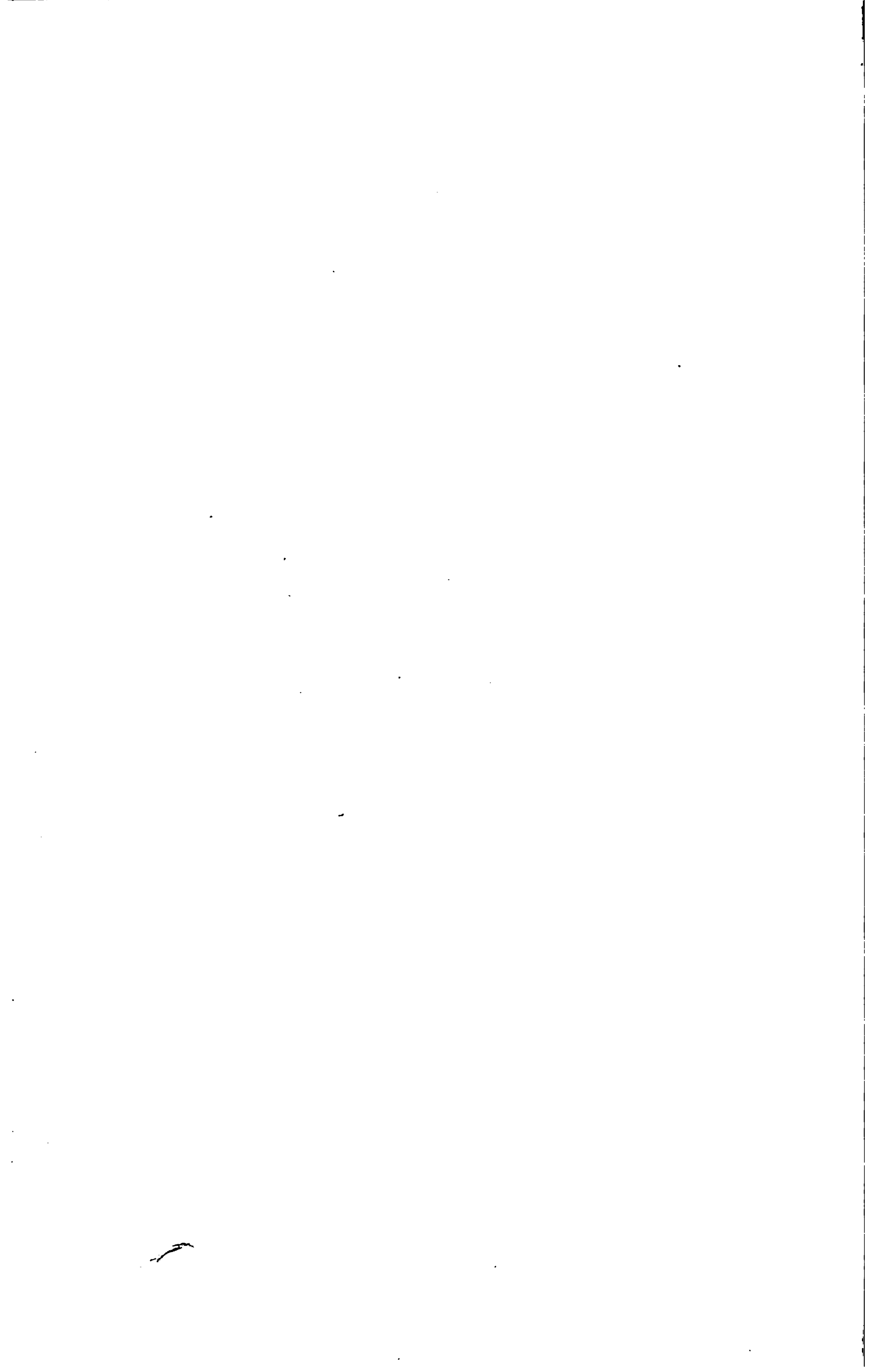
Y el anciano puso fin á su relato diciendo:—¡Gloria á Dios! Á Dios, único principio, medio y fin de todas las cosas, sola explicacion del cielo y de la tierra, única clave del espíritu capaz de descubrir todo misterio!

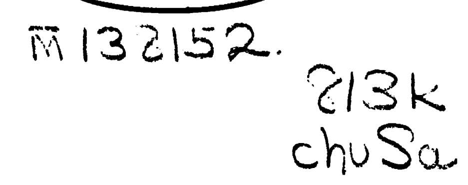
En seguida extendió su mano para invocarle en nuestro obsequio, y nosotros doblamos contritos las rodillas y la cabeza; y así como el hombre temeroso de derramar su vaso, salimos silenciosos y extasiados.

La nave, dormida sobre las olas con sus mástiles desnudos, mecia á nuestros marineros á la sombra del Líbano: la golondrina se entretenia en picotear las velas bajo las vergas en que la jarcia las habia enrollado. El sonido del pito despertó al piloto, y el buque volvió á surcar las espumosas olas.

FIN

ÍNDICE




M132152.
813k
chuSa
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

